



**Reavivamiento
y reforma**

Reavivamiento y reforma

de

F.T.Wright

Publicado por la:

COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:

Editorial Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft

Waldstraße 37

D-57520 Dickendorf

República Federal Alemana

Título original en Inglés:

Revival and Reformation

Primera edición española:

Marzo 1996

(Revival and Reformation, Spanish Edition)

La Portada

Jesús usaba a menudo las lecciones de la naturaleza para explicar la obra de gracia en el corazón del hombre. Durante el desarrollo de un roble, o de cualquier otra planta, se pueden observar dos acontecimientos distintos: primero la implantación de la semilla y después el crecimiento hasta que sea un árbol macizo.

En la obra de gracia también existen dos acontecimientos distintos: el reavivamiento y la reforma. Ambos son imprescindibles para aquellos que se quieren preparar para el reino de los cielos. El reavivamiento precede la reforma como la implantación precede al crecimiento de la semilla. El primer acontecimiento necesito solamente un instante mientras que el segundo es una obra perpetua.

Ninguno de los dos acontecimientos se puede señalar como siendo más importante. Sin la implantación no habria crecimiento y si después de la implantación no hubiera crecimiento la semilla moriría.

El objetivo de este libro es introducir el lector en una firme experiencia de reavivamiento seguida por una obra de reforma igualmente solida.

ÍNDICE

1. Un Urgente Problema	7
2. Distinciones	9
3. Problemas y Soluciones	16
4. El Problema de Esclavitud	23
5. La Solución de Liberación	38
6. Distinciones Vitales	67
7. Más Evidencias	78
8. Los Hombres de Romanos Siete y Ocho	89
9. El Campo de Batalla	97
10. Caracteres Opuestos	110
11. Incansable Vigilancia	118
12. De Aula de Clase a Aula de Clase	131
13. David en Filistea	144
14. Culpa Compartida	154
15. Una Forma Peligrosa	163
16. Ideas y Teorías	171
17. Falso Concepto Falsa Preparación	184
18. Perversión	192
19. El Rey Hoy	199
20. Todos Vosotros Estáis Limpios	208
21. Aun Ellos Pecaron	217
22. Limpieza y Comunión	231
23. Perplejidad y Confusión	239
24. Moisés y Elias	248
25. Saúl	258

1

Un Urgente Problema

Yo abrí el sobre, asombrado en el momento, de lo que el contenido podría ser. La carta llegó por el correo esa mañana. La estampilla me decía que la carta procedía del interior de mi propio país, el sello postal indicaba la ciudad, pero el manuscrito no declaraba de inmediato al escritor.

Yo abrí el sobre y comencé a leer.

"Estoy tan completamente perpleja acerca de mi experiencia cristiana que no sé cuál camino tomar, y necesito desesperadamente ayuda. Pienso algunas veces que sería más fácil renunciar, pero no puedo hacer esto, porque hay algo que parece detenerme. Pienso en aquellos días antes de que el mensaje de libertad viniera a mí, y recuerdo la triste experiencia de lucha y fracaso. Luego vino la luz sobre cómo eliminar la vieja vida y reemplazarla por una nueva vida. Me alegré cuando experimenté salvación de mis pecados y positivamente pude testificar que los problemas que me perturbaban por años desaparecieron para siempre.

"Pero, mientras algunos pecados desaparecieron, otros han permanecido para hostigarme. Yo no puedo entender esto. ¿Por qué Dios quitó algunas cosas y con todo dejó otras? Yo pongo en duda mi experiencia y después de todo llego a creer que no fui verdaderamente nacida de nuevo. Pero cuando trato de repetir la experiencia del nuevo nacimiento para que todos estos otros problemas terminen y sea dejado libre totalmente de pecado, no lo puedo lograr. Todo lo que me pareció tan claro y simple algunos meses atrás, ahora se deshace en un revoltijo de confusión. ¿Qué haré? Después de todo, ¿he de estar perdido?"

Aun cuando la escritora pensaba así, nada había de singular acerca de la situación que ella estaba pasando. Esta es una escena típica en el desarrollo espiritual, aunque el trauma de eso es completamente innecesario. Si la persona que ha sido introducida al mensaje de liberación del pecado es cuidadosamente instruida en lo que se espera du-

rante las semanas subsecuentes, entonces no sufrirá ninguna perplejidad cuando la situación predicha se desarrolle. Ella sabrá cómo hacer frente a esto. No obstante, suficientemente curioso, aun cuando algunos son fielmente instruidos con relación a esto, cuando ésta viene, son todavía perturbados y confundidos.

La razón de esta dificultad es que muchos tienen el concepto equivocado de que el nuevo nacimiento es la solución entera al problema del pecado, mientras que en hecho, no lo es. Es una completa solución a un problema de pecado, pero no la es para todos ellos. Por lo tanto, no es únicamente el trabajo de gracia para ser llevado a cabo antes de ser lograda la idoneidad para el cielo.

La persona que sale a dejar atrás la condición pecadora de su vida y entra en una obra sólida de preparación para el reino de los cielos, pronto descubre que está confrontado con una tarea que no puede ser terminada en un día. Ella aprende nuevamente la verdad de que es completamente fácil destruir, pero lento y difícil de reconstruir. Ella aprende también que los que se lancen con tenacidad e inteligente perseverancia hacia la lucha, en el fin recibirán la corona de vida y un lugar en las glorias de un día sin fin.

La falta de claridad de comprensión en la mente de la mayoría en cuanto a lo que es exactamente la obra y cómo ha de ser hecha, está impidiendo y complicando su progreso. Por consiguiente, existe incertidumbre, errores innecesarios, gasto de valioso tiempo y esfuerzo en la posición y forma equivocadas, y otras complicaciones de infortunio. Esto es desanimador, y ha de ser lamentado y evitado si es posible. Sin duda este sería el deseo de todo individuo que busca ser con sinceridad un verdadero y ferviente hijo de Dios.

Mucha de la dificultad experimentada por el cristiano verdaderamente nacido de nuevo, no es debido a que le falta el deseo de servir a Dios, o el nuevo corazón, sino porque no entiende exactamente lo que es la obra que sigue a la conversión inicial. Hasta que él comprenda, tendrá angustias y problemas, y habrá fricción entre él y los demás en la familia de Dios, justamente como fue entre los hombres que estuvieron más cerca y fueron los más apreciados por Cristo. Además, el diablo sacará ventaja de esta situación para traer desánimo y perplejidad a los hijos de Dios.

Semejante situación no necesita existir para ninguno de nosotros. Hay amplia instrucción en las Escrituras para librarnos de estos problemas si sólo pueden ser entendidos. Es el propósito de este estudio hacer claras estas distinciones, a fin de que todo creyente conozca con certidumbre a dónde dirigir sus esfuerzos en la obra de santificación, y cómo afrontar mejor las tentaciones y acusaciones del enemigo.

Distinciones

El nuevo nacimiento, maravillosa y efectiva como esta experiencia es, no provee la plena respuesta al problema del pecado porque hay tres o más obras de gracia separadas y distintas, necesarias para completar la obra en nosotros y para nosotros las cuales son requeridas para hacer apto al creyente para el reino. Las primeras tres en su orden de función son, *reavivamiento*, *reforma* y *expiación final*. Después de esto está todavía la obra de dotar a los salvos de carne y sangre inmortal.

Este estudio estará solamente dedicado a las dos primeras obras, dejando la consideración del resto a otros libros. Por ahora, es básicamente importante que eso sea entendido, porque si estas obras no lo son, entonces no tiene ningún sentido la inquietud acerca de la expiación final o la esperanza de inmortalidad.

Reavivamiento y reforma son dos obras separadas y distintas. Ellas son diferentes la una de la otra y no funcionan simultáneamente. Cada una está destinada a cumplir una misión específica, y la una no hará la obra de la otra. Por lo tanto, el pecador necesitado debe entender cuál es el problema que el reavivamiento está destinado a resolver, y lo que la reforma se propone rectificar para que puedan hacer su obra efectivamente. Es un asunto de distinciones entendido y aplicado adecuadamente.

Para confirmar los puntos hechos en el párrafo anterior, se cita el extracto siguiente.

"Deben realizarse un reavivamiento y una reforma bajo la ministración del Espíritu Santo. Reavivamiento y reforma son dos cosas *diferentes*. Reavivamiento significa una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual. Reforma significa una reorganización, un cambio en las ideas y teorías, hábitos y prácticas. La reforma no producirá los buenos frutos de justicia a menos que esté relacionada con el

reavivamiento del Espíritu. El reavivamiento y la reforma han de efectuar su obra asignada y deben entremezclarse al hacer esta obra" (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 149).

Las palabras de Dios no serán de ningún valor para nosotros a menos que veamos y comprendamos exactamente lo que ellas dicen. Nótese cuidadosamente que la segunda oración certifica que "Reavivamiento y reforma son dos cosas *diferentes*". Si son diferentes, entonces no pueden ser lo mismo. Una vez confirmada esta verdad, permanece allí la necesidad de determinar en qué maneras ellas son diferentes y cuáles problemas ellas están individualmente destinadas a resolver.

¿Entonces, qué es el reavivamiento? es "una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual".

Desafortunadamente, una connotación equivocada se ha desarrollado en el mundo religioso sobre la palabra "reavivamiento". Esto surgió como un resultado de las experiencias por medio de las cuales la gente religiosa vive. Una congregación religiosa se hunde en una trágica condición, y para restaurarla es comisionado un evangelista para predicar una serie de conferencias. Sus mensajes y métodos están designados a despertar *las emociones* de los oyentes que se animan en la atmósfera del entusiasmo que se genera durante la reunión. Entonces son considerados como habiendo tenido un reavivamiento.

No obstante, tan pronto el estímulo de las reuniones se termina con la salida del predicador a otras iglesias necesitadas, el entusiasmo muere y el reavivamiento retrocede a una torpe condición, requiriendo otro estímulo y terapia religiosa. Debido a que el tratamiento no produce un resultado duradero y satisfactorio, una inmunidad es fundada, que requiere un elevado gasto de energía por parte del evangelista para lograr el resultado idéntico.

Yo no olvidaré mi asistencia a una reunión en 1964, cuando un famoso predicador estaba haciendo todo en su poder para despertar a la audiencia. En muchas ocasiones anteriores, los creyentes habían estado sujetos a esta clase de estímulo, y habían desarrollado un cinismo a tal grado que no importaba lo que el orador hiciera, no podía producir ninguna clase de reacción. Ellos eran semejantes a estáticas esfinges, mientras el predicador saltaba, gritaba, lloraba, suplicaba, adulaba, amonestaba, y los atraía en muchas maneras posibles. Ellos habían sido "reavivados" muchas veces antes, y no deseaban experimentar otro estímulo *pasajero*.

Reavivamiento como es usado en la declaración bajo consideración, es una experiencia completamente distinta de la descrita anteriormente. Por lo tanto, es importante que se tenga cuidado de asegurar que la palabra, como es usada en este estudio, se use de acuerdo con su uso correcto, y no como es generalmente conocida en el mundo religioso del presente.

Ella procede de dos derivaciones latinas, "re", significando *volver u otra vez*, y "vivo", significando yo *vivo*. De este modo, el significado literal y real de la palabra es *vivir otra vez*.

Una persona sólo puede vivir otra vez si primero ha estado muerto. De este modo, los muertos son *revividos*, mientras los que duermen son *despertados*. Con todo, cuando viajo por lugares de lenguas extranjeras, siempre hallo problemas con los traductores que eligen la palabra "*awakening*" (despertar) en sus lenguas, en vez de la palabra inglesa "*revival*" (reavivamiento). Vez tras vez hallo necesario explicar lo que la palabra significa y solicito que ellos piensen en la traducción exacta.

Respecto al uso de la palabra en este estudio, la alusión es resurrección de la muerte espiritual, no de la muerte física. En el jardín del Edén, Adán y Eva no fueron revividos ni física ni espiritualmente, porque entraron en existencia por primera vez. Sin embargo, desde la caída, cada persona necesita ser revivida, primero espiritualmente, y eventualmente, en lo físico. Las Escrituras hacen muy claro que el Evangelio nos encuentra muertos en delitos y pecados. Esto no es una figura de lenguaje. Es un hecho. El reconocimiento de este hecho hace toda la diferencia entre la comprensión correcta e incorrecta del Evangelio. Muchas religiones hoy, enseñan que la conversión es simplemente un cambio de hábitos y lealtades.

Esto no es conversión. Ser nacido otra vez es el recibimiento de una nueva vida en lugar de la antigua, no una modificación de la vida existente. La última obra no es más que un despertar y nunca puede ser descrita como un reavivamiento.

"La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza. Se produce una muerte al yo y al pecado, y *una vida enteramente nueva*. Este cambio puede ser efectuado únicamente por la obra eficaz del Espíritu Santo" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 143).

Por otra parte, reforma "significa una reorganización, un cambio en las ideas y teorías, hábitos y prácticas." Es una formación, una remodelación, una renovación básica y esencial lo cual es un proceso de *reeducación*. En realidad, mientras este estudio avanza, será visto que reeducación es de tremenda importancia en la obra de reforma.

"Aprended de mí —dice Jesús—, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso. Debemos entrar en la escuela de Cristo, aprender de su mansedumbre y humildad. La redención es aquel proceso por el cual el alma se prepara para el cielo. Esa preparación significa conocer a Cristo. Significa emanciparse de ideas, costumbres y prácticas que se adquirieron en la escuela del príncipe de las tinieblas. El alma debe ser librada de todo lo que se opone a la lealtad a Dios" (*Id.*, pág. 297).

Inmediatamente, las diferencias entre la obra de reavivamiento y la de reforma comienza a manifestarse. El reavivamiento es una resurrección de la muerte espiritual y como tal es un *acto de Dios*. El llama los muertos a la vida, no como un largo proceso agotador, sino como el trabajo creador de un momento, porque El dice y es hecho. El manda y existe. (*Salmo 33:9*.)

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17).

Por otra parte, la reforma es un proceso requiriendo mucho tiempo. Ella ocupa todo el tiempo de nuestra vida en cuanto concierne al individuo, aunque su colectiva y plena duración, cubre el período entero de la historia de la humanidad entre la caída y el fin del tiempo de prueba. Millones de creyentes experimentaron el reavivamiento, pero en muy pocos la obra de reforma fue completa. Por fin habrá un pueblo que experimentará el reavivamiento y también la obra de reforma habrá producido en ellos la plena madurez. Cuando esa generación sea desarrollada, la iglesia será trasladada directamente de esta tierra al cielo.

A través del pecado, Satanás infligió una deformante herida en la humanidad. Cuando cualquier ser viviente sufre tal destrucción, Dios comienza inmediatamente el trabajo de sanar el daño. De igual manera, en el momento que el pecado apareció con su temible deformación de los hijos de Dios, el Señor inició el trabajo de reformar a la humanidad a su propia semejanza otra vez. Pero el diablo no causó simplemente una herida y así la dejó. Mientras que el Señor obraba con presteza para reparar el daño, Satanás venía con insistencia a destruir lo que había sido reconstruido. De este modo, la lucha continuó con pleno vigor a través del tiempo sin que el diablo pueda destruir totalmente la familia humana, y hasta ahora el Señor es inhabilitado para restaurarla completamente. Pero viene un tiempo cuando la obra de restauración será completa, la reforma terminada, y los hijos de Dios hallarán de nuevo su lugar en el paraíso.

Este hecho se demuestra con más claridad en la experiencia de los creyentes adventistas que se acercaron con gran expectación a la terminación de los 2.300 años de profecía en 1844. Allí hubo un pueblo que ciertamente había experimentado el reavivamiento, así que fueron hijos e hijas de Dios verdaderamente renacidos. Ellos habían experimentado también la obra de reforma, pero solamente a cierto grado, porque no fue *completa* en ellos. Fue por esta razón que fueron chasqueados en su esperanza de una rápida traslación, en cambio, habían de continuar más tiempo de reeducación y reorganización para el reino.

Una descripción de su condición y experiencia cuando se acercaron al gran momento cuando esperaban confiadamente que Jesús retornara, es la siguiente:

"Sentían los santos un espíritu de solemne y fervorosa oración.

Reinaba entre ellos una santa solemnidad. Los ángeles vigilaban con profundísimo interés los efectos del mensaje y alentaban a quienes lo recibían, apartándolos de las cosas terrenas para abastecerse ampliamente en la fuente de salvación. Dios aceptaba entonces a su pueblo. Jesús lo miraba complacido, porque reflejaba su imagen. Habían hecho un completo sacrificio, una entera consagración, y esperaban ser transmutados en inmortalidad" (Primeros *Escritos*, pág. 239).

Verdaderamente ellos eran un pueblo que caminó muy cerca de Dios, pero no comprendían exactamente las experiencias más altas que deben ser obtenidas por aquellos que serán trasladados. No conocían muchas de las cosas en la obra de reforma que se extendía delante de ellos antes que fueran idóneos para dejar esta tierra sin ver muerte. Con todo, habían de aprender la verdad del sábado, del vestido y la reforma prosalud, la educación, las grandes verdades del servicio del santuario, y de la expiación final, etc.

Así que, "estaban destinados a un nuevo y triste desengaño. Pasó el tiempo en que esperaban la liberación. Se vieron aún en la tierra, y nunca les habían sido más evidentes los efectos de la maldición. Habían puesto sus afectos en el cielo y habían saboreado anticipadamente la inmortal liberación; pero sus esperanzas no se habían realizado" (*Ibid.*).

Qué claro es que este chasco no fue debido a que no habían sido renovados, porque ciertamente tenían este bendito don de la resurrección de la muerte espiritual, sino porque "No estaban exentos de errores" (*Id.*, pág. 249).

"Pero el pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Todavía le quedaba una obra de preparación que cumplir. Debía serle comunicada una luz que dirigiría su espíritu hacia el templo de Dios en el cielo; y mientras siguiera allí por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio se le revelarían nuevos deberes. Había de darse a la iglesia otro mensaje de aviso e instrucción.

"El profeta dice: '¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿y quién podrá estar en pie cuando él apareciere? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bateneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará a los hijos de Leví, y los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia'. (Malaquías 3:2, 3, V.M.). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial

de purificación de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 477, 478).

De este modo, una gran obra había de ser terminada por los creyentes después de la terminación de los 2.300 años de profecía, aun cuando una grande obra ya había sido hecha antes de terminar ese tiempo. Esa obra implicaba primero el envío de una luz procedente del lugar santísimo y su servicio en el santuario celestial, por lo cual nuevos deberes debían ser revelados a ellos. Cuando estos deberes fueran hechos claros, el pueblo de Dios había de tener su vida modelada o reformada conforme al dechado que se le mostró. Semejante obra tomaría tiempo, y requería no solamente la gracia de Dios, sino también sus propios esfuerzos diligentes. En vista al hecho de que finalmente habían llegado al punto de tener delante de ellos el fin de la obra y la disponibilidad de la maravillosa luz y la instrucción del segundo departamento del templo, el tiempo para una obra *especial* de limpieza del pecado había llegado. Esto indica que el tiempo de oportunidad había venido para *ver* toda la reforma hasta su final.

"Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida" (*Ibid.*). Cuánto esperamos y anhelamos el día del regreso de Cristo, pero ese día no vendrá hasta que la obra de preparación sea terminada en la iglesia. No es suficiente el regocijo en la gloria de la resurrección espiritual, porque eso no es más que una obra. Eso cumplido, nosotros debemos iniciar la segunda —la larga y prolongada fase de la reforma. Únicamente cuando eso es también cumplido habrá un pueblo listo para el traslado.

Distinciones

A este punto, un resumen de las mayores distinciones entre reavivamiento y reforma ayudará a hacer el tema claro, mientras se pone un excelente fundamento para el material que sigue. El reavivamiento y reforma son dos cosas diferentes y deben ser distinguidas como tales. La inhabilidad para reconocer estas diferencias impide una comprensión correcta del tema y, sucesivamente, frustrará el desarrollo del éxito de la idoneidad del carácter para la eternidad.

En el primer caso, reavivamiento es la resurrección de la muerte espiritual, mientras que reforma es una reorganización y cambio de hábitos, prácticas, ideas y teorías.

Esto significa que reavivamiento es un *acto* final y completo cuando es ejecutado, mientras que reforma es un *proceso* largo y continuado, en el cual el trabajo es cumplido, no en un acto singular, sino en una progresión constante de un nivel a otro más elevado todavía.

Además, esto significa que el reavivamiento sólo toma lugar una vez, en el mismo comienzo de la experiencia cristiana, mientras que la reforma es una obra continuada, cada sección de la cual toma cuidado de problemas que no han sido tratados antes.

Reavivamiento es el acto de Dios en el cual el creyente no participa, porque solamente Dios puede poner vida donde hay muerte. Por otra parte, reforma es una obra en el cual el creyente desempeña una parte definitiva. Aquí, Dios y el hombre trabajan en cooperación, porque es "Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos", que ellos son vencedores en esta lucha con el mal.

Por el reavivamiento, nosotros llegamos a ser hijos e hijas de Dios, porque por esto la vida de Dios es puesta en el corazón del creyente, pero, semejante a un niño que nace, nada hemos aprendido todavía. En hecho, peor que un niño nacido, tenemos mucho mal que *desaprender*. Nosotros entramos en la escuela de Cristo para aprender estas lecciones durante el período reformativo.

Reavivamiento es la calificación de entrada en la escuela de Cristo mientras reforma es esa escuela.

Habiendo sido bendecidos con el reavivamiento, si muriéramos sin que la obra de reforma hubiera terminado a causa de la brevedad del tiempo apenas iniciando, entonces, con tal de que hubiéramos aprendido las lecciones que se nos enseñaron, y de acuerdo a ello hayamos reformado nuestra vida, nosotros seríamos levantados en la primera resurrección. Por otra parte, si viviéramos en el tiempo de la última iglesia y participáramos con ella en la terminación de la obra de reforma subsecuente a la experiencia genuina del reavivamiento, entonces experimentaríamos la gloria de la traslación.

Puesto que estas son dos obras completamente diferentes, de allí emerge el importante hecho de que el reavivamiento nunca hará el trabajo de la reforma, y la reforma nunca hará el trabajo del reavivamiento. Será visto que mucha dificultad en la experiencia cristiana, la carencia de progreso sólido en reforma, y la confusión y desánimo que ha azotado a muchos de los hijos de Dios, fue el resultado de su incapacidad para entender precisamente lo que podrían haber esperado que el reavivamiento resolviera, y con lo que la reforma trataba. Debido a que la expectación de que el reavivamiento haría más de lo que es capaz o se propone a hacer, ellos esperaron que hiciera aquello que la reforma sola puede hacer, con el resultado de que los problemas que la reforma sólo puede resolver, no fueron resueltos para consternación y desánimo del creyente.

Finalmente, el reavivamiento nos provee la perfección del corazón —no la perfección total. La perfección total y final sólo puede ser obtenida cuando la reforma termina la obra iniciada por el reavivamiento.

Problemas y Soluciones

Es evidente que el pecador que busca salvación debe tener dos obras hechas para él antes de estar listo para la tercera obra —la expiación final y la purificación del santuario. Esto conduce al desarrollo siguiente en la línea de argumento seguido aquí, y es que si dos obras diferentes son provistas por Dios, entonces debe haber dos problemas diferentes que necesitan solución. La conclusión siguiente y lógica es que las dos soluciones deben ser diferentes la una de la otra para que puedan ser capaces de manejar problemas que difieren el uno del otro.

Para simplificar la explicación, permítase que el reavivamiento sea denominado como obra A, y la reforma como obra B. Puesto que obra es la solución para un problema, permítase que ellas a su turno sean respectivamente designadas, soluciones A y B. Donde hay dos soluciones diferentes debe haber problemas correspondientes que nosotros llamamos problemas A y B.

La tarea ahora es identificar y describir los problemas sucesivos, y luego adherir las soluciones respectivas a ellos. Será enfatizado que el problema A no puede hacer uso de la solución B, ni puede la solución A ser usada para remediar el problema B. Este es un importante punto.

Hubo un tiempo cuando sólo entendimos la obra de reavivamiento y aceptamos que esto era la solución total para el problema del pecado. Luego hallamos perplejidad en la aparente confusión al ser limpios de algunos pecados que nunca volvieron, mientras otros permanecieron y no se rindieron a la obra del reavivamiento. Nosotros llegamos a poner en duda la experiencia original, o concluir que ella había sido solamente parcial. Algunos dejaron aun la verdad porque no pudieron reconciliar estas diferencias.

Luego vino el tiempo cuando la luz reveló la existencia de dos problemas diferentes y divinamente decretó soluciones idénticas. Entonces aprendimos a llevar problema A a solución A, y problema B a

solución B. Maravilloso descanso fue el resultado, capacitando a aquellos que vieron y experimentaron esto para testificar:

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará" (S. Juan 8:32).

El Maestro celestial, reconociendo cuán vital es que estos principios sean entendidos y aplicados, ha tomado gran cuidado en ver que fueran expuestos con claridad en las Escrituras. El no ha elegido revelarlos solamente en palabras. Los ha presentado también en forma ilustrada lo cual es más fácilmente entendido y la más impresionante forma de educación.

Ahora nos movemos de evidencia a evidencia en secuencia lógica para identificar positivamente estas obras en su orden. En la referencia a la declaración básica con la que esta presentación comenzó, es visto que el reavivamiento es "una resurrección de la muerte espiritual".

No hay un lugar en la Biblia donde esta resurrección esté mejor descrita que en *Romanos*.

"¿Pues qué diremos? ¿Perseveraremos en pecado para que la gracia crezca? En ninguna manera. Porque los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él á muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en él á la semejanza de su muerte, así también *lo seremos* á la de su resurrección: Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre juntamente fué crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, á fin de que no sirvamos más al pecado" (Romanos 6:1-6).

En el servicio bautismal, el creyente *simbólicamente* vuelve a representar la experiencia a través de lo cual él *realmente* pasó, a fin de entrar en la familia de Dios. La inmersión simboliza la muerte y sepultura del viejo hombre, mientras la salida del agua indica la resurrección de la muerte espiritual a la nueva vida. Entonces si el bautismo representa la resurrección de la muerte espiritual, él asimismo simboliza el reavivamiento, porque ellos son uno y la cosa idéntica.

Pablo lleva el asunto un paso más adelante al enseñar que la muerte del viejo hombre es liberación de servidumbre. Su argumento está desarrollado en el versículo 6, y declara como sigue:

Sabiendo que el viejo hombre es crucificado o puesto a muerte con Cristo, a fin de que el cuerpo de pecado sea destruido, para que desde ese momento en adelante nosotros no *servamos más al pecado*. Entonces el resultado de la resurrección de la muerte espiritual —el reavivamiento, es la liberación de la esclavitud del pecado. Por lo tanto, si la solución es *liberación de la esclavitud, entonces el problema es esclavitud*.

Esto guía a la conclusión de que problema A y su solución correspondiente han sido hallados y conectados juntos.

La revelación de esta verdad no está limitada al Nuevo Testamento. Los que vivieron en la era antes de Cristo tuvieron los mismos problemas y necesitaron las mismas soluciones como los que han vivido desde entonces. Es ahora un simple asunto determinar dónde y cómo en el Antiguo Testamento el Señor enseñó esta lección misma. Se necesita solamente hallar dónde la experiencia de liberación de la esclavitud es enseñada. Las siguientes y claras citas nos guiarán rápidamente al lugar correcto en la Palabra.

"La liberación de Israel del yugo egipcio era una *lección objetiva* de la redención, que la Pascua estaba destinada a conmemorar. El cordero inmolado, el pan sin levadura, la gavilla de las primicias, representaban al Salvador" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 57).

REAVIVAMIENTO	REFORMA
<p>Obra A</p> <p>Solución A —Liberación para problema A —esclavitud</p> <p>La resurrección espiritual</p> <p>Un cambio de vida</p> <p>El nuevo nacimiento</p> <p>El comienzo</p> <p>Simbolizado por: La pascua en el Antiguo Testamento, y bautismo en el Nuevo Testamento.</p> <p>La obra de un momento</p>	<p>Obra B</p> <p>Solución B —reforma para problema B —deformación</p> <p>La reeducación subsecuente</p> <p>Un cambio en ideas, hábitos prácticas y teorías</p> <p>El crecimiento</p> <p>La continuación</p> <p>Simbolizado por: El servicio diario en la antigüedad, y por la cena del Señor en el Nuevo Testamento.</p> <p>La obra de toda una vida</p>
DOS COSAS DIFERENTES	

"La pascua había de ser tanto conmemorativa como simbólica. No sólo recordaría la liberación de Israel, sino que también señalaría la liberación más grande que Cristo habría de realizar para libentar a su pueblo de la servidumbre del pecado" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 281).

La pascua es una ilustración perfecta de la liberación de la esclavitud del pecado, porque ella fue la solución por lo cual el Señor sacó a Israel de siglos de servidumbre física. Así como ellos fueron esclavos de los egipcios, así cada pecador es esclavo del poder del pecado.*

Ella requirió la muerte del primogénito para quebrantar el control de los egipcios sobre los israelitas. De esta manera, la muerte del viejo hombre es necesaria para producir descanso al alma cargada de pecado. Así como ellos salieron de la tierra para nunca más volver bajo la servidumbre del esclavizador otra vez, así también el cristiano puede experimentar liberación del pecado y después de eso nunca más volver bajo su poder.

Lo apropiado de la pascua y bautismo como ilustración de liberación de la esclavitud, es establecido al hacer una simple comparación entre estos servicios y la experiencia del reavivamiento.

La pascua era el primer servicio del año religioso de los judíos. Tomaba lugar en el primer mes y era llevada a cabo sólo una vez al año. Asimismo el bautismo toma lugar sólo una vez en la experiencia cristiana y eso en su comienzo mismo. (Hay ocasiones cuando el bautismo es requerido de nuevo, pero generalmente ha de ser una vez en toda la experiencia de la vida.)

De este modo, la experiencia del reavivamiento ha de ser un evento sólo una vez en toda la vida. Dios no da dones repetidos de su vida a sus hijos, porque esto no es necesario. Es verdad que nosotros llegamos a pensar que hemos perdido la vida de Cristo y necesitamos que nos sea dada otra vez, pero como prosigamos, llega a ser claro que esto no es así. Esto no quiere decir que es imposible perder el don de la nueva vida, porque esto es muy posible. Pero, si una persona ha llegado a este punto, será debido a que ha cometido el pecado imperdonable y está perdido para siempre. Al mencionar el pecado imperdonable es aterrador para mucha gente que teme la posibilidad de que ya han ido más allá del punto sin retorno. Es mucho más difícil hacer esto de lo que muchos suponen como será visto a medida que el estudio se desarrolle. En realidad, los que verdaderamente comprendan la naturaleza de la obra del reavivamiento y reforma, serán libres de este temor obsesionante sin desviarse al peligro opuesto de complacencia.

Mientras la pascua representaba el comienzo de un nuevo año, no

* Para un estudio más detallado de este simbolismo, véase el libro *De la Esclavitud a la Libertad* disponible en *Botschaft für unsere Zeit*.

era el único nuevo año en la economía judía. Anterior a éste, estaba el comienzo del año civil. De este modo, ellos celebraban dos aperturas al año, la civil y la religiosa.

De igual manera, todo cristiano tiene dos nacimientos. Primero, existe la fecha cuando él fue nacido físicamente, y segundo, existe su nacimiento espiritual. Es interesante que mientras todos nosotros tenemos un registro de la fecha cuando fuimos nacidos, muy pocos de nosotros tenemos un recuerdo del día real cuando la carga de pecado fue quitada y llegamos a ser hijos de Dios. Pero entonces, esto es justo también, porque no es la manera de Dios celebrar el aniversario de la fecha cuando sus obras fueron creadas. Además, apartó el séptimo día de la semana como una memoria de sus maravillosas obras del cual el acto de santificación es uno.

Cuando los israelitas dejaron a Egipto, no entraron de una vez en la tierra prometida. Había largos viajes que hacer, duras lecciones para ser aprendidas y mucho que desaprender, antes que finalmente cruzaran el Jordán. Era una escuela en la cual ellos establecían su propio ritmo de aprendizaje, que desafortunadamente fue tan largo que gastaron mucho más del tiempo necesario. Ellos podrían haber obtenido su herencia cuarenta años antes de lo que lo hicieron, si se hubieran aplicado con dedicada diligencia a sus lecciones.

Así también el bautismo no es la señal de que el creyente está calificado para la traslación. Este servicio no lo ha limpiado de muchas ideas y teorías equivocadas ni le ha quitado numerosos hábitos malos que fueron adquiridos en la escuela de Satanás. Ni ha tenido todavía el tiempo y oportunidad para aprender muchas lecciones y verdades que han de reemplazar esos viejos conceptos. En cambio, el bautismo es la declaración que él ha dejado la familia y escuela de Satanás, vino a ser hijo de Dios, y colocado en el aula de clase donde Cristo es el Maestro. En esta clase, Cristo no pone el ritmo. La velocidad para aprender es determinada por el nivel de dedicación y resolución exhibidos por el estudiante. El puede interesarse con la mayor seriedad y diligencia y, de este modo, rápidamente avanzar y estar listo para la traslación, o él puede ir despacio y correr el terrible riesgo de nunca hacer la preparación necesaria.

Si todo eso significara la pascua y fuera la plena respuesta al problema del pecado, entonces ese es el único servicio que el Señor les suministraría. Pero todos los que habían recibido los servicios espirituales disponibles a través de la ceremonia inicial se les invitaba a venir al santuario para las bendiciones y provisiones provistas en el servicio diario. Este servicio era completamente diferente de la pascua porque debía suplir una necesidad diferente. Ambas cosas eran limpiezas del pecado, y ambas usaban la sangre como agentes de purificación.

Asimismo, si la experiencia del reavivamiento simbolizado por el

bautismo completamente disolviera el problema del pecado, entonces el Señor no habría requerido más servicios en la era del Nuevo Testamento. Pero hay una reproducción del servicio diario del Antiguo Testamento. Esa es el servicio del lavatorio de pies. Este es completamente diferente del bautismo, pues había de hacer frente a una clase diferente de problema. No obstante, es una limpieza del pecado empleando, como el bautismo lo hace, agua como el símbolo de purificación.

Hay una tendencia a concluir que el servicio del lavatorio de pies en el Nuevo Testamento es el reemplazo de la pascua. Esta conclusión es obtenida porque Cristo la instituyó en ocasión cuando la pascua había sido celebrada. Por lo tanto, se piensa, que este servicio simboliza lo que era el anterior.

Pero, consideración más cuidadosa mostrará que esto no es un verdadero reemplazo.

En el primer caso, mientras que la pascua fue dada a un pueblo todavía en esclavitud, la cena del Señor fue provista, como será comprobado más tarde, a hombres que habían sido libres de la servidumbre del viejo hombre de pecado, aunque no de muchas ideas y teorías equivocadas que les motivó problemas considerables. En armonía con esto, los que hasta este día participan *correctamente* de esta ordenanza, ya han sido libres del poder del viejo hombre y son miembros bautizados del cuerpo de Cristo.

Segundo, la pascua debía ser celebrada sólo una vez en el año, pero la cena del Señor ha de ser celebrada muchas veces durante toda la vida del creyente. Jesús dio instrucciones específicas sobre este efecto.

"Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga" (1 Corintios 11:26).

Tercero, todo el patrón del servicio y los símbolos usados eran diferentes de los de la pascua. Jesús no produjo una versión modificada del antiguo servicio, sino una ceremonia enteramente nueva, no representando la obra del reavivamiento que es la liberación de la esclavitud, sino la obra de la reforma que sigue a esta restauración original.

Cuarto, únicamente los que habían participado de la libertad obtenida a través de la pascua, podían entrar en los servicios diarios. Así que, únicamente los que han sido bautizados pueden unirse correctamente a la celebración del lavatorio de pies y la cena del Señor. De este modo, se enfatiza la verdad de que el reavivamiento debe preceder a la reforma, la última no siendo realmente posible hasta que el primero haya sido logrado.

En la dispensación del Antiguo Testamento, sólo aquellos que habían observado fielmente la pascua y que durante los meses subsecuentes habían entrado en los requerimientos de la limpieza diaria, podían recibir los beneficios del día de la expiación. No importaba cuán fielmente

hubieran observado la pascua, estaban todavía perdidos si no continuaban en el pleno programa de los servicios diarios.

De manera que, no es suficiente ser bautizado para pasar el día del gran juicio, cuando el santuario será purificado de todo pecado. Tiene que seguir la completa y profunda obra de reforma por lo cual aquellos pecados no borrados por el reavivamiento son quitados y la justicia toma su lugar.

Ahora es establecido que hay verdaderamente dos obras diferentes de gracia que deben ser hechas en y para el creyente antes de estar listo para el juicio final. La primera de estas —solución A— el reavivamiento —se relaciona con problema A, lo cual es esclavitud. La segunda —solución B— reforma —hace frente al problema B, lo cual es deformación.

Ahora que sabemos que hay en realidad dos obras diferentes de gracia, cada una estando específicamente destinada a resolver su problema relativo, los fundamentos son puestos para una investigación minuciosa de la naturaleza de estos problemas y cómo estas soluciones pueden erradicarlos. Esto provee un acercamiento total y exitoso al problema del pecado y garantiza que todos los que comprendan y apliquen estos principios ciertamente estarán listos para el juicio. La percepción de este entender marcará la cesación de las perplejidades y aturdimientos que hostilizaron a los que buscaron honestamente ganar completa preparación para la eternidad pero quienes, en su confusión, se mantuvieron tratando de resolver los problemas A y B con solución A.

El Problema de Esclavitud

Toda persona nacida en este mundo entra en él como un alma perdida y permanecería así si no fuera por las provisiones adecuadas hechas por la Trinidad celestial para quitar esta carga de pecado y restaurar la imagen de Dios en el individuo.

Una vez la persona ha obtenido suficiente conocimiento del reino de Dios y la oferta de salvación, se halla confrontada con este primero y mayor problema —esclavitud. Ella ha aprendido a odiar el pecado y desear la separación de él. Ha desarrollado un amor por la justicia de Cristo, y tiene una firme resolución de obedecer los principios de la ley. Ella se impuso a sí misma la tarea con la confianza de que tendría éxito, pero para su frustración y desánimo, halla dificultad en lograrlo. Con ella permanece el problema insoluble.

Cuando lee las Escrituras, descubre que la experiencia bosquejada en *Romanos 7*, es una descripción exacta de la suya.

"Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido á sujeción del pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no obro aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí (es a saber, en mi carne) no mora el bien: porque tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo *esta* ley: Que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios: Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo á la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librárá del cuerpo de esta muerte?" (*Romanos 7:14-24*).

Una vez hecha esta identificación, la reacción es usualmente concluir

que Pablo describió aquí la verdadera experiencia cristiana. Hay varias razones para esto.

La más poderosa parece ser que el inspirado apóstol describe esto en la primera persona motivando la gente a razonar que si esta fue la manera que él vivió, entonces este es el patrón para el verdadero hijo de Dios.

La segunda razón es que existen ciertos aspectos de la vida vivida por el hombre de *Romanos 7*, que la hace superior a la vida del pecador abandonado o la del irreligioso en general. El individuo en esta situación compara lo que él es con lo que él era, y ve en las diferencias de lo mejor, evidencia para sostener el concepto de que él es un cristiano.

El añade a estos argumentos su afiliación a una iglesia, el llegar a ser fiel en su apoyo financiero, y su actividad en un programa extensivo de buenas obras incluyendo el esfuerzo misionero. Ha desarrollado un extenso conocimiento de las doctrinas de la Biblia, las acepta y espera el día del regreso de Jesús.

Nada de estas cosas estuvieron presentes en su vida anterior a su aceptación de las verdades bíblicas, y tiene la seguridad de que está viviendo una vida no diferente de sus compañeros miembros de iglesia. El está firmemente convencido de que es un miembro de la iglesia donde son hallados los salvos, pero a nadie ve allí mejor de lo que se *evalúa* él mismo. Por lo tanto, concluye de que la suya es un modelo de experiencia cristiana y que ninguno tiene nada superior. Puesto que *Romanos 7* describe lo que él juzga ser una experiencia cristiana normal, naturalmente concluye que Pablo está aquí describiendo la vida de los verdaderos hijos de Dios.

Es verdad que Pablo usó la primera persona en esta representación, y esto ciertamente *tiende* a sostener el concepto de que estaba ilustrando la condición en la cual se hallaba a sí mismo como un siervo de Dios. Sin embargo, existen abundantes y convincentes evidencias para mostrar que no era su condición como un hijo de Dios, sino una en la que él sufre antes de obtener liberación de la esclavitud. Cuando estas otras evidencias son traídas a estudio, se necesita dar consideración para discernir la razón de Pablo de usar la primera persona para describir una experiencia que no fue más suya cuando él escribió estas palabras.

El testimonio total de *Romanos 7* es de cautividad a un poder que gobierna al hombre contra su voluntad. El sabe lo que tiene que hacer, desea hacerlo, y pone en función sus mejores esfuerzos para lograrlo, pero es inútil. Después de intentar y fracasar hasta el punto de convenecerse de su inutilidad de más esfuerzo, exclama, "¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte?" (*Romanos 7:24*).

Especialmente, lo que él está aquí suplicando es la liberación de la

situación bosquejada en los versículos anteriores. Esto es lo que él no habría hecho si eso fuera verdadera experiencia cristiana. Antes, él estuviera pidiendo más y más de ella, porque el cristianismo es algo para ser deseado, no algo para escapar de él. Por lo tanto, el hecho mismo de que busque descanso de lo que está descrito en este capítulo, ciertamente comprueba que no es la experiencia de un verdadero hijo de Dios, sino de uno que está en esclavitud y sirve al pecado.

En respuesta a su súplica, el Señor responde su oración como se declara en el testimonio que sigue. "Gracias doy á Dios, por Jesucristo Señor nuestro" (versículo 25).

El resto de este versículo simplemente resume lo que él ha estado diciendo: "Así que, yo mismo con la mente sirvo á la ley de Dios, mas con la carne á la ley del pecado."

Ningún resumen de *Romanos 7* podría ser dado, porque, a través de todo el pasaje, Pablo ha discutido la situación de todos quienes, habiendo entendido los requerimientos de la ley de Dios, que le dan un asentimiento voluntario y mental, pero, al mismo tiempo, debido a que están cautivos en esclavitud de pecado, realmente sirven a la ley del mal con su cuerpo de carne y sangre. Por supuesto, esto hace la esclavitud más indeseable porque, habiendo vislumbrado la libertad, el deseo de ella llega a ser demasiado. Con intensidad progresiva, desea que su carne y mente servirán a toda la ley, de este modo iniciando una armonía de espíritu y acción en el hombre entero.

Lejos de ser una imposibilidad, esto es lo que el Señor desea y logrará. Así también lo halló Pablo. Habiendo confesado su completa inhabilidad para lograr lo correcto, él suplica a Dios por la liberación del problema de esclavitud. El Señor responde alegremente a su solicitud, después de lo cual él fue capaz de testificar de una situación enteramente cambiada, el conmovedor testimonio de lo cual está registrado en los primeros versículos del capítulo que sigue.

"Ahora pues, ninguna condenación, hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme á la carne, mas conforme al espíritu. Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (*Romanos 8:1, 2*).

Lo que está siendo considerado aquí es que una vez Pablo experimentó la liberación buscada, cesó la condenación. Esto es confirmar que previamente hubo condenación estableciendo la conexión entre esclavitud y condenación por una parte, y libertad y ninguna condenación por la otra. Esto comprueba fuera de duda que el hombre en *Romanos 7* está bajo condenación, lo cual significa que él no tiene *justificación*. Una persona sin este don ciertamente no es un hijo de Dios y no tiene todavía el título para el cielo. Si él muriera en esta condición, no se levantaría en la resurrección de los justos, porque solamente el justo, o justificado, se levantará en esa resurrección.

Las enseñanzas de Jesús confirman más estas verdades. El dice que es imposible servir a dos señores simultáneamente.

"Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir á Dios y á Mammón" (S. *Mateo* 6:24).

Cuando esta regla como la establece Cristo es aplicada al hombre de *Romanos 7*, confirmará en el momento dónde él permanece. La única pregunta que necesita ser formulada es si él está en la capacidad para testificar que sirve a Dios o no. Esta no es una pregunta de lo que él desea hacer o saber qué debe hacer. Es un asunto de lo que él está realmente haciendo, porque de esto es que el Señor estaba hablando en S. *Mateo* 6:24.

El hombre de *Romanos 7* está, por su propio testimonio, bajo esclavitud del pecado y, por lo tanto, está llevando a cabo un servicio para su señor. El confiesa que ni está haciendo la voluntad de Dios ni la suya, sino la voluntad del pecado que reside dentro de él. Por lo tanto, Dios no es su señor. El está en el servicio de Satanás, que paga en moneda de muerte y destrucción. Las palabras de Cristo hacen muy claro que el hombre de *Romanos 7* no es un verdadero hijo de Dios y está todavía en una condición perdida.

El apóstol Juan bajo la inspiración del Espíritu Santo provee más confirmación de esto. El escribió:

"Porque todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe" (1 S. *Juan* 5:4).

Si eso que es nacido de Dios vence al mundo, entonces lo que es vencido por el mundo no es nacido de nuevo. Solo se necesita preguntar si el hombre de *Romanos 1* es vencedor del mundo o está siendo vencido por el mundo para saber si es nacido de nuevo o no. Por medio de esta agonía, no expresa nota positiva de victoria. El sólo puede decir que es vencido. Por lo tanto, este hombre no es nacido otra vez.

Tan ciertamente como esto es así, él no puede entrar en el reino de Dios como Cristo solemnemente lo afirmó en la conversación con Nicodemo.

"Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (S. *Juan* 3:5).

En *El Deseado de Todas las Gentes*, el hombre de *Romanos 7* es catalogado como estando destituido de esa vida que trae al pecador en armonía y paz con Dios.

"El pecado no separó de la vida de Dios. Nuestra alma está paralizada. Por nosotros mismos somos tan incapaces de vivir una vida santa como aquel lisiado lo era de caminar. Son muchos los que comprenden su impotencia y anhelan esa vida espiritual que los pondría en armonía con Dios; luchan en vano para obtenerla. En su desesperación claman:

'¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?' (Romanos 7:24)" (£/ *Deseado de Todas las Gentes*, pág. 172).

Si los que son descritos aquí están *deseando* todavía esa vida espiritual lo cual los trae en armonía con Dios, entonces ellos no la tienen todavía, porque nadie es hallado deseando lo que ya tiene. Además, ellos son presentados haciendo un esfuerzo vano para obtener esto. Por lo tanto, ellos no tienen esa vida que los trae en armonía o paz con Dios, la paz que sólo puede ser gozada por el justificado como Pablo lo enseña en Romanos 5:1.

"Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo".

Ser justificado es tener paz, pero estar sin paz es no ser justificado o estar condenado. Los que se describen en la declaración del *Deseado de Todas las Gentes*, pág. 172, están sin paz, y se identifican con aquellos de quienes Pablo habla en *Romanos 7*, y no son justificados. Por lo tanto, debe ser claro que esta declaración confirma que no hay salvación en *Romanos 7*.

Finalmente, E. J. Waggoner, el gran predicador de la justificación por fe en verdad, quien fue enviado por el Señor a proclamar libertad a los cautivos en pecado en 1888, claramente establece que el hombre de *Romanos 7* está todavía en esclavitud, y que como tal, no tiene lugar en el reino de Dios.

"El poder de la fe trayendo victoria puede ser mostrado por otra línea de textos bíblicos, que son sumamente prácticos. En primer lugar, permítase ser entendido que el pecador es un esclavo. Jesús dijo: '... todo aquel que hace pecado, es siervo de pecado' (S. Juan 8:34). Pablo dice también, poniéndose él mismo en lugar de un hombre irregenerado: 'Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido á sujeción del pecado' (Romanos 7:14). Un hombre que está vendido es un esclavo; por lo tanto, el hombre que está vendido bajo pecado es el esclavo del pecado. Pedro trae a consideración el hecho mismo cuando al hablar de los maestros malvados y falsos, él dice, 'Prometiéndoles libertad, siendo ellos mismos siervos de corrupción. Porque el que es de alguno vencido, es sujeto á la servidumbre del que lo venció' (2 S. Pedro 2:19).

"La característica prominente de un esclavo es que él no puede hacer lo que quiere, sino que está sujeto a hacer la voluntad de otro, no importa cuán molesto pueda ser. De este modo, Pablo comprueba la verdad de sus palabras de que, como hombre carnal fue esclavo del pecado: 'Porque lo que hago, no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago'. 'De manera que ya no obro aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí (es á saber, en mi carne) no mora el bien: porque tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago' (Romanos 7:15; 17-19).

"El hecho de que el pecado controla, comprueba de que un hombre es un esclavo; y aunque alguien que comete pecado es un siervo del pecado, la servidumbre llega a ser insoportable cuando el pecador ha tenido una vislumbre de libertad y la desea, sin embargo, no puede romper las cadenas que lo atan al pecado. La imposibilidad del hombre no nacido de nuevo para hacer lo que le gustaría hacer, ya ha sido mostrado en Romanos 8:7, 8 y en Gálatas 5:17.

"Cuántas personas han comprobado en su propia experiencia la verdad de estos pasajes. Cuántos han hecho determinaciones vez tras vez, y sin embargo, sus sinceras resoluciones han probado ser, en presencia de la tentación, tan frágiles como el agua. Ellos no tuvieron ningún poder, y no supieron que hacer; y desafortunadamente, sus ojos no estuvieron puestos en Dios tanto como en ellos mismos y el enemigo. Su experiencia fue una de lucha constante contra el pecado, esto es verdad, pero de derrota constante también.

"¿Llamas tú a esto una verdadera experiencia cristiana? Algunos hay que imaginan que sí lo es. Entonces, ¿por qué el apóstol en la angustia de su alma exclama, '¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?' (Romanos 7:24.) ¿Es una verdadera experiencia cristiana un cuerpo de muerte tan terrible que el alma es obligada a suplicar por liberación? No, en ninguna manera.

"Nuevamente, ¿quién es ese que en respuesta a esta urgente solicitud aparece como un libertador? Dice el apóstol, >Gracias doy á Dios, por Jesucristo Señor nuestro<. En otro lugar él dice de Cristo:—

"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es á saber, al diablo. Y librar á los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos á servidumbre' Hebreos 2:14, 15.

"De este modo, Cristo proclama nuevamente su propia misión:

"El espíritu del Señor Jehová es sobre mí, porque me ungió Jehová, hame enviado á predicar buenas nuevas á los abatidos, á vendar á los quebrantados de corazón, á publicar libertad á los cautivos, y á los presos abertura de la cárcel' (Isaías 61:1).

"Ya han sido mostradas lo que son esta esclavitud y cautividad. Esta es la esclavitud del pecado —la esclavitud de ser compelido a pecar, aun contra la voluntad, por el poder heredado, y las malas propensiones y hábitos adquiridos. ¿Libra Cristo de una verdadera experiencia cristiana? No, en absoluto. Entonces la esclavitud del pecado de la cual el apóstol se queja en el séptimo capítulo de Romanos, no es la experiencia de un hijo de Dios sino la del siervo del pecado. Fue para liberar a los hombres de esta esclavitud que Cristo vino; no para liberarnos durante esta vida de la guerra y contienda, sino de la derrota; para facilitarnos ser fuertes en el Señor, y en el poder de su grandeza, de modo

que nosotros pudiéramos dar gracias al Padre, 'Que nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo; En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados'" (*Christ and His Righteousness*, págs. 85-88).

Más comentarios por este gran predicador son hallados en su libro *Carta a los Romanos*.

"En la segunda parte del capítulo, el apóstol muestra que eso antiguo de la letra es de donde nosotros debemos ser libres. 'Mas yo soy carnal, vendido á sujeción del pecado.' A ese hombre santo, el apóstol Pablo, le declaramos guerra cuando pensamos que él dice que en esto está relatando su propia experiencia cristiana. El no está escribiendo ahora su propia experiencia de que está unido con Cristo. Está escribiendo la experiencia de los que sirven, pero en lo antiguo de la letra, y mientras profesan servir a Dios, son carnales y vendidos a sujeción del pecado.

"Una persona vendida a sujeción del pecado es una esclava. ¿Cuál es la evidencia de esta esclavitud? 'Porque lo que hago, no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago'. . . . 'Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago'. ¿Hemos tenido tal experiencia en nuestra llamada experiencia cristiana? Si, nosotros hemos luchado, pero en toda nuestra lucha, ¿guardamos nosotros la ley? No, hemos fracasado, y está registrado en cada página de nuestra vida. Es un servicio constante, pero al mismo tiempo es un fracaso constante.

"Soy derrotado, hago una nueva proposición, —la violo, y luego me desanimo, entonces hago otra proposición, y violo eso otra vez. Nosotros no podemos decidir por sí mismos hacer la cosa que deseamos al hacer una proposición. No deseamos pecar, pero cometemos pecado todo el tiempo. En la mente proponemos no caer bajo la tentación otra vez, y no lo hacemos —hasta que la próxima ocasión venga, entonces caemos como antes.

"Cuando estamos en esta condición, ¿podemos decir que tenemos esperanza, y nos gozamos en la gloriosa esperanza de Dios? Nosotros no oímos tales testimonios, —es solamente lo que deseamos hacer, y lo que hemos fallado en hacer, pero intentamos hacerlo en el futuro. Si una persona tiene la ley ante ella, y reconoce que ella es buena, y con todo no observa sus preceptos, ¿es su pecado inferior a la vista de Dios que el pecado del hombre que pasa por alto la ley? No.

"¿Cuál es la diferencia entre el que quiere ser cristiano, que conoce la ley, pero no la guarda, y el mundano que no guarda la ley y no reconoce que ella es buena? Simplemente esto: Nosotros somos esclavos involuntarios, y ellos son esclavos voluntarios. Pasamos todo el tiempo distraídos y angustiados, nada obteniendo de la vida, mientras que el mundano no se preocupa en lo más mínimo.

"Si alguien va a pecar, ¿es él mejor que el mundano que no sabe que hay tal cosa como libertad, que ser el hombre que sabe que hay libertad pero que no puede obtenerla? Si se consigue ser esclavo, si nosotros debemos vivir en los pecados del mundo, entonces es mejor estar en el mundo, participando de sus placeres, que estar en una esclavitud miserable, y no tener la esperanza de la vida venidera.

"Pero gracias a Dios, que nosotros podemos tener libertad. Cuando la vida llega a ser insoportable a causa de la esclavitud del pecado, entonces eso es lo que podemos esperar, porque nos induce a preguntar, '¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?' Nótese; hay liberación. 'Gracias doy á Dios por Jesucristo Señor nuestro'. Cristo vino para que nosotros pudiéramos tener vida. En El está la vida. El es plenitud de vida, y cuando estamos muy enfermos de este cuerpo de muerte y deseamos morir para ser librados de él, entonces podemos rendirnos a Cristo, y morir en El; y con nosotros muere el cuerpo de muerte. Entonces somos resucitados con Cristo para caminar en nueva vida, pero Cristo que no es el ministro de pecado no resucitará el cuerpo de muerte; así que es destruido, y nosotros somos libres" (Caria a *los Romanos*, 11:12-14).

Algunos señalan la declaración en *El Ministerio de Curación*, págs. 358, 359, como siendo un paralelo de Romanos 7, pero al hacerlo fallan en ver algunas distinciones vitales *entre* lo que es descrito *aquí* y en la experiencia de Romanos 7.

"La vida del apóstol Pablo fue un constante conflicto consigo mismo. Dijo: 'Cada día muero' (2 Corintios 15:31). Su voluntad y sus deseos estaban en conflicto diario con su deber y con la voluntad de Dios. En vez de seguir su inclinación hizo la voluntad de Dios, por mucho que tuviera que crucificar su naturaleza".

La vida de Pablo se describe correctamente aquí como siendo una batalla constante contra su propia voluntad y deseos. Romanos 7 es también una lucha por hacer la voluntad de Dios. En base a esto, la mayoría razona como sigue:

"La vida de Pablo como un cristiano fue un conflicto. *Romanos 7* es una lucha. Por lo tanto, Romanos 7 fue la experiencia de Pablo como cristiano". Esto es semejante a decir, "A los americanos les gustan las sandías. A John Williams le gusta las sandías. Por lo tanto, John Williams es americano".

Cuán rápidamente la falacia de este segundo argumento es discernido. Así debe ser la de la primera proposición. La batalla ilustrada en *Romanos 7* no es ciertamente la misma como la que Pablo soportó durante toda su vida cristiana. La mayor diferencia es rápidamente evidente. En Romanos 7 no hay victoria, ningún cumplimiento, ningún servicio a Dios, mientras que en la vida de Pablo se ". . . hizo la voluntad de Dios, por mucho que tuviera que crucificar su naturaleza".

Lo que se pasa por alto es el hecho de que hay más de dos clases de conflictos a través de los cuales pasan los seres humanos. Todo el que se propone dejar el mundo y entra en la familia de Dios, se halla en seguida envuelto en un conflicto en el que conoce solamente derrota, por la simple razón de que está en esclavitud a un poder mayor que el suyo. Su vida es una continua lucha contra el pecado, pero es también un invariable fracaso y frustración.

Sin embargo, una vez es obtenido el nuevo nacimiento, esta batalla termina, pero otra toma su lugar, la última es la lucha contra los deseos de la carne como distinta contra el poder del pecado. Es un infortunio que la mayoría es incapaz de distinguir entre estas dos cosas, de suerte que están listos para pensar de ellas como siendo lo mismo. Esto no es así, y es enteramente importante que las diferencias sean entendidas.

La manera más simple para hacer la distinción clara es usar la ilustración de la enfermedad física. Todos los que están enfermos saben que una enfermedad en ellos es un poder que los gobierna contra su voluntad y deseos. El trabajo importante no puede ser hecho, no pueden ser atendidos los compromisos, no se puede gozar de los placeres, y serias pérdidas son sostenidas bajo el dominio de este despótico gobernante. Pero la enfermedad *en* la carne no es la carne en sí. Es un invasor que ha llegado a posesionarse. Cuando la enfermedad es vencida y erradicada del cuerpo, el organismo de carne y sangre está todavía allí imponiendo su propia clase particular de restricciones y cargas sobre el individuo. Todos reconocerán el impedimento de debilidad, la carencia de energía e indisposición características de la carne, que hace imposible de realizar todo lo que desearíamos. No es difícil ver que la lucha contra la enfermedad presente es diferente de la lucha contra la debilidad y deficiencia de nuestros cuerpos cuando la enfermedad no está presente.

Así es en lo espiritual. El pecado morando en la persona es un amo. El no es el cuerpo de carne y sangre en sí, sino un invasor que vino a tomar posesión. Mientras habita en el cuerpo, el es un gobernante, y nosotros no podemos lograr ninguna aspiración en cuanto a vivir justamente. Este es el problema de esclavitud que tiene que ser resuelto antes de entrarse en la libertad y el cumplimiento, y el vivir cristiano llegue a ser el gozo del creyente.

Pero cuando esta transición toma lugar, el cuerpo débil y pecador de carne y sangre está todavía allí, no solamente limitado por su debilidad, sino realmente buscando conducir la mente de lo más altos propósitos de excelencia espiritual a los niveles más bajos de sensualidad carnal. Es contra esta tendencia, no la enfermedad presente del pecado, que el cristiano debe luchar día tras día. Pero, si él es un verdadero hijo de Dios como fue Pablo, entonces la voluntad de Dios será hecha no importa cuánto cuesten los deseos de la carne.

Una vez la mente es abierta para ver que hay tal problema de esclavitud, es sorprendente cómo en todas las Escrituras se le hace referencia, se describe o se le ilustra como siendo un problema básico que tiene que ser vencido. *Romanos 7* es quizás la mejor descripción escrita de ella, pero sin duda la mejor ilustración real es la situación de los israelitas mientras fueron esclavos de los egipcios. Lo que esas personas fueron en su esclavitud física, es una ilustración exacta de lo que es un individuo en la esclavitud espiritual, que conoce la voluntad de Dios y busca cumplirla.

Una comparación cuidadosa será hecha ahora entre la lección objetiva y la reproducción espiritual.

"La liberación de Israel del yugo egipcio era una lección objetiva de la redención, que la Pascua estaba destinada a recordar" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 57).

"La pascua había de ser tanto conmemorativa como simbólica. No sólo recordaría la liberación de Israel, sino que también señalaría la liberación más grande que Cristo habría de realizar para libertar a su pueblo de la servidumbre del pecado" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 281).

Había entre los israelitas dos clases de gente; los que debido a la larga sujeción a las condiciones privatorias de esclavitud estaban espiritualmente muertos, y los que retenían todavía una conciencia de respeto por los principios del reino de Dios y ansiosamente deseaban escapar de la esclavitud, a fin de que pudieran servir verdaderamente a Dios. La primera clase aborrecía su condición solamente por causa de la dureza personal y privación que les costaba, mientras que la última clase estaba preocupada en mucho más que esto, es a saber, en la honra por la causa del reino de Dios.

Esta última clase sabía algo del propósito de Dios para Israel, entendía en términos limitados los elevados principios de la ley, y quería ser libre de la esclavitud. Como tales representan la clase descrita en *Romanos 7*.

Estas personas eran los hijos de Abraham, y habían sido llamados a la existencia con el propósito de fundar el reino de Dios en la tierra. Ellos entendían esto y anhelaban hacerlo, pero cada día dedicaban todo su tiempo, fuerzas, energías, y talentos para construir el imperio de Faraón, que en efecto era construir el reino del diablo.

Esto hace surgir la pregunta, *¿Por qué lo hacían ellos?*

La mayor parte del trabajo era arduo y desagradable. Ellos tenían que trabajar bajo las peores condiciones del polvo, moscas, calor y otras incomodidades. No podían descansar de sus tareas porque sus amos permanecían sobre ellos continuamente, siempre listos para azotarlos si ellos fallaban en hacer el trabajo en las mejores condiciones. Virtualmente ellos no eran pagos.

Había solamente una razón por la cual hacían lo que hacían, y ésta era debido a *lo que ellos eran*.

Ellos eran esclavos.

Esto los dejaba sin ninguna elección sobre el asunto. Ellos tenían que trabajar o morir. Qué descripción perfecta es esta de las palabras usadas por Pablo en *Romanos*. Óigase al torturado israelita llorando y quejándose:

"Yo sé lo que es justo y he puesto mi mente para hacer eso, pero soy un esclavo vendido a los egipcios. Por consiguiente, las cosas que deseo hacer no las puedo hacer, mientras aquellas que aborrezco, encuentro que las estoy haciendo. Yo veo entonces que no es mío el hacerlo, sino el amo que gobierna sobre mí. Soy un miserable hombre, ¿quién me librará de la carga de esta esclavitud?"

Pero los años transcurrían y ellos no hallaban solución. Las generaciones morían en esta fatal condición. Durante ese tiempo los israelitas conscientes y temerosos de Dios buscaban el perdón divino de sus pecados y de su desagradable servicio al diablo. Con qué dramatismo y claridad muestran sus experiencias la inutilidad de buscar resolver este problema buscando el perdón de Dios.

Imagínese a un agonizante esclavo regresar a su hogar al final de los largos y duros días para comer su escasa cena y prepararse para el descanso de la noche. Su acto final sería arrodillarse al lado de su cama y orar a su Dios. El revisaría los eventos de ese día y con toda honestidad vería que no había estado gastando sus poderes y recursos en la edificación del reino del Todopoderoso. Con profundo y sincero arrepentimiento, él confesaría este pecado delante de Dios y suplicaría su perdón. No es necesario formular preguntas en cuanto a la sinceridad de este arrepentimiento, porque era de una clase completamente aceptable a Dios.

En simple fe él *creería* que había sido perdonado y dormiría seguro de esto, pero este problema no había sido resuelto. Cuando la oración terminara, él sería todavía un esclavo. El dormiría y se despertaría todavía en la misma condición, y debido a esto, tenía que regresar al servicio mismo el día siguiente. De este modo, su vida era un continuo pecar y confesar, pecar y confesar porque el problema real, esclavitud, no fue resuelto.

Hay muchos miles hoy, que sinceramente desean servir al Señor, pero reconocen al final del día que realmente estaban sirviendo al enemigo de Dios. Con tristeza de corazón, revisan los eventos del día y se confiesan por no haber caminado en justicia. Ellos piden perdón por eso, y creen que han recibido perdón por estos pecados, y luego van a dormir. Pero al día siguiente encuentran que las cosas no son diferentes. Los problemas mismos se declaran, los pecados mismos son repetidos, y el perdón tiene que ser buscado una vez más. Hay una razón por esto, y es que simplemente pidiendo perdón no se resuelve el problema de esclavitud. Algo más que esto es necesario. Sólo hasta que

Dios fue habilitado para revelar esto a los israelitas, la triste repetición de frustración continuaba. De igual manera, hasta que el individuo que desea ser hijo de Dios comprenda y aplique la solución adecuada al problema de esclavitud, continuará sufriendo derrota.

La reflexión sobre el problema afrontando a los israelitas rápidamente convencerá que el ejercicio de la voluntad no provee una solución para este problema. Si los esclavos de entonces como individuos, o como un todo, hubieran decidido que se negarían a obedecer a los amos, y hubieran arreglado sus pertenencias y salida para la tierra prometida, no habrían tenido éxito. En cambio, habrían sido puestos en un servicio más arduo. Los hijos de Abraham no tenían poder con el cual vencer a sus opresores.

Asimismo, la voluntad no puede hacer frente al poder del pecado. Nadie que ha buscado resistir al poder presente del pecado con la fuerza de su propia voluntad necesita convencerse de esto. Una serie interrumpidas de derrotas es suficiente conclusión. La mente carnal es tan déspota, arrogante y obstinada como el amo en Egipto. Ella anula totalmente la voluntad para servir a los clamores de la naturaleza humana caída y pecadora. Ella ". . . es enemistad contra Dios; porque no se sujeta á la ley de Dios, ni tampoco puede" (Romanos 8:7).

La estricta definición de la palabra "carne", es "carnal", guiando a muchos a suponer que se hace referencia a la mente intelectual en este versículo. Esto no puede ser, porque esa mente puede ser traída en sujeción a la ley de Dios. En hecho, a través de *Romanos 7* es vista como estando en armonía con la ley y conducida por fuertes deseos a observarla. Pero la mente a la que se refiere Romanos 8:7, no puede ser traída en sujeción a la voluntad de Dios. Esto es tan imposible como es para el espino producir rosas o para la zarza producir uvas. Esta es otra mente, incluso la mente del poder, que, habitando en la carne sin ser la carne en sí, gobierna al pecador contra su voluntad. Es la simiente de Satanás, y por herencia, la posee toda persona que no ha sido liberada de ella. Es imposible entrar en este mundo sin esta terrible herencia. La razón de llamarse mente carnal, es porque está dedicada a servir a la carne, no que ella sea en sí la mente carnal.

Mientras es verdad que esta mente o naturaleza no puede servir a Dios, no es verdad que ella no puede prometer hacerlo. En forma de lección objetiva estas verdades vitales, las distinciones entre la carne, la mente intelectual o razonadora, y el poder del pecado, son fácilmente vistas como nos son dadas en la escena egipcia.

Todo israelita tenía un cuerpo de sangre y carne que era en hecho el instrumento por medio del cual se realizaba el servicio de Satanás. En ese cuerpo estaba el departamento de la mente, en donde él formaba sus deseos basados en su educación. Debido a que la esclavitud imponía sufrimiento y limitaciones sobre él, deseaba poderosamente en

esa mente ser libre. Este deseo no era suficiente en sí para darle tal libertad, porque estaba el tercer elemento, el amo, que gobernaba sobre él y mantenía su autoridad porque era más poderoso que el esclavo.

En esta ilustración el amo es una entidad separada, operando afuera de la víctima, ya que, en el reino espiritual como en lo físico, sus reproducciones, es decir, el poder del pecado y enfermedad respectivamente, moran en el interior y funcionan desde allí.

Faraón era el principal de todos los amos quienes en realidad ejecutaban su voluntad, siendo él el nervio central y ellos la extensión de su riqueza y poder. En todas sus reacciones y proceder, él manifestó el carácter y la función exacta de la mente carnal, porque nada servía para traerlo a la conformidad con la voluntad de Dios. Por urgentes que fueran las súplicas, horrendas las amenazas, o terribles las destrucciones, él no vendría y no vino a la armonía con Dios. (Nosotros no negamos que como una persona él pudo haber hecho esto. Lo que está siendo presentado aquí es la idea de que su conducta tipifica perfectamente la de la mente carnal.)

Hubo momentos durante todas las presentaciones cuando él prometía a Dios que dejaría ir al pueblo, pero nunca cumplió esas promesas. Cuando por fin los dejó libres, fue solamente porque su poder que los detenía había sido roto.

Como se comportó Faraón en ese tiempo, desde entonces lo hacen los que son esclavos de la mente carnal. Cuando la muerte amenaza como un resultado de una vida de pecado, promesas piadosas son hechas a Dios de servirle fielmente y para siempre, pero en el momento que el peligro pasa, el asunto es tratado livianamente y las promesas olvidadas. Un excelente ejemplo es suministrado en el reporte siguiente hecho por Ellen White cuando ella hizo un viaje por barco desde la costa atlántica de Portland, Maine, a Boston, Massachusetts alrededor de 1846.

"Pocas semanas después, en nuestro viaje para ir a Boston, nos embarcamos en Portland. Sobrevino una violenta tempestad y corrimos grave riesgo. El barco se balanceaba temerosamente, y las olas chocaban en las ventanas de la cabina. Había gran temor en las damas que estaban allí. Muchas confesaban sus pecados, y clamaban a Dios por misericordia. Algunas suplicaban a la virgen María para que las guardara, mientras hacían votos solemnes a Dios que si llegaban a tierra ellas consagrarían sus vidas a su servicio. Era una escena de terror y confusión. Mientras el barco oscilaba, una dama se acercó a mí y me dijo: '¿No estás tú aterrada? Es un hecho, supongo, que nunca podamos llegar a tierra'. Yo le dije que había hecho de Cristo mi refugio, y si mi trabajo estaba hecho, yo podría descansar también en el fondo del océano como en cualquier otro lugar; pero si mi trabajo no estaba hecho, todas las aguas del océano no podrían arrastrarme. Mi confianza estaba en Dios; El nos llevaría seguros a tierra si esto era para su gloria.

"En esta ocasión yo valoré la esperanza del cristiano. La escena delante de mí trajo vividamente a mi mente el día de la ira del Señor, cuando la tormenta de su ira venga sobre el pecador. Entonces habrá clamores y llanto de angustia, confesión de pecado, ruegos por misericordia cuando será demasiado tarde. 'Por cuanto llamé, y no quisisteis; extendí mi mano, y no hubo quien escuchase; antes desechasteis todo consejo mío, y mi reprensión no quisisteis: También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis'.

"Por la misericordia de Dios todos arribamos seguros. Pero algunos de los pasajeros que manifestaron mucho miedo en la tormenta no hicieron ninguna referencia a ella, para no dar importancia a sus temores. Una dama que con solemnidad había prometido que si era preservada para ver tierra ella sería una cristiana, fingidamente exclamó cuando dejó el barco: '¡Gloria a Dios, me siento feliz de pisar tierra otra vez!' Yo le pedí que mirara a las horas pasadas, y recordara sus votos hechos a Dios. Ella se alejó de mí con una burla.

"Yo fui obligada a recordar el arrepentimiento en el lecho de muerte. Algunos se sirven a sí mismos y a Satanás durante toda su vida, y luego cuando las enfermedades los rinde, y un temor de incertidumbre está delante de ellos, manifiestan preocupación por el pecado, y quizás, dicen ellos, desean morir, y sus amigos les hacen creer que han sido verdaderamente convertidos e idóneos para el cielo. Pero si se recuperaran, ellos serían tan rebeldes como siempre. Estoy recordando a *Proverbios* 1:27, 28: 'Cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia, entonces me llamarán, y no responderé; buscarme han de mañana, y no me hallarán'" (*Testimonies*, tomo 1, págs. 80-82).

Esclavitud es un problema crucial y tiene que ser resuelto. Cristo ha hecho amplia provisión para resolverlo. Por ejemplo, nosotros tenemos la promesa donde El dice:

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (S. Juan 8:32, 36).

Este es el deseo de Dios para cada persona en la tierra, y será la realización de todos los que se aferren de las provisiones divinas por lo cual puede ser obtenida.

"Todo aquel que rehusa entregarse a Dios está bajo el dominio de otro poder. No es su propio dueño. Puede hablar de libertad, pero está en la más abyecta esclavitud. No le es dado ver la belleza de la verdad, porque su mente está bajo el dominio de Satanás. Mientras se lisonjea de estar siguiendo los dictados de su propio juicio, obedece la voluntad del príncipe de las tinieblas. Cristo vino a romper las cadenas de la esclavitud del pecado para el alma. 'Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres'. 'Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Je-

sús —se nos dice— me ha librado de la ley del pecado y de la muerte' (*Romanos* 8:2).

"En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios, el hombre está libre para elegir a quien ha de servir. En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad. La expulsión del pecado es obra del alma misma. Por cierto, no tenemos poder para librarnos a nosotros mismos del dominio de Satanás; pero cuando deseamos ser libertados del pecado, y en nuestra gran necesidad clamamos por un poder exterior y superior a nosotros, las facultades del alma quedan dotadas de la fuerza divina del Espíritu Santo y obedecen los dictados de la voluntad, en cumplimiento de la voluntad de Dios" (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 431, 432).

La Solución de Liberación

El problema A es esclavitud. Su equivalente solución es liberación. Sería de poco valor explicar la naturaleza de un problema si no fuera posible ofrecer un remedio seguro y efectivo para él, porque esto estimularía un deseo de libertad que, no siendo posible, sólo intensificaría el sufrimiento experimentado en la continua servidumbre.

Al mismo tiempo es importante que el problema sea global, y con todo simplemente entendido, a fin de que lo adecuado de la solución pueda ser comprensible e inteligentemente aplicada. Un intento fue hecho para lograr este nivel de comprensión en el último capítulo aunque no fue una exhaustiva consideración del tema. Sin embargo, es juzgado lo suficiente para abrir el tema y proveer un trampolín de información básica del cual el estudiante diligente puede lanzarse en el más profundo y más amplio examen del tema.

En todo caso, se ha presentado información suficiente sobre el problema, que facilita un estudio de la solución a seguir. Dios nos ha bendecido con una lección objetiva en la opresión egipcia y en la salida de los israelitas, lo cual ilustra no sólo el problema de esclavitud, sino que revela paso por paso el proceder que constituye el remedio para el problema.

El bosquejo de esos pasos nos es dado en la instrucción que Dios envió al pueblo por medio de Moisés. Esto comenzó con las órdenes de escoger y apartar un cordero en el décimo día del primer mes.

"Y habló Jehová á Moisés y á Aarón en la tierra de Egipto, diciendo: Este mes os será principio de los meses; será este para vosotros el primero en los meses del año. Hablad á toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de aqueste mes tómease cada uno un cordero por las familias de los padres, un cordero por familia: Mas si la familia fuere pequeña que no baste para comer el cordero, entonces tomará á su vecino inmediato á su casa, y según el número de las personas, cada uno conforme á su comer, echaréis la cuenta sobre el cordero. El corde-

ro será sin defecto, macho de un año: tomaréislo de las ovejas ó de las cabras" (Exodo 12:1-5).

Sin embargo, hay otro requerimiento no mencionado en estos versículos, pero se incluye en otra parte, y era que ningún varón podía participar de esta fiesta a menos que fuera primero circuncidado. Este punto no puede ser omitido, porque tiene una relación más importante con el todo y tiene su reproducción en los pasos que nosotros debemos dar hoy.

"Mas si algún extranjero peregrinare contigo, y quisiere hacer la pascua á Jehová, séale circuncidado todo varón, y entonces se llegará á hacerla, y será como el natural de la tierra; pero ningún incircunciso comerá de ella" (Exodo 12:48).

Era ley de Dios de que ningún incircunciso podía participar de la pascua. Durante el largo período cuando los israelitas vagaban en el desierto, el rito de la circuncisión y la pascua fue quitado de ellos. Cuando ellos pasaron el Jordán bajo la dirección de Josué, fueron reintroducidas estas dos ceremonias, la pascua siendo celebrada sólo después que la circuncisión había sido realizada. Véase *Josué* 5:1-11.

Una cuidadosa consideración confirma que había seis requerimientos para ser cumplidos antes que obtuvieran libertad de la esclavitud.

1. Todo varón debía ser circuncidado;
2. Un cordero sin tacha debía ser escogido el día diez del primer mes;
3. El cordero era sacrificado el día catorce;
4. Luego su sangre era rociada en los postes y dinteles de las puertas de sus casas.
5. El cordero era comido con pan sin levadura;
6. El primogénito de Egipto moría.

A menos que cada uno de estos pasos fueran dados *exactamente como el Señor lo especificaba*, ellos no obtendrían su libertad. Por ejemplo, supóngase que los israelitas hubieran cumplido fielmente los primeros cinco requerimientos sin que nada hubiera faltado, pero el primogénito de Egipto no hubiera muerto. Ellos no habrían salido libres. *Habrían permanecido en esclavitud tan completamente como si nada hubieran hecho*. Este punto necesita ser enfatizado, porque es importante que pueda ser visto por todos. Sólo cuando ellos hubieran llevado a cabo fielmente las primeras cinco órdenes, y el primogénito de Egipto hubiera muerto, podían salir de la tierra de esclavitud, y no antes.

Cada uno de estos pasos tiene su reproducción en la liberación espiritual de la tierra del pecado. Cada paso tiene que ser entendido y dado en su orden hasta que cada uno sea ejecutado. Si las primeras cinco condiciones hubieran sido cumplidas sin la última, entonces habrían descubierto que la esclavitud permanecía exactamente tan completa como si nada hubiera sido hecho. Si estas verdades no son entendidas, entonces un peligroso engaño se fijará en la persona que asume que

algunos pasos han sido dados, un crédito por lo tanto ha sido ganado, y que los pies han sido establecidos en el camino al cielo.

Si la lista anterior es considerada, será rápidamente visto que cuando los israelitas habían sido circuncidados, aun cuando esto era un paso vital, ellos no obtuvieron entonces su libertad. Así era con cada uno de los requerimientos subsiguientes. Por ejemplo, cuando el cordero fue escogido y sacrificado, ellos no tenían más libertad de la que tuvieron antes de ser circuncidados. Ellos no eran liberados poco a poco. Fue hasta que toda especificación había sido cumplida con exactitud como Dios ordenó, que fueron libres de la servidumbre. Era el todo o nada de la situación.

Así es también en el Evangelio. El pecador no es puesto libre progresivamente. Su liberación le es completamente dada después que todos los pasos vitales hayan sido dados, y no antes. Mientras esos requerimientos están siendo cumplidos, la servidumbre al pecado permanece, y es hasta que repentina y completamente se cumplan todas las condiciones, que es suya la libertad.

Entonces la salvación del pecado no es lograda en un simple paso. Antes, una serie de pasos es requerida, y cada paso dado es esencial para el éxito del proceso entero. No es porque Dios decidiera arbitrariamente que nosotros seamos puestos a través de ciertos pasos para su satisfacción. Esclavitud es un problema para el cual una satisfactoria y próspera solución ha de ser hallada. Dios solo tiene la sabiduría para concebir el plan y el poder para efectuarlo. Cada parte de la solución está allí porque tiene que ser, no porque Dios simplemente escogiera que tenía que ser. Esto llegará a ser más aparente mientras cada punto es examinado, comenzando con el primero y avanzando en el orden correcto hacia el último.

Circuncisión

En términos inequívocos el Señor especificó que ". . . ningún incircunciso comerá de ella" (Exodo 12:48). Mientras le es posible a una persona que no ha sido físicamente circuncidada comer la pascua literal, es completamente imposible que esto sea hecho en la reproducción espiritual por la simple razón de que la circuncisión simboliza una posición a la que el hombre debe venir antes de que la bendición de la salvación sea recibida. Exactamente como la carne era separada, así, de la vida del suplicante tiene que ser cortado lo que impide la obra del poder divino en su experiencia. Para entender esto, debe estudiarse el simbolismo contenido en la antigua ceremonia.

La primera mención de la circuncisión es en Génesis 17, cuando Dios la introdujo a Abraham. En este tiempo, el Señor específicamente le enseñó a su siervo lo que este rito era. Y era ". . . por señal del pacto entre mí y vosotros" (Génesis 17:11).

Cualquier persona que se negara a ser circuncidada ". . . será borrada de su pueblo; ha violado mi pacto". Versículo 14.

En el libro *Patriarcas y Profetas* pág. 379 hay una declaración que confirma que la circuncisión es una *señal* del pacto.

Manténgase con claridad en mente esta verdad, porque este rito no era un símbolo del nuevo nacimiento, o de la muerte del viejo hombre, sino solamente del pacto formado entre el hombre y Dios. Era el eterno o nuevo pacto formado entre Dios y Adán en el jardín del Edén, expresado en la maravillosa promesa de *Génesis* 3:15, y reiterado a Abraham antes del nacimiento de Isaac. Ciertamente no es el símbolo del viejo pacto de obras por lo cual los seres humanos buscan asegurar la salvación por sus propios esfuerzos.

El *pacto* eterno no es *salvación en sí mismo*. Es el *acuerdo* a través del cual la salvación puede ser obtenida. Esta es una distinción importante. Si hay dificultad de ver esto, el problema será clarificado en la descripción suministrada en la formación de un contrato para un edificio. Un hombre necesita tener una casa construida, otro hombre la construirá. Primero, los dos formarán un contrato entre ellos. *Pero esto no es el edificio en sí*. El contrato es formado antes de comenzar la construcción, y ningún trabajo se iniciará hasta que el contrato haya sido hecho. Exactamente así, ninguna obra salvadora comienza en nosotros *hasta que el pacto haya sido formado entre nosotros* y Dios.

Hay un significado considerable en la determinación de la introducción de la circuncisión. En hecho, el significado entero de él será difícilmente comprendido a no ser que sea estudiado en el contexto de su introducción.

Para Abram y Sarai la promesa había sido dada de que ellos tendrían un hijo a quien ellos reconocerían como el primogenitor del Mesías. Por lo tanto, sabían que la salvación de la humanidad dependía de la aparición de este prometido. Nada había en la vida que ellos desearan más que esto, pero, cuando los años pasaron y la promesa tardó, comenzaron a expresar palabras de incredulidad en Dios.

Esto solamente servía para hacer una situación peor, porque era por fe y fe sola que el niño podía nacer. No obstante, ellos tenían algo de fe. Fue por fe que ellos dejaron la tierra de Ur y siguieron la orden de Dios para ir a un país que El les mostraría.

"Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir por heredad; y salió sin saber dónde iba" (*Hebreos* 11:8).

Esto requería gran fe, pero, mientras ellos tenían fe para alcanzar este nivel, no tenían esa fe para creer que Dios podía y ponía vida donde había muerte. Sarai era incapaz de concebir hijos, y Dios es el único que podía poner vida en la suya donde la muerte reinaba. Cuando Dios hizo la promesa de que ellos tendrían un hijo de promesa, conocía el

problema que lo confrontaría con respecto a la esterilidad de Sarai. Pero, El hizo la promesa justamente lo mismo, porque conocía eso, y con tal de que Abram y Sarai se asieran por la fe a esa palabra, El podría y pondría la capacidad para concebir hijos en ella.

Las Escrituras contienen muchas promesas de Dios de que nos dará las capacidades para efectuar las obras de justicia. Cuando estas palabras nos llegan, estamos en una condición donde la muerte reina en nosotros. Mientras eso esté allí, no hay posibilidad de proceder en justicia. Pecado y pecado solo es producido por medio de tales vidas. Cuando nos damos cuenta de esto, perdemos la esperanza de lograr el glorioso ideal trazado en la Palabra de Dios, nos vemos nosotros mismos como estando tan lejos de esto como se vio Sarai en concebir a Isaac.

Pero, aliéntese el corazón con el conocimiento de que Dios era plenamente consciente de todos los problemas cuando hizo la declaración de que nos guiaría en sendas de justicia por amor a su nombre. El sabía exactamente lo que era necesitado y que tenía la plenitud del poder con el cual lograrlo.

Cuando la fe de Abram y Sarai no tuvo la capacidad para alcanzar el punto de aferrarse a Dios como el dador de la vida, entonces se volvieron a sus propias obras y planearon lograr el objetivo mismo. Sarai vino a su esposo, con franqueza le confesó su propia esterilidad, y le propuso que tomara otra mujer para que por medio de ella obtuviera este hijo de la promesa.

"Dijo, pues, Sarai á Abram: Ya ves que Jehová me ha hecho estéril: ruégote que entres á mi sierva; quizá tendré hijos de ella. Y atendió Abram al dicho de Sarai" (Génesis 16:2).

A través de este medio ellos obtuvieron un hijo pero no de Dios ni uno que El pudiera aceptar como el que había planeado y prometido. Sin embargo, había mucho acerca de esto que naturalmente les aseguraba, en el momento, que ellos estaban cumpliendo la voluntad de Dios y que estaba complacido con ellos.

Ellos tenían fe en Dios, que El había planeado su salvación, que ellos eran sus hijos, y que al final los llevaría al cielo. Conocían también un hecho muy importante, a saber que, debido a que Dios se había comprometido verbalmente en ser esa la manera, un hijo había de nacer de ellos. Si esto no sucedía, entonces el plan que Dios había formulado no funcionaría. Mientras Dios podía iniciar proyectos alternativos sobre el fracaso de esto, esta honorable pareja sabía que semejante fracaso les costaría la eternidad, porque significaría que ellos no tendrían parte del plan de salvación. Esta suerte iba a sobrecoger a muchos israelitas más tarde, quienes, por causa de su incredulidad, eran privados de una parte en un plan que había de ser descartado, y por consiguiente, ellos perderían su vida eterna.

Conociendo estas implicaciones se impuso sobre Abran y Sarai un sentido de interés que el plan sería llevado a cabo prósperamente. Ellos deseaban esto rápido. Anhelaban la venida del Mesías, y aspiraban a ser salvos. Por lo tanto, cuando los años pasaban y el niño no aparecía, su ansiedad correspondiente aumentaba. El problema era más complicado por el aumento de sus edades, lo cual les decía que las posibilidades no eran animadoras sino que se desvanecían. Finalmente, concluyeron que la única oportunidad que permanecía era de que ellos volvieran a sus propias ideas. Perdieron de vista el hecho de que el Señor había sido consciente de todos los problemas cuando formó el plan y los escogió para que participarán de él. Fe en Dios como el único que conoce exactamente lo que está haciendo y que lo hará a su debido tiempo, los habría inducido a descansar en la seguridad de que el plan sería ejecutado y que ellos no morirían hasta que fuera llevado a cabo, aun si ellos tuvieran que haber vivido mil años o más.

El paso que ellos dieron puede ser bien comparado con un hombre que ahogándose hecha mano de una paja. La ley natural certifica que una paja no posee la capacidad flotante para ayudar a un ser humano, así que esta medida no puede salvarlo. De igual manera, lo que Abram y Sarai hicieron no podía nunca cumplir los requerimientos del plan. Por lo tanto, ellos realmente estaban más lejos que cerca de su cumplimiento, cuando Ismael fue concebido. Sólo Dios podía poner vida donde había muerte en Sarai. No era que El reservara arbitrariamente esta función para El. Era porque El solo tenía el poder para hacerlo. Por lo tanto, la solución inventada por Abram y Sarai no tenía posibilidad de ejecutar el plan.

Pero el mal consistía en el hecho de que para ellos *parecía que lo cumplía*. Hubo aspectos en la situación que daba la apariencia de ser enteramente de Dios. Sus motivos eran impecables. Ellos tenían en mente el mejor interés en la causa de Dios y estaban preparados para hacer los más altos sacrificios para asegurar su éxito. Sacrificio es una parte indispensable en la verdadera religión, y este sentir no faltaba en las dos vidas de estas nobles personas. Desde el mismo comienzo cuando Dios les requirió salir de Ur de los caldeos, la más próspera y holgada civilización de ese tiempo, donde sus amigos e intereses comerciales permanecían, ellos habían salido sin vacilar a un futuro incierto y a una tierra desconocida. Familiares, amigos, y todo un brillante porvenir comercial fue al crisol del sacrificio.

Esos notables pasos fueron eclipsados por el admirable espíritu de sacrificio exhibido por Sarai cuando ella con sinceridad y respeto propuso a Abram que tuviera el hijo con otra mujer. Solo una mujer que cuyo amor por Dios y su causa trascendía sus instintos naturales, podía hacer lo que ella hizo. Ninguna persona que vuelve a sus propias obras o invenciones para hacer la obra de Dios, puede vivir sin un suministro libe-

ral de seguridad propia. Abram y Sarai, habían hallado en su espíritu dedicado y sacrificio propio mucho para asegurar que lo que estaban haciendo agradaba a Dios. Después de todo, ellos razonaron, ¿cómo podía Dios hacer otra cosa más que aprobar lo que era hecho para El a semejante costo? No obstante, ellos debían aprender la lección perdida por muchos y percibida por pocos, que la posesión de tan loables atributos no necesariamente santifica todo aquello que es hecho. Ellos pueden conducir a una persona a intentar cumplir la cosa correcta de la forma equivocada, como lo hizo Abram y Sarai, y todos aquellos que están en la fase de Romanos 7.

En ambas situaciones, el intento es producir vida de eso que ya existe, pero esto es una imposibilidad, porque la necesidad real es producir vida en donde nada existe. Sólo Dios puede hacer esto. Por lo tanto, la fe tiene que extenderse más allá de lo que es requerido a uno para dejar sus familiares, amigos y país; más allá de la creencia en la Palabra de Dios, importante como esto es; y de la convicción de que Dios nos salvará en el fin. Tiene que ascender hasta el punto de percibir la certidumbre de que Dios puede y pondrá vida donde hay muerte.

Para llegar a este nivel, puede tomar largo tiempo a un candidato para la vida eterna. Después del proyecto por parte de Abram y Sarai para producir el hijo, pasaron trece años de silencio divino durante los cuales ellos continuaban cultivando lo que era el producto de sus propias obras. Este intervalo era necesario para que el sentido de inutilidad pudiera penetrar la confianza de esta pareja. De esa manera, se permite que la experiencia de Romanos 7 continúe hasta tal tiempo, mientras el pecador que lucha se da cuenta de que la victoria no viene por estos medios.

Entonces Dios vino a Abram y reiteró la promesa del pacto. En el punto mismo explicó el significado del rito de circuncisión que fue introducido en este tiempo.

A través de esta ceremonia Dios estaba enseñando a Abraham, como era ahora llamado, que él había usado equivocadamente el instrumento humano de su carne en su búsqueda de justicia. Esa carne ahora tenía que ser circuncidada, o recanalizada en el verdadero servicio de Dios. Abraham debía renunciar enteramente a todo interés en Ismael como el hijo de la promesa, debía dejar todo esfuerzo para obtener justicia por sus propias invenciones y, en cambio, confiar en el poder de Dios para hacer lo que El había prometido que haría.

Era un punto de transición de la manera de Abram buscar justicia, a la manera de Dios. Únicamente si Abraham y Sara entendían y aceptaban dónde habían estado equivocados y abiertamente rechazaban eso en favor de la manera de Dios, podían ellos recibir la promesa. El nacimiento de Isaac dependía de eso. Así es con el hombre en *Romanos* 7. El lucha con todo su poder para hacer las obras de justicia pero sin

éxito. El produce algunas obras descritas en la Biblia como una modificación o mejora de lo antiguo, pero esta no es la justicia que habitará en el cielo y en la nueva tierra.

Abraham aceptó la instrucción que Dios le dio como se comprueba por dos eventos. Primero, en el día mismo que Dios habló con él, llevó a cabo la obra de la circuncisión de él mismo y de todos los varones en su casa.

"Entonces tomó Abraham á Ismael su hijo, y á todos los *siervos* nacidos en su casa, y á todos los comprados por su dinero, á todo varón entre los domésticos de la casa de Abraham, y circuncidó la carne del prepucio de ellos *en aquel mismo día*, como Dios le había dicho" (*Génesis* 17:23).

Al hacerlo así estaba reconociendo por su parte que en el pasado había abordado el problema de la forma equivocada, que sus buenas intenciones y loable celo por la causa de Dios no santificaba el método usado. Completamente aceptó ahora el pacto en donde Dios prometió que *El* pondría vida donde había muerte en ambos cuerpos, en el de Sara y en Abraham que había llegado a ser impotente, para que el niño les llegara como el don de Dios y no como el resultado de sus propias obras.

El segundo evento que prueba esto es que Isaac fue debidamente nacido al final del año siguiente. Esta es una prueba conclusiva de que los términos del pacto fueron aceptados por Abraham, y fueron verdaderamente testificados por el rito de circuncisión, porque si no lo hubieran hecho, entonces Isaac no podría haber nacido.

Así como Abraham caminó hasta el final, toda persona que será salva lo debe hacer. Ninguna persona incircuncisa entrará en el reino de Dios. ¡Nadie! Aquí no se está haciendo referencia a la circuncisión física por lo cual un pedazo de piel es quirúrgicamente quitada, sino a la experiencia que este rito simboliza. Dios hizo absolutamente claro que cualquiera que no se sometiera a la ordenanza podía tener parte con El o en su reino. En el Antiguo Testamento, la circuncisión física fue requerida como un testimonio de la experiencia del corazón, pero desde la cruz, el símbolo exterior no es más requerido. Es triste que con los judíos, el significado del acto fue perdido, mientras que la señal física era juzgada la más importante y suficiente que todo.

Pero, cuando el Señor dijo que cualquiera que no fuera circuncidado podía tener una parte con El, no estaba refiriéndose a la señal física y exterior. No había ninguna virtud particular en eso. Era solamente la señal de la condición y actitud de un corazón. Cuando se carecía de esto, la señal exterior no tenía significado, y aunque la persona fuera exteriormente circuncidada, ella no tenía todavía parte con el Señor. Desafortunadamente, Israel perdió el punto, así que *para ellos* la presencia de la señal exterior era todo lo que se necesitaba para hacerlos partícipes de la familia de Dios.

En armonía con estos principios, el Señor especificó que nadie podía participar de la pascua que no fuera primeramente circuncidado. Cuando el propósito y significado de la circuncisión es reconocido y entendido, entonces la razón de esto es claro. La pascua era la manera de salvación *de Dios*. Ninguno podía recibir los beneficios de esto si todavía retenía la disposición para resolver el problema de esclavitud por cualquier vestigio de invenciones humanas. Esta actitud tiene que ser rechazada y reemplazada por una determinación de hacer exactamente lo que Dios dijo hacer, dejando el asunto de ser libres al poder y planes de Dios. Nada de esto el Señor dejó a Israel para que llevara a cabo. El les trazó y les comunicó el plan en secuencia y detalles exactos. Les tocaba a ellos hacer como se les ordenaba sin añadir o suprimir nada. Por lo tanto, debían entrar en el programa ya entregado para *ejercer* obediencia a las direcciones y requerimientos de Dios, porque cualquier desviación arruinaría la solución. Por lo tanto, circuncisión, el sometimiento por su parte a esta senda de completa sumisión a las obras de Dios, tenía que preceder a todos los pasos en el camino de libertad.

Que la atención de todo creyente hoy sea enfocada al hecho de que ninguna persona incircuncisa puede tener parte en el pacto eterno y, por lo tanto, en las bendiciones de la salvación. Estudíese para aprender lo que esto significa. Entiéndase que la vasta mayoría de los que pertenecen a la organización de la iglesia, que tienen un celo pronunciado por la causa de Dios, que han hecho grandes sacrificios por la verdad, y que se negarían a la vida si fuera necesario, están todavía buscando la cosa correcta de la manera equivocada. Conózcase que no importa a qué extremo puedan ir, a menos que hayan *abandonado sus propias obras* y hayan dejado la salvación de sus almas a Dios quien sólo puede poner vida donde hay muerte, no pueden tener una parte en el reino. Cuando estas cosas son entendidas, evalúa dónde estás y luego da los pasos para asegurar que, como un creyente, verdaderamente circuncidado, has entrado en el pacto de bendiciones.

El más grande obstáculo que el Señor debe vencer para traer salvación al perdido es este. ¿Cuántos son traídos al punto donde el hombre de Romanos 7 está y no han ido más allá? Los incircuncisos de corazón y vida, luchan con todo el poder de su voluntad para lograr lo que Dios solo puede dar. Con la falsa seguridad de que están en la familia de Dios, ellos son conducidos hacia ese día cuando el terrible conocimiento venga de que, los incircuncisos de corazón, serán hallados como las vírgenes fatuas sin el sagrado aceite en sus lámparas. Que todos decidan no ser hallados en esta situación.

Elección del Cordero

Una vez el requisito previo de circuncisión había sido cumplido por

lo cual el pueblo afirmaba su aceptación de los términos del pacto eterno, los pasos subsiguientes podían ser dados. El primero de estos era la elección del cordero conforme a las especificaciones establecidas por Dios.

"Y habló Jehová á Moisés y á Aarón en la tierra de Egipto, diciendo: Este mes os será principio de los meses; será este para vosotros el primero en los meses del año. Hablad á toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de aqueste mes tómease cada uno un cordero por las familias de los padres, un cordero por familia: Mas si la familia fuere pequeña que no baste á comer el cordero, entonces tomará á su vecino inmediato á su casa, y según el número de las personas, cada uno conforme á su comer, echaréis la cuenta sobre el cordero. El cordero será sin defecto, macho de un año: Tomaréislo de las ovejas ó de las cabras" (Exodo 12:1-5).

Ninguno de los pasos restantes podría haber seguido si éste no hubiera sido dado, porque entonces no habría habido muerte, ninguna sangre para rociar sobre las puertas, y ninguna carne para la pascua. Sin la protección de esa sangre, ellos habrían perecido esa noche en sus casas. En lugar de liberación, habrían sido muertos en la tierra.

Hay poco significado en estudiar la pascua sólo como historia. Ella nos es dada como "una lección objetiva", "señalaría la liberación más grande que Cristo habría de realizar para libertar a su pueblo de la servidumbre del pecado" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 57; *Patriarcas y Profetas*, pág. 281). Por lo tanto, tiene que ser una igualdad de eventos históricos o tipo con el antitipo.

Nadie tendrá la menor dificultad de ver que el cordero simbolizaba al Salvador. Todo cordero sacrificado en el sistema ceremonial señalaba a Cristo, y el cordero de la pascua no era excepción a esta regla. Pablo confirma esto en estas palabras: "Porque nuestra pascua, *que es* Cristo, fué sacrificada por nosotros" (*1 Corintios 5:7*).

La elección del cordero halla su representación antitípica en la aceptación de Cristo para ser nuestro Salvador personal. El se ofrece libremente por nuestra salvación, pero no puede avanzar en la obra de nuestra liberación personal hasta que hayamos aceptado su oferta y rendido la obra a El.

Que ninguno cometa el error de suponer que la elección de Cristo para ser el Salvador, es salvación. Cuando los israelitas habían escogido el cordero, no eran todavía libres. Otros pasos tenían que ser dados antes de que esto pudiera ser realizado. Asimismo, nombrar a Cristo para que sea nuestro Salvador, en ese momento, no es libertad. En cambio, esto habilita a Cristo para embarcarse en el trabajo que ahora le hemos encargado conforme a su don de gracia ofrecido a nosotros.

Hay literalmente millones en el cristianismo que específicamente han escogido hoy a Cristo para ser su Salvador del pecado. Ellos saben que

necesitan salvación, y saben que no hay otro por medio del cual tal salvación puede venir. A causa de que ellos han hecho esto, han descansado en la confianza de que tienen la salvación que deseaban, pero ha de ser enfatizado que esto es solamente el primer paso, que, mientras es absolutamente esencial, por sí solo no trae salvación.

La Muerte del Cordero

El cordero que había sido escogido había de morir, y este es el paso siguiente en el proceder. "Y habéis de guardarlo hasta el día catorce de este mes; y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes" (Exodo 12:6).

El gran antitipo de este acto de muerte era la muerte de Cristo en la cruz del Calvario. Creer y confiar en esa muerte como la única propiciación posible por el pecado de los hombres, es justamente un paso tan necesario por parte del creyente como la elección de Cristo para ser ese sacrificio en el primer caso. Ciertamente como existen millones que han escogido a Cristo para ser su Salvador, así también hay millones que creen en la muerte de Cristo como la única expiación por sus pecados. La cruz es el centro de sus predicaciones, el tema de sus cantos, y el objeto de sus escritos. Uno necesita solamente prender el radio y sintonizar en día domingo, y especialmente en Semana Santa o en Navidad, las estaciones donde son transmitidos los servicios de iglesia, para oír la exaltación de la cruz en la predicación del ministro, y en el canto del coro.

En principio nada hay aquí que no deba ser, porque la cruz ha de ser todo el tiempo el gran centro de toda predicación y experiencia. Pablo declaró, "Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y á éste crucificado" (*1 Corintios 2:2*).

"Pero para Pablo, la cruz era el único objeto de supremo interés. Desde que fuera contenido en su carrera de persecución contra los seguidores del crucificado Nazareno, no había cesado de gloriarse en la cruz" (*Los Hechos de los Apóstoles*, págs. 199, 200).

Así será con el verdadero cristiano. "La cruz de Cristo es la columna central sobre la cual descansa el 'sobre manera alto y eterno peso de gloria' (2 Corintios 4:17)" (*Id.*, pág. 447).

"Si los que hoy enseñan la Palabra de Dios elevaran más y más la cruz de Cristo, su ministerio tendría mucho más éxito. Si los pecadores pudieran ser inducidos a dirigir una ferviente mirada a la cruz, y pudieran obtener una visión plena del Salvador crucificado, comprenderían la profundidad de la compasión de Dios y la pecaminosidad del pecado.

"La muerte de Cristo demuestra el gran amor de Dios por el hombre. Es nuestra garantía de salvación. Quitarle al cristiano la cruz sería como

borrar del cielo el sol. La cruz nos acerca a Dios, y nos reconcilia con él. Con la perdonadora compasión del amor de un padre, Jehová contempla los sufrimientos que su Hijo soportó con el fin de salvar de la muerte eterna a la familia humana, y nos acepta en el Amado.

"Sin la cruz, el hombre no podría unirse con el Padre. De ella depende toda nuestra esperanza. De ella emana la luz del amor del Salvador; y cuando al pie de la cruz el pecador mira al que murió para salvarle, puede regocijarse con pleno gozó; porque sus pecados son perdonados. Al postrarse con fe junto a la cruz, alcanza el más alto lugar que pueda alcanzar el hombre.

"Mediante la cruz podemos saber que el Padre celestial nos ama con un amor infinito. ¿Debemos maravillarnos de que Pablo exclamara: 'Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo'? (Galatas 6:14). Es también nuestro privilegio gloriarnos en la cruz, entregarnos completamente a Aquel que se entregó por nosotros. Entonces, con la luz que irradia del Calvario brillando en nuestros rostros, podemos salir para revelar esta luz a los que están en tinieblas" (*Id.*, págs. 170, 171).

Entonces la cruz ha de ser el centro de toda predicación y enseñanza, y en esto las iglesias no están en error. No obstante, es un hecho que la experiencia viva de liberación no es conocida en estas iglesias excepto por muy pocos individuos aquí y allá. A la luz de las declaraciones anteriores puede ser preguntado por qué esto es así. La respuesta es que hay más todavía que tiene que ser hecho antes que la salvación sea experimentada. La razón del porqué ellas no experimentan liberación de la esclavitud del pecado, es que estas iglesias no logran hacer todo lo que se necesita ser hecho. En aquel tiempo ha de ser visto que cuando los israelitas habían sacrificado ese cordero exactamente como se les había ordenado en ambas cosas, en cuanto al tiempo y proceder, eran todavía esclavos en la tierra de Egipto. Con todo, había más para hacer antes que Faraón debiera reconocer que ellos no estaban más bajo su poder para detenerlos, y a menos que cada uno de estas cosas tomaran lugar, ese pronunciamiento nunca sería hecho.

La Sangre Rociada

La sangre del cordero tenía que ser aplicada a las puertas de sus casas. "Y tomarán de la sangre, y pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer" (*Éxodo 12:7*).

La sangre sobre la puerta era la marca de protección. Cuando el ángel de la muerte pasó, dondequiera que veía la sangre, al primogénito de esa casa no se le quitaba la vida. Por este aspecto de la ceremonia se enseñó la gran verdad de que si no fuera por la protección provista por la sangre de Cristo, todos nosotros hoy habríamos pasado bajo el

dominio de muerte. Aun los impíos, a un cierto grado, son protegidos por esa sangre, aunque en el fin ellos perecerán. Ella los protege al menos hasta el tiempo cuando hayan tenido la oportunidad de oír y decidir con relación al Evangelio. Ellos son inconscientes de esta protección, pero sin embargo está allí.

"No podemos saber cuánto debemos a Cristo por la paz y la protección de que disfrutamos. Es el poder restrictivo de Dios lo que impide que el hombre caiga completamente bajo el dominio de Satanás. Los desobedientes e ingratos deberían hallar un poderoso motivo de agradecimiento a Dios en el hecho de que su misericordia y clemencia hayan coartado el poder maléfico del diablo" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 39, 40).

Satanás es el gran destructor, y Dios es el Sanador y Protector; el Dador de la vida, no el que la quita. Aun Egipto había gozado de la protección de Dios de la malevolencia del gran destructor. No sabían esto, pero en las plagas que cayeron sobre ellos en el tiempo de Moisés, estaban recibiendo una demostración de los resultados de ser retirada la protección de Dios. Cuando eso sucedió nada había para salvarlos de la irrupción de destrucción, lo último de lo cual fue muerte. Vez tras vez el Señor los llamó a obedecer. Repetidamente ellos habían rechazado. Cuando se negaron a obedecer, Satanás los reclamó como suyos con el derecho para destruirlos, pero el Señor detuvo el poder maligno del impío.

"Pero cuando el hombre traspasa los límites de la paciencia divina, ya no cuenta con aquella protección que le libraba del mal. Dios no asume nunca para con el pecador la actitud de un verdugo que ejecuta la sentencia contra la transgresión; sino que abandona a su propia suerte a los que rechazan su misericordia, para que recojan los frutos de lo que sembraron sus propias manos. Todo rayo de luz que se desprecia, toda admonición que se desoye y rechaza, toda pasión malsana que se abriga, toda transgresión de la ley de Dios, son semillas que darán infaliblemente su cosecha: Cuando se le resiste tenazmente, el Espíritu de Dios concluye por apartarse del pecador, y éste queda sin fuerza para dominar las malas pasiones de su alma y sin protección alguna contra la malicia y perfidia de Satanás" (*Ibid.*).

Los egipcios no entendieron esto, y cuando el Señor se lo mostró en las más peores plagas que vinieron en rápida sucesión, ellos no aprendieron todavía la verdad de ello. Pero, mientras que los egipcios no aprendieron esta verdad, los israelitas sí, aunque sombríamente, y fueron cuidadosos de poner la sangre sobre sus puertas.

Así hoy, el mundo cristiano es consciente de su necesidad de la protección de la sangre de Cristo para que esté entre ellos y el ángel de la muerte. Que se haga esto es bueno, pero confiar en esa sangre protectora como si fuera todo lo que es necesitado para la liberación de la esclavitud es un grave error, y en el fin, la perdición eterna.

El común y trágico error se comete en donde una parte del todo es hecho para ser la completa solución al problema. El rociamiento de la sangre era un elemento vital en el plan de liberación, pero esto era solamente un paso de los seis. Más allá estaba todavía la participación del cordero y la muerte del primogénito antes que los israelitas experimentaran la liberación de la esclavitud.

La distinción entre estos dos pasos está más ilustrado en las acciones del padre hacia su hijo pródigo. Cuando el hijo regresó con vestiduras sucias, el padre amoroso puso completamente su propio manto limpio sobre el vestido sucio de su hijo.

"El Padre no había de permitir que ningún ojo despreciativo se burlara de la miseria y los harapos de su hijo. Saca de sus propios hombros el amplio y rico manto y cubre la forma exangüe de su hijo, y el joven solloza arrepentido, diciendo: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo'. El padre lo retiene junto a sí, y lo lleva a la casa. No se le da oportunidad de pedir el lugar de un siervo. El es un hijo, que será honrado con lo mejor de que dispone la casa, y a quien los siervos y siervas habrán de respetar y servir" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 160).

Esto es donde el religioso común de hoy rechaza. Una vez el manto es colocado encima de su vestido sucio, él piensa que tiene la justicia de Cristo y que ha sido restaurado a la familia de Dios. Pero esto es solamente una etapa temporaria en el proceso de restauración.

Tan pronto como el hijo llegó a la casa del padre la orden fue dada para que trajeran el mejor vestido y lo colocarán sobre él.

"El padre dice a sus siervos: 'Sacad el principal vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y zapatos en sus pies. Y traed el becerro grueso, y matadlo, y comamos, y hagamos fiesta: porque éste mi hijo muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse'" (*Ibid.*).

Los siervos entendieron claramente que esta orden les exigía que quitaran las vestiduras sucias con las que el hijo había regresado. Ellos aun no pensaron en hacerlo de otro modo. Además, esta es la única manera en la cual un padre trata con un hijo que ha llegado a la casa con el vestido sucio por el barro. La única ocasión cuando un padre cubriera a su hijo sucio y con vestido mojado, sería cuando, en un día frío, el niño se hallara a cierta distancia del hogar y estuviera en peligro de obtener un resfriado o algo peor. Como una medida temporaria, para protegerlo hasta que los procedimientos adecuados pudieran ser adoptados, el padre cubriría al sucio con un manto limpio. Pero, una vez en el hogar, los cambios habrían sido hechos.

Así que, la colocación del manto limpio alrededor del manto sucio del pródigo no era sino una medida temporaria adoptada hasta que ellos llegaran a la casa e hicieran la transferencia adecuada. Una vez

el hijo llegó a la casa de su padre, el cambio de vestimenta tomó lugar. De acuerdo con *Palabras de Vida del Gran Maestro*, lo que fue hecho con el siervo a este punto en plena obediencia a las órdenes del padre, está completamente explicada en la parábola de Josué y el Ángel.

"Vuestro Padre celestial os quitará los vestidos manchados por el pecado. En la hermosa profecía parabólica de Zacarías, el sumo sacerdote Josué, que estaba delante del ángel del Señor vestido con vestimentas viles, representa al pecador. Y el Señor dice: 'Quitadle esas vestimentas viles. Y a él dijo: Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te hecho vestir de ropas de gala. . . Y pusieron una mitra limpia sobre su *cabeza*, y vistieronle de ropas' (Zacarías 3:4, 5). Precisamente así os vestirá Dios con 'vestidos de salud', y os cubrirá con el 'manto de justicia' (Isaías 61:10). 'Bien que fuisteis echados entre los tiestos, seréis como las alas de la paloma cubierta de plata, y sus plumas con amarillez de oro' (Salmo 68:13)" (*Id.*, pág. 162).

No hay liberación de esclavitud en el rociamiento de la sangre sino solamente protección del momento hasta que sea hecha la entrada en la plena experiencia de justicia. Si el progreso del individuo no es más que la permanencia bajo la sangre rociada, nunca entrará en libertad ni heredará el reino reservado para los libres.

Algunos pueden argumentar que la llegada del hijo pródigo a la casa del padre es equivalente a nuestra llegada al cielo. Ellos no tienen dificultad de aceptar que, en ese tiempo, los vestidos sucios serán quitados, pero se argumenta que lo mejor que podemos esperar mientras tanto, es que los vestidos sucios sean cubiertos con la justicia de Cristo.

Esta no es la comprensión en la Palabra de Dios. Es *ahora* que esta obra ha de ser hecha en todo creyente. Es ahora que el despojo de las vestiduras sucias como está ilustrado con Josué y el Ángel, es aplicable.*

La mención de la experiencia de Israel muestra que cuando ellos habían rociado la sangre, no eran todavía libres. Allí permanecía todavía dos cosas que tenían que suceder antes que pudieran dejar la tierra de esclavitud y opresión. Así hoy, alguien puede creer muy fervorosamente en Cristo como su Salvador; puede confiar en su muerte en la cruz como la única expiación por el pecado; y puede descansar bajo la protección de su sangre como el freno para detener la mano del destructor, y con todo *estar todavía en las garras de la esclavitud del pecado*. A menos que, como lo hicieron los israelitas, él de el resto de pasos adicionales, permanecerá un esclavo a ese poder y, en el fin, será perdido eternamente.

* Véase Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 170-175.

Cristo en el Interior

La carne del cordero había de ser comida por los que estuvieran bajo su sangre protectora.

"Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura: con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus intestinos. Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; y lo que habrá quedado hasta la mañana, habéis de quemarlo en el fuego" (Exodo 12:8-10).

De este modo, la vida del cordero llegaba a ser la vida de aquellos que participaban de ella. "La carne debía comerse. Para alcanzar el perdón de nuestro pecado, no basta que creamos en Cristo; por medio de su Palabra debemos recibir por fe constantemente su fuerza y su alimento espiritual. Cristo dijo: 'Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna'. Y para explicar lo que quería decir, agregó: 'Las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida' (S. Juan 6:53, 54, 63).

"Jesús aceptó la ley de su Padre, cuyos principios puso en práctica en su vida, manifestó su espíritu, y demostró su poder benéfico en el corazón del hombre. Dice Juan: 'Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad' (S. Juan 1:14). Los seguidores de Cristo deben participar de su experiencia. Deben recibir y asimilar la Palabra de Dios para que se convierta en el poder que impulse su vida y sus acciones. Mediante el poder de Cristo, deben ser transformados a su imagen, y deben reflejar los atributos divinos. Deben comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios, o no habrá vida en ellos. El espíritu y la obra de Cristo deben convertirse en el espíritu y la obra de sus discípulos" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 282).

La elección del tiempo de la pascua con relación a otros eventos en la serie es muy importante. Aquí está ubicado antes de la muerte del primogénito, pero en realidad, era antes y en el momento de este desarrollo.

El cordero era sacrificado en las tempranas horas de la tarde. Luego la sangre había de ser rociada sobre la puerta, el cuerpo aderezado, y cocido entero sin que un hueso fuera quebrado.

"El cordero había de prepararse entero, sin quebrar ninguno de sus huesos. De igual manera, ni un solo hueso había de quebrarse del Cordero de Dios, que iba a morir por nosotros. (Éxodo 12:46; S. Juan 19:36.) En esa forma también se representaba la plenitud del sacrificio de Cristo" (*Ibid.*).

En los fogones primitivos que ellos tenían en esos días, se gastaría

cuatro o seis horas para asar el cordero entero. La comida de la pascua había de comenzar cerca de la hora de la medianoche. De este modo, ellos habían estado comiendo antes, en el momento, e inmediatamente después de la muerte del primogénito. Que ellos lo comían en el momento de la muerte del primogénito, es confirmado por esta declaración.

"Y mientras que este símbolo fuera una señal exterior, y ellos comieran el cordero asado entero con hierbas amargas, el ángel de Dios estaría pasando por la tierra de Egipto haciendo su terrible obra, matando al primogénito del hombre y al primogénito de la bestia" (*The Spirit of Prophecy*, tomo 1, pág. 199).

La participación del cordero pascual se proponía transmitir a los israelitas la plenitud de la maravillosa verdad de "Cristo en vosotros la esperanza de gloria" (*Colosenses* 1:27). En esta lección es revelado mucho más que recibir la vida de Cristo en la experiencia del nuevo nacimiento. Es traído también a la vista la necesidad de sustento e instrucción al comer a Cristo a través de la Palabra escrita.

Estos dos aspectos son hechos claros por la luz contenida en el principio de la semilla. Dios estableció en este mundo la ley de que la única manera para la vida comenzar una vez la creación inicial fuera establecida, era a través de implantación de la semilla. No hay ningún organismo, sea animal, vegetal, reptil, ave, insecto, o humano, que comenzara la vida excepto por la impregnación de simiente. Esta es la ley establecida, y Dios no la quebrantará. El resultado es que nunca ha habido un instante en la historia donde una forma de vida ha comenzado de otro modo. Por lo tanto, con excepción de Adán y Eva que son los únicos humanos creados, cada uno de nosotros es un ser engendrado que emanó de una semilla.

Cuando Dios puso a Adán y a Eva en el Edén, les dio el poder para ser portadores de simiente a fin de que por medio de ellos y sus descendiente, hubieran posibilidades ilimitadas de multiplicación de la especie humana. Cada una de esta descendencia sería una verdadera reproducción de los padres, porque está en la ley que los portadores de simiente se transmiten a sí mismos a través de su semilla. Por lo tanto, mientras hubiera justicia y vida en Adán y Eva, ellos pasarían estas maravillosas bendiciones a sus hijos. Pero, antes de aparecer hijos e hijas, el pecado y la muerte entró en ellos. Después de eso, en todos los que han recibido la simiente de Adán, el pecado y la muerte reinan hasta que Cristo los libere. La salvación de la esclavitud espiritual está disponible hoy, mientras que la física será realizada en el segundo advenimiento.

". . . así como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte así pasó á todos los hombres, pues que todos pecaron" (*Romanos* 5:12).

Esto establece la pregunta con respecto a la "inocencia" del bebé re-

cién nacido. Algunos piensan que porque el bebé nunca ha tenido la oportunidad de cometer conscientemente un acto de pecado, él es perfecto y sin tacha cuando entra al mundo. Esto no puede ser así porque él es la descendencia de Adán en quien estaba la muerte y pecado. Ninguno de nosotros puede escapar de esa herencia. Nosotros obtuvimos la existencia al recibir la simiente de Adán en quien está el pecado y la muerte. Por lo tanto, todos los hombres ya nacen con pecado y muerte en ellos.

Entonces la gran necesidad humana es más que solamente perdón. Vida es la que es necesitada. Un hombre muerto perdonado no es mejor que un hombre muerto sin perdón. Ha habido casos donde los hombres fueron equivocadamente condenados a muerte por un crimen que nunca cometieron. Años después los casos fueron reabiertos cuando una fresca evidencia vino a luz, o confesiones fueron hechas. Un hombre fue hallado inocente, los cargos contra él fueron tachados, y algunas restituciones hechas a sus familiares. Pero ningún bien le ha hecho esto. Incluso, él no sabe nada de que está siendo perdonado, y ciertamente él no puede gozar de ninguna ventaja de su nueva condición. Lo que ese hombre necesita en adición al perdón, es el don de una nueva vida para reemplazar la que le fue quitada. Pero los que le quitaron la vida no tienen el poder para devolverla. Por lo tanto, el don del perdón es nada para él.

De igual manera, si Dios nos ofreció solamente perdón, no tendría ningún significado. Nosotros debemos tener el don de la vida para reemplazar la que ha sido perdida. Como la ley estipula que la única fuente de la cual la vida puede ser obtenida es por medio de una semilla, entonces es necesario que la semilla esté disponible y en la cual esté la presencia de justicia y vida. Esto sucesivamente requiere un portador de simiente para que la produzca. Obviamente, ninguno ha de ser hallado entre la familia humana, porque en tal persona está la herencia del pecado y muerte.

Es inexplicablemente afortunado para la humanidad que haya un portador de simiente que tiene en sí mismo justicia y vida, y que está ansioso de proveer su simiente al perdido. Para hacer esto El tuvo que llegar a ser un miembro de la familia humana, porque la ley exige que el matrimonio precede a la implantación de simiente. Cristo es el maravilloso portador de simiente que tomó el lugar de Adán, para que todo el que reciba la simiente de Cristo y después su vida y justicia, tenga la esperanza de gloria. Es a través de la implantación de la simiente de Cristo en nosotros por el milagro y obra eficiente del Espíritu Santo que es el divino Implantador, que Dios nos da la vida que reemplaza la perdida en Adán.

"Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida: el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida" (1 S. Juan 5:11, 12).

El único lugar de donde esta simiente puede ser obtenida es de Cristo. No está aun en las Escrituras. Los fariseos en los días de Cristo cometieron el error de buscarla en la Palabra escrita y el Señor les explicó su error. El les dijo:

"Escudriñad las Escrituras, porque *á vosotros os parece* que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir á mí, para que tengáis vida" (S. Juan 5:39, 40).

De este modo, Cristo los instruyó que ellos habían ido a la Palabra escrita para hallar lo que no podían hallar allí, mientras, al mismo tiempo fallaban en venir a la vida que sólo podía ser recibida de El. Esto no negaba que hay vida en las Escrituras, pero es un poder de vida destinada a cumplir una obra diferente de la vida que está en Cristo. Es críticamente importante que estas distinciones puedan ser claramente entendidas.

El principio es ilustrado por el sembrador terrenal. Para la generación y sustento de la vida humana dos diferentes clases de semillas son necesarias y en las dos hay vida. Primero, existe la semilla humana, destinada por Dios para iniciar vidas humanas. Luego están las semillas alimenticias, legumbres, nueces, y granos, las cuales nunca pueden iniciar una vida, pero una vez la vida ha comenzado, son esenciales para su sustento. Ambas tienen sus lugares y tienen que ser usadas de acuerdo a los propósitos con los que fueron designados por Dios para que sirvan respectivamente.

Ninguna mujer, al comer semillas alimenticias, podrá por esto llegar a ser una madre. Pero si ella recibe simiente de su esposo logrará esto. Una vez el bebé es nacido, debe ser alimentado de la vida contenida en la semilla alimenticia o de las plantas que procedieron de las plantas portadoras de simiente.

De esta manera, existe la simiente de vida la cual sólo puede ser hallada en Cristo, y existe la simiente de la palabra hallada en las Escrituras. En ambas hay vida, pero ninguna proporción de alimento de la Palabra escrita dará la vida que sólo puede ser adquirida de Cristo. Una vez esa vida es adquirida, entonces el alimento de la vida en las Escrituras es esencial para su constante y permanente crecimiento.

Un tercer factor que no debe ser omitido es que la Palabra escrita es también un libro de instrucción. Cristo dijo, "... y ellas son las que dan testimonio de mí" (S. Juan 5:39).

Todas estas cosas están simbolizadas en la participación del cordero pascual. Antes que la liberación de la esclavitud sea posible, el candidato para la salvación debe alimentarse de las Escrituras como un libro de instrucción enseñándole el camino de Dios de liberación. Al mismo tiempo su fe tiene que ser alimentada, para que crezca hasta el punto de ser capaz de asirse de la oferta de Dios de limpieza e implantación de la nueva vida en lugar de la vieja, la vida que está en Cristo solo y que no puede ser obtenida de otra fuente que ésta.

Luego, una vez la nueva vida ha comenzado, la necesidad de ser continuamente alimentado de la vida de Cristo es hallada en la Palabra escrita, para nutrir, desarrollar, y sostener el precioso don.

Para que la pascua sea una verdadera y exacta lección objetiva de redención, estos varios aspectos de impartición y sostén de vida tuvo que ser ilustrado en la comida del cordero. Ellos lo fueron.

El pueblo comió el cordero antes de la muerte del primogénito para ilustrar el alimento de la Palabra escrita como un libro de instrucción y como constructor de fe *antes de morir el primogénito*. Su continuo comer de él aun mientras el ángel de la muerte destruía a los egipcios, simbolizaba el recibimiento de la simiente de Cristo y de este modo llegando a ser un creyente nacido de nuevo. Pero el sostén de la Palabra escrita no debe terminar a este punto. Así que, cada año ellos participaban de la fiesta, enseñando otra vez la continua necesidad de recibir la Palabra dadora de vida como Jesús dijo:

"El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida" (*S. Juan 6:63*).

La pascua inicial fue la única en la que el primogénito murió, y el alimento era comido mientras ellos estaban equipados para el viaje. Si estos elementos tuvieran que ser repetidos cada año, el mensaje simbolizado habría sido que el viejo hombre habría de morir y el creyente nacer de nuevo muchas veces. La liberación de esclavitud, la muerte del viejo hombre, y la generación de la vida de Cristo en el interior, es una experiencia que toma lugar solamente una vez en toda la vida. Después de eso, para nutrir y desarrollar la nueva vida, debe haber una continua participación del alimento provisto por Cristo en su Palabra escrita. Esto es hecho en un contexto de libertad de la esclavitud y separación del viejo hombre, la descendencia de Satanás. Esta es la situación que está exactamente prefigurada en las pascuas subsiguientes como distinto de la primera.

Un examen del párrafo de *Patriarcas y Profetas* confirma que ambos aspectos de alimentación en Cristo son simbolizados por la participación del cordero. La primera parte del párrafo habla distintamente de que ". . . por medio de su Palabra debemos recibir por fe constantemente su fuerza y su alimento espiritual". Esta es la asimilación de la vida de las Escrituras que ambos tienen que preceder y suceder la experiencia del nuevo nacimiento. Nótese las palabras muy cuidadosamente:

"La carne debía comerse. Para alcanzar el perdón de nuestro pecado, no basta que creamos en Cristo; por medio de su Palabra debemos recibir por fe constantemente su fuerza y su alimento espiritual. Cristo dijo: 'Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna'. Y para explicar lo que quería decir, agregó: >Las pa-

labras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida' (S. Juan 6:53, 54, 63)" (Patriarcas y *Profetas*, pág. 282).

Pero el simbolismo no es dejado con eso. En la mitad del párrafo siguiente explica el hecho de que la vida de Cristo tiene que llegar a ser la vida del creyente. Nótese tales expresiones:

"'Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros. . .'" (Pablo hace claro que habitar *entre* nosotros es habitar *en* nosotros.) ". . . Mediante el poder de Cristo, deben ser transformados a su imagen, y deben reflejar los atributos divinos".

Estos cambios nunca pueden ser logrados simplemente por el alimento de la palabra escrita y buscando la vida de Cristo allí. El creyente debe recibir la simiente de vida que es solamente hallada en Cristo mismo y que sólo puede ser implantada en la erradicación del viejo hombre, la descendencia de Satanás. Con estos hechos en mente, considérese todo el párrafo.

"Jesús aceptó la ley de su Padre, cuyos principios puso en práctica en su vida, manifestó su espíritu, y demostró su poder benéfico en el corazón del hombre. Dice Juan: 'Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad' (S. Juan 1:14). Los seguidores de Cristo deben participar de su experiencia. Deben recibir y asimilar la Palabra de Dios para que se convierta en el poder que impulse su vida y sus acciones. Mediante el poder de Cristo, deben ser transformados a su imagen, y deben reflejar los atributos divinos. Deben comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios, o no habrá vida en ellos. El espíritu y la obra de Cristo deben convertirse en el espíritu y la obra de sus discípulos" (*Ibid.*).

De este modo, este párrafo da al comer del cordero más amplio significado que recibir la vida de Cristo en la experiencia del nuevo nacimiento. Simboliza también el recibimiento por el creyente de la vida nutriente y sustentadora de Cristo a través del canal de su Palabra, las Escrituras. La primera ha de ser una sola vez en toda la vida mientras la última ha de ser diaria y continuamente. En la pascua, ambos aspectos son hermosamente representados en el momento exacto con relación a los otros eventos siendo justamente correcto.

Esa Otra Muerte

Para los israelitas había entre la esclavitud y la libertad dos muertes. La primera era la muerte del cordero, y la segunda la del primogénito de Egipto. Hay una lista de contrastes entre estas dos.

- La muerte del cordero era voluntaria; la del primogénito involuntaria.

- El cordero era sin tacha; el primogénito era deformado por el pecado.
- El cordero era inocente; el primogénito era culpable.
- El cordero murió por otros; el primogénito no pudo hacer esto.

No hay duda de que la muerte del cordero fue muy real. No fue un fallecimiento supuesto. Lo mismo es verdad de la muerte del primogénito. La una fue tan real como la otra. Únicamente cuando estas dos muertes habían tomado lugar los israelitas pudieron salir libres. Esa segunda muerte fue tan esencial para su liberación como fue la primera. Esto es fácilmente comprobado al simplemente considerar lo que habría sucedido si ellos no hubieran cumplido fielmente los primeros cinco pasos desde la circuncisión hasta la participación del cordero, sin la muerte del primogénito. Ellos habrían permanecido en esclavitud tan plenamente como si nada hubieran hecho.

Como todo esto es la lección objetiva de redención, ha de ser esperado que lo que está en el tipo será hallado en el antitipo. En otras palabras, precisamente como había dos muertes entre la esclavitud y liberación físicas, así también serán dos las muertes entre la esclavitud y libertad espirituales. El mismo contraste será hallado entre las dos y no *habrá liberación hasta que la segunda muerte haya tomado lugar*.

Esta es la verdad que tiene que ser entendida, aceptada, y experimentada por todos los que serán finalmente salvos. Es decir, no *puede haber liberación de la esclavitud espiritual a la libertad de la familia de Dios a menos que la segunda muerte haya tomado lugar*.

Es imposible a aceptar la pascua como una lección objetiva divinamente provista de redención y, al mismo tiempo negar esto. Omitir esta segunda muerte en la enseñanza del Evangelio, es ignorar el lugar dominante y significativo que ocupa en el servicio típico, mientras que rechazarla y negarla, exige un rechazo de la pascua como una revelación del Evangelio.

Yo he visto la verdad de estas afirmaciones apoyadas por hechos. En una ocasión cuando un cierto ministro estaba desafiando mi enseñanza del Evangelio, entramos en discusión sobre el asunto de la segunda muerte. Yo le mencioné la nítida claridad de la lección objetiva de la pascua como prueba de la necesidad vital de este evento. El sonriente observó que yo tenía una notable imaginación para poder ver un Evangelio paralelo en lo que era a su parecer, no más que una narración de eventos históricos. Desdeñosamente se maravilló de que yo sacara antitipos espirituales de eso.

Por supuesto, esto no es derivado solamente de esta experiencia. En el Antiguo Testamento, tiende a ser revelado en forma gráfica, mientras que en el Nuevo Testamento, es más apropiadamente establecido en palabras. Romanos 6:6 es tal referencia.

En Egipto había seis pasos ENTRE ESCLAVITUD

1. Ellos habían de ser circuncidados
2. Ellos habían de escoger el cordero
3. Ellos habían de sacrificar el cordero
4. Ellos habían de rociar la sangre
5. Ellos habían de comer el cordero
6. La muerte del primogénito de Egipto

Y LIBERTAD

Si ellos hubieran llevado a cabo 1-5 a la perfección sin que hubiera muerto el primogénito, habrían permanecido en esclavitud como si nada hubieran hecho.

DOS MUERTES SON NECESARIAS
La una tiene que ser tan real como la otra

EL CORDERO	EL PRIMOGÉNITO
El Inocente El Salvador El Puro El Justo	El Culpable El Destructor El Impuro El Pecador

**Así que
Hay seis pasos
ENTRE LA ESCLAVITUD ESPIRITUAL**

1. Debemos renunciar a nuestras propias obras
2. Debemos escoger a Cristo
3. Debemos confiar en el Calvario
4. Debemos estar bajo su sangre
5. Debemos alimentarnos de su palabra
6. Nuestro primogénito —la mente carnal—
tiene que morir

Y LIBERTAD

Si nosotros llevamos a cabo 1-5 sin la experiencia de la segunda muerte, permanecemos en esclavitud tan plenamente como si nada hubiéramos hecho

**DOS MUERTES SON NECESARIAS
La una tiene que ser tan real como la otra**

CRISTO	LA MENTE CARNAL
El Inocente El Salvador El Puro El Justo	La Culpable La Destructor La Impura La Injusta

"Sabido esto, que nuestro viejo hombre juntamente fué crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, á fin de que no sirvamos más al pecado".

Este versículo constituye un resumen perfecto de la lección enseñada por la pascua. Asimismo declara que tiene que haber dos muertes, la de Cristo y la nuestra, antes de poder ser quebrantado el servicio al pecado. La primera parte de este versículo declara la crucifixión del viejo hombre juntamente con Cristo, para que el cuerpo del pecado sea destruido. De este modo, es enfatizado que la muerte del viejo hombre a través de la crucifixión es tan real como la del Salvador que murió por los mismos medios. Esto se compara con la muerte del primogénito de Egipto cuya destrucción fue tan completa como fue la del Cordero. Así en la primera parte de *Romanos* 6:6, dos muertes son mostradas tan ciertamente como son en la pascua.

Era necesario que hubieran dos muertes en la antigua liberación para que ellos pudieran escapar de la servidumbre egipcia. Pablo muy claramente muestra que el propósito de estas dos muertes, la de Cristo y la de nuestro viejo hombre, es para que nosotros no sirvamos más al pecado, que, en otras palabras, ha de ser liberado de su esclavitud en la libertad.

Uno sólo puede concluir de estas evidencias, que no hay salvación del pecado o de este mundo a menos que estas dos muertes hayan llegado a ser una realidad práctica en la experiencia del individuo. Por lo tanto, es vital que cada persona comprenda esta verdad. Todos deben conocer lo que el primogénito de Egipto simboliza, y cómo él es sacrificado a fin de que la liberación de la servidumbre pueda ser obtenida. Fracasos hacer el esfuerzo requerido para obtener tal conocimiento resultará en la pérdida del alma por carencia de eso.

Una comparación de la pascua con *Romanos* 6:6, rápidamente muestra que el primogénito de Egipto halla su reproducción espiritual en el viejo hombre. Ellos han de ser una y la cosa misma, ni podía ser hallado un símbolo más adecuado para el viejo hombre que el primogénito, porque esto es exactamente lo que nuestro viejo hombre es — nuestro *primogénito*.

Tan ciertamente como el primogénito de Egipto no podía ni pudo salir con los israelitas, así también el cristiano no puede llevar el viejo hombre con él a lo largo de la senda cristiana. Es la segunda o nueva vida la que va con el creyente.

El concepto general es que el viejo hombre es el cuerpo de sangre y carne, y que el nuevo hombre es sobrepuesto sobre el viejo, para que los dos salgan juntos de la tierra de pecado. Este concepto da al viejo hombre una cualidad carnal y al nuevo hombre una cualidad espiritual. Pero esta no es la verdad como se revela en las Escrituras. Ambos, el viejo hombre y el nuevo son espirituales. Ninguno de los dos es la carne, la cual es una tercera y distinta entidad.

Esta es la verdad que Cristo buscó impartir a Nicodemo, y que él tuvo tanto problema en comprender. A ese hombre el Señor dijo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios" (S. Juan 3:3).

Los pensamientos del príncipe no pasaron por encima de lo físico como es revelado por su respuesta a la pregunta: "¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer?" Versículo 4.

Entonces Cristo continuó para explicarle que el nacimiento al que se *refería era* un nacimiento espiritual efectuado por agua y espíritu. El agua era el símbolo de limpieza de lo viejo, mientras el Espíritu era el poder por el cual la nueva vida es implantada donde la vieja estaba.

Nicodemo tuvo toda una lucha para entender la naturaleza de esta nueva vida aun cuando él era un líder religioso en el movimiento que Dios había llamado e instruido. Sería un error descansar sosegadamente en la seguridad de que nosotros somos más iluminados que él, y que podemos ver bien claro lo que él falló en ver. Por años yo imaginaba que entendía la instrucción de Cristo a Nicodemo, pero a penas llegué a ver que realmente había perdido el punto a lo largo de todo el sendero. Fue una humilde advertencia para mí el no dar demasiado por seguro mi pensar en el futuro.

Mi concepto había sido que nuestro primer nacimiento es la primera aparición física en este mundo por medio de nuestro padre y madre, y que nuestro segundo nacimiento es el nacimiento espiritual a través del ministerio del Espíritu Santo, lo cual es agregado al primer nacimiento. Al comparar notas con otras personas, uno rápidamente juzga que este es el entender común, y virtualmente, el universal de las palabras de Cristo.

Pero esto era lo que Cristo estaba hablando. El primer nacimiento es un nacimiento espiritual del cual ni Dios ni el hombre son los padres. De éste, Satanás es el padre. En la predicación del Evangelio, mucho se dice de ser el cristiano un hijo de Dios, pero muy poco o nada, se enseña con claridad que antes del parentesco con Dios, está el parentesco con Satanás. Satanás es nuestro primer padre *espiritual*. Únicamente Dios llega a ser nuestro padre cuando Satanás ha sido despojado de esa función por la muerte de su descendencia, el viejo hombre de pecado.

Los seres humanos sólo pueden llenar la posición de padres para nuestros cuerpos físicos, porque Dios ha ordenado que nosotros entremos al mundo de esta manera. El podía haber creado a cada uno de nosotros como lo hizo con Adán y Eva en el Edén, pero así no lo hace. Dios dio a ellos el poder de reproducir a otros seres humanos, y ellos a su turno, a otros. Este poder nunca fue dado a los ángeles. Por lo tanto, Satanás no puede reproducirse físicamente. Nosotros sabemos esto por la autoridad de las palabras de Cristo:

"Entonces respondiendo Jesús, les dice: ¿No erráis por eso, porque no sabéis las Escrituras, ni la potencia de Dios? Porque cuando resucitarán de los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, mas son como los ángeles que *están* en los cielos" (S. Marcos 12:24, 25).

Pero, mientras Satanás no tiene el poder para reproducirse físicamente, el puede hacerlo espiritualmente, por esto implantando dentro de los cuerpos físicos de los humanos sus diabólicas características. Una vez estas cosas han llegado a ser una parte viva de nosotros, el diablo asiduamente las cultiva a la mayor intensidad posible. En el caso de los líderes judíos en los días de Cristo, él tuvo admirables éxitos, induciendo a Cristo a declarar el parentesco espiritual de estos hombres con Satanás.

"Vosotros de *vuestro* padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir. El, homicida ha sido desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (S. Juan 8:44).

Cristo no hablaba solamente teoría cuando pronunció estas palabras. El estaba hablando en hechos, así que cuando El dijo que Satanás era su padre, realmente eso era. Satanás era su padre en hecho. Para dar apoyo a su afirmación, Cristo les hizo alusión a la presencia dentro de ellos de la reproducción de Satanás mismo. Satanás era un mentiroso y homicida, y así ellos eran.

Hay dos formas en las cuales una persona puede llegar a ser el padre de otro. Una es por adopción, y la otra por reproducción. Rara vez hay dificultad en determinar quién es quién en casos dados. El hijo adoptado no lleva el carácter de su padre adoptivo. Ellos pueden, en hecho, ser muy distintos hasta tener diferentes colores de piel como en el caso cuando un padre europeo adopta a un niño africano.

Cuando un hombre llega a ser un padre al reproducirse en un niño, la descendencia no puede ser más que semejante al padre. Ellos comparten el color mismo de la piel, semejanzas físicas, aptitudes generales, talentos, etc. Los que observan a estas personas juntas, inmediatamente concluyen que uno es el hijo del otro.

En base a estos hechos, es simple determinar la respuesta a la pregunta de si los fariseos en los días de Cristo eran hijos de Satanás por adopción o por reproducción. (Que todo lector recuerde que la pregunta se refiere a lo espiritual y no a la reproducción física.) Todo lo que debe ser preguntado es esto: ¿Eran ellos semejantes o diferentes a él en su naturaleza espiritual?

Al establecer que eran hijos de Satanás, Jesús señaló la semejanza entre ellos y el diablo como una prueba de que lo eran. Por lo tanto, ellos no eran los hijos del diablo por adopción sino por nacimiento directo. Así es que ellos tenían todavía el primogénito y no tenían todavía

el segundo, porque es imposible ser nacido de Dios y de Satanás al mismo tiempo.

Esta situación no fue única para ellos. Ella es la suerte de toda persona que nace en este mundo. Nosotros llegamos con una vida física dotada a nosotros por nuestros padres terrenales, y una vida espiritual impregnada en nosotros por nuestro padre el diablo. Esto es así porque en el jardín del Edén nuestro padre Adán nos entregó a todos al diablo cuando él mismo se rindió al gobierno de Satanás. Desde el momento que entramos a este mundo, el diablo está continuamente buscando desarrollar estos males a la máxima intensidad y eficiencia. Este poder del pecado en nosotros, mencionado por un número de nombres en las Escrituras, tales como el primogénito, el viejo hombre, el cuerpo de muerte, el corazón de piedra, la lepra, y otros, es un amo que gobierna sobre la mente y cuerpo para hacer su voluntad contra la voluntad y deseos del individuo.

Ese primogénito tiene que morir tan ciertamente como murió el primogénito de Egipto, y ser reemplazado por una nueva vida de un nuevo padre, el Padre celestial. Únicamente cuando esto sea hecho puede comenzar la salida de la tierra de pecado.

Son Seis Pasos

Esbozados en el servicio de la pascua, y confirmado por las enseñanzas de las Escrituras, hay seis pasos definitivos y dispensables entre esclavitud y liberación. Es esencial que cada uno que desea obtener salvación de Dios, comprenda exactamente lo que está implicado en cada uno, y a su turno, se apropie de las provisiones de cada paso.

Es una cosa triste ver poderosas organizaciones eclesíásticas apoyando la presentación de una serie incompleta de pasos como un camino completo de salvación. Esto da la impresión de que ellas tienen una verdadera base bíblica religiosa, porque hablan acerca de escoger a Cristo solo para ser el Salvador, presentan la eficacia del Calvario, exaltan el poder de la sangre rociada para proteger del destructor, y enseñan que todos deben tener la vida de Cristo en el interior. Esta impresión fortalece la falsa seguridad de que las iglesias tienen el camino de salvación, cuando la verdad real es que si uno de estos requerimientos no es cumplido, entonces la persona permanece en esclavitud tan plenamente como si nada hubiera sido hecho. Esa es la manera como habría sido en Egipto, y esta es la manera que es para miles y decenas de miles que son guiados a creer que una provisión parcial logra completa salvación.

Es Dios quien en su misericordia ha trazado una solución para el problema de esclavitud. El hombre no puede hacerlo. Por lo tanto, es dejado para que nosotros la aceptemos *exactamente como Dios la ha*

provisto. Cualquier intento nuestro de estropear las especificaciones o de omitir cualquier parte de ellas, sólo arruina la fórmula entera y asegura la condenación eterna.

Distinciones Vitales

La comprensión de distinciones es vital para un conocimiento salvador de la verdad. Jesús hizo una distinción cuando dijo a los fariseos que, mientras que ellos eran hijos del diablo, El era Hijo de Dios. Al mismo tiempo reconoció que ellos como El, eran hijos de hombres. De este modo, hizo mención a tres líneas de descendencia, y sólo compartía en común una de ellas con los líderes pecaminosos de la iglesia judía. Las únicas conclusiones que pueden ser sacadas de estos hechos es que, mientras cada uno de nosotros es un hijo de hombre, somos en adición, o hijos de Dios o hijos de Satanás. Es imposible tener al mismo tiempo las dos herencias, la divina y la satánica. O la descendencia o reproducción de Dios es formada en el interior, o la de Satanás habita en el organismo humano.

A causa de que las dos nunca pueden habitar juntas al mismo tiempo en una persona, la reproducción de Satanás, que inicialmente está siempre en la persona, tiene que ser puesta a muerte y erradicada de la vida. Sólo entonces puede el Espíritu de Dios implantar la simiente de Cristo en el lugar donde la vieja naturaleza estaba. Las Escrituras establecen esta verdad muy explícitamente, tanto que es difícil entender por qué es tan generalmente negada.

"Y darles he un corazón, y espíritu nuevo daré en sus entrañas; y *quitaré* el corazón de piedra de su carne, y daréles corazón de carne" (*Ezequiel* 11:19).

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura *es*, *las cosas viejas pasaron*; he aquí todas son hechas nuevas" (*2 Corintios* 5:17).

Estos pasajes junto con muchos otros no prometen la separación de la carne, sino la erradicación de lo que está *en* la carne. Todos deben saber con seguridad que cuando una persona llega a ser hijo de Dios, su cuerpo de sangre y carne no se convierte en una nueva creación. Si lo fuera, entonces no estaría sujeto a la muerte. "Las cosas viejas" que pasaron no son los elementos de vida recibidos de nuestros padres

terrenales, porque es claro que ellos permanecen. Lo que es quitado, es lo que está *en* la carne —la descendencia del mal, a fin de que la nueva creación espiritual pueda reemplazarla.

Generalmente hablando, el religioso común no hace ninguna distinción entre la carne y la naturaleza mala que habita en esa carne. Ellas son vistas como siendo la cosa misma. Así es que una cosa es solamente percibida por ellos, donde dos debieran ser reconocidas. Esto no es más que un descuido común y para siempre fatal. Los judíos sólo veían un advenimiento de Cristo profetizado en el Antiguo Testamento donde debieron haber visto dos. Cuando, al leer las profecías concernientes al segundo advenimiento, y Cristo no vino como ellos lo esperaban que viniera, lo rechazaron, y así se desconectaron de la vida eterna.

De igual manera, las iglesias protestantes han fallado en ver la diferencia entre la ley ceremonial y la ley moral. Cuando ellos leen que la primera fue abolida en la cruz, deducen que toda la ley está involucrada, y de este modo rechazan las exigencias de los diez mandamientos. Este es un error fatal costando la vida eterna a todos los que se aferran a tal error.

Hay otros que no han sido atrapados por estos dos engaños que son tomados por el error de que no hay ninguna distinción entre la carne pecadora y la naturaleza pecadora espiritual que habita en la carne.

Es imposible pasar por alto estas diferencias y al mismo tiempo tener el Evangelio en verdad. Inevitablemente, semejante fracaso en distinguir, terminará en una posición teológica en armonía con este descuido. Ninguno puede ver la naturaleza humana pecadora y el viejo hombre como siendo una y la cosa misma, y, al mismo tiempo creer que el viejo hombre muere. Ellos no podrían ser, porque la muerte del viejo hombre fuera la muerte del ser humano. Si esto fuera así, entonces la conversión significaría el fin de este peregrinaje terrenal, que sucesivamente causaría que no existieran cristianos sobre la tierra.

Pocos contenderían que no hay, o ha habido, cristianos vivos sobre la tierra. Asimismo, es generalmente entendido que para llegar a ser un cristiano no implica deponer esta existencia terrenal. Por lo tanto, es correctamente entendido que la muerte del viejo hombre no es la muerte literal del ser humano. Esto es verdad, pero debido a que la creencia persiste de que la naturaleza humana es el viejo hombre, se concluye que esta muerte no es una muerte literal, sino una alegoría solamente, una figura de lenguaje.

Esto conduce inevitablemente a la conclusión que el viejo hombre y el nuevo habitan juntos hasta el día de la resurrección cuando el toque de inmortalidad quitará para siempre la presencia de la pecaminosidad. Por supuesto, esto tiene la apariencia de verdad, porque es correcto decir que el nuevo hombre habitará con la naturaleza humana caída y pecadora hasta la segunda venida de Cristo. Pero, la naturaleza humana

no es el viejo hombre de pecado. Por lo tanto, no es verdad decir que el viejo hombre y el nuevo hombre habitan juntos hasta la venida de Cristo.

Sin excepción, cualquiera que cree que las dos naturalezas son una, sostendrá que *Romanos 7* es la verdadera experiencia cristiana. Tan fidedigno es este hecho, que no es necesario preguntar qué sostiene una persona con respecto a las dos naturalezas. Sólo pregúntese si él cree que *Romanos 7* es la experiencia de un hijo de Dios o no. Si dice que sí, entonces sabrás que él no hace una diferencia entre la naturaleza humana caída y pecadora y el viejo hombre de pecado. El verá *correctamente*, que el conflicto diario de una mente resuelta a servir a Dios contra el poder presente del pecado, es la experiencia descrita en *Romanos 7*, pero la clasificará *correctamente* como experiencia cristiana.

En semejantes enseñanzas, el viejo hombre está muy vivo, siempre listo a levantar su repugnante cabeza para hostigar y vencer en la lucha humana. Esto está en contradicción directa con las Escrituras que testifican que el viejo hombre es crucificado a muerte y, de este modo, destruido en la vida de los verdaderos hijos de Dios.

Sin embargo, los que están en error profesan creer exactamente como la Biblia enseña. Entonces, ¿cómo explican ellos los textos que tan clara y explícitamente hablan acerca de la *muerte y destrucción* del viejo hombre? ¿No es la muerte la cesación de vida? ¿No priva ella a su víctima de actividad y poder? ¡Ciertamente lo hace!

Entonces, ¿cómo puede ser enseñado que el viejo hombre continúa vivo cuando las Escrituras declaran que tiene que morir?

Para prestar fe a esta contradicción obvia, los maestros de estas falsas doctrinas consideran esta muerte como siendo solamente una muerte metafórica y simbólica, no una muerte real. El viejo hombre no está muerto, ellos teorizan, sino está sometido y mantenido bajo control.

No puede ser hallada mejor ilustración de esta clase de pensar de la que está contenida en este incidente. En el estado de Tennessee vivía un agricultor conocido que era y es un activo proponente de esta falsa teoría. Un día se hallaba en el campo hablando con una persona a quien deseaba influenciar para el Evangelio como él lo veía. Buscando transmitir el punto de que el viejo hombre no es realmente muerto, él señaló a un pequeño espino creciendo de la tierra. El comparó esto con su viejo hombre. Esta es una clara similitud, porque la Biblia hace lo mismo. Así como el espino crece en la tierra sin ser la tierra en sí misma, así también el viejo hombre se desarrolla en el cuerpo humano sin ser la humanidad en sí mismo. Así como el espino puede ser sacado de raíz del suelo sin que éste sea quitado o cambiado, así también el viejo hombre puede ser erradicado del cuerpo sin que éste sea cambiado o quitado.

Pero este agricultor no pensaba en términos de eliminar. Antes, colo-

có su pie directamente sobre el pequeño espino, ocultándole de la vista, y privándolo de rasgar su carne con sus espinas. El informo a su amigo que, de la misma manera, a él se le exigía mantener al viejo hombre bajo sujeción durante todo el día. Pero, cuando la tarde venía y tenía que retirarse, esta defensa había de ser mitigada. El resultado era que el viejo hombre se levantaba exactamente como el pequeño espino se alzaba erguido contra la fuerza de su bota que lo presionaba sobre el suelo. Esto requería la reafirmación de su poder y el de Dios para traerlo bajo sujeción el día siguiente.

La parte más increíble de esta historia es que era un agricultor que proyectaba su idea en medio de un campo. No era el curso que *él* seguiría en la granja. Incluso, *él* no se consideraría estando allí de pie sobre el espino todo el día. El único curso que siguiera fuera sacar de raíz ese espino y destruirlo. Es extraño que, en la búsqueda diaria los hombres persiguen un curso racional y sensible pero en teología es un curso que ni tiene apoyo bíblico ni natural.

Para los que creen como este agricultor lo hace, la conversión es nada más que una redirección de la mente, y un intento de redirección de los poderes en la vida. Ninguna muerte real toma lugar. El viejo hombre no es destruido. El está tan vivo como siempre y se levantará de tiempo en tiempo para hostigar y molestar al creyente.

Lo que ayuda en la aceptación de esta teología es la mejora definitiva en la conducta y modales exteriores que la acompaña. El creyente en ella renuncia a muchas vulgaridades y búsqueda mundanal de placeres, asiste a la iglesia, llega a ser celoso en esfuerzos misioneros, ayuda en los programas de la iglesia, y sigue de muchas maneras un patrón más limpio de vida. Esto pasa por la experiencia cristiana mientras que, en realidad, no es sino una mejora *de lo antiguo*. Ella no puede ser otra cosa, porque esta teología no provee la remoción de la vida espiritual existente. Por lo tanto, ella está todavía allí, así que cualquier cambio o mejora tiene que ser de esa vieja vida. Es posible lograr esto. Aun mucha gente religiosa lo hace así, muchos de ellos son modelos de cortesía y bondad, aunque no hacen profesión de servicio a Dios.

Pero, mientras la nueva vida puede ser definitivamente mejorada, nunca puede ella ir al cielo, porque es la descendencia del diablo. Únicamente la vida de Cristo puede regresar al cielo.

"Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo" (S. Juan 3:13).

Cuando Cristo pronunció estas palabras, no estaba negando la ascensión de Enoc, Moisés y Elias como muchos suponen. El sólo estaba diciendo que cuando su vida descendió del cielo y entró en un hombre, pudo ese hombre ascender al cielo. Esto confirma la verdad de que la vida de Satanás en nosotros, que nunca descendió del cielo, bajo ninguna circunstancia puede ir al cielo. Por lo tanto, no será una mejora

de la vida antigua lo que caminará las calles de oro, sino una vida enteramente nueva. Esta verdad tiene que ser percibida por todos aquellos que heredarán la vida eterna.

Si la justicia pudiera ser obtenida por la reconducción cuidadosa y mejora de los poderes y vida existentes, entonces bien está. Un resultado feliz sería la salvación de millones más de los que eventualmente la recibieran. Esto agradaría a la Trinidad celestial que desea que nadie se pierda.

Pero no hay rutas alternativas para el cielo. No es que Dios arbitrariamente haya querido que así sea, sino porque hay solamente un posible camino por el cual el hombre puede ser salvo. El pecado es un problema que requiere una solución que el hombre aun no puede iniciar buscarlo por sí mismo. Dios ha formulado la única y sola respuesta para el pecado. Se le requiere al hombre que estudie para comprender y aplicar el remedio. No le toca a él seleccionar y escoger, para mejorar, cambiar, reordenar, o en ninguna manera desviarse de la divina perfección de este plan. El que dedica tiempo a esto, se priva a sí mismo de la vida eterna y a todos los que permitan venir bajo su influencia.

Cuando los israelitas dejaron a Egipto, Dios no les ofreció seleccionar un número de procederes diferentes. Ni en ninguna manera les requirió llevar a cabo cómo podría ser obtenido. De ningún modo se les consultó, sino sólo fueron instruidos con relación al plan.

A la luz de esto es evidente que debía ser solamente enseñada una doctrina de salvación en el mundo. Tristemente, esto no es así. Los hombres han formulado procederes y teorías por las cuales ellos creen que retornarán al cielo. Los que se adhieran a un sistema condenarán con vehemencia el de otros o argumentarán que, puesto que el último objetivo es alcanzar el cielo, todo terminará allí, no importa qué ruta sea tomada.

"He aquí, solamente he hallado esto: que Dios hizo al hombre recto, mas ellos buscaron muchas cuentas" (*Eclesiastés 7:29*).

Esta diversidad de cuentas tiene una cosa en común. Todas ellas se proponen de una manera u otra a preparar al pecador para el cielo por la mejora o por el cubrimiento de la vida ya existente. Esto nunca alcanzará la idoneidad para el cielo por la simple razón de que la vieja vida no es más habilitada para producir los frutos de justicia que la capacidad que el espino tiene para producir frutos beneficiosos. La verdad de esto está enfatizada en este pasaje.

"Por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios; porque no se somete a la ley de Dios, ya *que ni siquiera puede*" (*Romanos 8:7*, revisión 1977).

En nuestro mundo sólo existen dos categorías de poderes —los que están sujetos a otros, y los que no lo están. En la última clase sólo pueden ser señores. Aquí la mentalidad de la carne se clasifica como

un poder que no está solamente sujeta a la ley de Dios, sino que la sujeción no es posible. Algunos podrían argüir que lo puede ser cuando Cristo es introducido en el corazón, pero esto no es lo que las Escrituras dicen. Antes, ellas afirman que no puede ser, así que no se sujeta. Por lo tanto, cualquier teología que se propone producir salvación mientras la mentalidad carnal permanece todavía, está buscando lo imposible. Ciertamente, tal solución nunca se originó en Dios.

Además, este versículo muy claramente establece la diferencia o distinción entre la mentalidad de la carne y la carne, comprobando que ellas no son una y la cosa idéntica. Hay algunos que hallan dificultad en ver esto porque la palabra "carne" significa "carnal", así que la traducción literal de la "mentalidad de la carne" es "mente carnal". Por lo tanto, la conclusión es generalmente extraída que la mente carnal o mentalidad de la carne es la mente hecha de carne e incorpora todo el organismo humano.

Pero, hágase una comparación cuidadosa entre lo que las Escrituras tienen que decir acerca de cada una de ellas, y será visto que hay diferencias entre ellas que nunca pueden tenerse en común.

Primeramente se establece que la mente carnal no se sujeta a la ley de Dios ni puede realmente hacerlo. Entonces, aquí está una mente que nunca será obediente a los requerimientos divinos, pero esto no es verdad del cuerpo de carne y sangre. No existe un cristiano en la historia que haya sido liberado en esta vida de la naturaleza humana caída y pecadora. Aun Cristo fue poseído de ella, no obstante, estos hombres y mujeres piadosos sirvieron a Dios. Sus naturalezas carnales hicieron la voluntad de Dios.

A causa de que a la naturaleza carnal le es posible servir a Dios, Pablo ruega a todos que rindan sus miembros como instrumentos de justicia y que se nieguen a dar los mismos poderes carnales al servicio del pecado. Aquí están sus palabras:

"Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; antes presentaos á Dios como vivos de los muertos, y vuestros miembros á Dios por instrumentos de justicia" (Romanos 6:13).

De manera que, la mentalidad de la carne no puede ser obediente a la ley de Dios, pero la naturaleza carnal puede. Por lo tanto, ellas no pueden ser la cosa misma. La obtención de la victoria sobre el pecado y la admisión final en el cielo depende, entre otras cosas, de que esta distinción sea entendida. Asegúrese de que el enemigo de las almas, quien está bien enterado de la importancia de esto, desea que ninguno la entienda, y obra incesantemente para nublar el asunto, exactamente como privó a los judíos de ver las dos venidas de Cristo, y a los protestantes de las dos clases de leyes.

A los grandes predicadores del Evangelio esta distinción fue clara.

En hecho, nadie puede ser un verdadero predicador del Evangelio a menos que comprenda esto. Pablo está en esta categoría, y en *Romanos 7* muestra su firme concepción del asunto.

"Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que hace guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (*Romanos 7:22, 23*, revisión 1977).

Aquí se hace mención a varios poderes en guerra el uno con el otro. Está la ley de la mente, la ley del pecado, y los miembros. De los tres, el que tiene la supremacía es la ley del pecado, que mantiene a una persona en cautividad de acuerdo con su voluntad. Batallando contra esta esclavitud está la ley de la mente en donde es conocido lo que constituye justicia junto con el deseo ferviente de poseerla. Los miembros son los elementos físicos de la naturaleza humana en la que la ley del pecado habita.

En ninguna parte del versículo Pablo dice que la ley del pecado es los miembros. En cambio, él especialmente se refiere a ella como a algo estando en los miembros, exactamente como la enfermedad reside en el cuerpo humano, se alimenta de él, y gobierna sobre él.

La ley de vida que está en Cristo no es mencionada en este pasaje por la simple razón que no es hallada en el hombre de *Romanos 7*. La vida de Cristo no puede entrar en un hombre hasta que la mente carnal haya sido removida, un paso que todavía no ha sido dado por el hombre descrito en *Romanos 7*. Por lo tanto, Pablo no hace mención de lo que no está todavía allí. Cuando avanza hacia el punto donde esta transacción es efectuada como lo hace en el capítulo siguiente, entonces él no habla más de la ley del pecado estando en los miembros, sino de la ley de Cristo estando allí.

En efecto, se argumenta aquí que lo que es llamado *la mentalidad de la carne* en *Romanos 8:7*, es conocido como *la ley del pecado* en *Romanos 7:22, 23*. Hay valor en estos diversos usos de descripciones de la cosa misma, por lo cual, nosotros podemos recibir una iluminada comprensión de la naturaleza de este poder y problema. Llamarla la *ley del pecado* es otra forma de describirlo como el *poder del pecado*. Para llegar a esta conclusión se requiere el uso de la más simple lógica.

Ninguna ley formulada por alguien llega a ser una ley en *realidad*, a menos que los que la forjen tengan el poder de imponerla. Por lo tanto, la ley efectiva no puede ser divorciada del poder, por lo que hemos de entender que, la ley del pecado es el poder del pecado. El versículo mismo hace esto completamente claro, porque establece que esta ley de pecado lleva al hombre entero a la cautividad. Esto no se podría hacer a no ser que tuviera el poder para efectuarlo.

La ley de la mente es una referencia a los procesos del pensamiento por donde las decisiones son hechas, y cada impulso de la ciudadela

del intelecto actúan para lograr estos ideales. Fuerte como la mente pueda ser, no puede igualar al gran poder de la ley del pecado en los miembros. No hay ninguna excepción de la regla que cualquiera en quien habita el pecado está en cautividad.

Los *miembros* son los varios elementos del cuerpo humano en el que reside la naturaleza humana como distinto de la ley del pecado que habita en la carne y gobierna sobre ella. Esta carne es un problema muy grande para el cristiano que sabe que tiene una continua guerra que pelear contra sus debilidades, deseos, apetitos y pasiones. Pero que ninguno confunda estas dificultades con la mente carnal la cual no es la carne en sí misma, sino un poder que habita en ella y la controla contra su voluntad. Lo que complica esta diferenciación es el hecho de que estas dos naturalezas se relacionan mutuamente, que con frecuencia es difícil ver la función de una contra la otra. Ellas parecen mezclarse juntas en una entidad.

Debido a estos problemas de identificación, el Señor ha estado suministrando cuidadosamente amplia ilustración de la entidad y función de estos poderes diferentes. Una de las más simples de estas es la enfermedad. Cristo consideraba la enfermedad morando y gobernando en la carne, sin que ella fuera la carne en sí misma, como una ilustración adecuada de la presencia y dominio del poder del pecado. Todo milagro por donde las víctimas de enfermedades eran liberadas de su presencia y poder, era una ilustración del trabajo idéntico de la salvación del pecado.

Hubo la ocasión cuando el hombre fue bajado por el techo a los pies de Jesús para ser sanado de la parálisis, "... y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: confía, hijo; tus pecados te son perdonados" (S. Mateo 9:2).

Cuando Jesús discernió los pensamientos en el corazón del ciego y los fariseos, dijo, "... ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados; ó decir: Levántate, y anda?" Versículos 4, 5.

Aquí, Jesús declaró explícitamente que la obra de sanar las enfermedades, y la obra de sanar la enfermedad del pecado, ambas eran lo mismo. Ellas eran tan idénticas que llevar a cabo una, era igualmente hacer la otra. De este modo, Jesús nos confirma que el problema de la enfermedad en el reino físico, y el problema del pecado en el reino espiritual, son idénticos, requiriendo soluciones idénticas. Si ellas fueran diferentes en naturaleza y poder, entonces requeriría diferente solución para cada problema. Nosotros podemos aprender mucho acerca de la naturaleza del poder presente del pecado al estudiar simplemente la naturaleza de la enfermedad y su poder sobre el cuerpo humano.

El Espíritu de Profecía hace este punto muy claro en estas declaraciones:

"La obra de Cristo al purificar al leproso de su terrible enfermedad es una *ilustración de su obra de limpiar el alma de pecado*" (£/ *Deseado de Todas las Gentes*, pág. 231).

"Del sencillo relato bíblico acerca de *cómo* Jesús sanaba a los enfermos podemos aprender algo con respecto a *cómo* creer en Cristo para que nos perdone nuestros pecados" (*El Camino a Cristo*, pág. 93).

"El pecado nos separó de la vida de Dios. *Nuestra alma está paralizada*. (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 172).

"La enfermedad física, por maligna que fuese y arraigada que estuviera, era curada por el poder de Cristo; pero la enfermedad del alma se apoderaba más firmemente de aquellos que cerraban sus ojos para no ver la luz. La lepra y la parálisis no eran tan terribles como el fanatismo y la incredulidad" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 236).

"Comprende [el pecador] su condición *enfermiza*, y busca salud del gran Médico . . ." (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 223).

Estas citas hacen claro que la enfermedad ha de ser equivalente al pecado en el alma, y que el poder mismo, la fe misma, y los procederemos mismos son usados para traer liberación de este poder, como de la enfermedad física.

Establecido este punto el camino está preparado para el estudio de la enfermedad como una ilustración de la presencia de la pecaminosidad en el alma. De esta forma llegará a ser muy claro que justamente como la enfermedad no es la carne sino un poder que habita en ella, se alimenta de ella, y gobierna sobre ella, así la mente carnal hace lo mismo. La solución aplicada por Cristo implicó su erradicación de la naturaleza humana lo cual permanecía con la persona tan completamente después de la limpieza de la enfermedad como antes de ella. Cristo aplica la solución misma al problema del pecado al erradicar el viejo hombre e implantando el nuevo en la carne y sangre mismas como aquella de la cual la naturaleza del pecado fue quitada.

Casi no existe hoy una persona viviendo en la tierra que nunca tuviera un día de enfermedad en su vida. Algunos individuos pudieron haber sufrido uno o dos ataques de gripe, mientras otros han sido afligidos con las más terribles enfermedades. Esto siendo así, la mayoría conocerán por experiencia personal el poder de la enfermedad sobre el cuerpo y la voluntad.

Una excelente ilustración es la experiencia del pequeño niño que vivió en un tiempo y lugar donde un paseo escolar anual era el gran evento del año. Por meses estuvo esperando este futuro acontecimiento e hizo planes para ese día. A medida que se acercaba, su excitamiento crecía hasta la noche anterior, cuando el fue temprano a la cama con un corazón alegre y expectante por lo que traería el día siguiente. Pero, durante la noche, un malestar le causó horas de insomnio, y en la mañana se hallaba con dolor de cabeza y con intensa fiebre.

Su deseo de ir al paseo era tan fuerte como siempre, y su voluntad para ir era igualmente tan necesario como antes, pero ahora estaba en las garras de un poder sobre el cual él no tenía control. El trataba de levantarse y vestirse, pero la alcoba giraba alrededor de su cabeza. El fue una vez más forzado a regresar a su cama y permanecer allí un día de chasco agonizante. ¿Por qué lo hacía? Porque ahora estaba bajo el dominio de un amo contra el cual él no tenía ninguna opción más que obedecer.

Tal era la condición de cada uno de los que eran traídos a Jesús o a quienes el Salvador buscó. El hombre del estanque de Betesda yacía allí impotente, no porque él quisiera o deseará hacer eso, sino debido al poder en él, que le ordenaba lo que no podía y no pudo hacer. De esa manera, así fue con el leproso y el hombre con la parálisis que fue bajado por el techo de la casa. Ninguna ilustración mejor podía ser hallada de la manera en la que el poder presente del pecado mantiene control del pecador, que la forma en la cual la enfermedad como un poder presente, mantiene y controla al enfermo. Por lo tanto, tenemos delante de nosotros dos problemas idénticos. Uno es en el reino espiritual. El otro en el reino físico.

Si alguien tiene dificultad en ver esto, entonces recuerde que la Palabra ha declarado que "La obra de Cristo al purificar al leproso de su terrible enfermedad es una *ilustración* de su obra de limpiar el alma de pecado" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 231). Si la ilustración ha de ser de valor, ella tiene que ser válida. Lo que es usado para la ilustración —en este caso de la enfermedad física— y el asunto siendo ilustrado —en el caso de la enfermedad espiritual— tiene que ser cosas que, aunque en un diferente reino, tienen todo lo demás en común. De otro modo, la ilustración no es de ningún valor. Cuanto más uno estudie la enfermedad desde el punto de vista divino, tanto más claro será visto que ella es la ilustración más adecuada del poder y obra del pecado, y mejor será entendido en cuanto a cómo Jesús suministró la sanidad para el alma.

Que la enfermedad es un poder vivo y de control, es reconocido y entendido por cualquiera que ha estado enfermo. Tales personas no necesitan convencerse de que esto es así. Ellas lo conocen por experiencia. Además, saben que la enfermedad no es el poder de la naturaleza carnal o humana que ha sido pervertida o dirigida a nuevos canales, sino que ella es una entidad separada en el cuerpo que lo gobierna, y debilita los poderes de la naturaleza humana. Nadie debe tener dificultad de ver que la enfermedad es una cosa y el cuerpo en el que habita, es algo más. En esto, nosotros tenemos la clara ilustración de la diferencia entre la naturaleza humana y la enfermedad del pecado que habita en esa naturaleza.

Cuando Jesús venía al hombre o mujer que estaba en las garras del

poder de la enfermedad del pecado, curaba a esa persona, no dándole a la naturaleza humana un poder mayor del de la enfermedad a fin de que pudiera traerla a sujeción, ni a separar la naturaleza humana en sí misma, sino a quitar la enfermedad de la naturaleza humana para que no estuviera más allí. El ponía esa enfermedad a muerte para que cesara de existir. Cuando esto había sido hecho, la persona tenía todavía su naturaleza humana, la cual era todavía caída, pecadora y profana.

Nosotros no podemos entender exactamente lo que la naturaleza de la enfermedad es. Ciertamente no es algo que puede ser tomado físicamente y vista como una entidad visible, pero esto no significa que ella no es un poder real para no tenerse en cuenta. De igual manera, no es posible para nosotros tomar la naturaleza del pecado y verlo como una entidad visible, pero él es todavía una entidad que tiene una presencia real en el cuerpo del esclavo del pecado, y tiene que ser removido de él como una *entidad*.

Claramente entonces, la ilustración provista para nosotros en el área familiar de la enfermedad, muestra la distinción entre la naturaleza real del pecado, la mente carnal, y el cuerpo de sangre y carne en el que la naturaleza del pecado habita. Ellos son dos elementos distintos y separados, y el entender esto es esencial para una comprensión correcta del camino de victoria sobre el pecado.

Más Evidencias

Un punto clave en el cual el mensaje de justicia expuesto en este libro se mantiene o cae, es la distinción entre la mente carnal que habita en la carne, y la carne en la que ésta reside. La función y poder de esta mente carnal resulta del sometimiento del individuo a la esclavitud. El puede sentirse libre pero, en efecto, está en abyecta esclavitud. Este mensaje es probado ser completamente falso si puede ser comprobado que la mente carnal y la naturaleza carnal son la cosa misma, como es comúnmente aceptado en los grupos religiosos hoy.

Además, la obra de reforma que sigue a la del reavivamiento no puede ser entendida y practicada a menos que la función de la naturaleza humana, las ventajas que da al tentador, y la forma en la que puede inducir a la persona más justa a pecar, sea reconocida y comprendida. Por esta razón, las ilustraciones bíblicas añadidas de esto serán examinada con referencia especial a un elemento no introducido hasta ahora en este estudio —el lugar de la voluntad.

La esclavitud egipcia ya ha sido considerada como una ilustración de la servidumbre del pecado. Más atención será ahora puesta a esta situación para desarrollar mayor claridad todavía en las distinciones ya hechas. Concentración particular será puesta ahora en la mente y voluntad del esclavo contra la mente y voluntad del amo esclavizador. El paralelo se sacará entre la mente y voluntad del individuo, y la mente y voluntad del esclavizador que gobierna sobre el pecador contra su voluntad y deseos.

Que nuestras mentes se espacien en los siglos de historia hasta que observemos la escena del desierto. El esclavo se doblega en su tarea, mientras el amo ronda en torno a él con el látigo listo siempre en sus manos. Estúdiense al esclavo primero, para ver que él tiene su propio cuerpo de sangre y carne, y su propia mente y voluntad. Ese cuerpo, en el que reside no solamente su fuerza física sino sus sentimientos, deseos, gustos y disgustos, detesta el trabajo que tiene que hacer, las

espantosas condiciones bajo las cuales tiene que ser hecho, y anhela trabajo más agradable en un mejor ambiente que el sofocante calor del desierto. Todos estos deseos de la carne están registrados en la mente, en donde está acumulado el conocimiento de su vida, y algo de conciencia de los propósitos de Dios para los hijos de Abraham. De este modo, la súplica del cuerpo a la mente, en adición a las convicciones de la mente misma, exige la cesación de esas actividades de servicio para Satanás y su reino.

No puede ser objetado que hasta donde los sentimientos, deseos, gustos y disgustos del cuerpo de ese hombre o naturaleza humana concierne, había la mínima disposición para agradarse del servicio real para Egipto. Sin embargo, el cuerpo amaba lo que era agradable a su gusto, tal como las cebollas, el ajo, y las ollas de carne de esa tierra. Esto es comprobado por el hecho de que cuando fueron libres del sufrimiento de la esclavitud, y habían olvidado mucho de su naturaleza ardua y restrictiva, su carne requirió a la mente que le suministrara otra vez lujuriosas satisfacciones. De acuerdo con sus mentes, y recordando que Egipto era el lugar en donde las ollas de carne se hallaban, ellos resolvieron regresar a esa tierra otra vez.

Cuán típico es esto de la naturaleza humana. El pecado nos ofrece las satisfacciones de placeres sensuales más allá de lo que es disciplinado y justo. Para la naturaleza humana esto es muy atractivo y deseable, pero una vez estos placeres se han apoderado con firmeza de nosotros, producen solamente sufrimiento y miseria. Contra eso, la carne se rebela y suplica a la mente para que la libre de tales sufrimientos, pero no de los placeres que le causan el sufrimiento. No obstante, puede ser reconocido que los placeres son la causa de esos problemas, y al menos en el momento, la persona está preparada para renunciar totalmente a los placeres, precisamente como los israelitas estaban tan felices por ser liberados de la tierra de Egipto. Pero cuando el dolor de la esclavitud es solamente una memoria, entonces la carne exclama otra vez por los apetitos en los que previamente hallaba tal satisfacción, mientras olvida el severo precio para ser pagado por tal indulgencia. Tenemos solamente que estudiar nuestra propia experiencia para ver cuán verdadero esto es, y de ello hemos de comprender por qué es imposible a través del reavivamiento realizar la obra total de sellamiento contra el pecado. Una obra prolongada de reforma educacional tiene que ser llevada acabo más allá de la obra inicial de liberación de la esclavitud del pecado.

Por lo tanto, cuando es dicho que el esclavo no tenía ningún deseo de hacer el trabajo, hasta donde su carne concernía, tiene que ser recordado que la referencia es hecha al aborrecimiento de las consecuencias de su esclavitud —los sufrimientos que estaba experimentando a causa de eso.

Así que está escrito, "... y los hijos de Israel suspiraron á causa de

la servidumbre, y clamaron: y subió á Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre (Exodo 2:23).

Esto no significa que ellos habían perdido su gusto por las lascivias que Egipto proveyó, sino que odiaban el trabajo, y las condiciones en las que tenían que laborar.

Sus conciencias les hablaba que no tenían nada que ver con rendir este servicio al hombre de pecado.

La razón del porqué es señalado aquí que la naturaleza humana, así como la mente y voluntad del esclavo estaban opuestas al trabajo que se les exigía en Egipto, es mostrar la distinción entre la voluntad de la carne del esclavo y la voluntad del amo esclavizador. Es abundantemente claro que mientras el esclavo, en cuerpo y en mente, no tenía ningún deseo de rendir ese servicio, el amo no sólo deseaba que éste lo debía hacer, sino que decide que lo haría. Además, él tenía el poder para imponer su voluntad, porque su poder era mayor que el de ese esclavo. Por lo tanto, él ejercía ese poder para asegurar que el esclavo indispuerto hiciera el servicio que Egipto le exigía.

Véase luego, las distintas entidades en la ilustración. Estaba el cuerpo o naturaleza humana del esclavo, en quien cada fibra odiaba la esclavitud en la que estaba obligado a servir. Existe la mente del esclavo en la que estaba la recepción de los mensajes de protesta enviados a ella de la carne más sus propias convicciones de conciencia con relación a ese servicio. Tercero, poseyendo deseos e intenciones completamente diferentes, estaba la voluntad del esclavizador.

Hay algo diferente acerca de esta ilustración de Egipto que aporta una ayuda valiosa en comprender las distintas entidades de la mentalidad de la carne y la naturaleza carnal. Mientras que en la lección objetiva provista por la enfermedad, el poder habita en la carne, aquí en Egipto la autoridad dominante está afuera y separada de la carne del esclavo. Esto quita cualquier posibilidad de confundir la carne por el poder que gobierna sobre ella. El amo esclavizador puede ser estudiado como una entidad separada como puede también la función desempeñada por las naturalezas humanas de sangre y carne, caídas y pecadoras de los esclavos.

Es precisamente igual a un empleado dibujando un aparato mecánico o pedazo de mueble, en el que todas las partes ocultas son separadas de los otros componentes para que su lugar y funcionamiento en el plan puedan ser claramente reconocidos.

Es un concepto *fulminante* en el que cada uno de los elementos han sido separados para más clara distinción, que la escena egipcia nos es de tanto valor. Semejante a la ilustración provista en el enfermo, declara inequívocamente la historia la existencia de un poder aparte del organismo humano que gobierna y controla el cuerpo, mente, y espíritu del ser humano. Por la destrucción, este poder tiene que ser quitado de

esa posición de dominio, antes que el individuo pueda hacer las obras del Señor. Ninguna clase de provisión es hecha para la disciplina o sometimiento del amo esclavizador, como tampoco se ha hecho ninguna provisión para disciplinar la mente carnal, porque no le es posible venir bajo sujeción.

El Árbol Bueno y el Árbol Malo

Las verdades mismas son repetidas en la ilustración dada por Cristo del árbol bueno y el árbol malo. El dijo:

"Porque no es buen árbol el que da malos frutos; ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol por su fruto es conocido: que no cogen higos de los espinos, ni vendimian uvas de las zarzas. El buen hombre del buen tesoro de su corazón saca bien; y el mal hombre del mal tesoro de su corazón saca mal; porque de la abundancia del corazón habla su boca" (S. Lucas 6:43-45).

En este libro será brevemente tocado este punto ya que ha sido completamente cubierto en otras publicaciones.*

La ilustración describe claramente las distinciones entre varios elementos implicados. Está el árbol, el fruto que produce, el terreno en el que crece, y el jardinero que decide su suerte. Son claras y simples, con todo, hay diferencias vitales entre cada uno de estos elementos.

De acuerdo con la semilla implantada en la tierra, así será la naturaleza del árbol que crece de allí, y la clase de fruto que produce. Es imposible para el buen fruto producirse en un árbol malo. Esta es una ley que nunca ha sido violada ni lo será, porque es imposible hacerlo. Aun un niño sabe que no se buscan uvas en un espino.

Esta ley ha sido formulada en la sabiduría y amor de Dios para el bienestar y felicidad de todas sus criaturas. Pocos momentos de reflexión asegurará todo contra cualquier deseo de anular este precepto. Imagínese las consecuencias si debiera abolirse la ley.

Supóngase que en enero 1 de 1996, la ley que declara que todas las cosas produzcan de acuerdo con su especie, sea abrogada. En ese día o en cualquier otro momento después de eso, un agricultor sale con una provisión de semilla de trigo y siembra su campo. Mientras la ley funcionaba, él sabía que podía confiar en cada semilla que germinaba para crecer en un tallo productivo de grano, pero ahora esa garantía es quitada. En cambio, crecen espinos, cardos, zarzas, cebada, trigo, y un número de plantas mixtas. Aun si lo que creciera fuera toda una variedad de buenas plantas, eso sería tan desorganizado que ninguno podría recoger cosecha.

* Véase *De la Esclavitud a la Libertad*, disponible en Botschaft für unsere Zeit.

Eso sería suficientemente malo, pero imagínese su consternación cuando sus vacas produjeran una amplia variedad de descendientes — perros, gatos, ovejas, serpientes, zapos, cabros, etc. Peor que todo fuera la difícil situación de las madres expectantes que nunca supieran lo que sus hijos podrían ser hasta el día que fueran nacidos, entonces se espantarían al hallar que ellas habían dado a luz un león, una serpiente, un mico, o fueran tranquilizadas al hallar que habían sido las afortunadas al tener a un bebé humano. Mientras tanto, fuera de la selva, bebés humanos aparecerían entre la descendencia mixta de las bestias salvajes. ¿Qué clase de adultos serían y crecerían? Qué inútil y confundido sería este mundo si la ley de la herencia no funcionara.

Muchos objetarán que semejante cosa es imposible. Afortunadamente lo es, pero es porque el Señor nunca permite que la ley sea cambiada. Este hecho puede ser considerado con profunda gratitud, porque esta ley inviolable garantiza una seguridad que nosotros nunca deseáramos perder.

Obsérvese que la clase de terreno en el que la planta o árbol crece no determina lo que el árbol será, es decir, si será una vid o un espino. Eso se decide por la semilla impregnada en el suelo. Sin embargo, mientras que no puede elegir lo que ha de crecer, puede afectar grandemente el vigor del crecimiento y la fructuosidad de la planta o árbol. El terreno fértil en condiciones climáticas favorables sostiene árboles más frondosos y fructíferos que el terreno estéril.

El factor final en la ilustración es el jardinero que ocupa la función de la voluntad que decide la suerte del árbol. El solo ha de calcular el problema, determinar la solución apropiada, y aplicarla. El problema es que él tiene un espino, pero desea buen fruto. La única solución reconocida por el hombre en su granja es sacar de raíz al repugnante árbol, y luego colocar en el terreno mismo la buena semilla que sucesivamente produce la clase de árbol y la clase de fruto que él busca. Ningún hombre proyectaría la idea de lograr sus objetivos quitando todas las espinas del árbol. Lo que él entonces tendría sería un espino sin espinas, pero, no sería todavía una vid productiva o un manzano.

Esta lección objetiva de un factor vital en el asunto de salvación es tomada de un campo de vida con la cual todos son más o menos familiar. El gran Maestro, reconociendo la importancia de que estos principios sean entendidos, dirigió la mente de todos a esta ilustración para que nadie tuviera ninguna dificultad de entender los principios mismos como son hallados en el problema humano de conocer pecado. Ninguna dificultad debe ser experimentada de igualar los elementos en el tipo a su reproducción en la aplicación espiritual.

El terreno en el que el árbol crece es la naturaleza humana.

El árbol corresponde a la naturaleza mala creciendo en ese terreno.

El nuevo árbol creciendo de la nueva semilla en el terreno, representa

la vida de Cristo que crece de la simiente divina una vez es implantada en el individuo.

El jardinero representa la voluntad del individuo que decide lo que será hecho con el árbol malo. El puede elegir conservarlo, o puede dárselo a Dios para que lo destruya, a fin de que el camino esté preparado para la implantación de la nueva vida en el corazón.

Las leyes mismas se aplican en el reino natural como en el espiritual. Cristo certifica eso aquí en el pasaje bajo consideración. Por lo tanto, ninguno imagine que la justicia puede aparecer en la vida en la que el viejo hombre habita todavía. El es la simiente de Satanás, y como tal sólo puede producir fruto malo. Es cierto que a él se le puede dar mucho pulimento y puede ser traído bajo un cierto control disciplinario, pero lo mejor que puede ser logrado, en efecto, es un espino sin espinas que nunca puede ser transplantado en los jardines del paraíso.

Mientras el estudio aquí es sobre las distinciones entre las diversas partes componiendo la naturaleza del hombre y del pecado, la atención es una vez más dirigida a la clara enseñanza contenida en la parábola del árbol bueno y el árbol malo. Justamente como el árbol creciendo en el terreno no es el terreno en sí mismo, así la naturaleza mala creciendo en el cuerpo y vida del hombre no es la naturaleza humana en sí misma, sino algo creciendo en ella.

Tiene que ser también claro que el esfuerzo excesivo de la voluntad del jardinero nunca obligará al árbol malo a producir buen fruto. Esta solución no es más que cualquier disposición de la voluntad en Egipto que hubiera habilitados a los esclavos para vencer a sus capataces. Hay un lugar para el ejercicio de la mente, pero no es el de dirigir las energías a su disposición en una confrontación directa con el poder del pecado. Es impotente aquí traer al enemigo en sujeción a la voluntad, porque el pecado no sólo es de mayor poder, sino que no se sujeta a cambio. La única solución para él es destrucción y reemplazo. Por lo tanto, la función de la voluntad es rendir al viejo hombre a Dios que lo quita de la ciudadela de autoridad y pone su propia y preciosa vida en su lugar.

En todas estas ilustraciones, la promesa es dada de que un elemento puede ser destruido y reemplazado sin que el hombre mismo sea ejecutado. El amo de Egipto pasó sin que los israelitas murieran; la enfermedad es borrada del sistema dejando al sufriente muy vivo; y el espino es quitado del suelo sin ser aislado con la tierra en la que se desarrolló. Con la separación de cada uno de ellos, se prepara el camino para que lo nuevo reemplace lo viejo, y para que por primera vez el fruto deseado se produzca.

Las Implicaciones

Algunos pueden pensar que el punto ha sido ahora elaborado fuera de necesidad. Esto sería verdad si un tema que es tan simple no fuera tan poco comprendido. Los conceptos erróneos están tan firmemente fijados en la mente de los humanos, que se requiere una representación total de la información disponible para penetrar las tinieblas y admitir la luz. Hay todavía más ilustraciones del punto tales como la del antiguo y nuevo esposos presentados en *Romanos 7:1-5*. Sin embargo, omitimos esto aquí puesto que ya ha sido tratado en otro de nuestros libros.

Toda *falsa* presentación de justificación por fe, no considera ninguna diferencia entre la mente carnal y la naturaleza humana. No todos sacan las conclusiones mismas de esta posición. Sin embargo, puede ser clasificada bajo dos principales fuentes de pensamiento.

El primero y usual desarrollo es concluir que la solución ha de ser hallada en la imposición de justicia por la acción de la voluntad. Para el soporte de esto, muchas declaraciones y versículos son citados tales como estos:

"El tentado necesita comprender la verdadera fuerza de la voluntad. Ella es el poder gobernante en la naturaleza del hombre, la facultad de decidir y elegir. Todo depende de la acción correcta de la voluntad" (*El Ministerio de Curación*, pág. 131).

"Así que, yo de esta manera corro, no como á cosa incierta; de esta manera peleo, no como quien hiere al aire: Antes hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que, habiendo predicado á otros, yo mismo venga á ser reprobado" (*1 Corintios 9:26, 27*).

"¡Cuánto más importante es que el cristiano, cuyos intereses eternos están en juego, sujete sus apetitos y pasiones a la razón y a la voluntad de Dios! Nunca debe permitir que su atención sea distraída por las diversiones, los lujos o la comodidad. Todos sus hábitos y pasiones deben estar bajo la más estricta disciplina. La razón, iluminada por las enseñanzas de la Palabra de Dios y guiada por su Espíritu, debe conservar las riendas del dominio" (*Los Hechos de los Apóstoles*, págs. 250, 251).

Estas declaraciones, en hecho, todas hacen referencia a la disciplina y dominio de la naturaleza humana y, por lo tanto, nada tiene que ver con el problema del viejo hombre. Pero, a causa de que muchos no hacen distinción entre el viejo hombre y la naturaleza humana caída y pecadora, aplican estas y otras declaraciones asemejándolas como principios de guía para tratar con el viejo hombre.

Ellos mismos satisfechos de que esta es la solución para el problema del viejo hombre, ninguna otra es buscada, y así que otra no es hallada. De este modo la enseñanza de que la descendencia de Satanás ha de ser erradicada y destruida, no tiene lugar en sus pensamientos. La justicia es buscada al coleccionar y enfatizar todos los requerimientos es-

tablecidos en las Escrituras, acompañado por una voluntad dispuesta para llevar a cabo todos estos mandatos. Esta religión se caracteriza por normas y regulaciones gobernando vestido, dieta, guarda del sábado, organización de iglesia, comportamiento en la casa de Dios, y mucho más. El razonamiento básico, aunque nunca lo permiten, es que porque quebrantar la ley incurre la pena de muerte, guardándola tiene que restaurar el don perdido de la vida.

El continuo énfasis de que sólo aquellos que alcanzan una norma de obediencia perfecta serán readmitidos en el paraíso, genera una continua lucha para alcanzar este nivel de excelencia. Pero, debido a que esto sólo puede ser obtenido cuando hay primeramente una naturaleza interior transformada, los que niegan la erradicación de la vieja naturaleza y el henchimiento con la nueva, experimentan un sentido permanente de deficiencia. Ninguna duda surge con respecto a la rectitud de sus proceder, y esto motiva seguridad para ser buscada de otras maneras. Esto toma la forma de observar el progreso de otras personas y luego medir ese progreso aparente con el de uno propio. Cuanto más faltas y defectos pueden ser hallados en la otra persona, tanto más cómodas las cosas son. Si los demás en derredor tuyo no están obrando como tú lo haces, entonces tienes la seguridad de estar en la vanguardia de los que van al cielo. En otras palabras, es razonado, si tú que juzgas estar a la cabeza de todo el resto, no estás caminando hacia el cielo, entonces nadie lo está. Pero es conocido que algunos irán. Por lo tanto, tu chance es mejor que cualquier otro.

Esto no puede más que terminar en un patrón crítico y sentenciador de conducta por parte de todos los que pertenecen a tal sistema. Este es un tipo de religión legalista y farisaica, que nunca trae a sus seguidores a una verdadera satisfacción de espíritu. Sus adherentes se reducen en mente, cuerpo y espíritu, porque su atención es enfocada a unos y a otros como la norma de progreso personal. Es una ley de que somos cambiados a la semejanza de lo que contemplamos. (2 *Corintios* 3:18.) El hombre es la cosa más pequeña en existencia cuando el carácter llegó a ser desfigurado por el pecado, así que cuando la concentración es puesta en unos y otros, su atención es puesta en los más pequeños de los caracteres. El resultado es que el carácter no puede expandirse y crecer sino se reduce a algo más pequeño todavía. Únicamente contemplando la grandeza de la perfección del carácter de Cristo puede el verdadero crecimiento en la experiencia cristiana ser alcanzado.

Hay diversos grados al que esta religión es tomada. En lo peor y en la forma más extrema, es hallada en la religión de los fariseos como era en los tiempos de Cristo. Entre Cristo y esta religión no hubo unidad. El Salvador solamente encontró un odio intenso hacia El mismo y su mensaje de los protagonistas de este supuesto camino a la vida eterna.

Jesús nunca dio la más mínima aprobación de esto en su ministerio terrenal, sino que más bien declaró que no era hallada vida eterna en estos proceder.

"Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que *la* de los escribas y de los Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (*S. Mateo* 5:20).

En verdad, claras son estas palabras. Cristo *en ningún caso* dijo, que todo cuya religión no fuera mejor que la de los fariseos entraría al cielo. Que todos los que hoy confían todavía en este sistema para salvación, den cuidadosa reflexión a estas palabras. No puede haber nada más terrible que suponer que la salvación nos es asegurada, y luego venir al día del juicio cuando será demasiado tarde para adquirir la cosa real, para hallar que la pérdida eterna es nuestra única porción. Es mejor haber gozado de los placeres del pecado por un tiempo que tener esta experiencia.

Viene a tiempo una reacción a esta presión. Mientras las décadas transcurren y los hijos de aquellos que han impuesto esta exigente religión se fatiguen por su carga y desilución en cuanto a sus efectos, ellos oscilan hacia el extremo opuesto de la balanza. Ninguna pregunta se formula con relación a la falsedad del fundamento que no se ve diferencia entre la mente carnal y la naturaleza caída y pecadora, sino, en vez de tratar poner manzanas en el espino, ellos reconocen que esto es imposible.

Así que, en vez de enseñar que el cielo es para los que obtienen la perfección de carácter en ellos mismos, creen que Cristo solo pudo lograrla. El hacía esto mientras en la tierra desarrollaba tal provisión de justicia como para cubrir adecuadamente las necesidades de todo pecador. Los que desean la vida eterna, sólo deben aceptar esto como una justicia acreditada o sustituta en su favor. De este modo, es esperado que la entrada al cielo será en los méritos de Cristo, sin necesidad de formar un carácter justo por parte del pecador.

Todos los que creen y enseñan esto, niegan que la justicia no es formada en el interior. Está todo arriba con Cristo en el cielo donde El lo acredita a la cuenta del pecador en los libros de registro.

De las dos proposiciones, la segunda es la más realista, porque al menos reconoce que la mentalidad de la carne no puede producir absolutamente las obras de justicia. Por lo tanto, para una religión ofrecer una solución al problema del pecado sin exterminar la mente carnal, sólo puede proponer que alguien provee la justicia necesaria para la readmisión al cielo.

Uno podría ganar la impresión de lo que es dicho aquí, que la verdadera religión es una en la que el creyente suministra la justicia que es apta para el cielo. Esta no es la verdad, porque Cristo solo puede proveer esto. La diferencia entre las dos es que en la falsa se hace esfuerzo

para producir frutos de un espino, o alternativamente el fruto del espino es aceptado como la norma del vivir cristiano.

En el verdadero Evangelio, al Señor se le da la tarea de erradicar la naturaleza mala y poner su propia vida en su lugar. Cuando el creyente contempla en Cristo la norma de la perfección del carácter y, mientras se alimenta de la vida de Cristo día tras día, él es cambiado a la misma imagen de gloria en gloria hasta que sea idóneo para caminar las calles de oro. Mientras es verdad que él tiene una parte que desempeñar, la obtención es el don de Dios en todo el camino.

Puede ser preguntado con relación a por qué las dos sendas espurias al cielo reúnen muchedumbres de seguidores en medio de los que aseveran seguir la Biblia y la Biblia sola, cuando ninguna de las dos son enseñadas en las Escrituras.

Esto se debe a la combinación de las dos cosas. El hombre ha heredado del diablo una disposición para servir a Dios en su propios términos, no en los términos divinos. Satanás muy sutilmente manipula las verdades de la Escritura en una doctrina calculada para recurrir a esta disposición. De este modo, la forma de Satanás y del hombre de servir a Dios se le da aparentemente aprobación divina. Los hombres son conducidos a pensar que están sirviendo a Dios de acuerdo con las especificaciones divinas, cuando en realidad no lo están.

Esta falsa teología es formada al tomar una parte por el todo. En la verdadera religión hay un lugar para el ejercicio de la voluntad y el trabajo de nuestros propios diligentes esfuerzos. Hay también un lugar donde la justicia sustituta de Cristo es la respuesta a cierto aspecto del problema del pecado. Para todo los que desean ser salvos por sus propias obras, Satanás presenta el ejercicio del poder de la voluntad como la senda total de salvación. El los induce a tomar todas las declaraciones demandando esfuerzo diligente para justificar sus fervientes intentos de producir frutos de una naturaleza mala.

Para los que desean ser salvos en sus pecados, Satanás señala la justicia de Cristo como el manto para cubrir toda su iniquidad.

Una religión recoge todos los pasajes que se aplican al control y disciplina de la carne y los aplica al control de la mente carnal, mientras que la otra toma todas las declaraciones acerca de la sustitución de la justicia de Cristo y hace de eso el mensaje entero. De este modo, cada una es capaz de hacer *parecer* que ellas tienen una verdadera solución bíblica para el problema del pecado, cuando en efecto, ninguna la tiene.

La Alternativa

El verdadero hijo de Dios reconoce cuán imposible es para la naturaleza carnal producir el fruto del Espíritu. El sabe que la vieja naturaleza tiene que ser quitada y, puesto que es una entidad separada de la na-

turalidad humana o su propia mente, es posible realizar esto sin exterminar su existencia misma. Así que, tiene al Señor para que la quite como Cristo sanó las enfermedades de su tiempo, y en su lugar recibe una naturaleza completamente nueva, aun la misma vida de Cristo en el alma.

Pero, él sabe ahora que el trabajo no es terminado. No ha logrado instantánea y absoluta satisfacción. Por delante está el largo y duro camino de reeducación y reforma durante el cual él debe aprender a negar los apetitos y deseos de la carne, a quitar las viejas ideas y teorías con sus hábitos y prácticas consecuentes y, de este modo, desarrollar una experiencia en satisfacción. Esto será un conflicto del cual no hay descanso hasta que termine esta vida terrenal, pero no será el conflicto del hombre de Romanos 7 que está luchando para que una mente carnal haga lo que ella nunca puede hacer. Será una lucha para vencer *la carne* y sus deseos, una cosa que en el poder de Dios y en el resultado del reavivamiento puede y tiene que ser hecho, si hemos de heredar la vida eterna.

La naturaleza de este conflicto tiene que ser ahora estudiado, pero no sin la advertencia repetida que éste no puede ser verdaderamente entendido a menos que sea visto que hay una distinción entre la mente carnal y la naturaleza humana, y que la primera tiene que ser enteramente erradicada, mientras la segunda permanece hasta la venida de Jesús.

Un Cerdo Todavía

Tú puedes tomar un cerdo, un cerdo real de carne y sangre, y levantarlo del ambiente de la porqueriza con su inmundicia y fango; lo puedes limpiar siempre muy bien y ponerlo dentro de un alojamiento seco libre del barro fétido; puedes aplicar con amabilidad polvos y fragancia en su cuerpo; le puedes enseñar ingeniosos triques y aun inducirlo a observar mejores mamerías; lo puedes cubrir con vestidos finos; puedes cambiarle su dieta a la clase más saludable; pero cuando hayas hecho todo eso, *él será todavía un cerdo.*

Así que, tú puedes tomar un hombre carnal y cambiarle su ambiente, de este modo separándolo de las malas asociaciones; lo puedes educar, enseñándole las maneras más finas y vestirlo con las mejores ropas; le puedes dar un alto título y enviarlo a la iglesia cada semana, pero después de haber realizado esto, *tienes a un hombre carnal todavía.*

Los *Hombres* de Romanos *Siete* y *Ocho*

La experiencia de *Romanos 7* es un conflicto. La experiencia de la persona que ha sido liberada de la experiencia de *Romanos 7* y ha entrado en la obra de la santificación, es también un conflicto —una implacable lucha por vencer la carne y finalmente emerge como un verdadero y victorioso cristiano. Entonces, ¿cuál es la diferencia?

Los que escuchan nuestra afirmación que el comienzo de la experiencia cristiana está marcada por la erradicación total de la mente carnal, sin entender la naturaleza de esa mente carnal como distinta de la carne, declaran inmediatamente que nosotros estamos enseñando carne santificada, que no podemos volver a pecar si esta es nuestra experiencia, y que esta es una enseñanza de santificación inmediata. Tales acusaciones testifican que los que lo hacen son ignorantes de la verdad que el reavivamiento al comienzo de la experiencia cristiana es una obra distinta y separada de la obra de la reforma que sigue después de eso.

Los que ven la mente carnal y la naturaleza humana como siendo la cosa misma, asemejan naturalmente el conflicto de *Romanos 7* con las luchas de la experiencia cristiana y, por lo tanto, concluyen que la experiencia descrita en Romanos 7 es la experiencia de un verdadero hijo de Dios. Pero hay una gran diferencia entre las dos.

El Hombre de Romanos Siete

Entonces el hombre de *Romanos 7* no es un rebelde contra Dios, porque su voluntad y sus intenciones están consagradas al servicio del Señor. El es un esclavo que está limitado al servicio de la mente carnal. La descripción entera de *Romanos 7* es un cuadro de esclavitud. ". . .

mas yo soy carnal, vendido á sujeción del pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago. . . .

"Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra le ley de mi espíritu, y que me *lleva cautivo* á la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me *librará* del cuerpo de esta muerte?" (Romanos 7:14, 15, 23, 24).

Entonces, la situación es que este hombre tiene le mente carnal que, como un amo cruel y despótico, gobierna su voluntad para que sirva a todo deseo lascivo de la naturaleza humana carnal. Esto termina en una corriente constante de pecado fluyendo de la vida de tal hombre. Es claro que el campo de autoridad o dominio es esta naturaleza permanente, y mientras esté allí, la voluntad no puede *ejercer* su poder para cambiar la situación. El ejercicio correcto de la voluntad tiene su lugar, pero no en resolver el problema del hombre de Romanos 7. Aquí la voluntad es impotente para resistir las demandas del poder presente del pecado.

Es aquí que muchos se extravían en su búsqueda de la verdad viviente de salvación del pecado. La declaración ya leída es que "Todo depende de la acción correcta de la voluntad" (*El Ministerio de Curación*, pág. 131), y, a causa de que es entendido que la mente carnal permanece, es adoptado que el secreto de la victoria sobre el pecado consiste en la disposición de la voluntad en unidad con el poder de Dios para vencer los poderes de la mente carnal.

Lo que se pasa por alto son los términos reales de la declaración en la cual hay una palabra vital en particular. Esa palabra es "correcta", porque dice que todo depende de la acción correcta de la voluntad. Muestra que la acción de la voluntad tiene que ser controlada en el tiempo *conecto*, en el lugar correcto, y en la forma *correcta* si todo lo que depende de eso ha de ser logrado.

Ese tiempo y lugar *correctos* no es en el área del dominio de la mente carnal. Clara prueba de esto es provista en cada ilustración ya estudiada en conexión con esta naturaleza mala. Si el esclavo en Egipto hubiera resuelto poner su voluntad para nunca llevar a cabo la orden del amo esclavizador, habría hecho que la situación fuera considerablemente peor sin lograr nada. Habría sido todavía forzado a trabajar, y eso habría hecho sus sufrimientos más grandes. El ejercicio de la voluntad allí sólo habría aumentado la angustia de su esclavitud.

Véase también cómo el más fuerte deseo de emplear la voluntad en el caso del que padece la enfermedad, no lo capacita para hacer lo que la enfermedad le declara que no puede hacer, ni el esfuerzo más decisivo de la voluntad del jardinero lo habilita para producir buen fruto del árbol malo. En todas estas cosas, la voluntad no es la respuesta al problema.

Esto no significa que la voluntad no tiene parte que desempeñar en conversión, en resolver el problema de la mente carnal, porque el poder de la voluntad siendo el poder de elección, tiene que ser ejercitado para *elegir* que el Señor extermine al viejo hombre y lo reemplace con la simiente de Cristo. Esta es una función muy diferente de confrontar la voluntad contra el poder de la mente carnal con la ayuda de Dios, como muchos suponen que El lo hace. Es también diferente de la acción de la voluntad durante el período de reforma. Es la disposición para abandonar el esfuerzo por lograr justicia luchando para mantener al viejo hombre subyugado, y la disposición para poner enteramente la tarea en las manos eficientes de Dios.

El Hombre de Romanos Ocho

La experiencia descrita en Romanos 8 contrasta enérgicamente con el cuadro en el capítulo anterior.

El hombre de Romanos 8 ya no tiene la mente carnal. El ha sido liberado del "cuerpo de muerte"; y ha sido "librado de la ley del pecado y de la muerte", y por lo tanto, no está bajo condenación. En lugar de la mente carnal, ahora él tiene la mente divina, que es la mente de Cristo y, como tal, es una nueva criatura.

Esta es una transacción muy real entre Dios y hombre. La vieja naturaleza nacida del diablo por la implantación de su simiente, es realmente quitada del interior del hombre para que no esté más allí. En el vacío es colocada la nueva vida que es la simiente de Cristo. Ella brota para vida, crece vigorosamente, y embellece la experiencia entera. Que nadie se aferró a la falsa concepción de que la vieja vida es quitada poco a poco, y que la nueva es introducida gradualmente.

Ninguna de las ilustraciones bíblicas suministra esto. El amo esclavizador de Egipto, en la persona del primogénito, muere en una hora o menos. El espinoso es extraído totalmente antes que el manzano sea implantado en su lugar. Cuando Jesús ordenaba a la enfermedad desaparecer o al muerto levantarse, no era sino la obra de un momento. En estas lecciones objetivas, el Señor desea que veamos cómo el viejo hombre es quitado totalmente y reemplazado por el nuevo. Toda ilustración muestra también que la vieja vida está bien desarrollada cuando es quitada, mientras que la nueva vida que toma su lugar no es sino su infancia.

Para la mente humana, que no está iluminada por el Espíritu Santo, esto es incomprensible. La mayoría rápidamente arguye en respuesta a que si la conversión consistiera en tal obra, entonces, para el hijo de Dios sería imposible pecar otra vez, no habrían más luchas o conflictos durante la vida cristiana, y semejante persona debería ser trasladada instantáneamente al cielo. Es contenido que, debido a que los cris-

tianos bíblicos y los del tiempo presente han pecado después de la conversión, luchan contra la tentación durante su experiencia cristiana, y no van al cielo después de la conversión, entonces la doctrina ha de ser falsa y engañosa.

Para los que están apoyando activamente falsas doctrinas, las lecciones objetivas tienen un sabor a broma y sarcasmo. Otros se hallan genuinamente confundidos por este problema. No hay necesidad de confusión mientras existe una clara y simple explicación centrada en un factor que la mayoría ha pasado por alto totalmente.

El fracaso, como es usual, es en no hacer las distinciones adecuadas. El hombre en *Romanos 7* está en esclavitud al poder del pecado. El no puede hacer lo que desea sino tiene que servir a los dictados del viejo hombre. Pero, cuando él pasa a *Romanos 8*, no entra a otra esclavitud con un diferente esclavizador. La transición no es de esclavitud a esclavitud sino de esclavitud a libertad. Esto significa que, mientras estuvo bajo el antiguo amo, él no era libre para servir al Señor en ningún sentido, pero cuando él entró al servicio del Señor, es libre para servir al pecado si así lo desea aunque no con impunidad. No es que el Señor le de licencia para pecar, sino que no lo forza a hacer las obras de justicia. Si él peca, debe sufrir las consecuencias.

El propósito mismo del Evangelio es poner libres a los hombres, no transferirlos a otra servidumbre. Jesús dijo:

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará. . . . Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (*S. Juan 8:32, 36*).

"En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios, el hombre está libre para elegir a quien ha de servir. En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 431).

"Dios ha hecho ángeles y hombres inteligentes. Los hizo libres para elegir, y los dejó perfectamente libres para elegir. Los hizo libres para pensar como quisieran. Dios es el autor de la inteligencia, de la libertad de elección, y de la libertad de pensamiento. Y El respetará para siempre aquello de lo cual El es el autor. El nunca usurpará lo más mínimo la libertad de un ángel u hombre para elegir por sí mismo, ni de pensar como él quiere." (*Ecclesiastical Empires*, pág. 587, por A. T. Jones, énfasis original).

Por lo tanto, ninguno es compelido por el poder de Dios para hacer lo correcto, sino que se deja libre para que pueda escoger hacer lo correcto a cada hora de tentación si así quiere hacerlo. Ser nacido de nuevo no hace imposible que una persona peque, sino que eso hace posible que no cometa pecado. La voluntad es liberada de la esclavitud y, siendo de este modo libre, "Todo depende de la acción correcta de la voluntad".

La Nueva Norma

Así que, en el que ha nacido de nuevo la mente divina sirve otra vez a la voluntad para controlar, someter, disciplinar, y subyugar la carne, su lascivia, pasiones, y deseos dondequiera que sean ilegítimos y, por lo tanto, pecaminosos. Tiene que ser enfatizado que la conversión, o la experiencia del reavivamiento, no extermina la carne, ni cambia esa carne, ni nos libera de las ideas y teorías equivocadas y de sus hábitos y prácticas consecuentes que fueron aprendidas en la escuela de Satanás. Estas cosas están todavía allí y son una fuente de dificultad hasta que ganemos la victoria sobre ellas como será demostrado en las historias bíblicas de las personas verdaderamente convertidas. Ellas son fuentes de mal sobre las cuales el diablo obrará vez tras vez para efectuar, si es posible, la destrucción de los individuos.

Un excelente ejemplo de esto es la historia de la controversia que surgió en la iglesia primitiva al poco tiempo de haber sido llena del poder del don del Espíritu Santo en el Pentecostés. Sería esperado que bajo tales condiciones como estas, cuando el Espíritu tenía tal plenitud de presencia, no hubiera posibilidad de que el pecado emergiera entre los creyentes. No obstante, el registro da testimonio claramente de esta protesta y quejas por parte de los griegos contra los hebreos, como resultado de una supuesta parcialidad de trato contra ellos.

Por supuesto, Satanás fue el instigador de este problema, ¿pero a qué pudo él recurrir en estas personas para causar semejante fricción? La respuesta a esto viene de *Los Hechos de los Apóstoles*, pág. 72. "Los que se habían convertido por la labor de los apóstoles estaban afectuosamente unidos por el amor cristiano. A pesar de sus anteriores prejuicios, hallábanse en recíproca concordia. Sabía Satanás que mientras durase aquella unión no podría impedir el progreso de la verdad evangélica, y procuró prevalerse de *los antiguos modos de pensar*, con la esperanza de introducir así en la iglesia elementos de discordia".

Aquí estaba un pueblo lleno del Espíritu Santo y por lo tanto convertido, sin embargo, estaban todavía poseídos de ciertos antiguos hábitos de pensar que ellos habían aprendido y desarrollado en la escuela de Satanás. Esto no desapareció al ser convertidos, sino permanecía para suministrar al diablo con un campo en el que podía tentar y desviar. Como nosotros sabemos, él fue muy exitoso en hacer esto, causando una discusión que comenzó con el nombramiento de los siete diáconos.

Esta es una buena declaración demostrando que el reavivamiento no disuelve el problema total del pecado, sino que deja una obra para ser hecha en el proceso de la reforma durante la cual los que por fin se hallarán en el reino, deben ganar la victoria sobre las ideas, teorías, hábitos, y prácticas equivocadas, tan rápido como le permitan al Espíritu de Dios mostrarles estas cosas.

De este modo, la situación para el hombre convertido de *Romanos* 8 es que él tiene todavía la misma naturaleza humana del hombre de *Romanos* 7, en su mayor parte, con las ideas y teorías idénticas, y los hábitos y prácticas *consecuentes* como el hombre *antes* de ser convertido. *Se dijo la mayor parte*, porque la conversión efectúa liberación inmediata de algunas ideas y teorías equivocadas del pasado. Además, está específicamente establecido que los hábitos y las prácticas que permanecen, son esas *consecuencias* sobre las ideas y teorías equivocadas guardadas para después. Esto se especifica, porque es verdad que en la conversión muchos hábitos y prácticas marchitan para nunca volver, pero ellas no son el resultado del pensamiento erróneo no corregido por la experiencia de la conversión.

De estas antiguas ideas y hábitos, el diablo buscará constantemente para tomar la máxima ventaja, a fin de que el individuo sufra bajo las presiones de la continua tentación. La dificultad con esta clase de tentación es que la persona, a este grado, no se da cuenta de que la idea que ha retenido es mala, así que no sabe lo que el diablo le está haciendo. Un excelente ejemplo de esto es la situación de los apóstoles de Cristo, que laboraban bajo ideas erróneas que el Mesías iba a establecer el reino de David como un imperio temporal cubriendo toda la tierra. Como estudiaremos más tarde, el diablo tomó ventaja de esto vez tras vez para motivar problema tras problema, pero ellos no pudieron ser librados de esta tentación hasta que fueron primero liberados de las ideas equivocadas.

La carne tiene como su naturaleza misma, las pasiones, los apetitos, las afecciones, y la ley innata de interés y preservación propios. Todo esto ha sido pervertido o se le ha dado una importancia exagerada en el pensamiento humano, y constituye un campo valioso en el que Satanás puede aplicar sus tentaciones engañosas. La historia de la caída de nuestros primeros padres es clara prueba de que aun los seres sin pecado pueden ser tentados a través de la avenida de la carne y sus intereses, así que, cuánto más los que han sido sujetos a la decadencia por casi seis mil años.

La Función Vital de la Voluntad

De este modo, la carne tiene en ella las flaquezas internas que tanto reaccionan a las tentaciones de Satanás. "En el corazón humano hay un egoísmo y corrupción natural, que sólo puede ser vencido por la más completa disciplina y severo control; y entonces aun requerirá años de esfuerzo paciente y resistencia diligente" (*Testimonies*, tomo 4, pág. 496).

Así es que, "Todo cristiano tiene una dura batalla que pelear con los hábitos erróneos. El debe vencer su incredulidad, su deformidad de ca-

rácter, su inclinación a la indulgencia propia. Su largo tiempo de rechazo a la luz, advertencias y súplicas, han dejado sus marcas en su vida. . . ." (*The Review and Herald*, enero 13, 1891).

"»De todas las lecciones que se desprenden de la primera gran tentación de nuestro Señor, ninguna es más importante que la relacionada con el dominio de los apetitos y pasiones. En todas las edades, las tentaciones atrayentes para la naturaleza física han sido las más eficaces para corromper y degradar a la humanidad" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 97).

Cuando tales tentaciones llegan apelando a la naturaleza física, la naturaleza divina en nosotros, aun cuando tiene la plenitud de poder más que para hacerlo, no *va a subyugar automáticamente los deseos del corazón natural*. Cada tentación es un punto de elección demandando que nosotros especifiquemos y decididamente nos neguemos a hacer lo malo y volvamos a lo correcto. Si esa elección es hecha en simple fe de que el poder de Dios en nosotros no sólo quiere efectuar esa liberación sino que tiene también el poder para hacerlo, entonces la victoria será tan absoluta como segura.

Por otra parte, cuando la tentación viene, si la mente se confunde, de modo que no pueda discernir la naturaleza real de la invitación del tentador, o si la mente se inclina a los deseos de la carne, o, si la fe del alma se ha debilitado por la negligencia del estudio de la Palabra o por la preocupación de las cosas materiales y terrenales, entonces es cierto que la derrota es el resultado.

El fracaso es real aquí, porque el gran poder de Dios en el individuo nada puede hacer, a menos que primero, la voluntad decida servir al Señor. El poder de Dios está allí, no para dominar y controlar la vida, sino para servirle, para darle la victoria sobre el pecado y mantener la vida de Dios en el alma. Para que este poder funcione, tiene primero que tener la cooperación y las órdenes de la voluntad.

Una Reserva

El hecho de que el poder de Dios esté allí para servir, no debe interpretarse significando que la voluntad usa la naturaleza divina como quiere, de modo que la voluntad llegue a ser el amo, y la naturaleza divina el esclavo. En ningún sentido nosotros usamos el Espíritu Santo. Esto no puede ser en absoluto, aun cuando el Espíritu Santo, que es la vida de Cristo en el alma, esté allí para servir y no para ser servido. Esto puede parecer una contradicción en términos, pero es solamente debido a la tendencia humana de pensar en las cosas espirituales a la luz de lo terrenal. Hay un servicio que se rinde por el mundano al poder más elevado, pero es impuesto. Lo rinde porque es obligado a hacerlo por el poder absoluto de otra voluntad, o por la compulsión de las circunstancias.

Pero el servicio rendido por el cristiano y su Dios, es un servicio *voluntario* que no es exigido, sino dado para llenar la necesidad que está allí. Así que, la vida divina de Dios en el alma sirve a la voluntad sin que esté bajo esclavitud. Sin embargo, tiene que ser recordado, que ella no llenará la necesidad automáticamente por la simple razón que no es la manera de Dios introducirse donde El no es bienvenido. Por lo tanto, el poder de Dios en nosotros no se levanta a llenar la necesidad, a menos que sea requerido por el fuerte clamor de la fe viva.

Entonces las Diferencias

Entonces la diferencia, entre el hombre de *Romanos 7* y el hombre de *Romanos 8*, es que el primero es un esclavo de la mente carnal que, como un amo cruel y despótico, gobierna la voluntad para que sirva a la carne, mientras que el último es puesto libre de esa esclavitud. A él le es dada la mente divina en su lugar, que, como un siervo, cuando se le invita, suministra en la hora de tentación el poder necesario para someter todo mal deseo de la carne.

En ambos casos la carne es la misma, pero en el último el centro de control ha pasado de la mente carnal a la voluntad. Esto siendo así, en verdad, todo depende de la acción *correcta* de la voluntad, porque si ella no actúa correctamente frente a la tentación, entonces el poder de Dios no puede venir en nuestra ayuda, y nosotros ciertamente pecaremos.

El Campo de Batalla

Un importante objetivo en esta serie de estudios es mostrar la naturaleza variada del conflicto, mientras uno avanza de una entrada próspera en la experiencia del reavivamiento a la fase de la reforma. El que no entiende que hay una diferencia en el conflicto librado para *ganar* la victoria del conflicto necesitado para *mantenerla*, no contiene con éxito la lucha cristiana día tras día. Las soluciones provistas para el problema del pecado son muy específicas y así tienen que ser aplicadas. Hay muchos que están contentos con una aplicación vaga e incierta de las misericordiosas provisiones de Dios.

Antes que la persona obtenga el reavivamiento, está en un cierto estado de ser. Ella tiene todavía la mente carnal, la simiente de Satanás, el poder permanente de iniquidad. Por lo tanto, Satanás es capaz de tentarla y vencerla con cierto éxito, porque al individuo le es imposible hacer las obras de Dios en esta condición. Pero, cuando él ha sido revivido, entonces una nueva vida ha sido implantada en lugar de la vieja. Ha sido liberado de la esclavitud de la vieja naturaleza a la libertad de la nueva.

Este cambio de condiciones coloca a Satanás en serias desventajas en la lucha por destruir a los hijos de Dios. Pero, él tiene ciertas avenidas para explorar si es posible, y hace lo máximo de estas oportunidades. El reconocimiento de esto, y cómo manejar el problema es esencial para el desarrollo próspero en justicia durante el período de reforma.

El diagrama de la página siguiente ha sido desarrollado en un esfuerzo por hacer claras las diferencias. Junto con esto, referencia será hecha al progreso de un grande y victorioso ejército para ilustrar los factores de lo cual depende la victoria permanente.

En este diagrama, una comparación es hecha entre las situaciones de Romanos 7 y Romanos 8.

El primero tiene todavía en él la mente carnal, que, semejante a una enfermedad, gobierna sobre los deseos de la voluntad y sirve a los gus-

UNA COMPARACIÓN DEL HOMBRE EN ROMANOS SIETE Y ROMANOS OCHO

El hombre de Romanos siete
tiene la MENTE CARNAL



Este es un amo cruel y
despótico, que gobierna por
la fuerza para



DOMINAR LA VOLUNTAD



Para servir a los deseos,
apetitos y pasiones de la
carne caída y pecadora.

**EL PODER DE
SATANÁS Y DEL
PECADO**

La voluntad aquí
es impotente
-esclava.

El hombre de Romanos ocho
tiene la MENTE DIVINA



Este no es un amo
despótico sino un siervo
vivo que



SIRVE A LA VOLUNTAD



Pero someter, controlar,
disciplinar, y sujetar la carne
caída y pecadora.

**EL PODER
DE DIOS**

Ahora, todo depende
de la acción correcta
de la voluntad.

tos, apetitos, pasiones, y se antoja de la naturaleza humana caída y pecadora. Este hombre es un esclavo de este poder, y no puede hacer lo que desea. Nótese con cuidado que el elemento decisivo y predominante en esta situación es la mente carnal.

Una vez es roto este despotismo por la caída de ese gobernante despótico, algunos cambios son instituidos. La mente divina reemplazó la mente carnal. Esta mente tiene un carácter enteramente diferente del carácter del primer gobernante. No es un amo despótico sino un siervo amoroso. El no quita la vida. El hijo de Dios no es uno que ha pasado

de una esclavitud a otra. Cuando esto es realizado será visto que no hay fundamento para la idea de que la persona llena de la vida divina de Cristo no puede pecar. Tal persona puede pecar y, tristemente, lo hace con frecuencia. Sin embargo, mientras puede pecar todavía, no es más compelido a hacerlo, de suerte que toda apariencia de iniquidad tiene que resultar de su falta de vivir en pleno acuerdo con sus privilegios.

El campo de decisión ha sido movido de la mente carnal a la voluntad. El es ahora el factor gobernante en el hombre. Equipada con la presencia y poder permanente de Dios, y aumentada con los recursos celestiales disponibles por fuera, la voluntad es capaz de lograr las más altas aspiraciones.

"Cuando la voluntad del hombre coopera con la voluntad de Dios, llega a ser omnipotente. Cualquier cosa que debe hacerse por orden suya, puede llevarse a cabo con su fuerza. Todos sus mandatos son habilitaciones" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 268).

Habiendo sido puesto libre por el proceder del reavivamiento, la victoria es ganada. La tarea y responsabilidad del cristiano ahora, es permitir que Cristo *mantenga* esa victoria en él. La carne caída y pecadora está todavía allí con sus apetitos, pasiones, afectos, y deseando precisamente lo mismo como era antes de ser renacido. Es el papel de la voluntad asegurar que en vez de satisfacerse, esos deseos sean mantenidos bajo control perfecto, y resueltamente negados. En esto, todo depende de la acción correcta de la voluntad.

Satanás es quien busca arrastrarnos por medio del instrumento de la carne, mientras que Cristo está siempre obrando para elevarnos por medio de la mente. Pero el Salvador no puede preservarnos del mal sin nuestra cooperación inteligente.

Nuestra responsabilidad es llegar a ser familiares con la línea de ataque del diablo. Así como él actúa para producir los deseos o temores de la carne, nosotros hemos de reconocer sus tácticas con una decisión positiva de no rendirnos. Sin embargo, esta posición no producirá éxito si no se hace una conexión de fe con el Todopoderoso. Es solamente cuando conocemos y confiamos en el poder de Dios en nosotros y en nuestro derredor que el enemigo será derrotado. Toda confianza en nosotros mismos garantiza el fracaso. No podemos salvarnos nosotros mismos de la tentación. Esta es la obra de Cristo. Podemos estar seguros de que su maravillosa vida en nosotros, en adición a todos los recursos del cielo, están solamente esperando la decisión de la voluntad de fe en la dirección correcta, para venir al rescate del tentado. Satanás no es igual a ese poder, y huye ante él en toda ocasión.

Es importante comprender que la mente divina y el Espíritu Santo no son siervos en el sentido que nosotros les damos órdenes y los usamos. Justamente como ellos no gobiernan sobre nosotros, así no pode-

mos gobernarlos, porque estos proceder son ajenos al modo de Dios obrar. Pero estos grandes poderes están solamente esperando servir para suplir la necesidad que está allí. Si se recurre a ellos, estarán inmediatamente presentes y la victoria será asegurada.

Cuando el joven cristiano, José, fue confrontado por una poderosa atracción tentadora de la esposa de su amo, tuvo éxito en su rechazo, no a causa de su propio poder sino debido a los recursos celestiales de los cuales, por fe, dependió. El sabía absolutamente que no había de someterse a ese pecado por la simple razón de que la vida de Cristo estaba en él y el poder de Dios le estaba disponible. Fue por fe que él venció. La tentación de José no era solamente una invitación a satisfacer un deseo físico. Había mucho más que eso, como será mostrado más tarde cuando la vida de José sea estudiada en más detalles.

El gran poder de Dios es ciertamente capaz de gobernar los clamores de la carne, porque es infinitamente más poderoso. Entonces, sería bien preguntar por qué el cristiano en ocasiones incurre al pecado cuando, en efecto, no hay ninguna razón para excusarlo.

Los más grandes ejércitos de la tierra pueden ser vencidos si fallan en mantener una vigilancia fiel. Permítase que los varios aspectos y equipo de la vida cristiana sean comparados con un poderoso ejército. Primero, está el general, excelentes ejemplos de lo cual son César, Napoleón, Carlomagno, Rommel, Montgomery, etc. Este hombre es el elemento hacedor de decisión en la presentación. El decide dónde el ejército ha de pelear, cómo debe ser el plan de batalla, y cómo las partes diversas han de ser desplegadas. El ejército nunca se mueve sin que primero sea hecha una decisión por él.

El ejército representa el gran poder por el cual la voluntad del general es hecha efectiva. Es la representación del poder de Dios en el creyente. Por supuesto, hay diferencias entre el carácter de tal ejército y la vida de Dios en el alma. El primero es entrenado para destruir y obedecer servilmente las órdenes del comandante, mientras que el carácter de Dios es para salvar y elevar. Tampoco el Espíritu Santo acepta órdenes del creyente como lo hace un ejército de su general, porque El permanece siempre libre para servir de acuerdo con su infinita sabiduría. Mientras hay estas diferencias entre los dos, la ilustración sirve todavía para hacer ciertos puntos claros como serán mostrados.

Luego está el enemigo. En el caso del general es un reino o tribu que lo está atacando o está en el camino del dominio mundial. En el caso del cristiano es el diablo obrando por medio de su aliado, la carne.

Ahora será supuesto que un gran ejército ha marchado alrededor del mundo dejando una marcada estela con una serie de victorias interrumpidas. Finalmente, sólo queda una batalla para pelear, y ésta es contra una pequeña fuerza de fieros y salvajes guerreros. El general evalúa su poder como siendo muy inferior al gran ejército que él ya tiene conquis-

tado y, como el día siguiente es un día de importante fiesta, decide postergar su ataque contra ellos para un día después.

La tarde anterior al ataque, una gran fiesta es organizada en honor al día especial. Grandes cantidades de licor son consumidas, la fiesta continúa hasta las tempranas horas de la mañana, y la diversión es el orden de la noche hasta que al amanecer el general y sus oficiales insensibles caen en tierra. El oficial cuya responsabilidad es nombrar la guardia faltó en su deber porque se incapacitó por el libertinaje. De este modo, la voluntad del ejército se ha hecho totalmente inefectiva y los guardias han sido derribados.

Mientras tanto, el enemigo ha estudiado cuidadosamente la situación y reconoce que el momento oportuno para atacar ha llegado. Ellos se lanzan al ataque antes del amanecer y, el pequeño pero desesperado ejército, irrumpe en la desprotegida multitud semejante a un diluvio repentino. Tomado enteramente de sorpresa, el ejército mira instintivamente al general para la orden y estrategia. Pero el general es incapaz de hacer algo mientras yace en su asombrosa borrachera. El resultado sólo puede ser una humillante derrota para el famoso general. Su ejército habrá sido golpeado pero no destruido. Se reorganizará en lamentos pero en conocimiento, y asaltará la fortaleza de sus oponentes para derrotarlos completamente.

Esta es una excelente ilustración de lo que pasa en la experiencia de los hijos de Dios. Sus voluntades son el general en la batalla. Esto no niega que Cristo es el comandante máximo en la lucha, pero reconózcase que El no usurpa la voluntad de sus hijos. Ellos deben hacer las decisiones de las cuales depende definitivamente el resultado del conflicto.

Todo lo que debilita o nubla esa voluntad, provee al enemigo del momento oportuno para atacar. El diablo estudia la vida de cada cristiano mientras al mismo tiempo lucha para manipular circunstancias que harán el poder de decisión inefectivo. Una vez esto es logrado, él sabe que tiene una victoria sobre ellos. Todo lo que resta es hacer un ataque repentino, sutil e inesperado, y el hijo de Dios cae en pecado. Es confortable saber que, aunque una victoria ha sido ganada por Satanás, él no ha ganado la guerra. El no ha eliminado los poderes de Dios que están todavía allí esperando las decisiones correctas del cristiano, que, sumiso pero sabedor, contraataca con poderes omnipotentes terminando en el rápido desconcierto de Satanás.

El tentador busca evadir ser el recipiente de esta contraofensiva al inducir al cristiano a una condición de desesperación miserable. El trata de persuadirlo que es un fracasado, que nunca puede lograr justicia, y con más *certeza*, que el Señor no puede perdonar tal conducta inexcusable.

"La treta especial de Satanás es inducir al hombre a pecar, y luego

abandonarlo impotente y temblando, temeroso de buscar el perdón" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 121).

Nota especial de esto tiene que ser tomada por cada hijo de Dios. El conocimiento de eso ha sido de gran ayuda para todos los que se han dado cuenta de esta treta, porque sabiendo eso, que la obra de Satanás es mantener al que ha caído en temible desesperación, ellos volvieron rápidamente a Dios para la restauración del error hecho. De este modo, el propósito de Dios es logrado, y el plan de Satanás frustrado.

"Si habéis cometido errores, ganáis ciertamente una victoria si los veis y los consideráis señales de advertencia. De ese modo transformáis la derrota en victoria, chasqueando al enemigo y honrando a vuestro Redentor" (*Mensaje para los Jóvenes*, pág. 98).

Esto sólo puede significar que el asunto de gran importancia no es si una persona peca o no, aunque eso sea importante. La verdadera y significativa consecuencia consiste en lo que él hace acerca de eso. El puede sucumbir a la treta de Satanás y ser lleno de vergüenza y remordimiento y temer buscar perdón y restauración del Señor, o, aunque avergonzado por el pecado, puede volverse con verdadera fe al ilimitado perdón de Dios y ser puesto otra vez en un nivel más alto. Algunos cometen el error de pensar que ellos deben vivir una vida buena por un período para probar que son dignos de ser perdonados. Tiene que ser repetidamente enfatizado que nunca vendrá un tiempo cuando los hijos de los hombres sean dignos del perdón de Dios. Nada hay en el hombre mismo que lo recomiende a Dios, por lo tanto, es una falacia pensar que nosotros podemos y debemos producir un patrón de buena conducta después de haber pecado para que nos capacite para recibir el perdón de Dios. La única manera segura y satisfactoria es volver al Señor en el instante que somos vencidos por el enemigo, y decirle franca y plenamente lo que ha sucedido, y pasar todo el problema en sus manos eficientes. El nos dará verdadero arrepentimiento, perdón y restauración. Lo que era una grave derrota será transformado en una brillante victoria.

Pero primero, el objetivo es vivir sin derrota. Debe darse estudio a la impregnable fortificación de las defensas del alma para que el diablo no tenga oportunidad de lanzar un asalto favorable. Como todo lo que debilita la voluntad garantiza al enemigo éxito, tiene que estudiarse los factores que inducen a esta débil condición.

Exceso de Confianza

Exceso de confianza es en realidad confianza propia. Su desarrollo ocurre de la manera siguiente. Poseído de los grandes poderes espirituales por dentro y por fuera, el hijo de Dios entra en un período prós-

pero de guerra contra el pecado y Satanás. Cuando él ve victorias acumuladas sobre victorias, su confianza crece y crece hasta que una sutil transferencia toma lugar de confianza en Dios a la creencia en sí mismo. Esto sucede tan insidiosamente que una vigilancia cuidadosa tiene que ser mantenida para detectar y guardarse contra eso.

Esta guardia es al menos asegurada en dos formas. Una es rechazar constantemente toda tendencia a poner confianza en uno mismo, y la otra es dedicar tiempo cada día a contemplar el maravilloso poder, amor, y carácter de Dios, para que la verdadera necesidad de la voluntad humana sea mejor apreciada.

"Los que dejan de sentir que dependen constantemente de Dios, serán vencidos por la tentación. Podemos suponer ahora que nuestros pies están seguros y que nunca seremos movidos. Podemos decir con confianza: Yo sé a quién he creído; nada quebrantará mi fe en Dios y su Palabra. Pero Satanás está proyectando aprovecharse de nuestras características heredadas y cultivadas, y cegar nuestros ojos acerca de nuestra propia debilidades y defectos. Únicamente comprendiendo nuestra propia debilidad y mirando fijamente a Jesús, podemos estar seguros" (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 345, 346).

El exceso de confianza no cambia el poder de Dios disponible a nosotros, pero nos desconecta de él y debilita nuestra fe en ese poder. Debido a que la fe es un elemento tan crítico en la vida victoriosa y justa, todo lo que la debilita aumentará los prospectos de humillación.

Cuando la confianza propia entra en la experiencia, el sentido de necesidad de fortalecer las defensas del alma a través de la oración y estudio, disminuye. La vida llega a estar más y más preocupada por las cosas terrenales, mientras que se fundamenta un falso sentido de seguridad. Pero, es imposible edificar y mantener una fortaleza efectiva y espiritual sin el continuo estudio y comunión con los poderes celestiales. La simiente de Cristo en el creyente requiere diariamente alimento espiritual para sostenerse y crecer. No deberíamos pensar más en descuidar el alimento de la naturaleza espiritual de lo que haríamos a nuestros cuerpos carnales.

El inspirado salmista entendió esto cuando dijo, "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (*Salmo 119:11*).

"La razón por la cual los jóvenes, y aun los de edad madura, se ven tan fácilmente inducidos a la tentación y al pecado es porque no estudian la Palabra de Dios ni la meditan como debieran. La falta de fuerza de voluntad firme y resuelta, que se manifiesta en su vida y carácter resulta del descuido de la sagrada instrucción que da la Palabra de Dios. No hacen esfuerzos verdaderos por dirigir la mente hacia lo que le inspiraría pensamientos puros y santos y la apartaría de lo impuro y falso. Son muy pocos los que escogen la mejor parte, los que se sientan a los pies de Jesús, como lo hizo María, para aprender del divino Maestro.

Pocos son los que atesoran las palabras de Cristo en su corazón, y que las ponen en práctica en la vida.

"Al ser recibidas, las verdades de la Biblia enaltecerán la mente y el alma. Si se apreciara debidamente la Palabra de Dios, jóvenes y ancianos poseerían una rectitud interior y una fuerza de principios que los capacitarían par resistir la tentación" (£/ *Ministerio de Curación*, pág. 364).

Por profundo y sincero que sea convertido el individuo, o cuántas maravillosas victorias haya ganado, si no se alimenta cuidadosa y fielmente de la Palabra de Dios, el poder de Dios llegará a ser menos y menos a su vista, y su suficiencia propia se convierte más y más eficiente. Tan cierto como esto suceda, él caerá. Es la consecuencia garantizada.

Los que se hallan sucumbiendo bajo la tentación, aun cuando ellos puedan mirar hacia atrás y testificar una genuina experiencia del nuevo nacimiento, deben mirar primeramente para ver si ellos han estado alimentándose diligente y fielmente de la Palabra de Dios cada día. Si esto está faltando, entonces, no hay necesidad de murmurar contra las promesas de Dios, o quejarse de la dureza del camino o buscar excusas en la flaqueza humana. Adoptar tales medidas es complacer al diablo.

En cambio, que cada uno reconozca la causa real del problema. Contempla tu falta de nutrición, tu condición enfermiza y de inanición espiritual. Que no se lamente y se acepte más una vida de virtual derrota. "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos" (*1 Corintios* 16:13). Determínese que habrá un banquete diariamente sobre las Escrituras hasta que la *fuerza* viva y vitalidad destile de cada fibra espiritual. Entonces, ¡qué cambio en la experiencia será hallado! Cuando la tentación vengan, el ojo espiritual instantáneamente discernirá su naturaleza, la voluntad escogerá no doblegarse ante la presión, y, como la decisión sea hecha, la fe se asirá del poder de Dios para salvación. La respuesta es inmediata cuando los grandes poderes de Dios por dentro y por fuera venga al rescate. El diablo es frustrado y chasqueado, mientras que Dios y su verdad son honrados, y el cristiano es lleno del gozo de su salvación.

Límites Borrosos

La carencia del alimento espiritual como resultado de la confianza propia, engendra otros problemas además de la debilidad de fe. Las distintas líneas separando justicia y mal llegan a ser borrosas. La mente no está más segura dónde una termina y la otra comienza. Esto gobierna las posibilidades de posiciones decisivas tomadas. Mientras el cerebro confundido está buscando descifrar la respuesta, el diablo no aguarda pacientemente, sino, reconociendo la ventaja que esto le da,

la aprovecha. Cuando la mente por fin ve lo que debe ser hecho, el creyente está demasiado atrapado para escapar siendo vencido.

Para entender esto mejor, considérese el dilema de un centinela que no puede establecer la identidad de una persona que se acerca. Su desafío sólo recibe una respuesta engañosa. Él piensa, ¿podría ser un amigo? A cada momento el enemigo avanza, el espacio es menor, y el tiempo pasa. El centinela lucha todavía para obtener certeza, pero no puede. Finalmente, el asaltador lo ataca desde una posición tan cerca que el centinela no tiene esperanza. El es derrotado y el campo queda expuesto al peligro de la noche.

Para salvaguardarse de semejante resultado, el ejército demanda que una persona que se acerque se detenga a una distancia segura, hasta que la entidad haya sido establecida fuera de duda. Si el hombre se negara a obedecer, simplemente sería atacado, no importa que sea amigo o enemigo. Satanás nunca espera hasta que nosotros con seguridad lo identifiquemos, así exigiendo que rápidamente lo reconozcamos a él y a la naturaleza de la tentación que trae. No hay tiempo ni seguridad en la demora de identificación.

La victoria es asegurada cuando una elección decisiva es hecha, no para estar implicado en la treta de Satanás, mientras que la fe se aferra del gran poder para hacer efectiva la posición tomada por la voluntad.

Cuanto más informado y completamente educado esté el cristiano, tanto más grande es la seguridad de vivir su vida victoriosa. A causa de que Dios da al hombre libre albedrío, no quita o desatiende esto en el conflicto para regresar a la perfección máxima. Tampoco planea la manera de salvación sin referencia a este factor. Por lo tanto, el hombre debe saber lo que es bueno y malo, y él es el único que debe hacer la elección. Esta no es responsabilidad de Dios. El nos dirigirá por los principios y sendas de justicia, educando nuestra mente, agudizando nuestras percepciones, y fortaleciendo nuestra voluntad. El ha hecho disponible toda facilidad para efectuar estos objetivos, pero nunca hará la elección por nosotros. Esta es *nuestra* obra.

Por lo tanto, está escrito, "Y conoceréis la verdad, y la verdad os liberará" (*S. Juan* 8:32).

No puede haber ningún error en cuanto a quién ha de conocer la verdad. Jesús declaró que sus hijos son los que deben conocerla, y en el conocimiento de ella serán hechos libres. Los que no se preocupen en aprender la verdad como está en Jesús perecerán, como una vez más está escrito, "Mi pueblo fué talado, porque le faltó sabiduría" (*Oseas* 4:6).

Las Escrituras revelan los métodos y engaños de Satanás, así que nada hay que él tema tanto que un pueblo esté tan familiarizado con la Biblia que pueda penetrar su máscara y detectar sus subterfugios, mientras que por otra parte, sabe que los que descuiden fortalecer la mente con la verdad serán una fácil presa de sus tentaciones.

"Mientras ignoremos sus astucias, ellos nos llevan notable ventaja; y muchos obedecen a sus sugerencias creyendo seguir los dictados de su propia sabiduría. Esta es la razón por la cual a medida que nos acercamos al fin del tiempo, cuando Satanás obrará con la mayor energía para engañar y destruir, él mismo propaga por todas partes la creencia de que no existe. Su política consiste en esconderse y obrar solapadamente.

"No hay nada que el gran seductor tema tanto como el que nos demos cuenta de sus artimañas" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 570).

El maligno no se contenta simplemente distrayéndonos del estudio de la Palabra de Dios. Está constantemente ofreciéndonos alternativas para ocupar la mente. A través de los medios de comunicación de televisión, radio, periódicos y novelas, está inyectando en millones de mentes, conceptos que son variantes astutas de los principios de verdad. De este modo, hace aparecer lo correcto como incorrecto y lo incorrecto como correcto, hasta que los límites entre la verdad y el error son completamente borrosos. Tan serias son las consecuencias, que últimamente los hombres hacen las obras mismas de Satanás y piensan que están defendiendo y promoviendo la causa de Dios. Lo que el mundo mira como diversión, es en realidad educación, y no hay nadie que al dedicar tiempo absorbiendo los mensajes transmitidos por el médium bajo la máscara de sanas diversiones, no ponga su vida eterna en temible riesgo por eso. Por esa razón, él está siendo privado del poder para decidir qué es verdad y, de este modo, no puede hacer decisiones positivas por lo justo en la hora de la tentación.

En este siglo, cuando el conocimiento de los peligros asociados con estas cosas está disminuyendo, todos harían bien leer otra vez las instrucciones dadas en los escritos inspirados con relación a las obras de ficción, sean en forma escrita o actuadas. Atención cuidadosa debe ponerse a estos consejos para fortalecer la defensa contra el poder de tentación.

Sea constantemente recordado que todo lo que reduzca las definidas y claras distinciones entre lo verdadero y lo falso, priva la voluntad del poder para elegir la verdad rápida y positivamente. Cuando esta decisión no es hecha, no hay dependencia por fe en el poder salvador de Dios, con la consecuencia inevitable de que el alma caerá en pecado. Esto será verdad, no importa cuán completamente haya vivido una persona la experiencia del reavivamiento.

Intemperancia

La fuerza y claridad de la voluntad están directamente relacionadas con un cuerpo sano, limpio y saludable. La intemperancia en el comer, trabajo, o en cualquier otra actividad humana, introduce condiciones

insalubres en el cuerpo que entenebrece la mente, por esa razón haciéndola inapta para hacer las clases de decisiones esenciales para el vivir victorioso.

En la ilustración presentada antes, el general del ejército por su embriaguez, se hizo a sí mismo incapaz de cumplir su papel como la voluntad del ejército. Tan extrema era su intemperancia que él adquirió eso en una noche. Mientras los hijos de Dios no descienden tan rápidamente, no obstante, todo acto de intemperancia tiene su efecto trágico en el sistema entero en proporción directa con su alcance.

Por lo tanto, la obediencia a las leyes de la salud no es solamente para el buen desarrollo físico. Hay consecuencias directamente espirituales que están también involucradas. Es por esta razón que el enemigo se ha concentrado en tentaciones que sostiene en la naturaleza física del hombre. Si nosotros fuéramos todos completamente conscientes de las implicaciones de esto como él es, estaríamos mucho más en guardia contra la indulgencia de los deseos físicos como él lo está para gratificarlos.

"En el círculo de la familia y en la iglesia deberíamos colocar la temperancia cristiana sobre una elevada plataforma. Debería ser un elemento vivo, fundamental, la reforma de los hábitos, la disposición y el carácter. *La intemperancia está en la base de todos los males de nuestro mundo*" (*La Temperancia*, pág. 146).

"Debe recordarse de continuo a la gente que el equilibrio de sus facultades mentales y morales depende en gran parte de las buenas condiciones de su organismo físico. Todos los narcóticos y estimulantes artificiales que debilitan y degradan la naturaleza física tienden también a deprimir la inteligencia y la moralidad. La intemperancia es la raíz de la depravación moral del mundo. Al satisfacer sus apetitos pervertidos, el hombre pierde la facultad de resistir a la tentación" (*El Ministerio de Curación*, pág. 258).

"Todo órgano del cuerpo fue hecho para ser siervo de la mente. El cerebro es la capital del cuerpo, el asiento de todas las fuerzas nerviosas y de acción mental. Los nervios procedentes del cerebro controlan el cuerpo. Por los nervios del cerebro, las expresiones mentales son transmitidas a todos los nervios del cuerpo como por red telegráfica; y ellos controlan la acción vital de cada parte del sistema. Todos los órganos de movimiento son gobernados por las comunicaciones que ellos reciben del cerebro.

"Los nervios del cerebro que se comunican con el sistema entero son el medio a través del cual el cielo puede comunicarse con el hombre y afecta su vida íntima. Todo lo que obstruye la circulación de la corriente eléctrica en el sistema nervioso, disminuye la fuerza de los poderes vitales, y el resultado es una muerte de las sensibilidades de la mente.

"Toda parte del cuerpo que no sea tratado con consideración, transmitirá su daño al cerebro.

"No es solamente el privilegio, sino el sagrado deber de todos comprender las leyes que Dios ha establecido en sus seres. . . . y como comprendan más plenamente el cuerpo humano, . . . ellos buscarán traer sus cuerpos en sujeción a los nobles poderes de la mente. El cuerpo será considerado por ellos como una hermosa estructura, formado por el infinito Diseñador, y se les encargó mantener esta arpa de mil cuerdas en acción armoniosa.

"Para hacer un éxito de la vida cristiana, el desarrollo de mentes sanas en cuerpos sanos es de la más grande importancia.

"La armonía, la acción saludable de todos los poderes del cuerpo y mente, termina en felicidad; cuanto más elevados y refinados sean los poderes, tanto más puro y sin mezcla es la felicidad" (*My Life Today*, pág. 148).

La temperancia es un tema tan importante y largo que libros enteros podrían ser dedicados a eso. No hay ese espacio en este libro. El punto esencial que se establece aquí es que la intemperancia nubla la mente, confunde la razón, y reduce la fuerza moral para que el alma esté expuesta y desamparada al poder de la tentación. Esto siendo así, es necesario que los que sean victoriosos en la lucha con el mal, se concentren muy seriamente en eliminar todo hábito de intemperancia de sus vidas.

La Acción Correcta de la Voluntad

En este capítulo, el tema es mostrar la diferencia entre la libertad gozada por el hombre en Romanos 8, y la esclavitud descrita en el capítulo anterior. El primero tiene la libertad para hacer las obras de Dios y permanecer completamente separado del pecado, mientras que el último no está en tal posición.

Pero, la victoria no es automática. Con el hombre en *Romanos 8*, todo depende de la acción *correcta* de la voluntad. El acercamiento de la tentación tiene que ser discernido por lo que ella es, y una decisión positiva tiene que ser hecha de no someterse a su demanda. Al mismo tiempo, ninguna confianza tiene que ser aceptada en la habilidad humana para resistir la atracción. La fe tiene que asirse de la salvación de Dios, porque El solo puede librarnos del tentador. Este lugar y función de la voluntad tiene que ser claramente entendido, a fin de que el cristiano conozca cómo mantener la mente clara, la voluntad fuerte, y sea capaz de hacer identificación rápida y positiva del trabajo del enemigo.

"El tentado necesita comprender la verdadera fuerza de la voluntad. Ella es el poder gobernante en la naturaleza del hombre, la facultad de decidir y elegir. Todo depende de la acción correcta de la voluntad. El

desear lo bueno y lo puro es justo; pero si no hacemos más que desear, de nada sirve. Muchos se arruinarán mientras esperan y desean vencer sus malas inclinaciones. No someten su voluntad a Dios. No *escogen* servirle.

"Dios nos ha dado la facultad de elección; a nosotros nos toca ejercerla. No podemos cambiar nuestros corazones ni dirigir nuestros pensamientos, impulsos y afectos. No podemos hacernos puros, propios para el servicio de Dios. Pero sí podemos escoger el servir a Dios; podemos entregarle nuestra voluntad, y entonces él obrará en nosotros el querer y el hacer según su buena voluntad. Así toda nuestra naturaleza se someterá a la dirección de Cristo.

"Mediante el debido uso de la voluntad, cambiará enteramente la conducta. Al someter nuestra voluntad a Cristo, nos aliamos con el poder divino. Recibimos fuerza de lo alto para mantenernos firmes. Una vida pura y noble, de victoria sobre nuestros apetitos y pasiones, es posible para todo el que une su débil y vacilante voluntad a la omnipotente e invariable voluntad de Dios" (*El Ministerio de Curación*, pág. 131, 132).

Téngase cuidado de notar que la declaración no dice que todo depende de la acción de la voluntad, sino de la acción *correcta* de la voluntad.

Hay personas que forman su teología en esta declaración, pero su forma de victoria implica ejercitar la voluntad para subyugar la mente carnal. Esto es intentar lo imposible. Esto es lo mismo como si el jardinero pusiera el poder máximo de su voluntad para producir manzanas de un espino. Esto no puede ni funciona, ni nunca podrá. Por lo tanto, cualquier uso de la voluntad en este aspecto, no es la acción correcta de ella y no traerá éxito.

Antes de ser nacida una persona, ella es una esclava de la mente carnal. Al tal, Dios ofrece liberación. La acción *correcta* de la voluntad a este punto, es escoger darle a Dios el pleno derecho de quitar el viejo hombre e implantar el nuevo. Nada hay más que la voluntad pueda hacer a este grado.

Entonces, cuando este cambio ha sido ejecutado, la voluntad tiene que escoger rechazar toda tentación de la carne, entregando otra vez la situación al Señor para que la resuelva. El es el Salvador, y El solo es superior en poder al diablo.

Estudia con gran cuidado para entender lo que la acción *conecta* de la voluntad es, si deseas ser victorioso y hallar un lugar en el país eterno. Todo depende de eso.

Caracteres Opuestos

Las Escrituras registran las vidas de muchos de los hijos de Dios. Estas crónicas han sido preservadas porque ellas ilustran el trabajo del plan de salvación en el caso real de historias. Ellas demuestran la efectividad de las provisiones ofrecidas, probando que el Evangelio no es más teórico, sino un éxito práctico y vital. Muestran cómo Dios se relaciona con el pecado y sus propios hijos, cómo el diablo obra insidiosamente para socavar la obra buena, y cómo viene la victoria o derrota. Por estas razones, debe dedicarse mucho tiempo al estudio de estas historias. Ellas son altamente instructivas y animadoras.

Ahora se hará uso de algunas de estas vidas para clarificar y desarrollar los puntos ya hechos. Al hacerlo, ningún esfuerzo será hecho ni para condenar a estos hombres ni para excusar sus equivocaciones. Esta no es la razón de los claros registros de las Escrituras. Ellas están allí para darnos la capacidad para analizar dónde estas personas procedieron bien o mal, para averiguar las consecuencias de tales acciones a fin de que estemos mejor informados y, de este modo, mejor equipados para afrontar al enemigo con éxito. Ha de ser recordado que solamente los que hayan aprendido a no repetir los errores hechos por el pueblo de Dios en el pasado, verán el conflicto hasta la victoria final y experimentarán traslación. Por lo tanto, el estudio emprendido aquí será analítico y no crítico.

Dos vidas que suministran un agudo contraste entre victoria y derrota son las de José y David. Los dos llegaron a ocupar posiciones de gobierno, el primero ocupa la segunda posición en Egipto, y el último como el monarca de Israel. El examen comparativo de estas dos vidas es especialmente evaluado debido a las similitudes y las diferencias entre ellas. Ambos fueron cristianos realmente nacidos de nuevo, los dos ocuparon posiciones de gran poder, y ambos fueron confrontados con la tentación idéntica —adulterio. Pero mientras que José no fue tocado por la tentación, David sucumbió a ella.

¿Por qué y cómo uno fue triunfante totalmente, y el otro derrotado?

Para todo el que experimenta el reavivamiento y está en la fase de la reforma, existen las posibilidades idénticas. Todos están en el peligro de caer, y no están automáticamente seguros de eso en lo más mínimo. Por otra parte, como comprueba la vida de José, ninguno de nosotros necesita rendirse. La victoria puede ser experimentada de todos y es, en realidad, el derecho de todo hijo de Dios.

Había razones para la suerte de David, y había razones para el éxito de José. Si los factores gobernando la vida de David son hallados en nuestra experiencia, entonces nuestro fracaso será tan cierto como el suyo, mientras que los principios en José, si son incorporados en nuestras vidas, nos protegerán plenamente como lo hicieron con él. Para que estas cosas estén en nosotros como estaban en José, debemos entenderlas y personalmente aplicarlas como él lo hizo.

José

Primero, tiene que ser establecido que ellos fueron en verdad cristianos nacidos de nuevo, quienes habían experimentado el reavivamiento y estuvieron por lo tanto, en la escuela de la reforma.

Parece que José llegó a ser un verdadero hijo de Dios muy temprano en su vida, y como tal, manifestó todas las características de tal persona. De él está escrito cuando era todavía un mozo en la tienda de su padre: "Sin embargo, hubo uno de carácter muy diferente; a saber, el hijo mayor de Raquel, José, cuya rara hermosura personal no parecía sino reflejar la hermosura de su *espíritu* y su *corazón*. Puro, activo y alegre, el joven reveló también seriedad y firmeza moral. Escuchaba las enseñanzas de su padre y se *deleitaba en obedecer a Dios*. Las cualidades que le distinguieron más tarde en Egipto, la benignidad, la fidelidad y la veracidad, aparecían ya en su vida diaria" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 209).

El contraste aquí es entre José y sus injustos hermanos. Las expresiones mismas usadas para describirlo muestra que él fue realmente un cristiano verdaderamente renacido, porque había una "hermosura de su *espíritu* y su *corazón*"; él "se *deleitaba en obedecer a Dios*"; mientras tenía en él los frutos del Espíritu, "la benignidad, la fidelidad y la veracidad".

Un poco más tarde el Señor le dio dos sueños proféticos que sucesivamente relató a sus hermanos. "En aquel momento en que el joven estaba delante de ellos, *iluminado su hermoso semblante por el Espíritu de la inspiración*, sus hermanos no pudieron reprimir su admiración; pero no quisieron dejar sus malos caminos, y sintieron odio hacia la pureza que reprendía sus pecados" (*Id.*, pág. 210).

Aquí está el cuadro del joven José con el Espíritu de Dios fluyendo

por medio de él en el servicio a sus hermanos, y ellos sucesivamente, se convencieron bajo el poder de ese testimonio. Es verdad que el Espíritu de Dios no fluye *por medio de* una persona, a menos que El primero habite *dentro* de una persona. Aquí es visto que el Espíritu fluyó *por medio de él*, por lo cual nosotros sabemos que ya estaba *en él*, y si *en él*, entonces José era un verdadero cristiano nacido de nuevo.

Sin embargo, a pesar del hecho de que era un cristiano nacido de nuevo, tenía todavía faltas para ser corregidas, como las tiene otro hijo de Dios. Lo que hizo las cosas peor fue que en su propio hogar la educación que estaba recibiendo como el hijo favorito de su padre no lo estaba reformando en la dirección correcta.

"Por fuerte y tierno que hubiera sido el cariño de su padre, le había hecho daño por su parcialidad y complacencia . . . Sus efectos se manifestaban también en su propio carácter. En él se habían fomentado defectos que ahora debía corregir. Estaba comenzando a confiar en sí mismo y a ser exigente" (*Id.*, pág. 214).

Cuando José descendió a Egipto, su futuro se vio oscuro y desanimador, pero vino ante él las enseñanzas de su padre con respecto al trato del Señor con su pueblo en el pasado. Esta reflexión reavivó la fe y el ánimo de José, y lo indujo a hacer una plena dedicación a Dios, una promesa involucrando su estricta fidelidad a todos los mandamientos del Señor.

"José creyó que el Dios de sus padres sería su Dios. Entonces, allí mismo, se entregó por completo al Señor, y oró para pedir que el Guardián de Israel estuviese con él en el país adonde iba desterrado.

"Su alma se conmovió y tomó la alta resolución de mostrarse fiel a Dios y de obrar en cualquier circunstancia cómo convenía a un subdito del Rey de los cielos. Serviría al Señor con corazón íntegro; afrontaría con toda fortaleza las pruebas que le deparara su suerte, y cumpliría todo deber con fidelidad. La experiencia de ese día fue el punto decisivo en la vida de José. Su terrible calamidad le transformó de un niño mimado que era en un hombre reflexivo, valiente, y sereno" (*Id.*, pág. 215).

Esta es la consagración de uno que ya ha sido nacido de nuevo. Es la consagración renovada que es hecha cuando un gran punto de prueba y decisión ha llegado, tal como la tuvo José en ese momento en su vida.

Así que, él fue a Egipto, y todo el registro de su estancia allí revela que tenía cualidades que sólo las podría tener una persona renacida. Como tal, él pudo recibir del Señor las maravillosas bendiciones del nuevo pacto, porque de él está escrito:

"Mas Jehová fué con José, y fué varón prosperado: y estaba en la casa de su señor el Egipcio. Y vió su señor que Jehová era con él, y que todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano. Así

halló José gracia en sus ojos, y servíale; y él le hizo mayordomo de su casa, y entregó en su poder todo lo que tenía. Y aconteció que, desde cuando le dió el encargo de su casa, y de todo lo que tenía Jehová bendijo la casa del Egipto á causa de José; y la bendición de Jehová fué sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo" (*Génesis 39:2-5*).

La conducta de José, mientras estuvo en la casa de Potifar, es evidencia de que el Espíritu de Dios estaba en él y obrando por medio de él. El era realmente un hijo de Dios y diariamente estaba haciendo progresos en la obra de gracia. Es interesante notar que en todos los registros de la Biblia, ningún pecado se registra contra José. Esto no significa que era absolutamente perfecto y que la reforma en él estaba terminada, porque esto no era así, pero él era un hombre con tal dependencia de Dios, y tal actitud hacia sus propias habilidades y cualidades que el Señor pudo sostenerlo en cada hora de tentación. La más grande de todas vino cuando la esposa de Potifar buscó seducirlo en adulterio. En esa hora él, un cristiano nacido de nuevo, hizo frente a esa tentación.

Sin embargo, el acto que realizó no era en sí mismo la garantía automática del éxito. El podía muy bien haber caído. Alabemos al Señor que nosotros tenemos en registro la historia de un hombre que podía caer pero no cayó.

Y David

Fue también como un cristiano nacido de nuevo que David afrontó la tentación similar de cometer adulterio. La historia de David es el relato de cosas como pudieron haber sido con José, pero afortunadamente no fueron. La experiencia de José es exactamente lo que pudo haber sido la de David, pero trágicamente no fue.

Hay abundantes evidencias mostrando que David era realmente un cristiano nacido de nuevo antes y en el momento cuando afrontó esta gran tentación.

La primera presentación de David es hallada en *1 Samuel 16*. Este es el registro de Samuel saliendo por orden de Dios a ungir a un nuevo rey en lugar del rebelde e impío Saúl de quien el reino había de ser quitado. El Señor rechazó a cada uno de los siete hermanos mayores, "porque *Jehová mira* no lo que el hombre mira; pues que el hombre mira *lo que está* delante de sus ojos, mas Jehová mira el corazón" (*1 Samuel 16:7*).

El hombre que Dios escogiera para ser el gobernante de su pueblo debía tener un corazón que fuera recto con Dios, y la únicas personas que tienen tal corazón son las que son nacidas de nuevo. Más que eso, que el tener un corazón que fuera recto, implicaba la posesión de cuali-

dades que lo adaptarían para la alta responsabilidad de ser el rey de Israel.

Que David tenía la combinación requerida, es evidente por el hecho de que el Señor lo escogió para ser el futuro rey de Israel. No estamos tan interesados en las otras cualidades como lo estamos en su tenencia de liberación de la esclavitud del pecado para que fuera verdadero en corazón y vida, e hijo del Dios vivo. Que David era tal hombre, está más declarado en el hecho cuando fue ungido para ser rey, "y desde aquel día en adelante el espíritu de Jehová tomó á David" (*1 Samuel 16:13*).

La extraordinaria cualidad de la vida de José era que él no buscaba posición. El servía en lo mejor de sus habilidades de día en día justamente donde estaba. Si el Señor le había señalado la suerte de un esclavo, eso sería él, pero sería el mejor esclavo en el mundo por amor a Dios. David también, aun cuando sabía que había sido ungido para ser rey de Israel, no puso a un lado los deberes comunes del día, sino decidió trabajar como un pastor como si eso fuera todo lo que haría por el resto de su vida. El esperó con infinita paciencia para que el Señor le diera aquello para lo cual había sido ungido.

Fue durante esos días de espera que lleno de servicio diligente, tuvo estrecha comunión con el Señor y recibió de El tales revelaciones de verdad que solamente un verdadero hijo de Dios podía recibir.

"El gran honor conferido a David no le ensoberbeció. A pesar del elevado cargo que había de desempeñar, siguió tranquilamente en su ocupación, *contento de esperar el desarrollo de los planes del Señor a su tiempo y manera*. Tan humilde y modesto como antes de su ungiendo, el pastorcillo regresó a las colinas, para vigilar y cuidar sus rebaños tan cariñosamente como antes. Pero con nueva inspiración componía sus melodías y tocaba el arpa. Ante él se extendía un panorama de belleza rica y variada. Las vides, con sus racimos, brillaban al sol. Los árboles del bosque, con su verde follaje, se mecían con la brisa. Veía al sol, que inundaba los cielos de luz, saliendo como un novio de su aposento, y regocijándose como hombre fuerte que va a correr una carrera. Allí estaban las atrevidas cumbres de los cerros que se elevaban hacia el firmamento; en la lejanía se destacaban las peñas estériles de la montaña amurallada de Moab; y sobre todo se extendía el azul suave de la bóveda celestial.

"Y más allá estaba Dios. El no podía verle, pero sus obras rebosaban alabanzas. La luz del día, al dorar el bosque y la montaña, el prado y el arroyo, elevaba a la mente y la inducía a contemplar al Padre de las luces, Autor de todo don bueno y perfecto. Las revelaciones diarias del carácter y la majestad de su Creador henchían el corazón del joven poeta de adoración y regocijo.

"En la contemplación de Dios y de sus obras, las facultades de la

mente y del corazón de David se desarrollaban y fortalecían para la obra de su vida ulterior. Diariamente iba participando en una comunión más íntima con Dios. Su mente penetraba constantemente en nuevas profundidades en busca de temas que le inspirasen cantos y arrancasen música a su arpa. La rica melodía de su voz difundida a los cuatro vientos repercutía en las colinas como si fuera en respuesta a los cantos de regocijo de los ángeles en el cielo.

"¿Quién puede medir los resultados de aquellos años de labor y peregrinaje entre las colinas solitarias? La comunión con la naturaleza y con Dios, el cuidado diligente de sus rebaños, los peligros y libramientos, los dolores y regocijos de su humilde suerte, no sólo habrían de moldear el carácter de David e influir en su vida futura, sino que también por medio de los salmos del dulce cantor de Israel, en todas las edades verdaderas, habrían de comunicar amor y fe al corazón de los hijos de Dios, acercándolos al corazón siempre amoroso de Aquel en quien viven todas sus criaturas.

"David, en la belleza y el vigor de su juventud, se preparaba para ocupar una elevada posición entre los más nobles de la tierra. Empleaba sus talentos, como dones preciosos de Dios, para alabar la gloria del divino Dador. Las oportunidades que tenía de entregarse a la contemplación y la meditación sirvieron para enriquecerle con aquella sabiduría y piedad que hicieron de él el amado de Dios y de los ángeles. Mientras contemplaba las perfecciones de su Creador, se revelaban a su alma concepciones más claras de Dios. Temas que antes le eran oscuros, se aclaraban para él con luz meridiana, se allanaban las dificultades, se armonizaban las perplejidades, y cada nuevo rayo de luz le arrancaba nuevos arrobamientos e himnos más dulces de devoción, para gloria de Dios y del Redentor. El amor que le inspiraba, los dolores que le oprimían, los triunfos que le acompañaban, eran temas para su pensamiento activo; y cuando contemplaba el amor de Dios en todas las providencias de su vida, el corazón le latía con adoración y gratitud más fervientes, su voz resonaba en una melodía más rica y más dulce; su arpa era arrebatada con un gozo más exaltado; y el pastorcillo procedía de fuerza en fuerza, de sabiduría en sabiduría; pues el Espíritu del Señor le acompañaba" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 693-695).

Estas palabras verdaderamente describen la experiencia de uno que ha sido liberado del reino de las tinieblas y está caminando en la luz del cielo. Tal persona ciertamente no está en las tinieblas espirituales de Egipto, sino que está caminando por toda la senda de la escuela del desierto que conducen a las puertas de Canaán. No puede haber duda de que David era un verdadero joven convertido en ese tiempo, con una experiencia que iba madurando cada día.

Los Salmos

Fue en este período que muchos de los salmos fueron escritos. Nadie que ha nacido otra vez y entiende la experiencia viva de justicia puede leer los Salmos de David, sin leer en ellos los sentimientos de uno que conoce por experiencia lo que es ser salvo del poder de la vieja vida pecadora, y tiene el henchimiento de la nueva vida en su lugar.

Muchos salmos fueron también escritos durante el período cuando él era un fugitivo del rey Saúl. "David compuso muchos de los salmos en el desierto, al que fue obligado a huir por seguridad. Saúl aun lo persiguió allí, y David fue muchas veces preservado de caer en las manos de Saúl por la interposición especial de la Providencia. De este modo, mientras David estaba pasando a través de severas pruebas y dificultades, manifestó una invariable confianza en Dios, y fue especialmente lleno de su Espíritu, cuando compuso sus cantos que relatan sus peligros y liberaciones, atribuyendo alabanza y gloria a Dios, su misericordioso Preservador. En estos salmos es visto un espíritu de fervor, devoción y santidad" (*Spiritual Gifts*, tomo 4A, pág. 93).

Un salmo que con seguridad fue escrito en la temprana carrera de David cuando se sentó a cuidar sus ovejas, fue el *salmo del Pastor*. Si un salmo o pasaje de la Escritura expresa el Evangelio en su pureza como el poder vital para vencer el pecado, ciertamente éste lo hace. No es un testimonio de derrota sino una declaración viviente de victoria, y de estar abundantemente satisfecho con los dones de Dios para el alma necesitada.

"Jehová es mi pastor; nada me faltará".

Estas palabras introductorias son un testimonio de conexión con Dios, de El ser el Proveedor de toda necesidad espiritual así como física. Y lo que el Señor proveyó está expuesto en los versos siguientes. Léase otra vez con reflexión y oración y véase en ellos el testimonio de un hombre que conocía a su Dios, que conocía lo que significa ser liberado de la obscuridad de la muerte espiritual, y que sabía lo que era estar lleno de la justicia de Cristo.

Antes que David llegara al trono cometió algunas equivocaciones trágicas, y fue el error de perder fe en las promesas de Dios de darle el trono de Israel. El prefirió creer que Saúl tendría éxito en quitarle la vida, y así decidió hacer su hogar en la tierra de los filisteos. Este fue en verdad un triste error, pero esto no niega el hecho de que era un cristiano nacido de nuevo, ni significa que el Señor lo abandonó por haberlo hecho. Pacientemente el Señor obró, y finalmente David como "un varón según su corazón", ascendió al trono de Israel.

José y David

De esta manera, José y David vinieron a la hora de la tentación como verdaderos hijos de Dios. Ambos eran hombres que tenían estrecha comunión con Dios, ambos habían sido llamados para ejecutar una función muy importante en conexión con el pueblo de Dios —posiciones de gobierno a la cabeza misma de la obra; ambos eran tipo de Cristo —José como el puro y justo quien fue vendido por treinta piezas de plata, y David el tipo de Cristo como rey.

Con un antecedente de tan acentuada similitud y ventaja, sería esperado que los dos hombres hubieran sido victoriosos en la hora de la tentación, pero no fue así. Uno fue totalmente derrotado así como el otro fue victorioso. No obstante, hay una razón de esto. Realmente, otros factores involucrados fueron la causa, aunque no la excusa, de la caída de David. Estos necesitan ser entendidos, a fin de que podamos ver lo que lo debilitó hasta el punto que Satanás tuvo la ventaja, y que no permitamos seguir por la senda misma.

Incansable Vigilancia

Cuando vino la confrontación real con la tentación, José ejerció el poder de su voluntad en la dirección correcta, pero David no lo hizo.

Cuando se afrontó con las complejas presiones impuestas sobre él por la esposa de su amo, José no vaciló por un momento. Un número de principios se hallaban con intachable claridad en su mente, conduciéndolo a hacer una elección en el instante para responder con un enfático "¡No!" a sus demandas. Fortalecido por el conocimiento de que Dios lo capacitaría para no pecar, su fe dio una positividad a su elección que no pudo ser negada. No había confianza propia en José. Sabía que no podía ganar la victoria por sí mismo. El entendía también que no podía experimentar la victoria, a menos que él hiciera su parte, lo cual era escoger no pecar y confiar en el poder de Dios para mantener esa decisión.

El Señor dio respuesta a esa fe como lo hará siempre. José fue guardado seguro y limpio.

Así será siempre. Dios nada puede hacer por nosotros hasta que hayamos hecho una decisión positiva de no pecar, y por fe pongamos todo el asunto en sus manos para la solución. Entonces viene al rescate y hace la elección invencible. Nadie que fielmente siga tal curso puede ser vencido. Esto es imposible. Pero, permítase una desviación de esto, y la derrota es igualmente segura.

José no solamente rechazó al tentador, sino que al instante salió del lugar donde la tentación estaba. El reconoció esto como el terreno del diablo, y no permanecería allí para invitar al seductor. Este aspecto de obtener victoria es digno de énfasis. Es una fase práctica del encuentro con el archienañador. Nunca permitáis estar colocados en una posición donde no debéis estar, o permanecer allí si, a través de algunos circunstancias más allá de vuestro control, sois puestos en ese terreno.

Supóngase que la batalla para ser peleada es sobre lectura de novelas. Por muchos años el hábito ha sido formado, y toda una biblioteca

de estos libros ha sido formada. Finalmente, es hecha la convicción en el corazón por el ministerio del Espíritu Santo, y una decisión es hecha para quitar el hábito destructor. Esto es eliminado en el instante arrojando la biblioteca al fuego y reduciéndola a letras ilegibles. Si estos libros son dejados en los estantes, ellos servirán para revivir los antiguos deseos y hábitos. Después de eso tened cuidado de visitar lugares como bibliotecas y ventas de libros donde tales cosas son halladas. Si necesitáis ir a uno de esos lugares, entonces terminando vuestros negocios, evitad la demora, y salid del lugar sin vacilación.

Cuando la tentación fue presentada a David, debió haber conocido que las reacciones y deseos que comenzaban a agitarse en él no eran correctos, pero en vez de escoger apartarse de esta tentación, jugó con el pensamiento exactamente como un pequeño, permitiendo la indulgencia en el placer pecaminoso de ella. En el momento que hizo eso, la tentación se fortaleció y la voz de la conciencia se debilitó, hasta que cometió el acto exterior del pecado.

John Wesley muestra su admirable comprensión de esto en su descripción de la caída de David.

"Paseábase [David] por el terrado de la casa' (2 Samuel 11:2), probablemente alabando a Dios a quien su alma amaba, cuando observando hacia abajo y vio a Bathsheba. El sintió una tentación; un pensamiento que lo tentó al mal. El Espíritu de Dios no falló en convencerlo de esto. Sin duda escuchó y conoció la voz de advertencia; pero cedió en cierto grado al pensamiento, y la tentación comenzó a prevalecer sobre él. Por eso su espíritu fue mancillado; él veía todavía a Dios; pero fue más opaco que antes. El amaba todavía a Dios; pero no a igual grado, ni con la fuerza y fervor mismos de afecto. Sin embargo, Dios lo detuvo otra vez aunque su Espíritu fue entristecido; y su voz, aunque más y más débil, todavía susurraba, 'El pecado está á la puerta; mirad á mí y sed salvos'. Pero él no escucharía; miró otra vez, no a Dios, sino al objeto prohibido; hasta que la naturaleza fue superior a la gracia, y se encendió la codicia en su alma.

"El ojo de su mente fue ahora cerrado otra vez, y Dios desapareció de su vista. Completamente cesó la fe divina, la relación supranatural con Dios y el amor de Dios: entonces se precipitó como caballo en batalla y, a sabiendas, cometió el pecado exterior" (Forty-four Sermons, pág. 181).

Mientras en el caso de José, el gran poder de Dios fue capaz de ejecutar su liberación de la tentación cuando él dispuso su mente para obedecer la ley de Dios, en el caso de David, el poder de Dios en él y con él nada pudo hacer porque falló en disponer su voluntad en la dirección correcta.

Niveles de Presión

Bastante interesante, de los dos hombres, el que tuvo menos presión para pecar fue el que cayó, mientras que el otro con la más grande y difícil tentación, fue victorioso.

Con David, el estímulo total fue de la carne. No hubo ninguna presión social sobre él para cometer pecado. Si algo, la influencia atrajo hacia lo opuesto. Nadie hubo para que lo amenazara con la pérdida de su vida si rechazaba la oferta. El podía simplemente haber vuelto su espalda a todo el asunto, y eso habría sido el final. Era un simple acto y sin complicación.

Pero esto no es verdad en el caso de José. Las presiones avanzaron hacia él con sutileza, peso y complejidad. Satanás conocía la fortaleza espiritual de este hombre joven. Por lo tanto, al formarse la tentación empleó toda su habilidad para dar la máxima esperanza de éxito. Cuando la situación de José sea claramente entendida, nadie lo envidiará por eso. Antes, motivará una admiración por su coraje y fidelidad.

Tan astuto fue el enemigo que buscó extraviar las mejores cualidades del siervo de Dios para su beneficio. El atributo era la obediencia fiel de José a las órdenes de su amo y esposa. Había buscado agradarlos para hacer exactamente lo que ellos deseaban y como ellos lo quisieran. Esto se le requería como un esclavo, pero había una notable diferencia entre el servicio obtenido del esclavo común y el rendido por este joven amoroso y voluntario.

Satanás reconocía el hábito fundamental y disposición muy bien establecidos en la vida de José, y planeó tomar la máxima ventaja de eso. No hay ninguno de nosotros que no conozca el poder del hábito. Lo que ha sido practicado dentro de la persona a través de la continua repetición, funda la tendencia para reaccionar de la manera idéntica en cada ocasión que las circunstancias apropiadas se repitan. Durante diez años José se había acostumbrado a obedecer las órdenes de Potifar y su esposa tan pronto como las órdenes se daban. Por lo tanto, cuando ella le exigió cometer este acto, el hábito tan firmemente formado tendería a inducirlo a incurrir en pecado.

Pero esta no fue la única presión. La desobediencia por parte de un esclavo era castigada en la más cruel de las formas, y con frecuencia costaba la muerte. José sabía perfectamente bien que si no obedecía a la esposa de Potifar, estaría sujeto al severo castigo y podría ser ejecutado. La amenaza de muerte es una inducción que es muy difícil de resistir como los secuestradores, ladrones, terroristas, y atracadores han conocido desde hace mucho tiempo. Amenácese a un hombre con la muerte, y él dará casi cualquier cosa. Pero no en el caso de José. Si la obediencia a Dios le costaba su vida, entonces moriría. El prefirió la justicia para vida en esta tierra, preciosa como ésta fuera para él.

La tercera poderosa inducción a pecar era posiblemente la más sutil y atractiva de todas. En la naturaleza del hombre caído hay fundamentada una disposición para elevarse a sí mismo, no importa lo que pueda ser el costo para otros. Es una perversión del deseo que da Dios para crecer y progresar. Pero, mientras que el Señor dio este incentivo para que una persona pudiera rendir más excelente servicio a otros, el diablo y el pecado ha convertido esto en una cosa egoísta.

Desde el momento que José entró al servicio de Potifar, un excelente espíritu fue hallado en él. No presentó quejas contra Dios por permitir que terminara en esta dolorosa degradación de un esclavo común. El aceptó que la infinita sabiduría de Dios lo había puesto allí por una razón, aun cuando no era conocida para él. Sabía que aunque no se le comprendiera o se le diera gracias por su servicio, rendiría el mejor servicio posible a su amo. No fue motivado a desear el progreso para sí mismo. Su preocupación era servir en lo mejor de su habilidad, de este modo, ejemplificando la vida y espíritu de Cristo. Esto no era tanto una conciencia con proceder calculados, sino la expresión natural de su corazón convertido. En él estaba la mente de Cristo de la cual brilló la luz del servicio amoroso y desinteresado.

Aunque tal servicio es rendido sin el pensamiento de ventaja o progreso personal, es imposible hacer esto sin negar el favor y exaltación. Así fue con José. Potifar detectó el espíritu de José y reconoció en él una persona de cuya apariencia nunca había visto antes. Llegó a confiar en él implícitamente, y le dio el control de sus posesiones y negocios hasta que José fue único en el cargo, y sabía más acerca de los negocios humanos que su amo.

"Mas Jehová fué con José, y fué varón prosperado: y estaba en la casa de su señor el Egipto. Y vió su señor que Jehová era con él, y que todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano. Así halló José gracia en sus ojos, y servíale; y él le hizo mayordomo de su casa, y entregó en su poder todo lo que tenía. Y aconteció que, desde cuando le dió el encargo de su casa, y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del Egipto á causa de José; y la bendición de Jehová fué sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo. Y dejó todo lo que tenía en mano de José; ni con él sabía de nada más que del pan que comía. Y era José de hermoso semblante y bella presencia" (Génesis 39:2-6).

La historia ampliamente ha demostrado que un hombre es más capaz de manejar la adversidad que la prosperidad. Un cambio perspicaz y fatal toma lugar cuando él prospera desde la pobreza y necesidad a la riqueza y abundancia. Muy pocos hombres son aptos para resistir esta metamorfosis, pero José fue uno de ellos.

En la vida del cristiano, el progreso tiene efectos más evidentes y molestos que en el mundano. Sucede como sigue:

Cuando el llamado de Dios es oído primero por un individuo, se halla a sí mismo comisionado para un trabajo que parece ser nada menos que prodigioso. El compara las escasas facilidades de sus posesiones con la magnitud de la tarea, y su corazón decae. Su único recurso es ir con fe firme al gran Sustentador para solicitar las bendiciones necesarias para realizar lo que Dios le ha dado para hacer. Tal confianza es recompensada con los medios que son rápidamente agotados. Las súplicas de fe ascienden otra vez y son plenamente satisfechas. La obra crece, la prosperidad y el éxito toman el lugar de la humildad original, y la fe es más firme.

Pero, cuando los recursos son multiplicados, y el estado original de presión se reduce, así también el sentido de necesidad disminuye. Gradualmente, la persona viene a descansar más y más cómodamente con el apoyo visible provisto por la prosperidad material, con el resultado de la transferencia de la fe del Dios quien dio los dones a los donados por Dios. Esto es acompañado de un espíritu creciente de suficiencia propia, grandeza personal y superioridad. Dios disminuye más y más en ojos de aquellos que previamente habían caminado estrechamente con El.

Esto es lo que sucedió con Lucifer. Las Escrituras nos dicen que fue "A causa de la *multitud de tu contratación*", que lo llenó de violencia y pecó. Véase *Ezequiel 28:16*. La naturaleza exacta de estas contrataciones es desconocido para nosotros, pero sea lo que fuere, sirvió para darle un sentido de seguridad que lo separó de Dios y lo guió a la suficiencia propia. No se tenía que hacerse esto, y nunca fue el propósito de Dios que sucediera. Pero el peligro está siempre presente. El tiempo vino cuando la evaluación de Lucifer mismo lo colocó por encima de Dios a quien él ahora veía como inferior y necesitado de reforma. Desde entonces, la historia de los ayes así comenzó lo cual a plagado el universo.

Así podría haber sido con José. Cuando él primero entró al servicio de Potifar, era el más inferior entre los esclavos de la casa. Delante de él se encontraba la comisión divina para servir al egipcio. Bajo las circunstancias, esto parecía una tarea imposible. ¿Cómo podía él en esta casa guardar todos los mandamientos de Dios y, de este modo, ser un testimonio fiel a su carácter de amor? La fe lo indujo a extender su mano y aferrarse de la eficiencia celestial, y desde el principio prosperó. Rápidamente creció en estatura mental, moral, física y espiritual, hasta que fue evidente que la bendición de Dios estaba mucho más con él que con su amo. En realidad, toda bendición que el amo recibió, vino por medio de José.

Es claro que Dios evaluó a José como el superior de los dos hombres. José tenía el mejor carácter combinado con la extraordinaria habilidad en negocios que Dios había otorgado y desarrollado en él.

La diferencia era tan clara que José mismo debió haberlo reconocido también. Pero, él no permitió que esto llegara a ser una fuente de orgullo para él. En base a esto, no haría ningún reclamo por la posición más elevada, pero reconocía que la marca de la verdadera grandeza es hallada en usar la más grande capacidad para servir a ese propósito solo.

Satanás reconoció en esto un espíritu completamente contrario al suyo. Pero, vio también posibilidades para desarrollar el espíritu mismo que estaba en él. En el cielo había llegado a ser superior a todos los ángeles. En esa posición había desarrollado un orgullo en sí mismo que demandó que se le concediera el lugar más alto de todos, la posición de Cristo. Si tan sólo podía guiar a José a pensar en las líneas idénticas, sería destruido. Intencionalmente, obró para concentrar la atención de José en sí mismo, recordándole siempre que puesto que visiblemente era el mejor hombre, tenía más derecho a las posesiones de su amo. Satanás argumentaba que José había sido injustamente esclavizado, que era su *derecho* ser libre y que debía captar la oportunidad para obtener sus derechos. Se necesitaba solamente, el enemigo enfatizaba, que se hicieran los movimientos sutiles por los cuales la transferencia de poder de Potifar a José fuera efectuado.

Cuántas veces en la historia se ha intentado esto y aun logrado. Los hijos han despojado a los padres. Un empleado ambicioso y diestro ha robado al propietario de su empresa. La técnica usual es trabajar para un hombre hasta que la empresa sea completamente entendida y la calurosa amistad haya sido formada con la clientela. Entonces, la nota se da y un negocio rival se establece que aleja la clientela fundada esmeradamente por la persona original.

Pero tal no era el carácter de José. El entendía que los negocios pertenecían a Potifar. Sea que él fuera inferior o superior nada tenía que ver con el asunto. Dios había dado a Potifar la prosperidad y las riquezas, no a José. Eso era lo que importaba. José había sido colocado en la familia como un *siervo*, y como un *siervo* permanecería hasta que Dios lo pusiera en otro lugar. José fue fiel en la capacidad y posición en la que el Señor lo había colocado. No expresaba ningún descontento con su suerte, ni pensó en ponerse a sí mismo en otro lugar. Cuando el tiempo viniera para ser traslado, el Señor lo haría.

Satanás tenía un poderoso y atractivo aliado en la esposa de Potifar. Ella reconocía las espléndidas cualidades en el joven y vio que era realmente superior a su propio esposo. Por lo tanto, buscó reemplazar a su esposo con el hombre mejor. Ella no era controlada por principios de justicia ni por prácticas limpias, sino por motivos egoístas. Sabía qué haría si estuviera en la posición de José. Ella habría tomado posesión de los negocios, despojando totalmente al dueño real. Eso era lo que ella consideraba que José debía hacer. Si él no lo hacía, entonces en sus ojos él era nada menos que un imbécil.

Como una expresión de su decisión, se ofreció a sí misma a José. Si él se hubiera rendido a ella, habría reverenciado la ley del yo, habría hecho lo que Lucifer intentó hacer en el cielo, y habría negado los principios de justicia. Cuando es recordado que este es el curso que la mayoría de los hombres han seguido en la historia, entonces es claro que la presión puesta sobre José fue tremenda. Si una hermosa doncella se le hubiera ofrecido, no habría sido más que una tentación física, pero hecho por la mujer de su amo, era realmente otra cosa. La suya era una abierta confirmación de tomar el lugar del esposo en todas las cosas. Si él hubiera aceptado tales pensamientos, esto habría desechado todas las persistentes dudas, confirmado sus aspiraciones, y lo habría animado a tomar este paso fatal. Los dos se habrían lanzado a un curso que podría haber traído éxito mundanal, o habría producido rápida ruina, pero que con seguridad habría cerrado la puerta del cielo para los dos.

José no se desviaría de la senda estricta de justicia. Sin embargo sea recordado, que cuando él rechazó acceder a los impulsos diarios de ella, no estaba solamente refrenando su carne física. El estaba negándose a los principios de exaltación propia; estaba escogiendo perder su propia vida antes que pecar, y estaba ofreciendo el más grande respeto a la posición y derechos de su amo. El ganó una verdadera y maravillosa victoria ese día cuando ella finalmente colocó su última presión sobre él.

Sin ninguna duda, su acción salvó la vida de Potifar. Si él hubiera caído en el plan de la mujer, probablemente, ella reservada pero efectivamente habría envenenado a Potifar, llegando a ser de este modo, la dueña de todos sus bienes. Entonces habría liberado a José y se habría casado con él, y así lo habría establecido en el lugar que ella consideraba como siendo correctamente suyo.

Para salvar la vida de su amo, José afrontó el sacrificio personal. No tenía duda de que ella lo acusaría falsamente, que las acusaciones harían efecto, y que los requerimientos indebidos de un esclavo hechos a su ama, traería la pena de muerte. Habría sido una ejecución sin pruebas. La única razón por la que José escapó de esta suerte fue debido a la protección especial de Dios, y por el conocimiento que Potifar tenía del joven, suficiente para saber que José era inocente. Sin embargo, para preservar el honor de la familia, él lo habría despojado de todo y entregado a la cárcel.

Tales fueron las terribles circunstancias ejerciendo pesadas presiones para pecar sobre el joven José. Cuán diferente esto era de las leves apelaciones hechas a David.

De los dos, no es David sino José a quien nosotros esperaríamos encontrarlo cayendo. La situación se complica por su forma invertida. Habría sido más fácil para nosotros entender esto si hubiera caído el

que tuvo el más grande estímulo a pecar. Pero no hay misterio para la historia. Solamente se requiere una investigación cuidadosa para mostrar por qué David cayó donde José permaneció. Cuando la comprensión de estas cosas sea obtenida, poder será ganado por lo cual victorias positivas pueden ser mantenidas en la experiencia de todos.

El Proceso Preparatorio

Hay un largo proceso preparatorio delante de cada victoria y derrota en la vida cristiana. Se *manifestará* al observador que una persona que condujo una vida tan ejemplar a este punto *de repente* caiga en pecado. Pero desconocido e invisiblemente, una erosión constante de las defensas se había estado desarrollando por mucho tiempo. Satanás había estado obrando para efectuar la ruina del alma. Cuando juzga que la preparación ha avanzado lo suficiente, hace su ataque con asombroso éxito. El mundo considera la caída como repentina mientras ella es, en realidad, la culminación de meses y aun años de continua decadencia espiritual.

"Antes que el cristiano peque abiertamente, se verifica en su corazón un largo proceso de preparación que el mundo ignora. La mente no desciende inmediatamente de la pureza y la santidad a la depravación, la corrupción y el delito. Se necesita tiempo para que los que fueron formados en semejanza de Dios se degraden hasta llegar a lo brutal o satánico. Por la contemplación nos transformamos. Al nutrir pensamientos impuros en su mente, el hombre puede educarla de tal manera que el pecado que antes odiaba se le vuelva agradable" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 490).

El hombre inconverso no es el tema de este párrafo. No dice que un largo proceso de preparación se desarrolla en la vida de *todo* individuo antes que él cometa pecado, sino en la vida del *cristiano* antes que él cometa pecado. Mientas estos principios se aplican al mundo en general, es acerca del *cristiano* en particular que se escribe aquí.

Entonces para los cristianos, esta declaración suministra la advertencia que un cristiano puede ser inducido al pecado, mientras que al mismo tiempo revela lo que está detrás de la derrota. Nos asegura que una vez ha tomado lugar el proceso de preparación, la incursión en la iniquidad es inevitable. Por lo tanto, es de suprema importancia que este factor sea entendido y pasos sean dados para detener este proceso. Tiene que ser reemplazado con proceder que aseguren el mantenimiento de victoria como en el caso de José. Cuanto mejor sean puestos los fundamentos, tanto más segura estará la superestructura.

Las vidas de José y David son excelentes fuentes de información y guía de lo que se debe hacer y no se debe hacer. Ellas deben ser estu-

diadas extensiva y totalmente, porque ellas son escritas para nuestro beneficio. Tal estudio no será una ociosa crítica de la vida de David o una adulación de la vida de José. Es el estudio de las causas de pecado en el cristiano, de las corroyentes sutilezas de tentación, y de la manera en la cual los hijos de Dios pueden aprovecharse de las abundantes medidas provistas para hacerlos seguros contra el pecado. Mientras hay siempre una causa para el pecado nunca hay una excusa para él. Aunque un cristiano no está ciertamente imposibilitado para pecar, está definitivamente colocado donde no es capaz de pecar si él así lo elige.

José aprovechó estas provisiones y experimentó esa victoria. Así como hubo un proceso de preparación que aseguró el derrumbamiento de David, así también hubo un proceso opuesto que aseguró la victoria de José. Mientras que los dos hombres experimentaron el reavivamiento o liberación de la esclavitud, de los resultados opuestos en sus vidas no puede decirse que tuvieron su causa allí, sino más bien en la obra de educación que siguió. Será visto que en el caso de José, Dios pudo conducirlo de aula de clase en aula de clase, cada una edificando sobre la obra hecha antes, mientras en el caso de David, hubo una clase que el Señor nunca planeó que existiera pero existió, en la que David aprendió cosas muy perjudiciales para su experiencia.

Primeramente la clase de José fue su propio hogar en la que los padres eran los maestros subalternos y Dios el maestro superior. Aquí, él fue completamente educado en las historias de la conducción de Dios con sus antepasados. Cuando un claro panorama del carácter de Dios fue formado en su mente, las gracias de amor, humildad, paz, integridad, honestidad, y nobleza general de carácter fueron establecidas dentro de él. De este modo, adquirió un inestimable tesoro que iba a suministrar gran poder sustentador en los futuros conflictos con el enemigo.

La importancia de la función de los padres para fundar estas cosas en sus hijos desde sus tempranos años no puede pasarse por alto. Cuántos padres cristianos han venido al punto donde han visto a sus hijos crecer con rebelde adolescencia y finalmente, adultos incrédulos, y entonces anhelan tener la oportunidad para comenzar otra vez y hacer una obra más completa y responsable de educación de esas vidas. Demasiado tarde es visto que la educación dada en los tempranos años determina, a un mayor grado, el curso a seguir más tarde.

Con todo, crítico como son los tempranos años en la vida del niño, la sociedad no exige ninguna preparación especial para la paternidad. Una joven pareja puede casarse y traer un número de hijos al mundo sin prestar atención si ellos son idóneos para la responsabilidad.

Si una persona aspira a ser un arquitecto, médico, capitán de barco, ingeniero, constructor, piloto de avión, policía, o cualquier otro del gran

número de ocupaciones, tiene que entrar en un período específico y estricto de entrenamiento, pasar los exámenes, y finalmente ser clasificado como apto para la posición. Muchos de los que se inician para lograr tales niveles fracasan en el camino y nunca lo alcanzan. Los hombres insisten en estas normas porque saben que las vidas estarían en peligro si a la gente incompetente se le permitiera *ejercer* estas ocupaciones.

Pero ninguna de estas vocaciones en la vida es tan importante como la crianza de hijos. Todo el futuro de la sociedad depende de que esto sea realizado con éxito. Mientras los animales poseen una habilidad instintiva en la instrucción de sus pequeños, esto no es así en el campo humano. Todo el que quiere ser un padre de éxito sólo puede ser tal cosa si él o ella es educada cuidadosamente para la posición. No obstante, ninguna preparación es requerida, no existen normas establecidas, y cualquier joven sin experiencia y madurez puede emprender la paternidad sin restricciones.

Detrás de toda verdadera persona usada por Dios para bendición de la humanidad, hay un hogar educador en donde buenos padres cristianos implantaron en las mentes en desarrollo principios de justicia. Tal hogar fue el de José. Con gran cuidado y totalidad, Jacob enseñó a José las glorias del carácter de amor de Dios, así echando un fundamento que las tormentas de la vida no pudieron derrumbar.

Pero, vino un tiempo cuando ciertos y desafortunados elementos en su escuela de hogar motivó su traslado a otra aula de clase. Su padre no podía bajo las circunstancias hacer nada más por él. Otros maestros, aunque con menos bondad y amor, tuvieron que ser llamados para continuar la obra.

Este cambio tomó lugar cuando José fue vendido a Egipto. "¡Qué cambio de condición! ¡De hijo tiernamente querido había pasado a ser esclavo menospreciado y desamparado! Solo y sin amigos, ¿cuál sería su suerte en la extraña tierra adonde iba? Durante algún tiempo José se entregó al terror y al dolor sin poder dominarse.

"Pero, en la providencia de Dios, aun esto había de ser una bendición para él. Aprendió en pocas horas, lo que de otra manera le hubiera requerido muchos años. Por fuerte y tierno que hubiera sido el cariño de su padre, *le había hecho daño* por su parcialidad y complacencia. Aquella preferencia poco juiciosa había enfurecido a sus hermanos, y los había inducido a llevar a cabo el cruel acto que lo alejaba ahora de su hogar. *Sus efectos se manifestaban también en su propio carácter.* En él se habían fomentado defectos que ahora debía corregir" (*Id.*, pág. 214).

El primer objetivo de todo padre es asegurar que su hijo es nacido de nuevo, pero es un serio error asumir que una vez esto es logrado, la gracia para el crecimiento en el cristiano será automática.

Yo conozco un caso donde un padre añoraba la esperanza de que su hijo fuera verdaderamente convertido y creciera para dar su vida en servicio de Dios y del hombre. Finalmente, vino un tiempo cuando el muchacho cerca de los doce años de edad se involucró en un crimen trivial, y en consecuencia sufrió severo castigo. El padre reconoció que el tiempo había venido cuando su hijo podía aprender por experiencia la terrible naturaleza del pecado, y así ser guiado a buscar perdón y restauración del Señor.

Con una oración por la ayuda y dirección divinas, el padre habló al muchacho acerca del resultado final del pecado. El mostró cómo el pecado privaría a su hijo de un lugar en el cielo y que mientras sus padres, hermanos, y hermanas procuraban estar allí, él quedaría por fuera. A él se le preguntaba si eso era lo que deseaba. Cuando las plenas implicaciones de su pecado caían sobre el muchacho, lágrimas de tristeza y arrepentimiento fluían de sus ojos.

Cuando se le bosquejó el camino de Dios para el escape, lo aceptó con felicidad. Arrodillándose, confesó lo que él era y lo que había hecho, pidiendo la liberación de lo primero y el perdón por lo último. El hizo restitución en cuanto a lo que estaba en su poder, y dio evidencia con un alegre aspecto y cambios de conducta de ser un verdadero cristiano renacido.

En ese tiempo, el padre no entendía las diferencias entre el reavivamiento y reforma. El no sabía que necesitaba adiestrar y educar con sabiduría al muchacho en las sendas de justicia, sino que felizmente asumió que, puesto que la conversión básica había tomado lugar, el resto tomaría cuidado de sí mismo casi automáticamente.

En verdad, este fue un terrible error. La experiencia del joven fue dada por segura, mientras los padres se concentraban en los otros niños. El triste resultado fue que el muchacho creció para caminar lejos de la senda de justicia, y ahora no hace ninguna profesión de cristianismo.

No hay duda con relación a que el muchacho había experimentado un genuino reavivamiento. Lo que estaba faltando era la fase de la reforma efectiva. Así fue con José, no hay duda que él fue verdaderamente convertido. Además, una obra efectiva de educación avanzaba de día en día, pero permanecía un elemento en esa educación que lo formaba en caminos desagradables. El favoritismo de su padre hacia él motivó orgullo, suficiencia propia, y un espíritu exigente se desarrolló en él.

Si alguno halla cualquier dificultad de comprender por qué es posible que estas cosas se desarrollen en un cristiano nacido de nuevo, que el tal no descansa hasta que por la oración ferviente y estudio fiel entienda cómo esto puede ser. La vida eterna depende de eso. Nadie puede escapar de las consecuencias de estos poderes. Decidir ignorarlos simplemente porque se halla dificultad de comprenderlos, no cambia los hechos ni los efectos.

Cuando la suficiencia propia y exigencias se desarrollaron en José, estas disposiciones comenzaron a pesar más que las dulces y afables gracias, hasta que se convirtió en una persona antipática y aborrecible. Cuánto más permaneciera en el aula de clase hogareña bajo la mano indulgente de su padre, tanto peor llegarían a ser estas cosas.

Esto nos enseña que la posesión del nuevo corazón no es la garantía automática que una persona nunca pecará otra vez, que escogerá con certeza el curso correcto todas las veces, y que todo factor en su educación producirá los resultados deseados. Indica que hay muchísimo para la obra de reforma. Advierte de la necesidad del estudio de la naturaleza de las influencias que funcionan en nosotros, para que al grado que se hallen en nuestro poder, podamos eliminar las que son perjudiciales y fomentar las que son benéficas. Mientras es verdad que hay ciertas circunstancias en la vida que no podemos cambiar, exactamente como José no pudo cambiar su condición de esclavo, hay cosas que podemos controlar. La selección de compañeros, material de lectura, actividades sociales, y otras por el estilo, es nuestra decisión. Realmente, sabia es la persona que las elige desde el punto de vista de su relación de preparación exitosa para la vida eterna.

Cuando José pasó a la tierra de Egipto, pasó a otra aula de clase en la escuela de la reforma. Allí, iba a desaprender algunas de las cosas que habían sido aprendidas bajo el indulgente cuidado de su padre. El iba a construir también una fuerte resistencia moral contra las tentaciones atractivas del mundo sensual al que fue obligado a aceptar.

El entró a esa aula de clase después de hacer la más solemne dedicación al Señor "... de obrar en cualquier circunstancia como convenía a un subdito del Rey de los cielos" (*Id.*, pág. 215).

"Al llegar a Egipto, José fue vendido a Potifar, jefe de la guardia real, a cuyo servicio permaneció durante diez años. Allí estuvo expuesto a tentaciones extraordinarias. Estaba en medio de la idolatría. La adoración de dioses falsos estaba rodeada de toda la pompa de la realeza, sostenida por la riqueza y la cultura de la nación más altamente civilizada de aquel entonces. No obstante, José *conservó* su sencillez y fidelidad a Dios" (*Ibid.*).

De este modo, José vivió en esa tierra pagana donde el vicio de la clase más aventajada marcaba el camino de vida del pueblo a quien él debía servir. *Pero se negó a permitir que su mente aun pensara en tales cosas.*

"Las escenas y la seducción del vicio le circundaban por todas partes, *pero él permaneció como quien no veía ni oía.* No permitió que sus pensamientos se detuvieran en asuntos prohibidos. El deseo de ganarse el favor de los egipcios no pudo inducirle a ocultar sus principios. Si hubiera tratado de hacer esto, habría sido vencido por la tentación; pero no se avergonzó de la religión de sus padres, y no hizo ningún esfuerzo por esconder el hecho de que adoraba a Jehová" (*Id.*, págs. 215, 216).

Así que, José mantuvo firme la victoria ya ganada. La vida de Cristo en el alma es la victoria, y él había ganado eso cuando el fue nacido otra vez. En el camino a Egipto había confirmado eso en la maravillosa dedicación que había hecho para ser verdadero a su padre Dios, no importaba lo que pudiera ser el costo. Entonces, a las cosas que lo rodeaban, cerraba su vista y oídos día tras día y, de este modo, fortalecía la vida interior.

De esta manera, la escuela educadora en la fase de reforma se fundamenta y consolida la obra hecha en la experiencia del reavivamiento. Fue debido a este largo proceso de preparación que José fue capaz de rechazar resueltamente las encantadoras apelaciones de la esposa de Potifar.

El hecho más notable es que él levantó esta fortaleza mientras estuvo privado de la relación de otros creyentes, hasta donde sabemos de los registros. Es posible que él guiara a otros al Salvador y tuviera trato con ellos, pero nosotros sólo podemos asumir esto, puesto que no hay registro que lo confirme. Parece que él caminó absolutamente solo durante esos diez años de servicio a Potifar.

Que todos los que se encuentren solos en este mundo obtengan ánimo de este testimonio. Es una cosa triste cuando los jóvenes dejan el servicio de Dios con la queja de que tienen que hacer esto para hallar compañerismo. Pero esta acción hace obvio que los amigos terrenales son más importante para ellos que el tesoro celestial y vida eterna.

Cuando hay compañeros creyentes cerca, entonces es correcto reunimos con ellos en el día sábado, pero cuando esto no está disponible, que el alma mire con fe al cielo, sabiendo que Dios provee la inspiración espiritual necesaria para edificar y preservar.

José experimentó absoluta victoria porque tenía la experiencia del reavivamiento, y porque día tras día edificaba cuidadosamente sobre el fundamento ya puesto. El se negó a permitir que madera, paja o tropiezo se incorporara en la estructura del carácter. Día tras día hacía las decisiones correctas y, de este modo, el Señor era habilitado para bendecirlo y fortalecerlo poderosamente.

La vida de este noble cristiano comprueba que nosotros podemos tener también las victorias mismas si las buscamos como él lo hizo. No es un asunto de chance, sino la estricta obediencia a las leyes que determinan el éxito.

De *Aula de Clase* a *Aula de Clase*

El estudio de la vida de José revela que la victoria fue ganada mucho tiempo antes que la hora de la tentación llegara, y mantenida fielmente día tras día precisamente hasta la confrontación. De igual manera, la vida de David muestra con claridad que la victoria fue perdida mucho tiempo antes de la confrontación real por el tentador. El diablo había visto un desgaste constante, aunque aparentemente imperceptible de las sensibilidades morales del rey hasta que los fundamentos fueron debilitados, y sufrieron el colapso cuando la presión finalmente se presentó para *ejercer* presión sobre ellos.

Este desgaste de poder moral fue inevitable. Satanás tenía también planes similares para José, pero en ese caso no hubo desgaste, sólo consolidación de vigor y poder. Así también habría sido con David si hubiera sido vigilante con las sutilezas de las artimañas y astucias del diablo. Nosotros que vivimos en la era de más corrupción en la historia, necesitamos estudiar muy cuidadosamente la historia de las vidas de estos dos hombres para aprender cómo vivir semejantes a José, y evitar ser semejantes a David. Cuando esto es aprendido, extendemos hacia David nuestra simpatía antes que condenar, y sentiremos una deuda real de gratitud por la forma en la que su vida nos provee lecciones, que, si son completamente aprendidas, servirán para salvaguardarnos de fracasos similares.

Antes de venir, el Señor previó todo a lo que el rey se sometería y, como siempre, hizo toda provisión para educar a David a fin de que afrontara la tentación victoriosamente. Semejante a José, él fue tomado de aula de clase a aula de clase para aprender y desaprender lecciones en la preparación para las serias responsabilidades que estaban por delante.

Los Primeros Días

Ahora que presentamos a David, él ya es un joven sirviendo como un pastor en las colinas de Belén. Allí "El Señor había escogido a David, y le estaba preparando, en su vida solitaria con sus rebaños, para la obra que se proponía confiarle en los años venideros" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 691).

Mucho más se podría presentar a este punto acerca de la vida adecuada del campo como el aula de clase ideal para el joven. En el Espíritu de Profecía hay abundante consejo que establece el valor del campo como un medio de educación para los hijos cuando son puestos los fundamentos para sus futuras vidas en este mundo y la eternidad.

No sólo se aísla el joven de los centros del vicio, inmoralidad, y crimen para que no aprenda estas cosas por el contacto personal, sino que es salvo de esa ociosidad que es una maldición para toda persona. Muchos hombres y mujeres jóvenes que han gastado los primeros años de formación en la vida limitada y congestionada de la ciudad, han sido introducidos al vicio e inmoralidad que los ha lisiado moralmente por el resto de sus días, privándolos de alcanzar cualquier nivel útil de servicio a Dios y hombre.

La ciudad es el lugar donde todas las obras del hombre son exhibidas y desarrolladas. Las obras de Dios están ocultas. Aun el azul del cielo es oscurecido por el humo, suciedad, y el polvo que asciende a la atmósfera. El sol nunca es visto en su fuerza, mientras en la noche, todo lo que puede ser visto de las estrellas a través del humo, es borrado por las brillantes luces de las calles de la ciudad, y la intensa diversión. Es ley de la vida que por la contemplación llegamos a ser cambiados. Si los objetos de nuestra contemplación son pequeños y bajos, entonces nosotros nos reduciremos en poder mental y moral y, en consecuencia, en poder físico también. No hay nada más pequeño en el universo que el hombre pecador y sus obras pecaminosas, de modo que, el morador de la ciudad tiene por su contemplación, eso que es la causa de su reducción mental, moral y física.

En contraste, el campo es donde las maravillosas obras de Dios son expuestas. Aquí, la vista puede espaciarse sobre las llanuras, valles, montañas, y aún más allá, las glorias de los cielos. Aquí están los temas de las más grandes alturas, profundidad y aliento. Aquí ha de hallarse la pureza —en las aguas no contaminadas de las chispeantes corrientes al descender por la ladera del monte en su alegre curso hacia el mar; en el aire puro que no oscurece la visibilidad del cielo en el día, ni la gloria de los cielos en la noche.

Aquí, momento tras momento, una persona se pone en contacto con las obras de Dios, para que lo diminuto del ser humano sea visto en el más agudo contraste con las grandezas y maravillas de Dios. No son

hallados mayores medios de desarrollo y expansión del alma que estos. Todos los que se hallen bajo tal educador en esa aula de clase serán los campeones en poder físico, mental, moral y espiritual.

Cada día, la mente juvenil se confronta con nuevos desafíos, la acumulación próspera de lo cual demanda iniciativas, coraje y fe. Hay obstáculos para ser superados, montañas para ascender, corrientes para vadear, reptiles para evadir, tiempo para velar, y sendas de retorno para ser halladas. Por otra parte, existe mucha variedad de fauna en aves, insectos, animales, árboles, y flores, por cuyo medio el Señor revela la hermosura de su carácter. Esta es el aula de clase para el joven —el mejor lugar en el mundo para poner ese fundamento sobre el cual la vida puede ser edificada. Todos los que han tenido el maravilloso privilegio de crecer en áreas rurales no destruidas por la invasión de la moderna civilización, conocen por sí mismos las verdades de estas palabras.

Esta fue la clase de escuela en la que fue primeramente puesto David por Dios en la obra de prepararlo para hacer frente a los deberes y tentaciones de su vida posterior. "David, en la belleza y el vigor de su juventud, se preparaba para ocupar una elevada posición entre los más nobles de la tierra. Empleaba sus talentos, como dones preciosos de Dios, para alabar la gloria del divino Dador. Las oportunidades que tenía de entregarse a la contemplación y la meditación sirvieron para enriquecerle con aquella sabiduría y piedad que hicieron de él el amado de Dios y de los ángeles. Mientras contemplaba las perfecciones de su Creador, se revelaban a su alma concepciones más claras de Dios. Temas que antes le eran oscuros, se aclaraban para él con luz meridiana, se allanaban las dificultades, se armonizaban las perplejidades, y cada nuevo rayo de luz le arrancaba nuevos arrobamientos e himnos más dulces de devoción, para gloria de Dios y del Redentor. El amor que le inspiraba, los dolores que le oprimían, los triunfos que le acompañaban, eran temas para su pensamiento activo; y cuando contemplaba el amor de Dios en todas las providencias de su vida, el corazón le latía con adoración y gratitud más fervientes, su voz resonaba en una melodía más rica y más dulce; su arpa era arrebatada con un gozo más exaltado; y el pastorcillo procedía de fuerza en fuerza, de sabiduría en sabiduría; pues el Espíritu del Señor le acompañaba" (*Id.*, pág. 695).

Tal fue el aula de clase en la que David se hallaba durante esos importantes años de desarrollo, y esto fue lo que él ganó en ese período. Era un fundamento que perduraría a través de esta vida y la venidera.

La Siguiente Aula de Clase

Importante como fuera esta aula de clase, no era suficiente para proveer todo lo que David necesitaba como una salvaguardia contra el pecado en el futuro. Otra aula de clase era necesaria para continuar la

educación desde ese punto. El ahora fue introducido en otra aula de clase en base a una parte de tiempo, aunque el campo y vida como pastor era todavía su ocupación principal. Cuando el rey Saúl reconoció que había sido rechazado por Dios, su arranque de cólera y depresión alcanzó desesperadas proporciones. Para curar esto, fue sugerido que el dulce cantor de Israel fuera traído a la corte para ministrar la música al rey. Así que David venía y permanecía allí mientras la música era necesaria, luego regresaba a su rebaño. "Cada vez que era necesario, se le llamaba nuevamente para que sirviera al rey, y aliviara la mente del monarca perturbado hasta que el espíritu malo le abandonaba. Pero aunque Saúl expresaba su deleite por la presencia de David y por su música, el joven pastor regresaba de la casa del rey a los campos y a sus colinas de pastoreo con alivio y alegría" (*Id.*, págs. 696, 697).

Esto le suministraba un nuevo ambiente que en realidad era diferente del que conocía afuera en las colinas. Lo que él veía y escuchaba, y lo que él experimentaba, hacía una profunda impresión en su mente que, a su turno, tenía una influencia amoldadora en su vida. Le hacía darse cuenta de la clase de la vida y tentaciones a las que estaba ya expuesto. Era como si la voz del Señor le estuviera diciendo, "Esta es una ilustración de la condición donde te hallarás tú mismo algún día. Esta es una severa y aterradora ilustración del peligro de la presión de grandes tentaciones. Ahora es el tiempo de preparación para eso". David entendía el mensaje dirigido a él en esta aula de clase, y él hizo serias preparaciones.

"David crecía en favor ante Dios y los hombres. Había sido educado en los caminos del Señor, y ahora dedicó su corazón más *plenamente que nunca* a hacer la voluntad de Dios. Tenía nuevos temas en que pensar. Había estado en la corte del rey, y había visto las responsabilidades reales. Había descubierto algunas de las tentaciones que asediaban el alma de Saúl, y había penetrado en algunos de los misterios del carácter y el trato del primer rey de Israel. Había visto la gloria real ensombrecida por una nube oscura de tristeza, y sabía que en su vida privada la casa de Saúl distaba mucho de tener felicidad. Todas estas cosas provocaban inquietud en el que había sido ungido para ser rey de Israel" (*Id.*, pág. 697).

Todo el Tiempo en la Corte

"Después de la muerte de Goliat, Saúl retuvo a David consigo y rehusó permitirle que volviera a la casa de su padre" (*Id.*, pág. 703). Así que terminó para siempre la educación de David en la escuela pastoral. Ahora estaba en la corte para aprender lo que Dios podía enseñarle allí.

"La providencia de Dios había relacionado a David con Saúl. El puesto que ocupaba David en la corte le había de impartir conocimiento de los asuntos y preparar su grandeza futura. Le pondría en situación de ganarse la confianza de la nación. Las vicisitudes y las dificultades que le sucedieran a causa de la enemistad de Saúl le conducirían a sentir su dependencia de Dios y a depositar toda su confianza en él. Y la amistad de Jonatán con David provenía también de la providencia de Dios con el fin de conservar la vida al futuro soberano de Israel. En todas estas cosas, Dios desarrollaba sus bondadosos propósitos, tanto para David como para el pueblo de Israel" (*Id.*, págs. 703, 704).

En esta aula de clase, Dios usó la enemistad de Saúl como una poderosa salvaguardia para David. Toda tendencia a involucrarse en la corrupción de la vida de la corte era controlada por la continua dependencia de la protección de Dios contra la enemistad de Saúl. Estaba en una posición donde no se atrevería a retractarse, ya fuera contra Saúl o contra las tentaciones de la corte. No solamente esto daría al rey el pretexto necesario para condenarlo a muerte legalmente, sino que lo motivaría a perder la protección necesaria de Dios.

De este modo, él fue puesto en una situación donde todo lo que lo rodeaba, el lujo y el vicio de la vida de la corte buscaba corromperlo, pero donde él mismo debía disciplinarse contra todo eso. Esto estaba edificando en él un patrón de conducta que serviría como una salvaguardia contra la transgresión.

"El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Proverbios 9:10), y David rogaba a Dios continuamente que le ayudara a caminar ante él en una manera perfecta" (*Id.*, pág. 705).

Como Fugitivo

La estancia de David en la corte de Saúl fue de duración limitada. La sospecha y odio del rey hacia David forzó su grado de esta aula de clase a otra, la más difícil hasta ese tiempo. Como un hombre cazador, él se movía continuamente para evitar los planes maliciosos y asesinos del rey. La educación de este modo ganada, aunque dolorosa y desagradable, fue esencial para revelar debilidades y defectos no traídos a la luz hasta ahora. Estas cosas tenían que ser corregidas.

Hasta la huida de David por primera vez de Saúl, no hay registro de que hubiera cometido un error. Por grande que fuera la exigencia impuesta sobre él, en cada caso, su fe crecía para la ocasión, y él triunfaba. Nunca se le vio colocando confianza en la carne sino en el brazo del Omnipotente. De este modo, mató al león, al oso, y a Goliat. Así hizo la guerra con éxito en favor de Saúl.

Pero, cuando él llegó a Nob, y vio a Dog el edomita allí, vino bajo

la presión de severa tentación. Se dio cuenta de que estaba en gran peligro de perder su vida y no sabía en quien confiar. No hay nada que la carne tema tanto como la muerte, y Satanás ejerció toda la presión que pudo sobre esa carne para que se preservara a sí misma de la destrucción. Poderosamente ella apeló a la mente de David hacer algo para salvarse a sí mismo del rey homicida. A este punto, todo dependía de la acción correcta de la voluntad de David que, sucesivamente, dependía de su fe tan íntegra que podía hacer la decisión correcta debido a su confianza en que el Señor cumpliría sus promesas.

Al mismo tiempo, el Espíritu del Señor le suplicaba resistir la exigencia de la carne y entregar el cuidado de su vida en las manos de Dios. Había mucha evidencia para confirmar que Dios no lo frustraría. Primero, había la historia de sus experiencias pasadas. Nunca el Señor había delinquido en tiempo de crisis. Además, el Rey del universo lo había ungido específicamente para ser el rey. Esto era en sí una certeza de que él no podía ser destruido, porque era responsabilidad del Señor conservarlo vivo para que esta comisión pudiera ser cumplida. Cuando Dios eligió a David para ser rey, conocía perfectamente todos los peligros que amenazarían con privar al joven de esta posición. Por lo tanto, Dios no era tomado de sorpresa en ningún evento que aconteciera subsecuentemente. El sabía todo lo que iba a venir e hizo plena provisión para cada emergencia.

Si David hubiera llevado cuidadosamente estos hechos en mente, su fe habría sido inmovible en esta ocasión. El no tenía que pecar asesinando al sumo sacerdote. El era un cristiano nacido de nuevo, no un esclavo del pecado. Toda transgresión tenía que ser el resultado de su propia elección. Toda cosa dependía de la acción correcta de la voluntad, que sólo podía ser efectuado si la fe era firme. ¿Rechazaría David la tentación para salvarse a sí mismo y pondría toda su confianza en Dios, o perdería su asidero de Dios y haría algo para salvarse él mismo?

La difícil situación en la que estaba David es perfectamente ilustrada por el diagrama en el capítulo ocho. Estúdiense en conexión con este ejemplo. Véase con claridad que David tenía dos posibles cursos para seguir. La situación demandaba acción inmediata, obligándolo a decidir por un curso o el otro. Satanás no podía, ni Dios lo forzaría a seguir un camino o el otro. El único ser en el universo que podía decidir eso, era David.

Tristemente, él escogió el camino de la carne. Perdiendo de vista todas las poderosas promesas que Dios lo conservaría y lo guardaría, se halló con más confianza en su propio poder para salvarse a sí mismo que en el poder que tenía Dios para hacerlo. Cuando, en todo intento que se haga para medir el poder de Dios y su capacidad para salvar en contraste con el poder humano y su capacidad para salvar, entonces parece absurdo escoger lo último antes que lo primero. Sin

embargo, esto es precisamente lo hecho vez tras vez en la experiencia humana.

La única arma a la que David tuvo acceso fue el engaño. Le dio al sumo sacerdote una falsa razón por su presencia allí. El horrendo resultado fue el asesinato eventual del sumo sacerdote y su familia entera. Por lo menos veinticinco personas perecieron como consecuencia directa de la mentira de David.

"David había revelado nobles rasgos de carácter, y su valor moral le había ganado el favor del pueblo; pero cuando fue probado, su *fe vaciló*, y *aparecieron sus debilidades humanas*. Veía en todo hombre un espía y un traidor. En una gran emergencia, David había mirado a Dios con el ojo firme de la fe, y había vencido al gigante filisteo. Creía en Dios, y salió a la lucha en su nombre. Pero mientras se le buscaba y perseguía, la perplejidad y la aflicción casi habían ocultado de su vista a su Padre celestial" (*Id.*, pág. 712).

Antes de avanzar más en este estudio, diversos puntos necesitan ser establecidos.

El primero es que esta aparición de iniquidad no fue causada por la continua presencia en él del viejo hombre, el primogénito. Eso había sido quitado cuando él nació otra vez. Por lo tanto, no era más un esclavo de su poder, en cuya posición hubiera tenido que pecar sin hacer caso de su elección. El era ahora un hombre libre que iba a pecar únicamente si lo decidía. El problema no era la servidumbre sino las ideas equivocadas; la idea de que tenía más capacidad para salvarse que la que Dios tenía. Por lo tanto, fue durante la fase de reforma que este problema se impuso, y él fracasó. Es necesario que estos hechos sean claramente entendidos para evitar cualquier conflicto con el mensaje de reavivamiento.

Debe ser notablemente enfatizado que no había necesidad ni compulsión para David pecar. Lo que él hizo era completamente inexcusable e innecesario. En este estudio nadie desarrolle la impresión de que estamos haciendo lugar para el pecado, excusándolo, o sugestionando que de todos modos es inevitable. Nosotros estamos estudiando las *razones* por la aparición de esta cosa en la vida de David, no ofreciendo excusas por eso. La advertencia es que si las razones idénticas aparecen en nuestras vidas, entonces ciertamente pecaremos como él lo hizo.

Hasta aquí, estudio se ha dado al proceso por el cual David entró en esta derrota. Ahora viene el tiempo para considerar qué curso Dios deseó que David siguiera para remediar el daño hecho. Esto involucra una comprensión de la actitud de Dios para su siervo en este tiempo. Dios no volvió su espalda a David, como Satanás le gustaría hacernos creer, dejándolo sin esperanza y desesperación. En cambio, Dios vio esta experiencia como un adiestramiento de valor para su siervo. Con

ternura y amorosa comprensión, El se acercó a su probado y desfalleciente hijo, ofreciéndole plenitud de perdón, completa restauración, y lo instruyó señalándole las lecciones para ser ganadas del incidente.

Mientras no se debe dar estímulo para entrar en pecado para que el carácter de Dios pueda ser mejor apreciado, no obstante, el hecho permanece de que los que han tropezado como David, y luego experimentaron el poder perdonador de Dios, aprenden a conocer y apreciar su amor como no es posible de otro modo. Con qué precioso significado son leídas las palabras citadas abajo por los que han estado pasando por severas pruebas, han resbalado, y luego experimentaron la limpieza de un Dios que solamente conoce cómo amar y salvar. Lágrimas y gratitud salen de sus ojos cuando las obras de Dios son recordadas, cuando es traído a la memoria que en nuestra completa indignidad, cuando nosotros merecíamos y sentíamos que debíamos recibir el derramamiento de su ira, Dios en cambio vino trayendo salvación en sus alas.

"¡Cuán preciosa y valiosa es la dulce influencia del Espíritu de Dios cuando llega a las almas deprimidas o desesperadas, anima a los de corazón desfalleciente, fortalece a los débiles e imparte valor y ayuda a los probados siervos del Señor! ¡Qué Dios tan bondadoso el nuestro, que trata tan suavemente a los descarriados, y muestra su paciencia y ternura en la adversidad, y cuando estamos abrumados de algún gran dolor!" (*Id.*, pág. 712).

Esta es la manera de Dios porque así es el carácter divino. Esta es la forma en la cual hemos de venir a El, porque tal conocimiento será de inmensurable fortaleza, inspiración, bendición, y restauración en tiempos de presión y tentación. No hay nada más peligroso que sucumbir al engaño de Satanás que una vez caídos, tan seriamente incurrimos al desagrado y a la ira de Dios que no hay esperanza para nosotros. Dios no destruye al pecador. El es destruido por el pecado en el que cae. Por lo tanto, cuanto más rápidamente es reconocido el pecado y el pecador vuelve a Dios para la liberación de esta abrumadora carga, tanto menos tiempo y oportunidad tiene la iniquidad para ejercer su poder destructor. El hombre mordido por una serpiente venenosa no demora un instante. El busca ayuda inmediatamente. Así debe ser con todo el que comete pecado. La demora es fatal y complace al diablo grandemente.

Lo más importante, no debe ser desperdiciado el tiempo en meditar el pecado cometido. En cambio, aproveche la oportunidad para aprender del error, así llegando a ser más familiar con los engaños del enemigo, y más hábilmente equipado para afrontarlos. De esta manera, la caída misma que Satanás planeó para la ruina del alma, sirve en cambio, para fortalecer su resistencia al pecado.

Esto haría aparecer que es necesario caer en pecado para obtener la victoria eventual sobre él, pero esto no es así. Las lecciones mismas

pueden ser aprendidas por los encuentros de éxito con la tentación. En adición, las Escrituras detallan los pasos de aquellos que caen, así suministrando clara instrucción como en los casos de pecado en un cristiano. Por el completo y detallado estudio de estos registros, uno puede entrar en sus problemas como si fueran personales, por lo cual aprender lo que llevaron a cabo, y cómo evitar dar estos falsos pasos.

Por desgracia, esto no funciona de este modo tan efectivamente como debiera. El patrón más usual es que el cristiano comete sus propios errores, de este modo, siendo obligado a aprender de sus penosos errores. Entonces, cuando lee los relatos en la Biblia, es capaz de identificarse con los errantes allí, ver cómo él y ellos cometieron errores idénticos, por qué los cometieron, y cómo pueden recuperarse del problema.

Lo asombroso es que, mientras equipado con la vida de Cristo en el interior, y bendecido con las provisiones abundantes de la protección divina contra Satanás, el cristiano cae. El no necesita ni debe sucumbir a la tentación, sin embargo, el triste hecho es que con mucha frecuencia lo hace. Entender claramente la razón es un primer paso en asegurar que no hay repetición de caída.

Existe una simple razón para estos fracasos, y es la falta de fe.

"Todo fracaso *de los hijos de Dios* se debe a la falta de fe" (*Id.*, pág. 712).

Ninguno de los grandes recursos a disposición del cristiano están disponibles para él si pierde de vista el poder y habilidad de ellos. En ese momento cuando su fe en Dios vacila porque no puede ver lo que Dios puede y hace, entonces él recurrirá a confiar en su propios poderes para liberarse a sí mismo. Con certeza, cuando él se opone con su propias fuerzas al grande poder del enemigo, fracasará. En una batalla militar, resultarían consecuencias similares si el general sale solo a pelear contra el ejército entero del enemigo, en vez de conducir sus soldados a que lo hagan por él. El no tendría ninguna esperanza de ser victorioso en tal confrontación.

"Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe. Cuando las sombras rodean el alma, cuando necesitamos luz y dirección, debemos mirar hacia el cielo; hay luz más allá de las tinieblas. David no debió desconfiar un solo momento de Dios. Tenía motivos para confiar en él: era el ungido del Señor, y en medio de los peligros había sido protegido por los ángeles de Dios; se le había armado de valor para que hiciera cosas maravillosas; y si tan sólo hubiera apartado su atención de la situación angustiada en que se encontraba, y hubiera pensado en el poder y la majestad de Dios, habría estado en paz aun en medio de las sombras de muerte; habría podido repetir con toda confianza la promesa del Señor: 'Los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará' (Isaías 54:10)" (*Id.*, págs. 712, 713).

La clave para mantener la victoria sobre el pecado una vez la persona es nacida de nuevo y obtenido la victoria, es la retención y fortalecimiento de la fe. En toda crisis hay dos testimonios que urgen la atención. Uno es el de la vista y circunstancias, y el otro es el poder de Dios. Satanás está constantemente en acción para llamar la atención a las aterradoras apariencias de la situación que Dios está completamente escondido de la vista. Si Satanás puede tener éxito al hacer esto, entonces él sabe que la victoria es suya.

Por otra parte, Dios procura constantemente por mantenerle los ojos puestos en su eficiente poder e inmediata presencia, para que el problema en mano disminuya en magnitud al ser examinado a la luz de la grandeza y majestad de Dios. Si Dios tiene éxito, entonces la fe es firme y la victoria está segura. Estas son las lecciones para ser aprendidas. El fracaso es siempre nuestra falta de fe, porque Dios ha provisto más que suficiente gracia para suplir la emergencia directa.

Con todo, aunque había fracasado, David estaba aprendiendo en la forma dura.

"No obstante, lo que experimentaba servía para enseñar sabiduría a David; pues le indujo a comprender su propia debilidad, y la necesidad de depender constantemente de Dios" (*Id.*, pág. 712).

Con todo, la lección fue completamente aprendida cuando fue dada por primera vez. El triste registro es que David volvió a su propia sabiduría repetidas veces en tentaciones subsecuentes. Al poco tiempo de haber mentido al sumo sacerdote, él huyó a los filisteos y allí recurrió al engaño para salvar su vida.

"Y levantándose David aquel día, huyó de la presencia de Saúl, y vino a Achis rey de Gath. Y los siervos de Achis le dijeron: ¿No es éste David, el rey de la tierra? ¿no es éste quien cantaban en coros, diciendo: Hirió Saúl sus miles, y David sus diez miles? Y David puso en su corazón estas palabras, y tuvo gran temor de Achis rey de Gath" (*1 Samuel 21:10-12*)

Dios no lo envió como amparo de los enemigos de Israel. Esto fue su *propio* plan, reflejando una pérdida de conocimiento y fe en el poder de Dios para guiar y proteger. Al acudir a sus propias obras para salvarse a sí mismo, él fue puesto en una posición de gran peligro. Aun cuando se había puesto él mismo allí, el Señor lo habría salvado de eso si hubiera vuelto a El con confianza y paciencia. En cambio, habiendo perdido su apoyo en Dios, volvió al arma del engaño para liberarse él mismo.

"Y mudó su habla delante de ellos, y fingióse loco entre sus manos, y escribía en las portadas de las puertas, dejando correr su saliva por su barba. Y dijo Achis á sus siervos: He aquí estáis viendo un hombre demente; ¿por qué lo habéis traído á mí? ¿Fáltame á mí locos, para que hayáis traído éste que hiciese del loco delante de mí? ¿había de venir éste á mi casa?" (Versículos 13-15).

David fue extremadamente afortunado de haber escapado con vida, porque los filisteos poseían un espíritu de venganza por la humillante derrota de su campeón Goliat. El que escapara fue debido a la protección especial que el Señor le dio a pesar de su confianza en sus propias obras. Pero en todo eso, David deshonró a Dios, a su pueblo, y a sí mismo.

Aprovechando la oportunidad provista por el repudio por parte del rey, David huyó de regreso a Israel y halló refugio en la cueva de Adullam. Aquí estaba él unido con refugiados por la opresión del incrédulo Saúl, equivalente a un pequeño ejército de cuatrocientos hombres. El envió sus padres a la tierra de Moab para seguridad, pero el Señor expresamente le envió palabra para que regresara a su propio país otra vez.

"Y Gad profeta dijo á David: No te estés en esta fortaleza, pártete, y vete á tierra de Judá. Y David se partió, y vino al bosque de Hareth" (*1 Samuel 22:5*).

De ahí en adelante Saúl comenzó a perseguir a David implacablemente. El tiempo se extendía, y ningún reposo o solución era visible a los fugitivos. Esta era una deprimente y tediosa experiencia. La naturaleza humana busca el remedio rápido, y espera que Dios lo efectúe. Pero donde no es visible la evidencia de ver a Dios haciendo algo, la presión comienza a aumentar y el cristiano toma el asunto en sus propias manos para *realizar algo*. Para hacer algo cuando esta clase de experiencia viene a él, necesita saber que mientras no puede discernir la obra de Dios, esto no niega que el Padre celestial está efectuando los consejos sabios de su voluntad.

David perdió de vista esto. El tiempo que le tomó a Dios hacer cosas vino a ser muy largo para él, y porque no pudo ver ninguna evidencia de que algo se estaba haciendo, concluyó de que si continuaba permaneciendo en la tierra de Judá, Saúl lo arrestaría y terminaría toda posibilidad de su ascensión al trono.

"La conclusión de David, de que Saúl ciertamente alcanzaría su propósito homicida, se formó sin el consejo de Dios. Aun cuando Saúl estaba maquinando y procurando su destrucción, el Señor obraba para asegurarle el reino a David. El Señor lleva a cabo sus planes, aunque muchas veces para los ojos humanos parezcan velados por el misterio. Los hombres no pueden comprender las maneras de proceder de Dios; y, mirando las apariencias, interpretan las dificultades, las pruebas y las aflicciones que Dios permite que les sobrevengan, como cosas que van encaminadas contra ellos, y que sólo les causarán la ruina. Así miró David las apariencias, y pasó por alto las promesas de Dios. Dudó que jamás llegara a ocupar el trono. *Las largas pruebas habían debilitado su fe y agotado su paciencia*" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 728).

El Señor le había dado específicas instrucciones para reformar la

tierra de Judá y, él no tenía razón alguna para dejar esa tierra hasta que hubiera recibido más órdenes del Señor. Pero cuando decidió que la promesa del Señor no se cumpliría, entonces no tendría más fe en la conducción del Señor y tomó los asuntos en sus propias manos. Sin órdenes de Dios partió de Israel para hallar refugio en tierra de los filisteos.

Este era otro fracaso por su parte, la causa de lo cual fue la pérdida de fe.

"Todo fracaso de los hijos *de Dios* se debe a la falta de fe" (*Id.*, pág. 712).

De este modo David continuó a través de la escuela. Por el éxito y el fracaso el Señor lo estaba preparando para su futuro trabajo. Para David mismo, los fracasos debieron haber sido desanimadores. Se inclinaría a ver en ellos la evidencia de que Dios lo había abandonado y no podía obrar más para darle el reino. Aquí, él estaba errando. Cuando Dios lo escogió para ser rey, sabía exactamente qué poder y debilidades estaban en este joven. Con el pleno conocimiento de esto, El hizo la elección. Cuando esos problemas aparecieron, el Señor no fue tomado de sorpresa y no necesitó revisar la decisión hecha.

En cambio, con infinita paciencia y amor, Dios tomó ventaja de los errores para enseñarle a David lecciones vitales. El hizo todas las cosas posibles para preparar a David para su futuro trabajo. El previó las presiones espirituales bajo lo cual el rey obraría cuando llegara a ser el rey absoluto de Israel. Sabía que sería más difícil para David estar en la suntuosidad de una corte influyente y en una posición de gran poder, de lo que habría sido si hubiera permanecido un labriego en Belén. Por consiguiente, el trabajo de prepararlo fue muy completo.

Es para honor de Dios y para nuestra beneficio espiritual que la obra fuera muy próspera. El reino de David tenía que figurar como el más justo de todos los reinos en la historia. Habrían otros reyes importantes pero ninguno tan grande como David. El era el segundo y último para ser directamente escogido por Dios. Desde ese tiempo en adelante, la posición sería por herencia o usurpación. Durante la administración de David, Israel alcanzó una altura de gloria nunca lograda otra vez. La magnificencia de la corte de Salomón, la extensión de su dominio, y el poder de sus ejércitos eran la herencia directa de la sabiduría y gobierno de justicia de David. La separación de Salomón de los caminos de Dios inyectó un elemento de decadencia en el reino, el pleno efecto de lo cual no llegó a ser aparente hasta el momento en que la época de David hubo terminado.

Es verdad que el reinado de David fue mancillado por el asesinato de Urías el Heteo y el adulterio con Betsabé. No había excusa para esto. Pero, el hecho de que era el único mayor pecado registrado contra él durante este tiempo, es atribuido a la efectividad de la educación que

había recibido. Además, en la hora de terrible oscuridad cuando Satanás, habiéndolo guiado a la transgresión, lo reclamó como su justa presa. El conocimiento del carácter de Dios previamente edificado, sirvió para fijar su fe en el poder perdonador y restaurador de Dios. Pero por eso, o el hubiera endurecido su corazón bajo la prueba como hizo su antecesor, o habría perecido en la desesperación.

Las experiencias de David comprueban qué competente educador el Señor es. Los resultados habrían sido aún más satisfactorios si Dios hubiera obtenido la plena e inteligente cooperación del rey. El permanece con la esperanza de que la historia de David con todo produzca un pueblo que le de ese nivel deseado de cooperación. Entonces ¡qué poder espiritual sería exhibido en sus vidas! ¡Qué libertad del pecado e inmaculada justicia!

David en Filistea

"El Señor no envió a David para que buscara protección entre los filisteos, los enemigos acérrimos de Israel. Esa nación se iba a contar entre sus peores enemigos hasta el final; y sin embargo, huyó a ella en busca de ayuda cuando la necesitó. Habiendo perdido toda fe en Saúl y en los que le servían, se entregó a la merced de los enemigos de su pueblo. David era un general valeroso; había dado muestras de ser un guerrero sabio y había salido siempre victorioso en sus batallas; pero ahora estaba obrando directamente contra sus propios intereses al dirigirse a los filisteos. Dios le había designado para que levantase su estandarte en la tierra de Judá, y fue la falta de fe lo que le llevó a abandonar su puesto del deber sin un mandamiento del Señor.

"La incredulidad de David deshonoró a Dios. Los filisteos habían temido más a David que a Saúl y sus ejércitos; y al ponerse bajo la protección de los filisteos, David les reveló las debilidades de su propio pueblo. Así animó a estos implacables enemigos a oprimir a Israel. David había sido ungido para que defendiera al pueblo de Dios; y el Señor no quería que sus siervos alentaran a los impíos revelando la debilidad de su pueblo ni aparentando indiferencia hacia el bienestar de dicho pueblo. Además, sus hermanos recibieron la impresión que él se había ido con los paganos para servir a sus dioses. Su acto dio lugar a que se interpretaran mal sus móviles, y muchos se sintieron inducidos a tener prejuicio contra él. Aquello mismo que Satanás quería que hiciera, fue inducido a hacerlo; pues, al buscar refugio entre los filisteos, David causó gran alegría a los enemigos de Dios y de su pueblo. David no renunció al culto que rendía a Dios, ni dejó de dedicarse a su causa; pero sacrificó su confianza en él en favor de la seguridad personal, y así empañó el carácter recto y fiel que Dios exige que sus siervos tengan" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 728, 729).

Esta era la segunda ocasión que David buscaba refugio entre los filisteos. El fue allí porque el testimonio ocular y circunstancias dictaban

que lo debía hacer, aun cuando no había recibido orden del Señor. Habiendo llegado allí, esa evidencia misma de apariencias enfáticamente confirmó lo que él había hecho. El fue calurosamente recibido por el rey y su pueblo, quienes se alegraron que el campeón de Israel hubiera buscado asilo entre ellos. En la acción que David reveló, que fue la manifestación de debilidad y división en Israel, ellos fueron más felices. El se sintió tan seguro allí que trajo su familia para que estuviera con él, y así lo hicieron todos sus seguidores.

"El rey de los filisteos recibió cordialmente a David. Lo caluroso de esta recepción se debió en parte a que el rey le admiraba, y en parte al hecho de que halagaba su vanidad el que un hebreo buscaba su protección. David se sentía seguro contra la traición en los dominios de Achis. Llevó a su familia, a los miembros de su casa, y sus posesiones, como lo hicieron también sus hombres; y a juzgar por todas las apariencias, había ido allí para establecerse permanentemente en la tierra de los filisteos. Todo esto agradaba mucho al rey Achis, quien prometió proteger a los israelitas fugitivos" (*Ibid.*).

Esto era un placentero contraste para la banda fugitiva. Era cómodo y pacífico poder establecerse sin el peligro constante de la traición y persecución. A causa de que habían logrado cosas importantes para la carne —seguridad, comodidad, descanso, y paz— ellos se sintieron seguros de que el curso que habían escogido era el correcto. Pero esta era una evaluación equivocada de la situación. Lo que ellos habían adquirido lo obtuvieron al terrible costo para la causa de Dios de la cual dependía su bienestar presente y eterno. Ellos traicionaron las sagradas obligaciones, alentaron a los filisteos a declarar guerra contra Israel, y causaron desaliento y dudas con relación a su conquista. Mientras los resultados inmediatos parecían ser todo lo que podía ser deseado, la larga prórroga consecuente fue un detrimento para los intereses de David y sus seguidores. Dios fue chasqueado y obstaculizado, mientras que Satanás fue deleitado.

Todo cristiano que, durante el período de reforma desea vivir una verdadera vida victoriosa, debe tomar nota cuidadosa de esta experiencia de David. Cuando la presión y la turbación siguen los pasos en la lucha cristiana, el diablo viene para ofrecer un camino de escape. La vista y circunstancias declaran que no hay futuro en permanecer donde él está, mientras que, si sólo da ciertos pasos, halla descanso de la presión y pruebas. La tentación es tan atractiva y el cristiano, sin recibir clara dirección del Señor, sucumbe a la presión adoptando un curso de su propia invención. En seguida siente que el calor de la lucha disminuye, mientras los amigos en cuya compañía él entra, le dan una calurosa bienvenida y placentera hospitalidad. El mismo se halla seguro por todo esto, de que ciertamente ha escogido el camino correcto. Con qué frecuencia nosotros hemos oído y visto esto con respecto a los que han

estado en el movimiento proclamando la verdad y luego lo dejan para unirse con los enemigos de ese movimiento. Tan afectuosos y amigables son aquellos entre quienes se hallan, que se sienten seguros de que han hecho la cosa correcta.

Pero, medir tal situación desde el ángulo de la comodidad y alivio personal, es hacer una evaluación muy equivocada. La única forma correcta para examinar tal situación es desde el punto de vista de lo que se está haciendo para la causa de Dios. No importa cuán dolorosa y frustrante pueda ser nuestra experiencia, no hay razón para retirarse de ella, a menos que una orden de Dios lo autorice.

Es importante notar que mientras David, por la pérdida de fe, volvió a sus propias obras, no se desvió del servicio y adoración de Jehová. El era todavía un hijo de Dios, y el Señor lo reconocía como tal.

Algunos hallan dificultad en entender esto, debido a que piensan en términos de absolutismo. O una persona está absolutamente en el servicio de Dios, o ella no lo está. Con ellos es una cosa o la otra. Hallan difícil de aceptar el hecho de que un individuo que es hijo de Dios puede rendir un servicio a Satanás. La vida de David comprueba que esto ciertamente puede ser hecho. El servicio a Satanás es realmente servir a los intereses de uno de lo cual el diablo hace gran ganancia. El cristiano así implicado no es un siervo directo o esclavo del diablo. El hace algo que, mientras está calculado para descansar de sus propios problemas, provee a Satanás ayuda y ventaja considerables.

La cosa similar funciona también de otro modo, porque los esclavos de Satanás, privados de todo respeto y amor por Dios, han hecho cosas de interés propio que han ayudado grandemente la obra de Dios. Por ejemplo, fue una ambición del emperador Carlos someter la reforma en Europa, pero sus planes fueron frustrados por diversas actividades por parte de los siervos de Satanás. Una de estas fue la presión ejercida por los turcos que invadieron a Europa por el oriente, penetrando hasta Viena. Otra fue el altercado que se desarrolló entre el emperador y el papa, terminando en un ataque del emperador sobre el papa en una fase. Pero a no ser por estas desviaciones, la reforma en Europa se habría hallado contraria a las fuerzas militares más allá de su capacidad. Ni los turcos ni el emperador estaban en el servicio de Dios pero, por su búsqueda de sus propósitos egoístas, ellos frustraron los objetivos de Satanás y ayudaron grandemente la obra de Dios. Como tal, esto no los hizo siervos de Dios, así como David no fue convertido en siervo de Satanás.

Habiéndose colocado a sí mismo en la tierra de los filisteos, David resolvió permanecer separado del culto de los ídolos. Por consiguiente, él solicitó domicilio lejos de la capital y la corte.

"Al pedir David una residencia en el campo, lejos de la ciudad real, el rey le otorgó generosamente Siclag como posesión. David se percató

ba de que estar bajo la influencia de los ídólatras sería peligroso para él y sus hombres. En una ciudad enteramente separada para su propio uso, podrían adorar a Dios con más libertad que si permanecieran en Gath, donde los ritos paganos no podían menos de resultar en una fuente de iniquidad y molestia" (*Ibid.*).

Este era un traslado sabio digno de emulación por todos, aun por los que están en una posición donde se han puesto a sí mismos por sus propias obras. Entonces, al menos Dios tiene la oportunidad de educarlos y liberarlos de tal lugar.

David, por supuesto, una vez se puso en el sitio equivocado, se dio cuenta de que tenía que recurrir a sus propias obras para mantener su seguridad. Nuevamente volvió a usar el engaño para lograr esto. La mayoría observa la relación amorosa con Betsabé como siendo una mancha en el registro de su vida, pero esto sucedió una sola vez, mientras que su apelación al engaño continuó un largo período de tiempo. Mientras vivía en Siclag, salía frecuentemente para atacar a los amalecitas, a los gesureos, y a los gerzeos. El fue cuidadoso al no dejar ninguno vivo para que lo reportara, y en su regreso le decía a Achis que había estado peleando contra los israelitas. Esta era una mentira agresiva que continuó repitiéndose mientras permaneció en Filistea. Tal engaño sirvió para confirmar la confianza de Achis en él. El rey pensaba que David no regresaría a Israel y, por lo tanto, estaría sujeto a permanecer para siempre en Filistea. Mientras dependiera del rey por un lugar para habitar, Achis estaría seguro de que contaría con él para ser un poderoso y fiel aliado en todo tiempo de crisis.

Mientras el plan de engaño servía para garantizar inmunidad de la ira de Achis, eventualmente tuvo que traer a David a una crisis de proporciones insolubles en cuanto concierne a la sabiduría humana, porque, mientras David había recurrido a sus propias obras y estaba mintiendo para sostenerse en esa posición, reconocía todavía a Israel como siendo el pueblo escogido de Dios, y bajo ninguna circunstancia, iría a pelear contra ellos.

Hay una terrible tendencia por todo cristiano a entrar en el dilema mismo en el que estuvo David. La tendencia a recurrir a nuestras propias obras ha comprobado ser el más grande riesgo afrontado por la iglesia en toda generación. Se puede decir con seguridad que en este peligro se ha fundado todo movimiento.

Entonces la pregunta es: ¿Habiéndonos colocado nosotros mismo en una posición donde Dios nunca planeó que debiéramos estar, qué debe ser hecho para corregir el error? ¿Qué debió haber hecho David cuando se halló cometiendo pecado para sustentar el fruto de sus propias obras?

Una vez se determina que los pies han sido colocados en la senda equivocada, la tendencia natural es dar pasos para salir de ella otra vez.

Esto sólo complica más el problema, porque el medio mismo es usado para liberarnos del problema como para encerrarnos en él. Únicamente Dios tiene la sabiduría para conocer dónde cada uno debe estar y lo que cada uno debe hacer. Por lo tanto, el único proceder correcto es confesar el pecado de recurrir a nuestras propias obras, reconocer que nos hemos colocado donde el Señor nunca propuso que estuviéramos, entregar todo el problema en sus manos, y luego movernos solamente cuando El nos de la orden. Si David hubiera hecho esto, habría sido salvado de la situación que se estaba desarrollando alrededor de él. En cambio, continuó para mantener el engaño del cual dependía para la seguridad.

Aunque es angustioso ver que, cuando la crisis finalmente vino sobre él, no movió un dedo para salvarse a sí mismo del dilema, sino que con optimismo esperó que el Señor lo hiciera por él. Esta historia es una de las más maravillosas revelaciones del carácter de Dios que yo conozco. Ella ha sido motivo de gran ayuda y valor para mí, guiándome a colocar problemas en las manos de Dios con una confianza que ha traído las soluciones más completas y satisfactorias.

La crisis vino sobre David cuando los filisteos se levantaron para pelear contra Israel.

"Y aconteció que en aquellos días los Filisteos juntaron sus campos para pelear contra Israel. Y dijo Achis á David: Sabe de cierto que has de salir conmigo á campaña, tú y los tuyos" (*1 Samuel* 28:1).

"David no tenía intención de alzar su mano contra su pueblo; pero no estaba seguro de la conducta que debía seguir; hasta que las circunstancias le indicaran su deber. Contestó al rey evasivamente, y le dijo: 'Sabrás pues lo que hará tu siervo'. Achis interpretó estas palabras como una promesa de ayuda en la guerra que se aproximaba, y prometió otorgarle a David grandes honores, y darle un elevado cargo en la corte filistea.

"Pero aunque la fe de David había vacilado un tanto acerca de las promesas de Dios, aun recordaba que Samuel le había ungido como rey de Israel. No olvidaba las victorias que Dios le había dado sobre sus enemigos en el pasado. Consideró en una mirada retrospectiva la gran misericordia de Dios al preservarle de la mano de Saúl, y decidió no traicionar el cometido sagrado. Aunque el rey de Israel había procurado matarle, decidió no unir sus fuerzas a las de los enemigos de su pueblo" (*Id.*, pág. 730).

Entre el tiempo desde cuando David huyó de la presencia de Saúl hasta este momento, en horas de gran tentación, David se había apoyado en brazo de carne vez tras vez antes que en el gran poder de Dios. El resultado fue que recurrió al engaño para efectuar su salvación. Pero en esta ocasión él hizo exactamente la cosa correcta. Estudio cuidadoso debe ser dado a esta historia para notar bien el curso que David siguió

y su bendito resultado. Lo que él hizo, le aseguró completa victoria. Los que imitan cuidadosamente el proceder, asimismo experimentan preciosas y plenas victorias en sus vidas.

El no hizo esfuerzo por idear una salida del dilema. Antes, enfocó su atención en las maravillosas manifestaciones del poder de Dios como lo había testificado en el pasado. Recordó que había sido llamado para gobernar a Israel. El evocó las maravillosas victorias sobre el oso, el león, y Goliat. Meditó en las ocasiones cuando vez tras vez fue protegido de la malicia de Saúl. Cuando hizo esta consideración de Dios con su sabiduría, majestad, amor y poder, lo fortaleció con una fe viva y correspondiente que lo capacitó para dejar el asunto entero en las manos de Dios. Lo más alentador es que él conocía suficiente bien a Dios para saber que, aun cuando él mismo había caído en la trampa y merecía ser dejado a la ira de sus enemigos, el Señor obraría por él de una manera asombrosa. Sabía que Dios no se manifestaría a él en forma vengativa. Aparentemente entendía que el Señor no es un destructor o uno que condena al caído, sino es un maravilloso Salvador, Restaurador y Libertador.

Habiendo abandonado sus propias obras, David sosegadamente descendió al frente de la batalla. El asunto de su salvación al ser plenamente rendido a Dios, no fue más su preocupación. Dios, no él, era el Salvador.

Dios envió sus ángeles para impresionar a los jefes filisteos para protestar la presencia de David entre ellos, hasta que, en su gran inquietud, presionaron al rey para que enviara otra vez al guerrero y su gente a su hogar. Aunque el rey estaba poco dispuesto a hacer esto debido a su gran confianza en David, consideró que no tenía opción más que acceder a las demandas de sus jefes.

"David y sus hombres no habían tomado parte en la batalla entre Saúl y los filisteos, a pesar de que habían acompañado a los filisteos al campo de batalla. Mientras los dos ejércitos se preparaban para el combate, el hijo de Isaí se encontró en una situación de suma perplejidad. Se esperaba que lidiara en favor de los filisteos. Si durante la lucha abandonaba el puesto que se le asignara, y se retiraba del campo, no sólo se haría tachar de cobarde, sino también de ingrato y traidor a Achis, que le había protegido y había confiado en él. Una acción tal cubriría su nombre de infamia, y le expondría a la ira de enemigos mucho más temibles que Saúl. No obstante, no podía consentir en luchar contra Israel. Si lo hiciera sería traidor a su país, enemigo de Dios y de su pueblo. Perdería para siempre el derecho de subir al trono de Israel; y si mataban a Saúl en la batalla, se acusaría a David de haber causado esa muerte.

"Se le hizo entender a David que había errado el camino. Hubiera sido mucho mejor para él hallar refugio en las poderosas fortalezas de

las montañas de Dios que entre los enemigos declarados de Jehová y de su pueblo. Pero el Señor, en su gran misericordia, no castigó este error de su siervo ni le dejó solo en su angustia y perplejidad; pues aunque David, al perder su confianza en el poder divino, había vacilado y se había desviado del sendero de la integridad estricta, seguía teniendo en su corazón el propósito de ser fiel a Dios. Mientras que Satanás y su hueste estaban activos y ayudaban a los adversarios de Dios y de Israel a hacer planes contra un rey que había abandonado a Dios, los ángeles del Señor obraban para librar a David del peligro en que había caído. Los mensajeros celestiales movieron a los príncipes filisteos a que protestaran contra la presencia de David y de su fuerza junto al ejército en el conflicto que se avecinaba.

"¿Qué hacen aquí estos Hebreos?" gritaron los señores filisteos, agolpándose en derredor de Achis. (Véase 1 Samuel 29:30). Este, no queriendo separarse de tan importante aliado, contestó: '¿No es éste David, el siervo de Saúl rey de Israel, que ha estado conmigo algunos días o algunos años, y no he hallado cosa en él desde el día que se pasó a mí hasta hoy?'

"Pero los príncipes insistieron airadamente en su exigencia: 'Envía a este hombre, que se vuelva al lugar que le señalaste, y no venga con nosotros a la batalla, no sea que en la batalla se nos vuelva enemigo: porque ¿con qué cosa volvería mejor a la gracia de su señor que con las cabezas de estos hombres? ¿No es este David de quien cantaban en los corros, diciendo: Saúl hirió sus miles, y David sus diez miles?' Aun recordaban los señores filisteos la muerte de su famoso campeón y el triunfo de Israel en aquella ocasión. No creían que David peleara contra su propio pueblo; y si en el ardor de la batalla, se ponía de su parte, podría infligir a los filisteos mayores daños que todo el ejército de Saúl.

"Achis se vio así obligado a ceder, y llamando a David, le dijo: 'Vive Jehová, que tú has sido recto, y que me ha parecido bien tu salida y entrada en el campo conmigo, y que ninguna cosa mala he hallado en ti desde el día que viniste a mí hasta hoy: mas en los ojos de los príncipes no agradas. Vuélvete pues, y vete en paz; y no hagas lo malo en los ojos de los príncipes de los Filisteos'.

"David, temiendo traicionar sus verdaderos sentimientos, contestó: '¿Qué he hecho? ¿qué has hallado en tu siervo desde el día que estoy contigo hasta hoy, para que yo no vaya y pelee contra los enemigos de mi señor el rey?'

"La contestación de Achis debió causar al corazón de David un estremecimiento de vergüenza y remordimiento al recordarle cuán indignos de un siervo de Jehová eran los engaños hasta los cuales se había rebajado: 'Yo sé que tú eres bueno en mis ojos, como un ángel de Dios —le dijo Achis; — mas los príncipes de los Filisteos han dicho: No ven-

ga con nosotros a la batalla. Levántate pues de mañana, tú y los siervos de tu señor que han venido contigo; y levantándoos de mañana, luego al amanecer partíos'. Así quedó rota la trampa en que David se había enredado, y él se vio libre" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 746-748).

Como sucede con frecuencia, David fue inmediatamente probado otra vez. El caso frecuente es que una persona pasa triunfantemente la primera prueba, plenamente fracasa en la segunda, pero esto no fue así con David.

Cuando él y su ejército regresaron a Siclag, se enteró que había sido atacada por los amalecitas durante su ausencia, saqueada totalmente, y arrasada, mientras que sus esposas y sus hijos habían sido llevados.

"Después de un viaje de tres días, David y su compañía de seiscientos hombres llegaron a Siclag, su hogar filisteo. Pero sus ojos encontraron una escena de desolación. Los amalecitas, aprovechando la ausencia de David y su fuerza, se habían vengado de sus incursiones en la tierra de ellos. Habían sorprendido la pequeña ciudad mientras estaba indefensa, y después de saquearla y quemarla, habían partido, llevándose a todas las mujeres y los niños como cautivos, con mucho botín.

"Mudos de horror y de asombro, David y sus hombres se quedaron un momento mirando en silencio las ruinas negras y humeantes. Luego se apoderó de ellos un sentido de terrible desolación, y aquellos guerreros con cicatrices de antiguas batallas, 'alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar'" (*Ibid.*).

La terrible situación en la que David ahora se hallaba nunca se habría desarrollado si no hubiera recurrido a sus propias obras para establecer su seguridad. Dios le había dado instrucciones por medio del profeta Gad y a través de los principios establecidos en su Palabra, para que permaneciera en la tierra de Judá. Pero esto habría significado persecución constante, incertidumbre interminable, y la amenaza permanente de muerte. Para descargarse de esto se había ido a Filistea donde suponía que no tendría más preocupaciones acerca de seguridad. El había de aprender que no estaría más seguro en esta tierra que en Israel. Por supuesto, la diferencia era, que si él hubiera permanecido en Israel donde el Señor lo había puesto, entonces el Señor, no él, habría sido responsable de la seguridad de él y de su gente. Dios habría hecho su trabajo tan eficientemente que ni un cabello de sus cabezas habría sido dañado. Si hay una lección que los hijos de Dios deben aprender es que no hay seguridad o prosperidad en nuestras propias invenciones. Seguridad y progreso sólo han de ser hallados cuando nosotros estamos exactamente donde el Señor nos ha colocado.

"Con esto David era castigado nuevamente por la falta de fe que le había llevado a colocarse entre las filas de los filisteos. Tenía ahora oportunidad de ver cuánta seguridad había entre los enemigos de Dios y de su pueblo. Los seguidores de David se volvieron contra él y le acusa-

ron de ser la causa de sus calamidades. Había provocado la venganza de los amalecitas al atacarlos; y sin embargo, confiando demasiado en su seguridad entre sus enemigos, había dejado la ciudad sin resguardo alguno. Enloquecidos de dolor y de ira, sus soldados estaban ahora dispuestos a tomar cualquier medida desesperada, y hasta llegaron a amenazar con apedrear a su jefe" (*Ibid.*).

Una vez más la presión avanzó pesadamente hacia David. La situación exigía que algo fuera hecho, especialmente cuando fue confrontado con sus propios hombres que se convirtieron en enemigos. La amenaza para él fue más inmediata de lo que había sido antes, la tentación hacía que su propia sabiduría e invenciones fueran más grandes de lo que las conocía. No obstante, visto que él previamente había fracasado muchas veces, en esta ocasión dio exactamente los pasos correctos. Tan ciertamente como lo hizo, la liberación fue realizada.

Comparación cuidadosa de las acciones de David aquí con las adoptadas cuando marchó involuntariamente con los filisteos hacia la guerra con Israel, muestra que él siguió los procedimientos idénticos en cada caso. El curso adoptado estaba en armonía perfecta con los principios de Dios obrar con el hombre. Esto era una evidencia de que él era correcto. Los resultados que siguieron era todo lo que podía ser deseado. Este era el segundo testimonio. Estos dos testimonios confirman que esta es la fórmula para hacer frente a esta clase de tentación. Sería bueno aconsejar estudiar esta fórmula hasta que sea completamente entendida.

El factor crítico en esta clase de tentación es la posesión de fe viviente. Si una persona es nacida de nuevo, entonces tiene a su disposición todo el poder necesario para vencer la tentación, pero ese poder no vendrá en su ayuda, a menos que por la fe ferviente, él se apoye y confíe para hacer la obra. Por lo tanto, cuando las presiones oculares y circunstancias hagan ver que el enemigo es aterrador, y Dios aparentemente lejos, es de mayor importancia que los ojos sean apartados de esta evidencia y puestos en las promesas de Dios. Especialmente deben ser cuidadosamente revisadas las maravillosas experiencias del pasado, las de uno como las de los grandes hombres de Dios. Como esto sea hecho, la fe y la confianza emanarán del corazón, el gran poder de Dios viene al rescate, y el Señor resolverá los problemas de la manera más prodigiosa. Note cómo David hizo esto:

"David parecía privado de todo apoyo humano. Había perdido todo lo que apreciaba en la tierra. Saúl le había expulsado de su país; los filisteos le habían echado de su campamento; los amalecitas habían saqueado su ciudad; sus esposas e hijos habían sido hechos prisioneros; y sus propios amigos y familiares se habían unido contra él y hasta le amenazaban con la muerte. En esta hora de suma gravedad, David, en lugar de permitir que su mente se espaciara en esas circunstancias

dolorosas, imploró vehementemente la ayuda de Dios. 'Se esforzó en Jehová su Dios'. Repasó su vida agitada por tantos acontecimientos. ¿En qué circunstancias le había abandonado el Señor? Su alma se refrigeró recordando las muchas evidencias del favor de Dios. Los hombres de David, por su descontento y su impaciencia, hacían doblemente penosa su aflicción; mas el hombre de Dios, teniendo aun mayores motivos para acongojarse, se portó con valor. 'En el día que temo, yo en tí confío' (Salmos 56: 3), fue lo que expresó su corazón. Aunque no acertaba a discernir una salida de esta dificultad, Dios podía verla, y le enseñaría lo que debía hacer" (*Id.*, págs. 748, 749).

El elegido rey no hizo absolutamente planes para sí mismo. El esperó ver qué planes el Señor tenía, y luego los siguió al pie de la letra. El resultado fue todo lo que había deseado. Ellos no solamente recuperaron cada una de sus esposas e hijos y adquirieron muchísimo despojo, sino que casi aniquilaron los amalecitas.

Las lecciones son claras y de gran valor. Ninguno de los hijos de Dios necesita pecar. Todo depende de la fe porque "Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe" (*Id.*, pág. 712).

Las experiencias de David muestran claramente cómo y por qué los cristianos han caído bajo la tentación. Esto no es evidencia de que tuviera que ser así, porque no era necesario que ellos cayeran. Las provisiones han sido provistas para la victoria total, y para que la caída deba ser solamente falta de ellos.

"No hay disculpa para el pecado. Un temperamento santo, una vida semejante a la de Cristo, es accesible para todo hijo de Dios arrepentido y creyente" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 274).

Culpa *Compartida*

El pecado de David mejor conocido es el adulterio con Betsabé y el asesinato de su esposo. Fue en realidad un terrible crimen, pero echar la culpa sólo sobre él, como la mayoría tiende a hacerlo, demuestra una falta de comprensión de la función que otros desempeñaron para traerlo al lugar donde pudo pecar tan inicuaente.

El hecho de que otros deban compartir su culpa no excusa al rey. En verdad, él era censurable. En el gran día del juicio él no podrá tener excusa por lo que hizo. Pero, en ese día de cuentas, el pueblo de Israel tendrá sus ojos abiertos para ver en dónde su conducta impuso sobre David una presión que nunca se le había requerido soportar. El pueblo fue cómplice del crimen y profundamente implicado en el hecho.

Sin embargo, cuando él cometió el pecado, llegó a ser conocido en toda la nación, y el pueblo tuvo la tendencia a perder la confianza en él. Su autoridad fue debilitada, y la puerta fue abierta a la desmoralización de la nación. A causa de que ellos no habían cometido abiertamente el pecado idéntico, y porque no está en la naturaleza del hombre examinar y ver en dónde es contribuidor al pecado de otro, ellos miraron a David como pecador y ellos se consideraron justos. Mucho mejor habría sido a todo interesado si el pueblo hubiera estado preparado para ver que lo que David hizo era la manifestación natural de su propio curso malo de pedir rey semejante a las naciones alrededor de ellos. El pueblo estaba recibiendo exactamente lo que había pedido. Fueron amonestados que si ellos pedían rey semejante a las naciones circundantes, serias consecuencias vendrían. Ellos debieron haber reconocido que estas palabras se iban a cumplir y no condenar al rey de lo que *ellos* eran básicamente responsables.

Desde entonces, los seres humanos no han cambiado. Las cortes modernas de leyes consideran casos en el que la única persona que es juzgada es la que abiertamente cometió el crimen. Ellos no reflexionan sobre el hecho de que la gente misma que juzga a la persona

representa la sociedad que hizo lo que ella es. Debido a que ellos abiertamente no cometieron el crimen, se consideran a sí mismos como justos, mientras que juzgan al individuo como siendo un criminal.

La sociedad moderna sustenta a sus miembros desde muy temprano con impresionantes períodos de escenas de violencia, crimen, intemperancia y sensualidad. Libros cómicos, novelas, televisión y películas son el medio por lo cual esto es provisto. Todo esto forma naturalmente sus caracteres en el patrón similar y estimula el deseo en ellos de imitar lo que ven. Cuando los resultados se desarrollan en el acto criminal, entonces la sociedad que suministró el material para hacer a sus miembros lo que ellos son, los condenan por eso. El hombre es enviado a la prisión o muerte, mientras ellos, que son más culpables que él, permanecen libres para continuar su trabajo mortal.

Nosotros, que somos hijos de Dios, debemos reflexionar en esta lección seriamente. Cuando un hermano o hermana cae en un grave pecado, resístase la disposición para echar toda la culpa sobre él. Examínese muy cuidadosamente nuestra propia actitud y conducta para ver dónde, por nuestra influencia y nuestra negligencia, hemos sido responsables de lanzar a esa persona al abismo. Esto sólo puede ser hecho con éxito si incluimos la ayuda de Dios para que muestre lo que somos. Cuando veamos dónde fuimos responsables de los pecados de esa persona, vayamos a ella y confesemos la parte que hemos desempeñado, y por eso, por el testimonio de nuestro propio ejemplo, la admisión de nosotros estar implicados y por invitación verbal, animemos a la persona para que confiese y venga con nosotros al Señor. ¡Qué poder sanador habría en la iglesia si esta práctica fuera seguida con verdadera sinceridad y claro entendimiento!. ¡Qué poder habría producido al antiguo Israel si ellos hubieran seguido también este curso!

La caída de David debió haber sido una bendición para Israel. En todo el reinado de Saúl, suficiente presión se impuso sobre ellos y suficiente iniquidad se exhibió en la vida del rey para persuadirlos de que habían cometido un terrible error en pedir rey. Pero, ellos podían esperar que un rey de mejor carácter tal como David, estaría por encima de tales debilidades. Cuando este hombre con corazón semejante al de Dios pecó, debieron haber dicho, "¡es suficiente! Vamos donde el rey, confesémosle la terrible equivocación que hicimos al pedir rey semejante a las naciones que nos rodean, e invitémosle con nosotros a recordar nuestros pasos al devolver el reino a Dios a quien únicamente pertenece".

Cuando originalmente pidieron rey semejante a las naciones alrededor de ellos, no comprendieron totalmente lo que estaban pidiendo. Debido a sus buenas intenciones, habían esperado conseguir un rey que representara las mejores cualidades de los reyes a su alrededor, y rehuir los peores. Pero ahora estaban aprendiendo que no es posible

tener una cosa sin la otra. Estaban descubriendo, si sólo lo admitían, que estaban en realidad teniendo reyes semejante a las naciones que los rodeaban.

¿Cómo eran esos reyes? ¿Eran ellos hombres de honor e integridad? ¿Eran ellos sólidamente morales? ¿Respetaban ellos los derechos y propiedad de otros?

¡Ellos en nada eran semejante a eso! Ellos eran inmorales, adúlteros y homicidas. Si veían a una mujer la codiciaban y la arrebatan. Si el esposo y la familia se oponían, perdían sus vidas. Lo que era ley para el pueblo era desenfreno para el rey. El no se sujetaba a nadie, y hacía lo que le gustaba mientras permanecía en el poder absoluto.

Los israelitas ciertamente no previeron que sus reyes llegaran a ser completamente semejante a los reyes en su derredor y que arrebatarían a sus esposas. Ellos deseaban un rey justo, pero se comprometieron a tener reyes injustos por la naturaleza misma de la exigencia en sí — *semejante* a los reyes de las naciones que nos rodean.

Aun cuando ellos pidieron tal rey, el Señor requirió justicia de él y educó a David para ser un rey justo. No era voluntad o plan de Dios que él debiera ser diferente. Pero ciertas cosas atadas al reinado se desmoralizan a causa de sus naturalezas mismas. Existe la pompa que tiende al orgullo y a la arrogancia. Precisamente como la influencia de un padre con exceso de tolerancia fue tan perjudicial al carácter de José, desarrollando en él suficiencia propia y un espíritu apasionante, así la vida de suntuosidad en la corte y la posesión de poder absoluto tuvieron sus efectos sobre David.

La última aula de clase a la que fue llevado David y de la que sólo la muerte, el arrepentimiento total del pueblo, o la abdicación deliberada de sus responsabilidades divinamente señaladas podía librarlo, fue una que el Señor nunca propuso para ningún hombre. Fue establecida contra la voluntad de Dios por demanda del pueblo. Dios la permitió, porque no los forzaría a seguirlo. Al mismo tiempo, El no los abandonaría. El trabajaría con ellos mientras lo aceptaran con la esperanza de que eventualmente llegaran a ver dónde ellos habían escogido desastre en lugar de vida.

En ese tiempo atrás cuando David fue escogido para la posición de rey, el Señor sabía que *debía* educar anticipadamente bien a David para que, cuando entrara a la última clase, estuviera fortalecido para vivir por encima de sus influencias. Que David sólo cayera una vez, es un maravilloso tributo por la totalidad con que el Señor obró con la naturaleza humana débil, frágil y pecadora.

Así como José fue librado de esa aula de clase donde estaba desarrollando características equivocadas, David, en el pináculo de su vida, fue entregado a esa situación con todas sus influencias corrosivas por el resto de sus días. Esto no significa que él no permitiera que el

desgaste tomara lugar. Una de las más grandes lecciones que necesitamos aprender del reinado de David es que uno puede ser consciente de estas influencias, y puede dar pasos definitivos para evitar sus efectos en la vida.

Puede ser argumentado que José fue también un gobernante en Egipto donde estaba diariamente rodeado por la forma del vicio y corrupción. Hubo una gran diferencia aunque, entre su posición y la de David —José era solamente el segundo en el reino, mientras que David era el monarca absoluto.

Peligros del Poder

Considérese los peligros de estar en posición de poder absoluto tal como la de David cuando gobernó lo que era la nación más poderosa sobre la tierra. Llévase en mente que Dios nunca planeó que tal exaltación existiera. Su plan era que hubiera un humilde profeta actuando solamente como su portavoz. Tal hombre no tendría poder absoluto sobre el pueblo sino sería solamente el portavoz de Dios. El no tendría el comando de poderosos ejércitos, ni se sentaría sobre el reluciente trono, y no presidiría una corte pomposa. Por lo tanto, no estaría sujeto a las influencias corruptoras que todo eso produce. David estaba sobre un terreno que el Señor reconocía como muy perjudicial para mantener una vida de victoria sobre el pecado. Consideren los que acusan a David con liviandad, cómo ellos hubieran soportado las influencias sutiles de tal situación.

En *Patriarcas y Profetas*, pág. 775, un examen es hecho de las influencias que socavaron la fortaleza de David. Primero, está escrito que ". . . según todas las lecciones de la historia bíblica, es peligroso alabar o ensalzar a los hombres; pues si uno llega a perder de vista su total dependencia de Dios, y a confiar en su propia fortaleza, *caerá seguramente*".

Al pedir rey, el pueblo colocó a David en una posición de gran peligro. Esto era algo que David no había deseado ni buscado. A causa de que el pueblo lo pedía, el Señor escogió el mejor hombre disponible para la posición. Al hacerlo, manifestó el carácter de un libertador que buscaba salvarlos de las peores consecuencias de su elección. Era privilegio de David participar en esta obra de amor y sacrificio. Si él hubiera rechazado, entonces habría perdido la vida eterna al negar el principio básico del Evangelio —servicio a otros, no importa lo que sea el costo o el riesgo para uno mismo.

Exactamente como el Salvador descendió para salvar la humanidad aun cuando arriesgara su propia vida eterna, así David, con el llamado de Dios, había de ir hasta la última y mortal aula de clase donde estuvo sujeto a toda presión designada por Satanás para destruir todo lo que

el Señor previamente había construido. En el jardín del Edén, Adán y Eva, al escoger su propio camino, crearon una urgente situación que necesitó que Cristo arriesgara todo. De igual manera, la demanda del pueblo de un rey, que era también su propia elección, crearon una emergencia necesitando que David arriesgara todo por amor a los pecadores. Su posibilidad de vida eterna habría sido mucho más grande si hubiera permanecido como pastor toda su vida. Es alentador ver que el Señor lo llevó seguro hasta el final, a pesar de los problemas experimentados en todo el camino.

La Falta Fue del Pueblo

Cuando se investiga cómo el pueblo fue culpable en el pecado cometido con Betsabé, no hay un traslado de culpa de David al pueblo, sino un reconocimiento del hecho de que eso tiene que ser compartido. David no puede ser disculpado más de lo que puede ser aislado. El podía haber resistido las influencias presentes en la posición en la cual ellos lo habían puesto. El pueblo es culpable por llevarlo a ese lugar. David es culpable por no reconocer y resistir las influencias perjudiciales de su ambiente. David no fue la víctima impotente de las circunstancias. Ninguno que es un cristiano lo puede ser, porque existe todo poder y provisión de Dios para vencer el efecto de todas las circunstancias.

"El hombre lucha con enemigos que son más fuertes que él. 'No tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires' (Efesios 6:12). Es imposible que nosotros, con nuestra propia fortaleza, sostengamos el conflicto; y todo lo que aleje a nuestra mente de Dios, todo lo que induzca al ensalzamiento o a la dependencia de sí, *prepara seguramente* nuestra caída. El tenor de la Biblia está destinado a inculcarnos desconfianza en el poder humano y a fomentar nuestra confianza en el poder divino" (*Ibid.*).

Esta es una declaración de verdad, el pleno impacto de la cual debe ser entendido por todo cristiano. Aquí está la clara afirmación de que es imposible para *nosotros* sostener el conflicto. Por lo tanto, todo lo que desvíe la mente de Dios y la induzca a la exaltación y a la dependencia propia, prepara el camino para la caída. Es un proceso tan constante, tan sutil e insidioso, que a menos que esté constantemente alerta, nadie se da cuenta de lo que está pasando sino hasta cuando es demasiado tarde. Así fue con David.

"El espíritu de confianza y ensalzamiento de sí fue el que preparó la caída de David. La adulación y las sutiles seducciones del poder y del lujo, no dejaron de tener su efecto sobre él. También las relaciones

con las naciones vecinas ejercieron en él una influencia maléfica. Según las costumbres que prevalecían entre los soberanos orientales de aquel entonces, los crímenes que no se toleraban en los subditos quedaban impunes cuando se trataba del rey; el monarca no estaba obligado a ejercer el mismo dominio de sí que el subdito. Todo esto tendía a aminorar en David el sentido de la perversidad excesiva del pecado. Y en vez de confiar humilde en el poder de Dios, comenzó a confiar en su propia fuerza y sabiduría.

"Tan pronto como Satanás pueda separar el alma de Dios, la única fuente de fortaleza, procurará despertar los deseos impíos de la naturaleza carnal del hombre. La obra del enemigo no es abrupta; al principio no es repentina ni sorpresiva; consiste en minar secretamente las fortalezas de los principios. Comienza en cosas aparentemente pequeñas: La negligencia en cuanto a ser fiel a Dios y a depender de él por completo, la tendencia a seguir las costumbres y prácticas del mundo" (*Id.*, págs. 775, 776).

A causa de que el pueblo pidió rey semejante a las naciones que lo rodeaba, puso a un hombre en una situación de tal lujo y comodidad que lo expuso a influencias que conducían a la destrucción de su experiencia cristiana. Es imposible para un hombre estar en tal posición sin ser afectado, a menos que se den pasos incansables para contrarrestarlas. Esto fue lo que guió a David a perder de vista a Dios y a confiar más y más en él mismo. Satanás actuaba arduamente para ver que David perdería su estrecha dependencia del Señor. Fue en esto primeramente que Satanás se concentró, sin preocuparse todavía en guiar a David al abierto pecado. Eso habría sido una estrategia errónea porque, antes que pudiera suceder, David habría visto hacia dónde estaba caminando y se habría retractado de eso. El diablo efectuó una cosa primero, y cuando eso fue realizado, llevó a cabo el paso siguiente —el surgimiento de los deseos carnales de la naturaleza humana. El sabe que el éxito es garantizado una vez el primer objetivo es alcanzado, y es imposible para nosotros resistir los efectos de estas cosas con nuestra propia fuerza.

El hecho de gran interés en esta conexión es que "También las relaciones con las naciones vecinas ejercieron en él una influencia maléfica". Como un monarca entre los monarcas semejantes a él, David iba a tener relaciones con esos otros reyes. De este modo vio cómo *al parecer* ellos prosperaban en su vida inmoral, aparentemente pecando y gozando de las satisfacciones de la carne con impunidad.

Al principio, la visión fue llena de aborrecimiento y desagrado, pero cuando el tiempo transcurría y veía la iniquidad vez tras vez, ese sentir comenzó a disminuir hasta que él pudo mirarla sin reacción, y luego al final con interés. "Todo esto tendía a aminorar en David el sentido de la perversidad excesiva del pecado". Sus sensibilidades morales

fueron embotadas y de esto modo, cuando la tentación fue presentada, él no la vio en la luz en la que debió haberla visto.

No es fácil echar una mirada retrospectiva desde el siglo veinte para obtener una clara percepción de la transgresión de David. En la iglesia, adulterio es algo desproporcionadamente estimada como el peor de todos los pecados. Por ejemplo, el adulterio con Betsabé y no el asesinato de Urías, es el pecado que es más recordado. En realidad, el último pecado es rara vez mencionado. No obstante, el homicidio no es inferior al adulterio. Añádase a esto el hecho de que el pecado de David no es examinado en su contexto apropiado, y los cristianos modernos se aterrorizan de lo que él hizo y son incapaces de entender cómo pudo haberlo cometido.

El pecado en otro es siempre visto en el más oscuro matiz que el mismo o aun peores males en nosotros. Sería bueno que nos coloquemos en el lugar de David, a fin de que estudiemos su historia como si nosotros fuéramos él. Sígase el proceso por el que la vida de comidad y esplendor de la corte, y el contacto constante con el mal cuando tenía relaciones con los reyes circundantes, diluía y disminuía su sentido de lo correcto y falso. Que la mente sea controlada con un conocimiento del peligro que acompaña los pasos de todo cristiano, luego será fácil entender cómo ese noble cristiano cayó. El espíritu de crítica será reemplazado en tales estudiantes con el de simpatía, amor y comprensión.

Que ninguno de nosotros se sienta más justo que David, y entiéndase que cada uno de nosotros es moralmente depravado en mayor o menor grado. El mundo de hoy está lleno de iniquidad y vicio, las apariencias de lo cual sugestionan constantemente que es el transgresor el que prospera. Aun entre los que profesan el cristianismo, los protectores estrictos contra las entradas del pecado, se han tranquilizado alarmantemente. Por consiguiente, el sentido de la pecaminosidad excesiva ha sido perdido a un grado aterrador.

Para examinarse uno mismo en este respecto, es solamente necesario pensar en el tiempo pasado cuando nosotros escuchábamos por primera vez un gran desastre o crimen violento. Esto producía sentimientos de horror y repugnancia. Pero al pasar el tiempo, estas cosas sucedían con más frecuencia y todavía más terribles. Nosotros pasamos a través de los horrores de la primera guerra mundial y las atrocidades de la segunda. Medítese ahora de la reacción cuando, por ejemplo, dos o tres jóvenes sacaron de sus maletas sus armas y granadas en el aeropuerto Lod, Tel-Aviv, y arrasaron con cruel desdén la vida humana de un número de hombres y mujeres inocentes. Las noticias evocaron no más que un interés pasajero sin un sentido real del horror y desagrado. Fueron rechazadas sin darles importancia como siendo la situación algo muy común.

¿Qué nos ha sucedido? Ha habido un desgaste gradual de las sensibilidades morales hasta que, en un mundo donde la vida es barata y la sangre es fácilmente derramada, nuestra atención por eso ha disminuido. Sería bueno que cada uno pensara acerca de esto y descubrir por uno mismo que hay un cambio definitivo y sutil.

Pero esta no es la única área donde cada cristiano está sujeto a esta influencia. Este es un mundo inmoral en todo respecto. Día tras día estamos envueltos en compromisos comerciales con otras personas quienes el único propósito es ver que ellos consiguen el mejor fin de todo negocio. El resultado es que mientras una persona puede iniciarse efectuando negocios temprano en su vida con un espíritu noble y generoso, pronto se endurece de espíritu —los impulsos nobles y generosos se marchitan para ser reemplazados con un espíritu más estrecho y codicioso.

Este es el tiempo de más libertinaje de todos. Nunca la lascivia y el vicio han estado tan bien provisionados con los medios para su proliferación. En todas partes, en las calles, en las revistas, en las conversaciones diarias, se ofrece aliciente para complacer el gusto. Al principio, esto es positivamente resistido por el cristiano. Pero, a medida que pasan los días y los años, su continua presencia reduce el sentido de desagrado hasta que es simplemente aceptado como la forma moderna de vida. Imperceptiblemente, un amor por estas cosas con frecuencia puede desarrollarse. Este proceso no es inevitable. Sus posibilidades tienen que ser reconocidas y darse pasos definitivos para resistirlo. De otro modo, *crecerá* en nosotros despiadadamente.

Ahora, cada uno deténgase y compárese con lo que recuerda de los tempranos días de la juventud idealista. Mientras será evidente que el progreso real ha sido hecho en muchas cosas, será visto que ha habido pérdida también. No cometas el error de mirar solamente ese punto particular en donde está tu fuerza. Toda persona tiene algún punto en el que ella es fuerte, mientras otras áreas son débiles y deficientes. Esto agrada a Satanás muy bien. Su táctica es mantener a la persona mirando el área de poder, mientras las áreas frágiles son pasadas por alto o excusadas. El resultado es que la persona mide su carácter por su fuerza, más que por el conjunto total. De este modo, el diablo puede hacer que una persona se vea tan virtuosa, cuando en hecho, ella es moralmente deformada. La capacidad de una persona para evaluarse a sí misma con honestidad y exactitud, es una facultad de supremo valor.

Únicamente a la luz de la relación de reavivamiento y reforma, puede ser entendido el pecado de David. A la luz de eso, no hay lugar para ningún espíritu de condenación por parte nuestra hacia él, porque nosotros somos de carne idéntica, estamos sujetos a las presiones mismas, y, semejantes a él, hemos llegado a ser víctimas de la deformidad mo-

ral. Pocos de nosotros hemos tenido tan buen comienzo en la vida como él lo tuvo, y mucho menos todavía habríamos soportado tanto como él lo hizo y con todo pecar tan poco. Cada uno estamos en peligro de caer en la forma similar como David. Muchos no han cometido el acto exterior simplemente porque no han tenido la oportunidad que David tuvo.

¡Qué revelación para nosotros de las obras insidiosas del pecado en todo su engaño, es la historia de este gran cristiano! ¡Qué lección para mantener fortalecidas y desenredadas las fibras morales para que cuando la tentación venga, primero la veamos en lo que ella realmente es, luego aborrecerla, esquivar su veneno, y poner la voluntad con fe viva en el poder de Dios para salvarnos de ese mal! En tal forma, la victoria será nuestra así como pudo haber sido para David.

En esto está también la revelación de que el cristiano no puede complacientemente cerrar sus brazos, creyendo que no hay más necesidad de temer la tentación, creyendo que de ahí en adelante, no hallará posibilidad para pecar. Nosotros tenemos todavía esa carne caída y pecadora, y mientras tengamos eso, estamos para siempre confrontados con el peligro de que ella gane el dominio.

Una Forma Peligrosa

La historia de la firmeza de José y las victorias y derrotas de David son un libro de texto para todo cristiano. Aquí está revelada y enfatizada la verdad de que los hijos de Dios están luchando contra fuerzas mucho más poderosas que ellos. Únicamente comprendiendo la naturaleza del conflicto y asiéndose de las provisiones de Dios puede ser asegurada la victoria.

Sus experiencias quitan toda duda acerca de la *posibilidad* de un cristiano cometer pecado. Nótese cuidadosamente que no se está hablando de la *certeza* de su transgresión, sino de la *posibilidad* de ella. No puede haber tal cosa como la que el cristiano esté permanentemente inmune al poder de la tentación. La triste verdad es que los cristianos pueden pecar. En realidad, aquellos hombres que como cristianos cometieron los errores más graves, fueron grandes cristianos por quienes el Señor hizo mucho. Ellos fueron, como es dicho de David, hombres escogidos por Dios "según su corazón" (1 Samuel 13:14).

Estos son hechos que tienen que ser afrontados como tales. Sin embargo, al aceptarlos, ¿qué conclusiones han de ser sacadas?

¿Ha de ser concluido que si hombres semejantes a David cometieron pecado, no hay ninguna esperanza de obtener plena victoria sobre la tentación? ¿Tiene que ser aceptado que a causa de que las influencias en nuestro derredor están calculadas por Satanás para provocar corrupción, eventual e inevitablemente todos deben sucumbir a la presión? Por lo tanto, ¿ha de ser deducido que en esta vida el pecado es la suerte de todos, y que solamente en el inmaculado ambiente del cielo será experimentada justicia permanente?

Estas son conclusiones que *pueden* ser extraídas. Si este es el patrón de pensamiento, entonces, ciertamente el pecado estará a la puerta y Satanás será el victorioso en el conflicto.

Por otra parte, si este estudio se cierra con la firme convicción de que no hay necesidad de pecar; que la victoria es la provisión hecha

por Dios para todos los que han sido liberados de la esclavitud del pecado, entonces la actitud hacia la vida de David será muy diferente. Antes que tener un espíritu acusador, habrá una comprensión de simpatía del problema y una búsqueda de las lecciones que su historia provee. Que David pecó, eso es verdad, pero nadie debe transitar en sus pisadas.

Las Aulas de Clases

Toda persona en el mundo está en la escuela. No se está haciendo referencia a los cursos de la clase, sino a la obra y situaciones sociales que diariamente ejercen su influencia formadora. Esas situaciones tienen en los individuos poderes influyentes obrando para moldear sus mentes para bien o para mal. Tan real es este poder que no ha de ser descartado al valorar nuestra elección, mientras podamos hacerla, de lo que haremos y seremos.

Elecciones tienen que ser hechas mucho antes que la hora de la tentación venga a nosotros. Ellas tienen que ser hechas lo más pronto posible con respecto a el aula de clase en la que estemos. La victoria tiene que ser ganada en decisiones hechas mucho antes que la hora de la tentación finalmente llegue. Que cada alma considere esta cuestión de decisiones un asunto de interés vital.

Posición

Hay muchas clases de aulas para ser rechazadas. Una sobre todas las demás en la cual hay gran peligro es el lugar donde una persona ocupa una posición de autoridad, poder y riqueza. En el reino físico, es fácil de uno mantener el balance en terrenos bajos, pero es extremadamente difícil evitar caer cuando está sobre el pico encumbrado de la montaña con espacio solamente para uno estar de pie. Así es también en el mundo social, comercial, político y religioso. Muchos hombres que vivían bien como ciudadanos comunes han sido arruinados totalmente por la exaltación a los más elevados pináculos de la fama y fortuna.

Tampoco las vidas arruinadas fueron solamente de hombres inconversos. Los conversos mancharon también sus vidas cuando fueron exaltados a los más altos niveles. Existe la triste historia del rey Saúl, el primer monarca de Israel, y la tragedia del pecado de David. Hubo otros en el transcurso de la historia que no pudieron soportar las sutiles presiones.

Ningún verdadero hombre de Dios voluntariamente se halla entrando en esta aula de clase. Es tal la visión espiritual que él sabe aun antes de entrar, lo que son algunos peligros. El lo ve todo, conoce

la fragilidad de su naturaleza humana pecadora, y es consciente del poder del ambiente. Sabe que será colmado de alabanza en un tiempo, y maltratado en otro. Sabe que habrán algunos que aceptarán toda palabra que pronuncia simplemente porque él la dice, mientras que otros rechazarán toda palabra solamente porque sale de sus labios. Muy pocos buscarán la verdad por ellos mismos y edificarán un carácter idóneo para la eternidad. Cuando él ve todo esto, su corazón se llena de temor bajo tal presión. Después de haber predicado la verdad a otros, él mismo será desechado.

Véase con qué renuencia Moisés, Jeremías, William Miller, y muchos otros finalmente aceptaron la comisión cuando el Señor presentó ante ellos el llamado al más amplio y elevado servicio. El hecho de que así lo hicieran con tal agitación y sentido de su propia indignidad y deficiencia, fue en sí mismo una salvaguardia contra el poder de la tentación, porque eso los motivaba a poner siempre su confianza en Dios, antes que en ellos mismos.

Ninguno de esos hombres habría soportado las presiones de su posición si *él mismo se hubiera colocado allí*. Hay una vasta diferencia entre ser llamado de Dios para ocupar una posición de confianza y responsabilidad como fueron David, Juan el Bautista, Pablo o William Miller, y el que tú mismo te pongas allí.

Cuando Dios llama a un hombre para ocupar una posición, no sólo lo prepara para ella, como hemos visto con David y José, sino que suministra protección especial para ese hombre. El Señor conoce que los peligros de tales posiciones son tan grandes que el escape está más allá del poder de un ser humano, así que, El provee todo lo que se necesita para obtener la victoria total. Prueba de esto se registra en las historias de las vidas de Daniel, José, y aun David, porque, aunque David cayó, la historia total de su vida fue un cuadro de victoria, no de derrota.

Con todo, a pesar de esto, los hombres con frecuencia buscan posición; realmente luchan y planean intrigas para obtenerla incluso en la iglesia de Dios donde es más peligroso ocupar una posición de confianza. Tales hombres no sólo serán un miserable fracaso en su trabajo auto-assignado, sino serán una maldición para la causa. El testimonio contenido en *Primeros Escritos*, págs. 97-101, en su referencia a este asunto, es muy verdadero. Muchos serían salvos del desastre eterno si sólo leyeran estas palabras y se beneficiaran de ellas.

Los que ocupan una posición humilde y aparentemente insignificante en la obra del Señor y el mundo, deben estar agradecidos que no están tan expuestos a la tentación y dificultad como sería si estuvieran en lugares más elevados. Si debiera venir un llamado a ocupar una posición de gran poder y responsabilidad, entonces el que fuera llamado sería muy sabio recurriendo a toda prueba para estar seguro de que en realidad es Dios que lo está poniendo allí. El debe saber con absoluta

certidumbre que el llamado no viene de su propio corazón ambicioso o de otro ser humano. Nadie puede ser demasiado cuidadoso en probar tal asunto. Todos deben aprender a desconfiar del engañoso corazón humano tan poderoso en su tendencia a creer lo que desea, antes que en la estricta verdad. La naturaleza humana halla la posición y autoridad muy atractivos, tanto que la cuestión tiende a perturbarse. Por lo tanto, a menos que la evidencia concluyente e inequívoca se presente confirmando que el llamado es realmente del Señor, tiene que ser rechazado totalmente.

Balaám es un excelente ejemplo de un hombre que resolvió creer que el Señor lo había enviado cuando ese no era el caso. Su historia provee una ilustración del hermoso carácter de amor de Dios, que buscó salvarlo aun después de que él había hecho su decisión equivocada, al hacerle saber que no había sido llamado. El obstinado y resuelto hombre no escuchó los consejos sino que decidió seguir su propio camino.

Asimismo, si por alguna razón fallamos en probar realmente el llamado y luego nos hallamos en una posición equivocada, el Señor bondadosamente nos lo hará saber. Pero ahora, es mucho más difícil dejar la posición que si la hubiéramos descartado inicialmente. No obstante, si las puertas se cierran para las tentaciones destructoras y se asegura la vida eterna, el paso tiene que ser dado no importa lo que pueda ser el costo.

Recientemente me llamó la atención la historia de un joven que salió a trabajar a una gran empresa. Allí él buscó día tras día mostrar la habilidad en su trabajo con aplicación alegre e industriosa. El resultado fue que a su tiempo, se le promovió para la posición de gerente en la rama particular donde estaba trabajando. Esto significaba un aumento en el salario, y él se sentía seguro de que todo esto era la bendición del Señor. Como un resultado, hubo un regocijo considerable en la familia y entre sus amigos.

Pero este hombre joven pronto descubrió que había sido promovido muy rápido para su nivel de experiencia, por lo tanto, el trabajo comprobó ser tan arduo y absorbente que hizo serias irrupciones en su familia y en su vida espiritual. El no tenía tiempo para estudiar y orar. Las preocupaciones de la empresa ejerció tanta presión en su mente que no era capaz de dar ninguna consideración a las cosas eternas y espirituales. Una decisión había de ser tomada en el instante. Esa decisión consistía, o en mantener la posición con todo lo que ella significaba en la forma de ventaja mundanal, o renunciar a fin de que pudiera dedicar más tiempo a su Biblia y al Señor.

Esa es una de las decisiones más difícil que se le pueda exigir a un hombre hacer. Sólo uno en mil hará la elección correcta. La vasta mayoría se aferraría a las ventajas mundanales argumentando que esta es

la bendición del Señor, cuando ella es realmente el curso del diablo. Este joven hizo la decisión de descender y aceptar el lugar más bajo donde él podía caminar con el Señor.

En esta situación, él hizo la decisión correcta. Esto no significa que todos deben descender de la posición que tienen. Puede ser que Dios definitiva y específicamente te haya puesto allí o que las circunstancias tales como en la vida de José te dejan sin decisión. Puede ser que puedas a hacer frente al trabajo con éxito y mantener caminando con Dios también. Toda persona debe evaluar su propia situación, reconociendo los peligros en todo el camino, pesando su elección a la luz del tiempo y la eternidad. Posición no ha de ser buscada. Ha de ser evitada, porque en ella hay peligros que pueden fácilmente privar a uno de vida la eterna.

El Principio Implicado

Muchos capítulos pueden ser escritos para bosquejar en detalles los peligros de toda aula de clase, con énfasis especial en las que deben ser rehuidas. Páginas podrían ser escritas sobre los malos efectos de la vida de la ciudad en contraste con las influencias puras del campo. Numerosas ilustraciones podrían ser suministradas de las vidas de los grandes hombres que fueron una bendición a la sociedad de su tiempo, quienes pasaron sus primeros años en el campo. Puede ser mostrado que siempre que el Señor necesitó un hombre, llamó a uno que provenía del campo, mientras, si apartaba a un hombre desde su nacimiento para una gran obra en el futuro, como fue el caso de Moisés y Juan el Bautista, Dios ciertamente veía necesario que para eso él pasara muchos años en el campo antes de iniciar su trabajo.

El Espíritu de Profecía está lleno de advertencias con relación a dejar las grandes ciudades y establecerse en el campo para instruir a nuestros hijos. Cada ventaja debiera ser aprovechada para asegurar el más grande desarrollo posible del carácter y protección contra la tentación.

Se recomienda que cada persona tome la Palabra de Dios y estudie estas cosas por sí misma. Allí se da instrucción amplia de lo que se ha de buscar, y qué rehuir en las aulas de clase sobre esta tierra. Por ahora estudiaremos los principios involucrados para que la comprensión de ellos sea una guía segura para cada alma en su investigación por la victoria total sobre el pecado.

El principio básico implicado es que en esta vida nosotros estamos conteniendo con fuerzas inmensurablemente más poderosas que nosotros, así que es esencial que sólo vayamos donde el Señor puede ir con nosotros, y cuando nos envíe a lugares de dificultad, debemos ser muy cuidadosos de mantener una confiada y estrecha relación con El. Debemos dar atención particular a las cosas pequeñas, que aunque

son aparentemente honestas en sí mismas, tienen el poder mortal para corroer imperceptiblemente las defensas del alma y conducir a la suficiencia y exaltación propia. Una vez es alcanzado ese punto, el desastre sigue con seguridad.

El terrible hecho es que en toda situación estamos viviendo en un ambiente hostil. Algunas situaciones son más hostiles que otras, ejemplo de lo cual ya ha sido mencionado. Es mucho más peligroso vivir en las ciudades que en el campo. Es mucho más peligroso estar en una alta posición de responsabilidad que en una baja.

La única posibilidad de que *un cristiano* subsista como *cristiano* es tener la protección de los poderes que son más grandes que los poderes opuestos contra él. Ese poder es el poder de Dios. Pero Dios ha prometido la protección de ese poder *sólo* en lugares donde El puede ir con nosotros, y aun *solamente* en esos lugares, si nosotros mantenemos nuestra conexión y nuestra fe en El.

Por ejemplo, si nosotros vamos a los templos donde se enseña error, entonces el Señor no va con nosotros, porque El nos ordenó no asistir a esos lugares. Nosotros vamos allí sin protección, y aun cuando podemos ir una, dos, o una docena de veces y no ser conscientes de ningún cambio en nosotros, *un cambio* —sutil, imperceptible, y mortal, ha *tomado lugar*. Tú puedes no saberlo, y puedes estar complacido en tu fortaleza, pero el cambio está allí y los plenos efectos serán vistos cuando será demasiado tarde para la recuperación. Aun entonces, en la nueva línea de pensamiento que cautivó la mente, la persona engañada piensa todavía en que está segura y se siente complacida de que se ha escapado de lo que una vez aceptó, no sabiendo que ha sido robado de la única verdad que podía efectuar su salvación.

Que el Señor no nos protege cuando vamos a lugares donde el error es enseñado, es hecho claro en las palabras siguientes: "Me fueron mostrados aquellos que creen poseer el último mensaje de misericordia y la necesidad que tienen de estar separados de los que están bebiendo diariamente nuevos errores. Vi que ni los jóvenes ni los ancianos debían asistir a sus reuniones; porque es malo alentarlos así mientras enseñan el error que es veneno mortal para el alma, y mientras presentan como doctrinas los mandamientos de los hombres. La influencia de tales reuniones no es buena. Si Dios nos ha librado de tales tinieblas y error, debemos destacarnos firmemente en la libertad con que nos emancipó y regocijarnos en la verdad. Dios siente desagrado hacia nosotros cuando vamos a escuchar el error, sin estar obligados a ir; porque amenos que nos mande a aquellas reuniones donde se inculca el error a la gente por el poder de la voluntad, *no nos guardará*. Los ángeles dejan de *ejercer* su cuidado vigilante sobre nosotros; y quedamos expuestos a los golpes del enemigo, para ser entenebrecidos y debilitados por él y por el poder de sus malos ángeles, y la luz que

nos rodea se contamina con las tinieblas" (*Primeros Escritos*, págs. 124, 125).

Esta declaración es muy explícita y no tiene que ser mal entendida. Ella no condena la persona que no ha encontrado todavía la verdad, porque la busca aquí y allí mientras tiene la oportunidad de investigar. En el curso de esa investigación, ella va de un grupo a otro. Tal persona tiene la protección de Dios mientras continúa buscando. Pero la clase a quien esta declaración es enviada, son aquellos que han hallado la verdad y conocen a este punto que los otros grupos están en error. Para tal persona asistir a las reuniones de los otros, es someterse a sí misma a las influencias de poderes inmensamente más grandes que ella, sin tener la protección del Señor en ella.

Exactamente como Dios no está con una persona cuando se sienta frente a la pantalla de la televisión para mirar una película de romance, violencia, y otras por el estilo, u entra a un salón de baile, a una casa de juego, o a un teatro, tampoco está cuando una persona va a escuchar las enseñanzas y predicaciones de error. Esa persona está sola. "Los ángeles dejan de ejercer su cuidado vigilante sobre" ella, "y quedamos expuestos a los golpes del enemigo, para ser entenebrecidos y debilitados por él y por el poder de sus malos ángeles, y la luz que nos rodea se contamina con las tinieblas".

Léase la historia de la vida de David, el hombre conforme al corazón de Dios; el que fue tan cuidadoso y especialmente preparado por el Señor para la posición que finalmente ocupó, y quien tenía en esa posición la promesa de la protección especial del Señor. Ella muestra la gran verdad de que no importa cuán buen cristiano tú puedas ser; no importa cuán larga y completa haya sido tu educación en las cosas de Dios, no puedes aventurarte sin protección en el terreno de Satanás. Léase de esto el hecho de que cambios tomarán lugar dentro de ti. Al principio ellos son leves, pero ciertamente como acontezcan, serán seguidos por otros, porque una vez el problema esté allí, el fundamento es puesto, y sobre ese fundamento Satanás continuará edificando directamente hasta tu caída final. La historia de David muestra esto en los más claros términos. Está escrita allí para nuestro estudio y admonición. Muestra que las influencias a nuestro alrededor moldearán la vida a menos que, a través del poder de Dios, seamos vencedores de esas circunstancias.

Con Simpatía

Con qué simpatía debemos estudiar la vida de David. Proyectado en una posición que el Señor jamás pleneó que ningún hombre ocupara, él fue sujeto a influencias de gran poder y astucia. Como evidencia de la naturaleza mala de las influencias con relación al reinado,

mostrando que el Señor nunca quiso que nadie estuviera en esa posición, es verdad que los hombres más perversos en la historia de Israel son hallados en los reyes que siguieron a David. Es virtualmente imposible encontrar a uno de ellos que no cometiera un error trágico contra Dios y su verdad.

Antes que condenar a David, que cada uno esté agradecido porque no se le requiera ocupar tan terrible posición. Al mismo tiempo, que toda persona sepa que en esta última generación de libertinaje, está siendo sujeta a terribles presiones, así que nadie necesita pensar en que está libre de caída, no importa cuán rica haya sido su experiencia cristiana. Hoy, nosotros difícilmente podemos ser conscientes de cualquier pérdida en nuestra vida, pero vendrá un día de prueba cuando la obra de cada día será revelada por lo que ella realmente es. El que cada uno pase o caiga se decide por el trabajo hecho hoy de comprender la naturaleza mala de las tentaciones, rechazándolas lo más pronto posible, y resistir su poder.

Ideas y Teorías

El estudio del reavivamiento y reforma revela cómo es posible al diablo inducir al cristiano a pecar y tener realmente éxito en esa tentación. Que existe una posibilidad real para el cristiano cometer pecado, se comprueba por el hecho de que muchos notables cristianos han sido guiados a pecar gravemente. David es un excelente caso en cuanto a esto.

Hay grandes diferencias entre la situación en la que se halla una persona antes de nacer otra vez y después de ese tiempo. Antes del nuevo nacimiento, ella es una esclava del pecado y no tiene poder para resistirlo. Ella es el juego de la tentación y tiene que hacer como el amo le indique, no importa cuán desagradable sea el pecado para ella. Esta persona no tiene elección. No puede hacer las obras de justicia a pesar de cuánto quiera ella realizarlas.

Pero una vez el reavivamiento ha tomado lugar, el individuo es puesto libre del poder del pecado y puede vivir una vida perfectamente sin pecado como lo hizo el Salvador. Para hacerlo así, debe entender cómo Satanás puede alcanzarlo y actuar en él. Este conocimiento es esencial, porque nadie será salvo en la ignorancia. La razón de por qué el enemigo es tan próspero en guiar a muchos cristianos a pecar, es porque ellos no están enterados de sus tácticas.

Hasta ahora, nosotros hemos estudiado los efectos sutiles y mortales de perder de vista el poder de Dios y confiar en uno mismo. Se ha dado consideración también a los efectos corrosivos de ser puesto en una posición de poder que el Señor nunca quiso que uno debía ocupar. Pero con todo hay otras avenidas por las cuales Satanás puede venir al corazón, y el cristiano debe ser consciente de eso. Ahora enfocamos nuestra atención a estas cosas.

Ideas y Teorías Equivocadas

La reforma "significa una reorganización, un cambio en las ideas y teorías, hábitos y prácticas" (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 149). Estos cambios no toman lugar durante el reavivamiento sino durante el período subsecuente de reforma. Esto no quiere decir que ningún cambio toma lugar en el reavivamiento, porque una estupenda transformación es efectuada en esta obra, pero no es igual como aquella que sigue.

El reavivamiento no quita las ideas y teorías equivocadas que una persona absorbe durante los largos años antes de tomar lugar la conversión. Un número limitado de ideas equivocadas serán corregidas durante el período que conduce a la conversión, pero la obra principal será realizada durante el intervalo entre el reavivamiento y el tiempo final de prueba. Algunas de ellas serán rápidamente ordenadas, pero otras tomarán años para ser vistas y corregidas. En todo aquel que escapa de la servidumbre del pecado, tiene que hacerse todavía esta obra, y en tal persona, la presencia de estas ideas y teorías equivocadas dan a Satanás la oportunidad para tentar y derrocar. Un conocimiento de su presencia y la forma en la que el diablo puede usarlas es esencial para todos los que quiera privar a Satanás de toda ventaja.

El único pueblo que no tendrá más este problema es el que, después de haber recibido el sello del Dios vivo, subsistirá a través de la angustia de Jacob.

Una vez más tiene que ser enfatizado que la presencia de estas ideas y teorías equivocadas, aun cuando ellas dan a Satanás un medio de acceso, no significa que existe la garantía de que nosotros vamos a pecar o a excusar el pecado. Plena y completa victoria sobre todo pecado es la provisión de Dios para todo cristiano.

Hay en la Biblia abundantes ilustraciones de cómo estas viejas ideas y teorías, hábitos y prácticas permanecen después de la conversión, cómo afectan la vida, y dan a Satanás un medio para *ejercer* pesadas presiones de tentación sobre el creyente. Estas lecciones tienen que ser estudiadas hasta que ellas sean bien entendidas, a fin de que el enemigo no pueda usarlas para su ventaja.

Una Ilustración

Para hacer clara la distinción entre el reavivamiento y la reforma, se ofrece la ilustración siguiente.

Una señorita se enamora de un ganadero cuya propiedad está en una área remota del campo. Después que se casan, ella se va a vivir en la hacienda. No hay otra mujer en el lugar, y sus únicos asociados, aparte de su esposo, son los vaqueros. Ella tiene que cocinar para ellos,

y con frecuencia cabalgan juntos en el campo. Día tras día ella escucha sus bruscas expresiones, y vive sus ásperas vidas. Durante veinte años, ella vive esta experiencia, con muy pocas visitas a la ciudad.

No es difícil de imaginar los efectos de esta clase de vida sobre su naturaleza. Ella se inclinaría a adoptar las bruscas y sencillas formas de la hacienda y el lenguaje inculto de los colonos. Las finas formas y elegantes atavíos desaparecerían de ella.

Luego su esposo muere repentinamente. Ella vende la hacienda y va a vivir a una de las más grandes ciudades distinguida por sus altos niveles de cultura artística. Allí se encuentra con un ilustre caballero que por años ha vivido entre la sociedad educada de cultura y arte. En uno de esos extraños casos, él se enamora de ella y propone que se casen. Ella acepta.

Considérese la situación en la que ella ahora se encuentra. Su antiguo esposo está muerto y la vieja manera de vida es dejada atrás. No más bramido de ganado, polvo, moscas, lluvias torrenciales, sequías, incendios, y los rústicos colonos. En cambio, es la alta sociedad — elegancia, riquezas, compañeros instruidos, espléndidos muebles y finos atavíos.

Sin embargo, aun cuando ella tiene un nuevo esposo y un ambiente totalmente nuevo, no ha dejado todavía atrás la influencia de aquellos años en el campo. Sus maneras y sus expresiones reflejan su vida anterior. Naturalmente, ella comienza a cambiar en armonía con su nueva situación, pero esto toma tiempo. Con frecuencia comete errores que amenazan el matrimonio, la subsistencia del cual depende de dos cosas. Primero, el esposo debe ser una persona sabia, comprensiva y perdonadora, listo siempre para ayudarla en su recuperación del chasco y vergüenza de cada error. Segundo, ella ha de tener una sincera determinación para vencer las influencias del pasado, combinado con ilimitada confianza en el amor y fidelidad de su esposo. Aun bajo estas circunstancias, tomaría años para vestir cultamente debido a los rudos extremos.

De igual manera, la persona que es nacido de nuevo tiene un nuevo esposo y un nuevo ambiente en lugar del antiguo esposo que está muerto. Pero esto no la priva en el instante de todas las antiguas ideas y teorías, hábitos y prácticas que fueron adquiridas durante su tiempo en la escuela de Satanás. Tomará años para desaprender estas cosas.

Afortunadamente, Cristo, el nuevo esposo, tiene infinita paciencia e inagotable amor para hacer frente a todo desvío por parte de su amada esposa. Desafortunadamente, ella no tiene la fe implícita que debe tener en El, ni manifiesta siempre una verdadera determinación para tratar de resolver las faltas y corregirlas. Por esta razón, la obra de reforma es seriamente retardada y extendida. En realidad, esta es la razón de la larga demora del regreso de Cristo.

Un Problema Real

Que la presencia de los viejos hábitos de pensar constituyen un problema real, es claro por una experiencia de los creyentes en la iglesia primitiva. Este grupo de personas es de gran interés para nosotros porque ellos habían recibido de Dios el poder del Espíritu como ningún otro grupo sobre la tierra lo ha sido desde entonces. Ellos eran un pueblo de quien la mente carnal había sido erradicada y sustituida por la naturaleza divina.

Fuera de esto, ellos habían sido equipados del poder del Espíritu de Dios y sus vidas daban testimonio de ese poder día tras día. Nosotros somos aptos para pensar muy ansiosamente de ese tiempo y sentirnos satisfechos de que si tuviéramos la experiencia idéntica como ellos, entonces nuestro problema de pecado sería una cosa del pasado. Tenemos la tendencia a pensar que ni el deseo ni la posibilidad de pecar estarían más allí.

De ese tiempo está escrito, "Los que se habían convertido por la labor de los apóstoles estaban afectuosamente unidos por el amor cristiano. A pesar de sus anteriores prejuicios, hallábanse en recíproca concordia (Los *Hechos de los Apóstoles*, pág. 72).

Aquí estaba un pueblo de quien nosotros tenderíamos a juzgar como estando seguro contra el poder de la tentación, y "Sabía Satanás que mientras durase aquella unión no podría impedir el progreso de la verdad evangélica . . ." (*Ibid.*).

Naturalmente, él resolvió romper esta unidad para poder detener el progreso de la verdad del Evangelio. Pero, ¿consideraba él que no había esperanza de éxito? ¿Consideraba que no tenía nada a lo cual pudiera recurrir en aquellas maravillosas personas llenas del Espíritu?

En ninguna manera. Satanás entendía el problema mucho mejor de lo que nosotros o ellos la hacían, y pudo tomar ventaja de aquello que permanecía todavía en ellos aun cuando eran cristianos nacidos otra vez llenos del poder de lo alto. ¿Qué no había sido quitado por la experiencia del reavivamiento o por la poderosa afluencia del Espíritu Santo? Eran las antiguas ideas y teorías, los antiguos hábitos de pensar.

"En la iglesia primitiva había gente de diversas clases sociales y distintas nacionalidades. Cuando vino el Espíritu Santo en Pentecostés, 'moraban entonces en Jerusalem Judíos, varones religiosos, de todas las naciones debajo del cielo' (Hechos 2:5). Entre los de la fe hebrea reunidos en Jerusalén había también algunos que eran conocidos generalmente como helenistas, cuya desconfianza y aun enemistad con los judíos de Palestina databan de largo tiempo" (*Ibid.*).

Así que, en la vieja escuela de Satanás antes de llegar a ser hijos e hijas de Dios, había continuo pensar en hostilidad y sospecha entre estas dos clases de pueblos. Este hábito de pensar no fue enteramente

removido por la conversión, y permanecía en la memoria al recordar cada cual cómo los otros se habían comportado con ellos en el pasado.

Satanás sabía esto y así que "procuró prevalerse de los antiguos modos de pensar, con la esperanza de introducir así en la iglesia elementos de discordia.

"Sucedió que habiendo crecido el número de discípulos, logró Satanás despertar las sospechas de algunos que anteriormente habían tenido la costumbre de mirar con envidia a sus correligionarios y de señalar faltas en sus jefes espirituales. Así 'hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos'" (*Ibid.*).

He aquí el cuadro. Ellos eran cristianos nacidos otra vez. Habían sido liberados de la mente carnal, y habían recibido la naturaleza divina en su lugar. La memoria de las experiencias pasadas permanecía todavía en sus relaciones de los unos con los otros, de modo que, los antiguos hábitos de pensar estaban todavía allí. Satanás sabía esto. El la consideró como una área por la cual podía traer discordia y desunión en la iglesia primitiva. Así que, comenzó a trabajar en ese campo y tuvo éxito. División, descontento y desunión surgió de la sospecha y desconfianza.

Por supuesto, no necesitaba haberse hecho así, *pero se hizo*. Eso nos debe alertar del hecho de que si ese pueblo que tenía el henchimiento del Espíritu pudo ser tentado y caer como lo hizo, entonces debemos de reconocer el peligro similar en nuestra situación. Hemos de entender que los antiguos hábitos de pensar están todavía con nosotros aun cuando no los vemos o los comprendemos en el tiempo presente. El testimonio de la Palabra nos asegura que ellos están allí, y al estar allí, proveen al diablo un campo de tentación. La importancia de comprender esto no puede dejar de ser enfatizado. La Biblia lo establece en claros y prácticos términos.

Doce Hombres

En ninguna parte el problema de las antiguas ideas y teorías, con sus asociados hábitos y prácticas equivocados, está mejor revelado que en la experiencia de los doce discípulos que siguieron a Jesús día tras día, en la preparación para la gran obra que debían hacer después de su ascensión.

Estos hombres fueron víctimas de la teoría misma en cuanto a la naturaleza de la venida del reino del Mesías concierne. Ellos creían que El podía venir como un rey conquistador y glorioso para borrar a los romanos de la faz de la tierra, y poner en alto una vez más el trono de David. Habían nacido en un mundo donde esto era el diario hablar del hogar, la conversación en la calle, el tópico de los sermones en la sinagoga, y el tema de las lecciones escolares día tras día. Tan profunda-

mente inculcado estaba esta doctrina, que cuando llegaron a ser discípulos de Cristo, estaba todavía fuertemente cimentada. Además, a pesar de los esfuerzos prácticos y diligentes para limpiar esta falsa concepción, permaneció en ellos hasta la crucifixión.

No tiene que ser olvidado que estamos estudiando el problema del pecado *como está relacionado al hombre convertido*, no al inconverso. Por lo tanto, los discípulos debían ser hombres convertidos porque su experiencia es una ayuda válida para nosotros al estudiar el problema de las restantes ideas y teorías equivocadas como una avenida de tentación en la experiencia del convertido.

¿Converso o Inconverso?

¿Eran los apóstoles convertidos, durante el período de su llamado al ministerio de Cristo y la crucifixión? Al formular esta pregunta, se sabe bien que el estudiante bíblico común cree que ellos eran inconversos. En seguida se hace referencia a las palabras de Cristo a Pedro. "Más yo he rogado por ti que tu fe no falte: y tú, una vez *vuelto*, confirma á tus hermanos" (S. *Mateo* 22:32). Estas son palabras pronunciadas después que ellos habían participado de la cena del Señor, por lo que se argumenta que hasta ese punto Pedro ciertamente no había sido convertido. Más peso se añade con el testimonio de su comportamiento, en su disputa por el lugar más alto, que ciertamente no era la clase de conducta que uno esperaría de hombres convertidos.

Para la mayoría, esta evidencia es conclusiva. Ellos están completamente seguros de que Pedro no era convertido, no había nacido otra vez, y que no tuvo esta experiencia sino hasta después de la crucifixión.

Pero hay otra evidencia muy importante al lado de esta que formula la pregunta *a qué* conversión se refirió Jesús cuando dijo a Pedro, "y tú, una vez *vuelto*, confirma á tus hermanos".

La mayoría piensa que hay sólo una experiencia de conversión —la liberación de la esclavitud del pecado para llegar a ser un hijo de Dios, de otro modo conocido como la experiencia del nuevo nacimiento.

Es definitivamente verdad que esta es conversión, pero esta no es la *única* conversión necesaria para los que al final estarán sobre el mar de vidrio. Hay por lo menos tres diferentes conversiones necesarias para las vidas de los que serán salvos. Se hace referencia a las tres en diferentes tiempos y lugares en las Escrituras. Es dejado al lector comprender a cuál se hace referencia en un punto dado en la Biblia. De este modo, cuando Jesús habló a Pedro de su conversión necesaria, la primera pregunta que debe ser formulada es "¿a *qué* conversión se estaba refiriendo Cristo?"

El principio de interpretación hallado aquí no es singular. Se repite vez tras vez en las Escrituras. Con frecuencia existen dos cosas o más

llamadas por el nombre similar que son diferentes. Como estudiantes de la Biblia, debemos entender esa diferencia entre cosas llamadas por el nombre idéntico. El fracaso de hacerlo podría costar a una persona la vida eterna.

Por ejemplo, hay por lo menos dos venidas de Cristo distintas y separadas, primero, como un infante oculto en Belén, y luego otra vez como un rey glorioso y eterno en las nubes del cielo. Estas dos venidas son predichas en el Antiguo Testamento, sin que ningún profeta hiciera una específica distinción en cuanto a qué venida se estaba refiriendo. En cada caso, el lector debe determinar del contexto a qué venida se esta haciendo referencia. Los judíos en los días de Cristo viendo solamente una venida donde debieron haber visto dos, cometieron el trágico error de esperar a Cristo en su primera venida como debía venir en la segunda. De este modo, fueron guiados a rechazarlo.

Así había dos leyes: una ley ceremonial y temporal, y una moral y eterna. Otra vez las Escrituras no hacen una específica distinción cuando una o la otra es el tema de discusión. Es dejado al estudiante comprender cuál es cuál. Las iglesias protestantes ven solamente una donde debieran ver dos, con desastrosas consecuencias.

Hay también más de una conversión. Primero está la conversión intelectual a la teoría de la verdad que está siempre acompañada de ciertos cambios exteriores de la vida y conducta, pero todavía no produce los grandes cambios de la naturaleza lo cual es la conversión real. El hombre de *Romanos 7* tiene esta conversión intelectual. El conoce la ley, la ama, y se dedica a guardarla aunque sin éxito real. Pero se ha convertido de las antiguas creencias para creer en la Palabra de Dios y esta es una conversión real.

Sin embargo, no es suficiente traer salvación. Tiene que seguir la erradicación literal de la vieja naturaleza y el reemplazo por la nueva. Esta es la segunda y gran conversión. Esto es lo que la mayoría piensa como conversión.

Si el reavivamiento fuera la respuesta final y total para el problema del pecado, eso sería la última de toda obra de conversión en la vida. Pero nosotros sabemos que no es la solución final para el problema del pecado. Después del nuevo nacimiento resta todavía mucha obra para hacer. Así que, siempre que un hombre tenga una idea equivocada que le está causando serias dificultades, como fue el caso de Pedro y de los otros, y se le muestra que esa teoría es equivocada, para ser sucesivamente abandonada y reemplazada por la verdad, ¿entonces no ha sido esta una gran conversión? ¡Con seguridad que sí!

Muchas de *tales* conversiones son necesarias después que uno ha sido nacido otra vez. Pedro ciertamente necesitaba ser convertido en cuanto a su teoría del reino concernía. Hasta que no tuviera esa conversión, no podía y no confirmaría a sus hermanos, porque su idea de

la naturaleza del reino venidero hacía eso imposible. Esta es la conversión a la que Cristo se estaba refiriendo —no a la del nuevo nacimiento.

Otras numerosas evidencias en la Biblia muestran ser este el caso. Veremos de estas evidencias que los discípulos habían nacido de nuevo y eran ministros ordenados del Evangelio.

Ellos Eran Bautizados

La primera evidencia para ser considerada en la búsqueda de la prueba de que ellos eran nacidos otra vez es hallado en el hecho de que eran creyentes bautizados. Juan el Bautista, no Cristo, había realizado la ceremonia en el caso por lo menos de los que habían llegado a ser primeramente discípulos de Juan y luego se convirtieron en seguidores de Jesús.

Es verdad que no tenemos una declaración directa al hecho de que Juan el Bautista bautizara a Juan y Andrés que sucesivamente trajeron al Maestro a Simón Pedro, Felipe y Natanael. Pero sabemos que para un hombre llegar a ser un discípulo de Juan el Bautista, él debía haber escuchado su predicación, creer en ella, arrepentirse de sus pecados, ser convertido por la verdad y luego bautizado. Juan ciertamente no aceptaría a nadie como su discípulo, a menos que hubiera sido bautizado.

Es verdad que muchos tienen hoy un concepto erróneo de lo que el bautismo realmente es. Con mucha frecuencia, el predicador simplemente exige a sus oyentes hacer un asentimiento de creencia en cierto código de doctrina, después de lo cual bautiza la persona dentro de una organización. Después de eso, él es un "miembro".

Pero esto no fue así con Juan el Bautista. El no tenía organización ni estaba interesado en un código con lista de creencias. El se preocupaba en lo que el bautismo simboliza, es decir, la erradicación literal y real del viejo hombre de pecado y su reemplazo por la nueva vida de la naturaleza divina en la persona. Eso era lo que él tenía que ver en una persona antes de bautizarla, y, poseído por el Espíritu de inspiración, Juan podía discernir si los testimonios eran genuinos o no. La verdad de esto está revelada en su penetrante denuncia de los dignatarios judíos que venían a él con su pretendida piedad, pero que en su interior estaban llenos de mal porque sus corazones no estaban santificados.

Por lo tanto, cuando Juan el Bautista conducía a una persona a las aguas bautismales, lo hacía con el verdadero conocimiento que esa persona estaba realmente testificando por eso un cambio de vida en hecho real. Entonces, tan ciertamente como Juan y Andrés al menos, habían sido bautizados por el profeta, debemos saber que ellos eran cristianos nacidos de nuevo. Otros pueden o bautizan profesos formales, pero no Juan el Bautista.

Mientras que no tenemos una declaración directa al efecto de que cada uno de los apóstoles habían sido bautizados por Juan el Bautista, tenemos declaraciones directas de Jesús y de su testimonio, el Espíritu de Profecía, que ellos eran bautizados.

Cuando Jesús vino a lavar los pies de sus discípulos, vino delante de Pedro que protestó contra El, declarando que Cristo jamás lavaría sus pies. Después de lo cual el Salvador lo amonestó gentilmente que, a menos que sus pies fueran lavados, Pedro y El nunca compartirían, y de este modo, Pedro no tendría parte en el reino venidero. Las palabras de Cristo hicieron más que recordar a Pedro que estaba a punto de perder su lugar en el reino. Ellas revelaron también algo del mal de su naturaleza hasta el punto que una incitante y profunda convicción lo indujo a exclamar "Señor no sólo mis pies, mas aun las manos y la cabeza".

Hay dos lavamientos en el Nuevo Testamento —el del bautismo que lava la cabeza, las manos, y los pies de un hombre; y el lavatorio de pies. Pero Jesús estaba ofreciendo a Pedro el último, pero él consideró que necesitaba el primero. El estaba solicitando el bautismo por la simple razón de que lo consideraba necesario, y que el bautismo que anteriormente había experimentado era perdido y necesitaba ser repetido.

Si Pedro no hubiera sido bautizado temprano, entonces habría llegado con seguridad en el momento cuando esto debía ser hecho, así que uno habría esperado que Jesús dijera, "Bien has dicho. Vamos al agua y allí serás bautizado". Las palabras a este efecto ciertamente habrían sido apropiadas bajo estas circunstancias, pero la respuesta del Salvador fue muy diferente. El no sólo se negó a servirle sino declaró que, puesto que Pedro ya había sido verdaderamente bautizado, no necesitaba esa experiencia otra vez.

"Dícele Jesús: El que está lavado, no necesita sino que lave los pies, mas está todo limpio" (*S. Juan* 13:10).

No hay error en el significado de las palabras de Cristo a su equivocado discípulo en este incidente. Cristo estaba diciendo a Pedro que a causa de que ya se le había lavado la cabeza, las manos y pies (bautizado), él no necesitaba ese servicio otra vez, sino se requería el servicio del lavatorio de pies. De este modo, en los términos más claros, Jesús le recordó a Pedro que había sido bautizado y que el trabajo hecho bajo esa ordenanza no necesita ser repetido. En otras palabras, nosotros tenemos el propio testimonio de Cristo que Pedro ya era un hijo de Dios bautizado. Justamente cuándo y dónde tomó lugar esto, nosotros no sabemos, pero puesto que Cristo no administró esta ordenanza, entonces sin duda fue Juan el Bautista. Sin embargo, aparte de cuándo y dónde, las palabras de Cristo reconocían el hecho de que Pedro había tenido esta experiencia.

Más importante todavía, las palabras de Cristo reconocen también que el bautismo que Pedro había recibido no era simplemente un servicio formal, sino era, en realidad, un testimonio real a una verdadera experiencia. Si esto no hubiera sido, entonces Jesús habría accedido a la petición de Pedro del bautismo —el lavamiento de todo el hombre, cabeza, manos y pies.

En apoyo a estos hechos están las palabras del Espíritu de Profecía. En el capítulo que trata con el servicio del lavatorio de pies titulado "*Un Siervo de Siervos*", nosotros hallamos estas palabras describiendo la experiencia de esos hombres en esta ocasión. "Así también Pedro y sus hermanos *habían sido lavados* en la gran fuente abierta para el pecado y la impureza. Cristo los reconocía como suyos. Pero la tentación los había inducido al mal, y necesitaban todavía su gracia purificadora" (*El Deseado de Todas las Gentes* pág. 603).

Si estas palabras sólo dijeran que habían sido bautizados, esto podría bien haber dejado la pregunta de si el bautismo sólo era una inmersión formal en el agua como lo son muchos hoy, pero diciendo más que esto, que habían sido lavados en la gran fuente para el pecado y la limpieza, hace claro que el servicio del bautismo para ellos era el testimonio de la cosa real. Era mucho más que sólo una experiencia formal. Por lo tanto, ellos eran hombres convertidos y nada más es necesitado fuera de esto para probar el punto.

No obstante, las Escrituras exigen que hay por lo menos dos, y preferiblemente, tres testigos para establecer todo acto de verdad. Por lo tanto, nosotros necesitamos investigar más para verificar esto.

Sus Ocupaciones

En sus ocupaciones, nosotros hallamos más pruebas de que estos hombres eran cristianos nacidos de nuevo. En la ocasión del lavatorio de pies, ellos eran ministros ordenados de religión. Lo que es más, excepto Judas, ellos habían sido personalmente llamados por Cristo para el ministerio y, con Judas, habían sido ordenados por Cristo mismo para este sagrado servicio.

El hecho de que Judas no hubiera sido llamado por Cristo aun cuando El lo ordenó, lo puso en algunos respectos, en una diferente categoría de la del resto. A este punto, no emplearemos más argumentos en cuanto a él se refiere, por estar interesados, no en Judas, sino en la conducta de Pedro y la de los otros en el tiempo del arresto de Cristo.

El hecho de que ellos eran ministros del Evangelio, llamados y ordenados por Cristo mismo, es clara prueba de que eran hombres convertidos, porque el Maestro no llamaría ni ordenaría a un hombre que no cumpliera ciertos requisitos básicos, el más esencial de los cuales era que fuera verdaderamente nacido otra vez.

Esta verdad está bien expuesta en la declaración siguiente. "El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo. Comunica al que lo recibe los atributos de Cristo. Únicamente aquellos que han sido así enseñados de Dios, los que experimentan la operación interna del Espíritu y en cuya vida se manifiesta la vida de Cristo, han de destacarse como hombres representativos, que ministren en favor de la iglesia" (£/ *Deseado de Todas las Gentes* pág. 745).

Este párrafo es digno de estudio cuidadoso por expresar principios y hechos que necesitan ser mejor entendidos. Primero se revela exactamente lo que la impartición del Espíritu Santo es. Es el recibimiento de la vida de Cristo en el alma. Nada debiera ser más claramente entendido, que nosotros nunca podemos recibir la vida de Cristo en el alma, a menos que primero que todo, la vieja naturaleza sea erradicada. Por lo tanto, el recibimiento de la vida de Cristo en el alma es la experiencia de la verdadera conversión, o la experiencia de ser realmente nacido de nuevo. Es eso de lo cual el bautismo ha de ser el símbolo y testimonio.

Tal henchimiento como éste, llena al receptor de los atributos de Cristo. Sólo los que son nacidos otra vez y son educados en la escuela de Cristo, pueden tener posiblemente los atributos de Cristo. Estos son virtudes y poderes que no pueden venir de otro modo.

Habiendo establecido lo que el resultado del henchimiento del Espíritu de Dios es, entonces viene la frase que excluye todo, "Únicamente aquellos . . ." Tal frase limita esa que sigue dentro del marco exclusivo de lo que ha sucedido antes, como dice, "*Únicamente aquellos* (y por lo tanto no otros) que han sido *así* enseñados de Dios", *únicamente aquellos*, "los que experimentan la operación interna del Espíritu y" *únicamente aquellos* "en cuya vida se manifiesta la vida de Cristo, han de destacarse como hombres representativos, que ministren en favor de la iglesia".

Los que han de estar como hombres representativos para ministrar en favor de la iglesia, son aquellos que son ministros de la iglesia. Tiene que ser reconocido que hoy, millones de hombres que no tienen estos requisitos están ocupando las posiciones de ministros en las iglesias. En hecho, cuando uno reconoce que primero una persona debe tener la verdad de la liberación del poder de la servidumbre del pecado antes de poder ser realmente libre, como Jesús dijo, "Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará", entonces la falta misma de conocimiento del mensaje real hoy, es en sí mismo un testimonio que hay, de igual manera, una falta de experiencia que es el requisito para el ministerio. Cuán pocos son hoy ministros reales del Evangelio a la luz de la verdad expuesta en esta declaración.

Muchos ocupan la posición de ministros pero, en cuanto a Dios se

refiere, ellos no son hombres representativos para ministrar en favor de la iglesia. Una cosa es clara —*el Señor nunca llamaría a un hombre para el ministerio, a menos que tenga esas cualidades*. Por lo tanto, el hecho de que El llamara a Pedro y a los otros es clara prueba que entendía, sabía, y reconocía que esos hombres tenían la impartición del Espíritu y, por lo tanto, tenían la vida de Cristo en ellos. Si ellos no hubieran tenido esa capacitación como un resultado de la experiencia de la conversión del nuevo nacimiento, entonces Cristo ni los habría llamado ni los habría ordenado. Una vez más, la evidencia está delante de nosotros que ellos eran realmente cristianos nacidos otra vez cuando el Señor les lavó sus pies.

Puede ser argumentado que sus comportamientos en el lavatorio de pies difícilmente eran representativos de los que poseen las características internas de la vida de Cristo. Sin embargo será visto, que no habían perdido lo que habían ganado en la experiencia de la conversión, sino habían permitido al carácter malo de la carne convertirse en el testimonio predominante en sus vidas para que el carácter de la naturaleza divina estuviera oculto y en la inercia. El hecho de que ellos estaban mostrando un espíritu pobre, en ningún momento significa que no hubieran tenido la gran conversión y no fueran hijos de Dios en esta ocasión. Sin embargo, si hubieran muerto en esta condición, habrían sido perdidos porque habían pecados conocidos que no estaban confesados y abandonados en sus vidas.

Espíritu Autorizado

Una evidencia más para ser considerada es el hecho de que Jesús los envió diciendo "sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios . . ." (S. Mateo 10:8). Ellos salieron e hicieron lo que el Salvador les había comisionado hacer. Lo que hicieron fue el resultado del Espíritu de Dios fluyendo por *medio de* ellos en servicio al necesitado. Tuvieron un maravilloso y próspero viaje misionero en todo el campo por el que pasaron, y regresaron a Jesús con regocijo en sus corazones para contarle las estupendas cosas que habían podido hacer.

Al considerar el ministerio de estos hombres, no puede haber duda de que fue el verdadero Espíritu que se manifestó por medio de ellos en esta obra. Si fue el verdadero Espíritu, entonces indica que El sólo podía obrar *por medio de* ellos si primero moraba *en* ellos, porque el Espíritu de Dios sólo puede fluir y usar a los que son primero morada de El.

Hay tres grados distintos para el trabajo del Espíritu, el orden de lo cual no puede ser cambiado y reversado. Primero, el Espíritu obra *en* la persona como el Convencedor del pecado. En esto, el Espíritu actúa desde una posición por fuera del individuo, buscando revelar su condición

perdida y sucia, y lo conduce a odiar el pecado, arrepentirse de él, y a confesarlo.

Únicamente cuando este trabajo es realizado con éxito puede el Espíritu entonces venir y, después de erradicar la vieja pecaminosidad, morar realmente en el creyente, impartirle la vida de Cristo, y de este modo, llenarlo de los atributos de Cristo.

Sucesivamente, sólo cuando la obra ha sido hecha primero *en* el creyente, y el Espíritu ha sido habilitado para llenar al creyente con su presencia, puede El actuar y hablar por *medio de* ese hombre, excepto en casos muy especiales como aquel del falso profeta, Balaám. Tan cierto como conozcamos que el Espíritu de Dios está realmente obrando por *medio de* una persona, entonces podremos saber que el Espíritu está primero que todo morando *en* ella, por lo cual sabemos que ha recibido la verdadera experiencia de la conversión y ha dado testimonio de ella con el verdadero bautismo.

No hay duda de que ese *verdadero* Espíritu obraba poderosamente por medio de los apóstoles cuando Cristo los envió a su trabajo de ministerio. Por lo tanto, tan cierto como el *verdadero* Espíritu actuaba por *medio de* ellos, entonces con *certeza* estaba el *verdadero* Espíritu ya habitando en ellos.

De este modo, la evidencia abunda que esos hombres ya eran convertidos, así que debemos concluir que cuando Jesús le dijo a Pedro, "y tú, una vez vuelto, confirma á tus hermanos", no se estaba refiriendo a la necesidad de ser nacido otra vez, porque Pedro ya tenía esa *experiencia*. El se estaba refiriendo a su necesidad de ser convertido en cuanto a sus ideas del reino concernía. Hasta que lo fuera, él ciertamente no podría y no sería habilitado para confirmar a sus hermanos.

Es muy necesario ver este punto para comprender cómo las viejas ideas y teorías, hábitos y prácticas traen la presión de tentación sobre el cristiano. Ahora que la conversión está fundada y sabemos que ellos eran verdaderamente cristianos, podemos estudiar las experiencias por las que los discípulos pasaron para nuestro beneficio y salvación.

Falso Concepto

Falsa Preparación

No hay duda de que la Biblia contiene los registros de los pecados de los hombres que fueron grandes cristianos. Sobresalientes fueron los pecados de David, Abraham, Elias, Moisés, Pablo, Pedro, y otros. En el tiempo cuando estos hombres cometieron estos pecados, *eran* hijos de Dios. Ellos *eran* cristianos nacidos de nuevo. Tenían un grande y extenso conocimiento de la Palabra de Dios y del plan de salvación. Sin embargo, cometieron pecado.

De estos hechos, los hombres y las mujeres tiene la tendencia a sacar un número de conclusiones diferentes, cada una de las cuales parecen ser lógicas en sí mismas. Lo que es más, ellas probarían ser lógicas si la premisa básica sobre la cual los argumentos estuvieran basados fuera razonable y verdadera. Esa premisa básica es la creencia de que la posesión de la mente carnal o la naturaleza mala es una de las causas de pecado en la vida. Generalmente se cree que si tú tienes la mente carnal, a menos que ella sea mantenida en completa sumisión, ciertamente pecarás, y si no la tienes, entonces no pecarás, porque se cree, que eso sería imposible.

Naturalmente, se concluye de esto que si el pecado aparece en la vida, entonces es segura evidencia de que la antigua naturaleza estaba allí todo el tiempo sólo aguardando brotar a la vida y manifestarse a sí misma otra vez. Así que, para los que piensan de esta manera, cuando Moisés golpeó con ira la roca, dio la clara prueba de que tenía todavía en él al viejo hombre. Ellos argumentan que éste había estado en acecho toda su vida y, mientras había hecho el mejor trabajo elogiado, con la ayuda de Dios mantuvo esa naturaleza mala bajo control durante esos años, pero el tiempo vino cuando ella lo alcanzó y apareció a la vista de todos.

El paso siguiente y lógico en esta clase de razonamiento es este. Moisés fue un gran cristiano. El no era solamente un profeta que caminó y habló con Dios, sino fue nombrado por el Señor para llenar la posición más importante en el mundo de ese tiempo. Si tenía la vieja mente carnal después de esos años de relación con Dios, entonces cada hijo de Dios hoy, tiene también la mente carnal, aun después de haber nacido de nuevo.

Pero, lo que ha sido pasado por alto o mal entendido es el hecho de que hay más de una avenida por la cual Satanás puede venir al individuo y causarle la caída en el pecado. Después de que la antigua naturaleza es quitada y reemplazada enteramente por la nueva naturaleza, *la posibilidad de pecar no ha sido removida del cristiano*. Dios no hace hoy, más de lo que hiciera en la eternidad pasada, quitar de un ser la capacidad de pecar. Si lo hiciera, entonces Lucifer, los ángeles santos que cayeron con él, y los perfectos Adán y Eva en el jardín del Edén, nunca habrían cometido pecado. Hay una distinción aquí que tiene que ser llevada en mente en el estudio de la Palabra de Dios y en las experiencias diarias de la vida.

Es por causa de que los cristianos pueden cometer pecado, y debido a que infelizmente han cometido pecados muy graves, que nosotros necesitamos estudiar cómo esto puede ser posible. Debemos estar enterados de cómo Satanás puede tentarnos, a fin de que detectemos su llegada y lo afrontemos con éxito.

Vidas en el Pasado

Nosotros los que vivimos en estos últimos días somos muy afortunados de tener las riquezas en experiencias de los que pasaron antes. Están las vidas de David, Moisés, Elías, Pedro, Santiago y Juan. Los detalles de sus luchas contra el poder de la tentación, de sus caídas y su recuperación, nos suministran una riqueza de información tan necesaria como para brindarnos escape de caídas y dificultades similares.

Los discípulos, al seguir a Jesús día tras día hasta la cruz y más allá, nos suministran una maravillosa revelación del problema del pecado como confronta al cristiano. Cuando estas vidas son estudiadas, sin el propósito de condenarlos, sino con la intención de aprender el camino de la victoria, los engaños de Satanás serán claros, y será posible obtener una victoria más consistente y convincente sobre sus tentaciones.

Para que el estudio de sus vidas sean de valor en conexión con el problema del pecado como se relaciona con la vida del cristiano, ellos deberán ser hombres convertidos. Es por esta razón que fueron expuestas algunas evidencias en el capítulo anterior mostrando que ellos estaban en hecho, en esta condición. Ellos eran cristianos nacidos de nuevo,

convertidos y bautizados y, más que eso, ministros ordenados del Evangelio.

Sin embargo, cuando vinieron a la cena del Señor, su comportamiento no fue lo que uno esperaría de cristianos renacidos, especialmente si es creído que en la experiencia del nuevo nacimiento el creyente recibe la verdadera naturaleza de Cristo. Ellos poseían un espíritu de rivalidad y aguda competencia que generó sospecha, orgullo, y aun odio de los unos a los otros. Su espíritu y conducta eran contrarios al de un cristiano. ¿Cómo pudo ser esto? ¿Cuál fue la causa de sus problemas? ¿Qué medios habilitaron a Satanás para entrar a ellos y producir estas cosas?

Estas preguntas son vitales.

Cuando estos hombres se reunieron y se sentaron alrededor de la mesa de la pascua, vinieron con la expectación de fundar el reino por mucho tiempo esperado. Es verdad que el tiempo había llegado cuando un gran evento en conexión con ese reino era inminente, pero existía la más seria y falsa comprensión en sus mentes en cuanto a la naturaleza de ese reino, y los eventos que acontecerían en conexión con eso.

No pueden ellos ser culpados por esa manera de pensar, porque, desde que habían venido al mundo, habían vivido en un ambiente donde la tensión y educación implacables y constantes del pensamiento, eran exclusivamente inculcar una idea, que el Mesías vendría como un rey conquistador para ponerlos libres del yugo romano.

Tan profunda y permanentemente arraigada estaba esta idea, que cuando Jesús trató durante varios años de liberarlos de estas ideas erróneas, fue incapaz de penetrar en su primera educación.

Satanás, que había instruido a Israel en este pensar todo el tiempo antes de venir Cristo, con el expreso propósito de guiarlos a rechazar y luchar contra el Mesías, tenía conocimiento de la presencia de estas ideas y teorías en los apóstoles. Su conocimiento de eso, lo habilitó para usarlo en su resuelta ventaja de traer discordia y pecado entre sus filas.

La cosa curiosa es que fue poderosamente ayudado en esto por algunos aspectos elogiables de la naturaleza de estos hombres. Uno de estos aspectos es que eran hombres entusiastas y celosos. Habían sacrificado todas las cosas por la causa de Cristo, inclusive sus negocios, sus amigos, su posición en la sinagoga, y su vida de hogar. Nada había que ellos reservaran. Realmente creían que Cristo era el Mesías y que estaba estableciendo el reino, y en esto estaban en lo correcto. Por consiguiente, consagraban todas sus energías y poder al trabajo no sólo de ayudar a edificarlo, sino en la preparación de ellos mismos para ese reino.

Nosotros sólo podemos recomendar tal espíritu de devoción en la preparación para el reino venidero. En hecho, cuanto más duro y más constantemente trabajaran en eso, tanto más debían ser elogiados por su esfuerzo.

Asimismo hoy, nosotros esperamos ver la segunda venida del Señor en el futuro cercano. Como cristianos, toda nuestra esperanza se enfoca a este evento. Nosotros anhelamos ese día, viendo en él, el fin de esta larga noche de pecado y miseria, y el inicio de la eternidad de justicia sin pecado. Cuanto más rápido llegue ese día, mejor nos sentiremos.

Nosotros entendemos que para ser parte de ese reino, debemos alcanzar cierto grado de preparación, que sólo puede ser obtenido por el diligente y continuo esfuerzo. Por lo tanto, si somos verdaderos hijos de Dios, consagraremos todas nuestras energías en la obra de preparación para ese reino. Cuanto más trabajemos diligentemente en esto, tanto más complacido será el Señor y más pronto el día vendrá. Por otra parte, en donde el hijo profeso de Dios falle en consagrar todas sus energías a esa obra de preparación, tanto más el Señor la desaprobará en el sentido que conoce que este curso costará a la persona la vida eterna.

"Velad pues, porque no sabéis á qué hora ha de venir vuestro Señor. Esto empero sabed, que si el padre de la familia supiese á cuál vela el ladrón había de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad apercebidos; porque el Hijo del hombre ha de venir á la hora que no pensáis. ¿Quién pues es el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su familia para que les dé alimento á tiempo? Bienaventurado aquel siervo, al cual, cuando su señor viniere, le hallare haciendo así. De cierto os digo, que sobre todos sus bienes le pondrá. Y si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor se tarda en venir. Y comenzare á herir á sus consiervos, y aun á comer y á beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y á la hora que no sabe, y le cortará por medio, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes" (*S. Mateo 24:42-51*).

De este modo, el Señor exige diligencia y totalidad en la obra de preparación. Los discípulos no tenían necesidad en este respecto.

La Naturaleza de la Preparación.

Pero hay un punto muy importante para ser considerado. *La naturaleza de la preparación será afectada directamente por el concepto que se tenga de la clase de reino que se espera.* Si el concepto es equivocado, entonces la naturaleza de la preparación es también equivocada. En hecho, si el concepto es equivocado, entonces cuanto más intensa es la obra de preparación, tanto más dificultad y problema tenemos en la experiencia cristiana.

Por ejemplo, nosotros sabemos que los requisitos para la entrada en el reino de Dios son requisitos de *carácter*.

Por lo tanto, cada uno que entiende esto, actuará para perfeccionar el *carácter* que va a pasar al escrutinio del juicio. Entenderá la parte que Dios solo puede desempeñar y la función del agente humano, así que procederá en armonía con estos principios y en dependencia total de los poderes celestiales. El adopta este curso de acción porque entendiéndolo correctamente lo que es requerido.

Si la entrada al reino de Dios fuera para los que en esta vida acumularan una cierta cantidad de dinero, entonces ¿no sería nuestra obra de preparación muy diferente a la del desarrollo del carácter? Entonces consagraríamos enteramente nuestras energías a la adquisición de la riqueza necesaria. Una vez más, si sólo pudieran entrar al reino los que tienen educación universitaria, entonces nosotros consagraríamos nuestro tiempo para ganar ese nivel de educación. La naturaleza de los requerimientos del reino y su entrada van a decidir la naturaleza de la preparación que haremos para esa entrada.

Esta situación es el caso, si nuestro concepto del reino y nuestra comprensión de la preparación para él son consistentes con la verdad. Pero si nuestro concepto difiere de la verdad, entonces la naturaleza de la preparación estará en armonía, no con la naturaleza real del reino y la clase de preparación necesaria para él, sino con *nuestro concepto de él*.

Así fue con los apóstoles. La verdad acerca del reino era una cosa. El concepto del reino era otra. Por consiguiente, la naturaleza de su preparación estaba en armonía con su concepto —no con la verdad. Por lo tanto, cuanto más actuaban con diligencia en su preparación, tanto más descendían en la dificultad. De este modo, Satanás pudo combinar algo muy elogiado, es decir, el celo y entusiasmo de su preparación, con la idea y teoría equivocadas, para causar el problema real, no solamente en sus experiencias sino en la iglesia de Dios de ese tiempo.

Lo Que Ellos Sabían

Únicamente había una clase de reino conocido y entendido por esos hombres. Nunca habían visto y conocido otra clase más que esta, la razón siendo que, desde que los israelitas pidieron rey semejante a las naciones que los rodeaban, no había habido otra clase de reino en la tierra diferente del que fue fundado y conservado por la espada. Ninguna paz fue obtenida y sostenida por el poder de la autoridad militar. Las personas más importantes fueron las más hábiles en las armas de guerra, o por las que fueron dueñas de vastas sumas de dinero por medio de lo cual la guerra podía ser financiada. En tal sistema, posición era el objetivo más importante. El rey ocupaba el lugar más elevado porque él era el hombre más rico en el reino, por lo general el más

hábil guerrero, y capaz de eliminar a los que conspiraran contra él, junto con aquellos en quienes suponía se planeaba lo mismo.

Esta había sido la situación en los días de los reyes de Israel; esta era la situación en el imperio romano, y ciertamente era, en sus propios días, la situación en el poder estructural de gobernar las clases en el sanedrín judío.

Era, y es todavía, dondequiera que sea hallado un sistema que desarrolle los peores aspectos de la naturaleza humana. Esto creó una ambición profana, orgullo, avaricia, odio, celos, y condujo al homicidio, extorsión, y otros males. Sin embargo, cuando Cristo vino a esta tierra, no había otro sistema en ningún gobierno, y desde entonces en los gobiernos terrenales no ha habido otro sistema. Por lo tanto, los discípulos no conocieron otro sistema que este y, por consiguiente, sólo podían pensar en términos del reino venidero que se establecería por estas líneas.

A causa de esto, como asunto de curso, enfocaron su obra de preparación para ese reino a lo largo de líneas de su imaginación de lo que ese reino sería. En reinos terrenales, posición era la cosa más importante. Cuanto más alto pudiera uno escalar, tanto más grande su poder, prestigio, importancia e influencia. Eso era la cosa más deseada en reinos terrenales, y, si el reino de Cristo iba hacer establecido a lo largo de estas líneas, entonces en ese reino, iban a ser buscadas y deseadas las cosas idénticas.

Cada Uno por lo Más Alto

Así que cada uno de los apóstoles se empeñaba en asegurar a sí mismo la más alta posición en el reino. Esta fue la determinación de Pedro, pero mientras buscaba elevarse a sí mismo a ese nivel, fue muy consciente de que Juan, Santiago, y el resto estaban empeñados en el mismo curso decisivo. Este espíritu *competitivo* no podía ayudarlos sino generó en ellos, aun cuando eran cristianos nacidos *de nuevo*, ciertos males acumulativos. Los términos de esta declaración debe ser observada por lo que es, no por lo que ella no dice. Confirma que mientras el espíritu *acumulativo* estuviera allí, el resto sería inevitable, aun cuando ellos fueran cristianos nacidos otra vez.

Esta es la verdad. Sin embargo, no es verdad decir que porque ellos tenían un concepto equivocado, tenían un espíritu erróneo dentro de ellos. Si ellos hubieran aprendido como nosotros debemos aprender, al estudiar sus reacciones en una situación dada, a fin de reconocer las primeras tendencias de un espíritu erróneo desarrollándose, entonces aun cuando ellos no pudieran haber entendido las ideas y teorías equivocadas a través de las cuales Satanás buscaba desarrollar el espíritu erróneo, podrían haber sido libres todavía del espíritu malo y de este

modo libres del pecado. El hecho de que la idea y concepto equivocados existan no es la garantía de que el cristiano peca. Pero en el momento que se permite que un espíritu de competencia gobierne en la vida, entonces el resto es inevitable. En la vida de esos hombres, el espíritu de competencia estaba presente y, de este modo el resto siguió, cada mal edificando sobre el anterior.

El primero de estos males sería el espíritu de temor. Cuando Pedro aspiró al lugar más alto en el reino, hubo el temor real de que él fuera dejado rezagado en la carrera por Juan, Santiago, o uno de los otros. Ese temor lo condujo a vigilar a sus compañeros con estrecho escrutinio para que no ganaran una ventaja sobre él. Todo movimiento hecho por los otros fue sospechado por Pedro de tener algún motivo o intención ulterior. De este modo, el temor maduró en intenso recelo aun acerca de Cristo, porque, cualquier favor supuesto mostrado a cualquiera de los otros apóstoles, sería sospechado como una indicación de que ese sería elegido encabezando a los otros para el puesto codiciado en el futuro.

Fuera de todo esto, allí se desarrolló en ellos males como envidia, celos y orgullo, que a su tiempo generó odio. Sin duda, estas cosas estaban realmente en esos hombres cuando se reunieron para la cena del Señor, aun cuando ellos eran cristianos nacidos de nuevo y ministros ordenados del Evangelio. Todo esto está confirmado en las palabras siguientes:

"Estas palabras significaban más que la limpieza corporal. Cristo estaba hablando todavía de la purificación superior ilustrada por la inferior. El que salía del baño, estaba limpio, pero los pies calzados de sandalias se cubrían pronto de polvo, y volvían a necesitar que se los lavase. Así también Pedro y sus hermanos habían sido lavados en la gran fuente abierta para el pecado y la impureza. Cristo los reconocía como suyos. Pero la tentación los había inducido al mal, y necesitaban todavía su gracia purificadora. Cuando Jesús se ciñó con una toalla para lavar el polvo de sus pies, deseó por este mismo acto lavar el enajenamiento, los celos y el orgullo de sus corazones. Esto era mucho más importante que lavar sus polvorientos pies" (*£/ Deseado de Todas las Gentes*, págs. 602, 603).

De este modo es claro que cuando estos hombres vinieron al aposento alto para participar de la pascua con el Salvador, tenían dentro de ellos, un espíritu que los privaba de entrar en una estrecha relación con El. Ese espíritu era el enajenamiento, celos y orgullo que sucesivamente habían motivado disensión y odio. Era de esto que ellos necesitaban limpieza, y fue de eso que Jesús los limpió, excepto Judas, en el lavatorio de pies.

Esos problemas fueron generados, no porque ellos fueran esclavos de la mente carnal, sino porque Satanás pudo pervertir los poderes de

sus naturalezas humanas a través de sus ideas y teorías equivocadas. Así fue con los discípulos después del Pentecostés cuando surgió el problema entre los griegos y los hebreos. Así será con todo hijo de Dios que no entiende ni cierra las avenidas de la tentación a través de las cuales el enemigo puede venir todavía al cristiano convertido.

Perversión

Los discípulos llegaron al aposento alto con orgullo, celos, y aun odio dentro de ellos. Al mismo tiempo, ellos eran cristianos nacidos de nuevo. Es el corazón mismo del mensaje por el que este escritor se establece, que la conversión implica la erradicación, no en parte sino total, del espíritu malo de orgullo, odio y celos, para ser reemplazado por el dulce espíritu de humildad, amor y confianza. Los que entienden que sostienen esta posición, y que al mismo tiempo se percatan de que estas cosas aparecieron en hombres como los apóstoles, inmediatamente se preguntan cómo podía esto ser posible. Si el odio, orgullo, y el celo habían sido removidos, entonces, ¿cómo podía aquello que no estaba más allí, aparecer otra vez en la vida?

Esta es una pregunta razonable, y, como previamente se notó, ha inducido algunos a tomar posiciones erróneas, de lo cual lo principal es la idea de que la aparición de estas cosas en la vida de la persona después de haber sido nacida de nuevo, es clara prueba de que no fueron erradicadas en la conversión, sino suprimidas y controladas hasta tal tiempo cuando tuvieron la oportunidad de declararse otra vez.

Es natural que se llegue a esta conclusión. Además, sería muy correcto, si la vieja mente carnal, que es el espíritu de la descendencia de Satanás en la vida, fuera la única fuente de pecado. Pero no la es. Lo que ha sido pasado por alto por los que toman esta posición, es que existe una vasta posibilidad de pecar en la naturaleza *humana* del hombre, sea que la naturaleza esté todavía profana como lo será hasta que Jesús venga, o que ella sea santa como en el caso de nuestros primeros padres en el jardín del Edén.

Es necesario hacer una distinción entre pecado como *parece tener* su inicio en la vida del inconverso, y el comienzo original del pecado. En el inconverso, el pecado parece tener su origen en una condición existente de pecaminosidad en el individuo. Actos aborrecibles fluyen

porque ya está el *espíritu* de odio dentro del hombre. El actúa orgullosamente porque él *es* orgulloso.

Un Origen de Su Particular

Pero esa condición pecadora tuvo que tener un origen de su particular. ¿De dónde vino? Esta es una pregunta digna de cuidado y seria consideración. Primero los conceptos tenderían a concluir que, cualquier origen que esta pecaminosidad tenga, tiene que ser algo aparte de Dios e independiente de El, porque es verdad que el Señor no puede en ninguna manera tenerse responsable por el mal que hay en el mundo hoy.

Esto es estricta verdad, sin embargo, sacar la conclusión de que el pecado tiene un origen totalmente aparte de toda cosa que Dios ha traído a la existencia, es suponer que hay otro creador —otro dador de vida. Es concluir que uno de estos dos creadores, a saber Dios, creó toda cosa que es buena, justa, pura y hermosa, mientras que el otro creador apareció en la escena para introducir una obra a su manera que era solamente mala, injusta, impura, y fea. Si esto hubiera sido así, entonces estaría bien ilustrado en el cuadro de un hombre plantando un campo con buena semilla, después de lo cual otro hombre entra a la caída de la noche y siembra semillas de espinos y cardos en el terreno, como en la parábola del trigo y la cizaña.

En el primer caso, Cristo no estaba enseñando en esta parábola que hay dos creadores diferentes. Estaba hablando de la situación en un mundo donde pecado y justicia ya están en existencia. Debido a que el pecado está presente, el enemigo puede sembrar sus semillas donde el Señor siembra justicia. Ciertamente la iniquidad existe aquí como existe también los espinos y los cardos, pero habrá un tiempo cuando ninguno de estos males han de ser hallados. Por lo tanto, no debieron tener un comienzo y un iniciador, porque no pudieron ni podían emanar de ninguna parte.

Una cosa que todo los cristianos aceptarán como la verdad es que Dios no creó el pecado como *tal* y lo puso sobre la tierra. Su evaluación reiterada cada día de la obra creadora era que ella era buena en gran manera. Dios llamó a la existencia sólo aquello que es hermoso, digno y justo. Ningún mal vino de su mano como una acción directa de creación, ni El es en ninguna manera responsable del mal que es el curso de vida en este planeta.

El Segundo Creador

Tampoco ha habido un segundo creador; un segundo dador de vida. Dios por medio de Cristo es el único. "Todas las cosas por él fueron

hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fué hecho" (*S. Juan* 1:3). "Porque por él fueron criadas todas las cosas que *están* en los cielos, y que *están* en la tierra, visibles é invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fué criado por él y para él" (*Colosenses* 1:16).

Por lo tanto, Lucifer no *creó* el pecado. Puede ser dicho que él lo *introdujo* pero él no lo *creó*. Entonces viene la pregunta: si Dios no creó el mal como tal, y no hubo otro creador para traerlo a la existencia, ¿cómo halló su origen el pecado?

La respuesta es que él halló su origen en la justicia, porque simplemente no había otro lugar. Al principio, esta idea puede ser difícil de aceptar, porque es claro que pecado es en todo opuesto a la justicia. Uno es guiado a preguntar cómo algo tan diferente podía venir de lo que es completamente opuesto.

Pero cuando es reconocido que todo pecado no es más que *perversión* de lo que es bueno, entonces llega a ser claro dónde el pecado halló su origen. Eso es lo que el pecado es. Es la *perversión* de aquello que es bueno. Dios creó lo bueno, pero Satanás lo *convirtió* en algo mortal y completamente diferente.

Para remediar este problema necesita ser simplemente recordado que toda cosa puede ser usada para bien o para mal. Piénsese en las maravillosas invenciones de explosivos, películas, radio, televisión, imprenta, y muchas otras maravillas. Entonces considérese qué males han llegado a ser estas cosas, porque ellas simplemente han sido pervertidas para un uso directamente opuesto a lo que el Señor quería. Dios dio al hombre todas estas invenciones con el deseo de que debieran ser usada para su bendición y edificación, pero Satanás confirma que ellas han sido pervertidas para el uso equivocado y destructivo.

Buenas como puedan ser las ilustraciones anteriores, no son suficientemente amplias, porque en ninguno de estos casos la naturaleza presente de la invención es cambiada. Por ejemplo, la imprenta puede imprimir toda clase mala de literatura, y luego inmediatamente cambiarla para producir la Palabra santa de Dios. Pero cuando los poderes justos dentro del cristiano se convierten en un *espíritu* malo, ellos no pueden ser cambiados en algo bueno.

Una ilustración perfecta de esto es un racimo de buenas uvas. Este es un don de Dios al hombre para su bendición y salud. Pero las uvas son con frecuencia convertidas en vino tóxico. Este es un terrible destructor. Es la perversión de la cosa original que era buena. Además, ningún hombre puede hacer vino, a menos que él tenga las buenas uvas para iniciar con ellas. Pero una vez las uvas son convertidas en vino, es imposible obtener nuevamente las uvas puras, dulces y saludables. Ellas son perdidas para siempre. La única solución es botar el

vino y obtener un abastecimiento fresco de uvas de la cosecha siguiente.

Todo poder es dado por Dios al hombre para su bendición y progreso. Pero cada poder puede ser pervertido con el mal uso, como en el caso de las invenciones mencionadas antes, o con una forma equivocada, como en el caso de las uvas. Asimismo, el amor puede ser convertido en odio, aunque el odio nunca puede volver al amor. Por lo tanto, cuanto más poderosa y grande es la provisión de amor de Dios en la persona, tanto más grande es la posibilidad del odio violento.

En el Converso

Puesto que el hombre convertido tiene en sí mismo la justicia que viene a él como un don de Dios, entonces ciertamente tiene el potencial del cual el mal puede aparecer, por perversión. No hay momento en esta vida cuando nosotros podamos decir en complaciente confianza que la lucha terminó, y todo riesgo ha desaparecido. De este modo, no puede existir tal doctrina como la de ya estar salvo, y siempre salvo. Simplemente no es así.

Ni tampoco significa que aunque la disposición mala o espíritu de odio ha sido quitado de la persona en la conversión, nunca puede reaparecer en la vida. La posibilidad de eso está siempre allí, pero no en el sentido de un "gigante adormecido" sólo esperando la oportunidad de levantarse y destruir. Es una posibilidad allí ya contenida en lo bueno. Eso bueno puede ser *desviado* hacia una dirección equivocada para convertirse en pecado en el peor grado.

Odio

Este punto necesita ser todavía ilustrado para hacerlo claro. Tales ilustraciones tienen que comenzar en las más simples formas, así que comenzaremos con el odio. Cuando una persona es verdaderamente convertida entonces "El amor reemplaza al odio . . ." (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 355). Estas palabras son muy claras. Una cosa es desalojada para hacer espacio para la otra. El odio se ha ido, el amor toma su lugar. Donde el primero estaba, ahora el segundo es fundado. Es concluido por muchos que si esto es verdad, entonces sería imposible para esa persona continuar odiando a otro. No estaría en ella el hacerlo.

Pero ahora debemos preguntar: ¿Qué clase de odio es quitado y qué clase de amor toma su lugar? Esta pregunta es altamente pertinente a la luz de la conocida cita del libro *El Camino a Cristo* página 107, que dice lo que sucede a las personas que realmente nacieron de nuevo. "Aman ahora las cosas que en un tiempo aborrecían, y aborrecen las cosas que en otro tiempo amaban".

Por lo tanto, la vida cristiana es una de amor y *aborrecimiento* como fue la vida de Cristo, y como es por lo tanto la vida de Dios. El ama y *abhorrece*. Este es el claro testimonio de la Escritura. Hablando de Cristo ella dice, "Has amado la justicia, y *abhorrecido* la maldad" (*Hebreos 1:9*).

Eso que Dios, Cristo, y el Cristiano aman y aborrecen, es un hecho del cual tiene que sacarse conclusiones. Estas conclusiones tienen que ser precisas. Por ejemplo, puede ser concluido que el acto de conversión no es la erradicación del odio, sino simplemente su reexpedición. Esta es la teoría corriente de conversión en la mente de la mayoría, pero esta no es la verdad. Los términos de la Escritura no pintan un cuadro de Jesús reexpidiendo el odio pecaminoso, sino de la *limpieza de él* para que eso no esté más allí. Para verificar esto, una clara cita se encuentra en *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 603. "El orgullo y el egoísmo crean disensión y odio, pero Jesús *se los quitó* al lavarles los pies".

Si el odio es lavado de la persona en la conversión, entonces no está más allí para ser erradicado, y para esto hay buena razón. El aborrecimiento presente en el inconverso, es una perversión de algo bueno y es por lo tanto, malo en naturaleza. Este odio nunca puede ser justicia y nunca puede aborrecer pecado. Es el vino destructor, y no puede ser usado para ningún buen propósito.

Cuando este odio está presente, es dirigido contra el pecador, no contra el pecado. El pecado en otro es solamente aborrecido cuando causa sufrimiento, inconveniencias y pérdidas a otras personas inconversas. En aquellos para los que el pecado promete ganancia, él es excusado y aun apoyado.

Este aborrecimiento hacia el pecador en vez del pecado, es intensificado en aquellos que lo poseen en proporción directa al grado que los priva de bienestar y seguridad. Por lo tanto, es enteramente *egoísta* y de un carácter que el Señor nunca puede aceptar o bendecir. Por esta razón, esta clase de odio nunca puede ser usado por Dios, porque su naturaleza es enemistad contra Dios, y nunca puede ser sujeto a su ley y mandamientos.

El carácter de odio que Dios y la persona realmente convertida tienen es uno que aborrece al pecado *debido a lo que él es*, no es simplemente porque es inconveniente o doloroso a nosotros personalmente. Este aborrecimiento es uno de origen divino, mientras que el otro es de origen satánico en cuanto a nuestra vida se refiere, aunque sus primeros comienzos fueron, por supuesto, una perversión de los poderes otorgados por Dios a sus criaturas de quienes Lucifer fue el principal.

Aborrecer al pecado es ser semejante a Dios. Es una cualidad de vida para ser apreciada y desarrollada, porque tanto más aborrezcamos el pecado como lo es en su espíritu, naturaleza y esencia, tanto mejor será para nosotros. Este es un poder dado por Dios. El es justicia.

Satanás está bien enterado de esta característica en el individuo que ha encontrado su paz en Dios, y ve en eso la materia prima de lo cual podemos desarrollar el odio que él desea que el cristiano tenga. El se deleita en convertir lo bueno en malo.

Lo que Dios planea que nosotros hagamos, es odiar al pecado pero amar al pecador. La dificultad de hacer esto consiste en el hecho de que el pecado está tan identificado con el pecador, que él comienza a dirigir mal el odio, al pecado y al pecador y al final, más particularmente al pecador. Esta es una perversión del aborrecimiento del pecado lo cual es justicia que el Señor ha instalado en los que son sus hijos.

Para complicar más los asuntos, ninguno de los hijos de Dios ha sido liberado de la flaqueza de la caída naturaleza humana, ni de las muchas ideas y teorías equivocadas adquiridas en la escuela del príncipe de las tinieblas. Entre los más fuertes impulsos de la naturaleza humana, está la ley de la conservación propia que es rápida para discernir el efecto del pecado en nuestro propios intereses. Cuando es visto que lo que hace la otra persona nos roba lo que tenemos, dinero, reputación, honor, posición, tiempo, salud o amigos, entonces la tendencia natural del espíritu humano es levantarse en resistencia. Sucesivamente esto nos induce a considerar con desconfianza las intenciones y motivos de uno que, o está pecando o imaginaba estar pecando contra nosotros.

Precisamente allí, Satanás está para desviar nuestra atención del pecado y dirigirla al pecador, y a lo que él nos está haciendo personalmente. Lo que Dios quiere que nosotros hagamos es que confiemos en su protección y provisión, que por amenazas que la otra persona haga, no nos preocupe ni nos inquiete. Dios quiere que la atención sea enfocada al pecado en sí mismo, para ver en la otra persona con asombro y compasión lo que el mal está haciendo en ella y por medio de ella. Esto engendrará ese odio mismo por el pecado y ansia el amor para el pecador que Dios manifiesta. Entonces, semejante a Dios, nosotros haremos cualquier sacrificio para salvar al pecador de su iniquidad.

La Posibilidad Está Allí

Tiene que ser claramente visto que en el cristiano nacido otra vez existe un odio justo que el enemigo puede pervertir en odio injusto. Este odio una vez pervertido, no es el mismo como era antes. Su naturaleza es cambiada de buena a mala. El odio de Dios para con el pecado es edificación, salud y bendición. Sus efectos son sanos y buenos. Pero el odio contra el pecador, dirigido a causa de una respuesta personal por nuestra parte, es venenoso, destructor para nosotros mismos y a los que están dentro del círculo de nuestra influencia, y motiva acciones de venganza.

Una vez son cambiados los poderes justos dentro de la persona a este odio destructor y venenoso, ellos no pueden ser más convertidos en justicia de lo que el vino puede ser convertido en buenas uvas. La única manera es que sea erradicado y sea reemplazado por el precioso amor de Dios que aborrece el pecado pero ama el pecador.

Es necesario comprender que todo don de Dios lleva en él una tremenda responsabilidad. Los que no reconocen el peligro y no dan los pasos inteligentes para guardarse de él, ciertamente estarán en dificultad. Recuérdese que cuanto más posea el cristiano la justicia de Dios, tanto más grande es el poder para ser desviado al mal uso, si él vuelve su espalda a la verdad. Satanás sabe bien las posibilidades, y vigila para tomar la mayor ventaja de ellas. Permanezca el pueblo de Dios bien enterado de la naturaleza de este problema y proceda a dar tales pasos contra ella, mientras priva enteramente Satanás de esta oportunidad.

El Rey Hoy

En el punto que se acaba de tratar ha sido visto que los discípulos, en la ocasión cuando llegaron a la cena del Señor, eran realmente hombres convertidos y, en adición, ministros ordenados del Evangelio, a pesar del hecho de que su comportamiento no fue tal como el que uno esperaría de los que han sido renacidos. Fue también visto que las viejas ideas, teorías, hábitos y prácticas, fueron una fuente real de dificultad, porque sus conceptos equivocados del reino venidero los indujo a hacer falsas preparaciones para él. Finalmente, el hecho mismo de que ellos tenían los poderes de la naturaleza humana, incluso los de la naturaleza justa, significaba que tenían dentro de ellos un potencial para mal, porque todo pecado no es sino la perversión de lo que es puro y bueno.

Por lo tanto, cuando los apóstoles llegaron al aposento alto, trajeron dos cosas por las cuales y en las cuales el diablo podía actuar, aun cuando, debido a que habían sido liberados de la presencia y poder de la antigua mente carnal, no podía mantenerlos más como sus esclavos. Esas dos cosas eran las ideas y teorías equivocadas de las cuales ellos no habían sido liberados, y la naturaleza humana en la que está el espíritu humano. La referencia al espíritu humano incluye todos los sentimientos naturales de la naturaleza humana y vida —emociones de esperanza, temor, chascos, frustración, desánimo, autoprotección, alegría y resolución. Estas cosas en ellos no son malas o dañosas, pero ellas pueden ser agitadas para actuar en una falsa dirección. Además, en el individuo caído y degenerado viviendo después de la traición de Adán y Eva a las sagradas obligaciones, esos aspectos del espíritu humano se inclinan más hacia al mal que a lo bueno, exactamente como el terreno sobre el cual ahora cultivamos nuestro alimento, produce más fácil espinos y cardos que repollos y zanahorias.

El objeto del estudio de Satanás es convertir los poderes del espíritu humano en un espíritu malo. El desea producir de ese espíritu humano

los malos atributos de orgullo, celos, odio, y otros por el estilo, exactamente como lo hizo con los discípulos, aun cuando ellos estaban convertidos. El puede hacer esto, y tristemente tiene demasiado éxito.

El conocimiento de que él puede pervertir estos poderes, puede ser todavía un problema para muchos. Nosotros recordamos que en la experiencia del nuevo nacimiento, la liberación de la esclavitud del pecado incluía la erradicación del odio, orgullo, celos, y otros males que se han desarrollado en la vida humana. Si estas cosas fueron quitadas en esa ocasión, entonces cómo ellas pudieron aparecer de nuevo y, si lo hicieron, ciertamente esto podría significar que la esclavitud misma vuelve otra vez. Si esto es así, ¿entonces cómo puede ser la condición cristiana diferente de la del incrédulo?

Esta línea de razonamiento no es buena, porque se llega a un problema genuino. Esta es una cuestión que debe ser entendida, pero desafortunadamente, muchos han sacado falsas conclusiones de estos hechos. La mayoría concluye que la aparición de estas cosas en la vida es debido al hecho de que en ellos mismos no ha habido ningún cambio real en la experiencia de conversión más allá de un cambio de lealtad y actitud mental. Ellos concluyen que es imposible para el ser humano obedecer los mandamientos de Dios siendo todo el tiempo amorosos, pacientes y bondadosos, así que la única esperanza de salvación es tener a alguien que obedezca la ley por ellos así como Cristo pagó la culpa por ellos. Esta justicia es solamente una experiencia vicaria y no una real.

Lamentablemente, argumentando desde los hechos del problema a estas conclusiones, conduce a posiciones que niegan el maravilloso poder y verdad del Evangelio. Es verdad que cada uno de los hijos de Dios puede obedecer la ley, y se exige que todos la obedezcan.

El Problema de Esclavitud

Pero, aun cuando es posible para todos los hijos de Dios vivir una vida perfecta y sin pecado, generalmente hablando ellos fracasan en llevarlo a cabo. Cuando se comete el pecado, la cuestión de lo que su condición ahora es, los confronta. Por lo general, la conclusión es que ellos han regresado a la condición misma como era antes de ser renacidos. Esto fue lo que Pedro pensó cuando, en el lavatorio de pies, Jesús le reveló la pecaminosidad que manchó su vida en ese momento. Tan pronto como sus ojos fueron abiertos para verse a sí mismo, entonces le imploró a Cristo que lo lavara totalmente; cabeza, manos y pies. Esta era una petición de una renovación del bautismo. La hizo porque pensó que había vuelto a la condición idéntica en la que había estado antes de ser inicialmente bautizado.

Sin embargo, el Salvador no estuvo de acuerdo con la idea de Pedro.

Le dijo que no había necesidad de un segundo bautismo, sino solamente el lavamiento de pies. Cuando los discípulos aceptaron eso, entonces El les declaró que ellos estaban limpios en todo. De los dos, Cristo tenía el entender correcto. El hizo claro para siempre que el rebautismo no es necesario todas las veces que una persona cae en pecado por la manifestación de un espíritu malo y las malas acciones asociadas. De este modo, Cristo confirmó que el creyente no retorna a la condición misma cuando cae en pecado como era antes de ser convertido en el primer caso. Tampoco la obra simbolizada por el bautismo es la solución para el cristiano que ha caído en pecado, sino la simbolizada por el lavatorio de pies.

La comprensión de este punto salvará de muchísima confusión, y frustrará los esfuerzos del acusador por inducir el alma a rendirse a sus engaños. Ciertamente es algo que no es generalmente entendido, y yo he experimentado dificultad al ayudar a la gente a verlo. No obstante, una vez la luz es percibida, trae gran alivio a las almas tentadas y coloca sus pies en la senda de victoria como nunca antes.

Generalmente hablando, las personas tienden, como lo hizo Pedro, a creer que han tomado plena posesión de la mente carnal otra vez, y son como ellos eran antes del bautismo. Contempla la experiencia de Adán en el Edén. Pecó una vez, y al hecerlo, en el instante pasó del reino de Dios al de Satanás. Se concluye, por lo tanto, que si un cristiano peca, asimismo él debe pasar inmediatamente del reino de Dios al reino de Satanás. Pero esto no es así, porque hay una diferencia muy importante entre la posición de Adán en el jardín del Edén y de la posición del cristiano después de eso.

Antes de ver la explicación de lo que la diferencia es, se dará más prueba para confirmar que una persona no vuelve a la condición de su bautismo previo cuando halla un espíritu malo formándose de la perversión de sus poderes de justicia. Considérese cuidadosamente el contenido de la declaración siguiente.

"Estas palabras [si no te lavare, no tendrás parte conmigo] significaban más que la limpieza corporal. Cristo estaba hablando todavía de la purificación superior ilustrada por la inferior. El que salía del baño, estaba limpio, pero los pies calzados de sandalias se cubrían pronto de polvo, y volvían a necesitar que se los lavase. Así también Pedro y sus hermanos habían sido lavados en la gran fuente abierta para el pecado y la impureza. Cristo los reconocía como suyos. Pero la tentación los había inducido al mal, y necesitaban todavía su gracia purificadora" (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 602, 603).

Esta oración —*Cristo los reconocía como suyos*— revela claramente que aun cuando esos hombres habían sucumbido a la tentación y Satanás pudo tener éxito una vez más al despertar en ellos un espíritu malo, Cristo los reconocía *como siendo todavía sus hijos* y sus discípulos. Si

ellos hubieran pasado bajo el dominio de Satanás cuando pecaron, entonces Cristo habría tenido que reconocer que ellos pertenecían al diablo. El sólo puede hablar la verdad y nada más que verdad. Por lo tanto, todo lo que reconocía como suyo, era así. Ciertamente así como reconocía a esos hombres pecadores ser sus discípulos o hijos, ellos eran eso todavía.

De igual manera, era común al Señor referirse continuamente a Israel como "mi pueblo," aun cuando ellos habían dejado de obedecerle perfectamente y estaban comenzando a entrar en un pecaminoso curso de acción. La Biblia está llena de evidencias de que Dios no consideró que su pueblo volvía a la condición de esclavitud bajo el control de Satanás en el momento que cayeron en pecado, aun cuando es igualmente claro que Adán y Eva sí.

Suficiente evidencia es contenida en lo que ya ha sido citado para mostrar que un hombre convertido no pasa bajo el dominio del pecado cuando cae en tentación como Adán y Eva. Justamente así, esos discípulos, aun cuando Satanás había generado en ellos un espíritu malo, eran todavía hijos de Dios. No estaban bajo la servidumbre real de Satanás.

Una Cuestión de Quién Es Rey

Estas evidencias establecen el hecho de que el cristiano no retorna al estado de iniquidad y servidumbre en el que estaba antes de convertirse en hijo de Dios. Pero no es suficiente *conocer* que eso es así. Es también necesario *comprender* cómo y por qué es así.

De una manera importante y significativa, la posición de un cristiano es diferente de la de Adán antes que cayera. Si no fuera así, entonces nosotros seríamos hijos de Dios en un momento, y en el momento siguiente, regresaríamos a la familia de Satanás. Entonces, todas las veces que pecáramos y nos arrepintiéramos otra vez, tendríamos que ser rebautizados. La diferencia entre la posición de Adán y la nuestra está expuesta claramente en la declaración siguiente.

"Si hemos renunciado al yo y nos hemos entregado a Cristo, somos miembros de la familia de Dios, y todo cuanto hay en la casa del Padre es nuestro. Se nos ofrecen todos los tesoros de Dios, tanto en el mundo actual como en el venidero. El ministerio de los ángeles, el don del Espíritu, las labores de los siervos, todas estas cosas son para nosotros. El mundo, con cuanto contiene, es nuestro en la medida en que pueda beneficiarnos. Aun la enemistad de los malos resultará una bendición, porque nos disciplinará para entrar en los cielos. Si somos 'de Cristo', 'todo' es nuestro. (1 Corintio 3:23, 21).

"Por ahora somos como hijos que aún no disfrutan de su herencia. Dios no nos confía nuestro precioso legado, no sea que Satanás nos

engañe con sus artificios astutos, como engañó a la primera pareja en el Edén. Cristo lo guarda seguro para nosotros fuera del alcance del despojador. Como hijos, recibiremos día tras día lo que necesitamos para el presente. Diariamente debemos pedir: 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy'" (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, págs. 94, 95).

En el Edén, antes que cualquier hijo fuera nacido, Adán era el rey, Eva era la reina, y juntos sumaban toda la población humana de la tierra. Ellos sostenían este dominio bajo Dios y Cristo quienes eran Reyes de reyes y Señores de señores. A pesar de este vasallaje, se requería solamente que se efectuara una conquista del rey y de la reina para Satanás ganar posesión entera de ellos y del mundo que les pertenecía. Por esta razón, sólo se requería un fracaso de su parte para entrar plenamente en la familia de Satanás.

Pero, la situación es diferente hoy. Un poderoso Campeón ha entrado al escenario y ha derrotado completamente a Satanás. Cristo ha recuperado el dominio perdido, y El es ahora el Rey. Pero con sabiduría, El no devuelve el reino a nuestras manos así como estaba en las manos de Adán "no sea que Satanás nos engañe con sus artificios astutos, como engañó a la primera pareja en el Edén. Cristo lo aguarda seguro para nosotros fuera del alcance del despojador. Como hijos, recibiremos día tras día lo que necesitamos para el presente". Por lo tanto, para que Satanás reobtuviera el pleno control de nuestra vida, *el tendría que derrotar a Cristo*. El no puede hacer esto. Cristo es invencible. La otra y única posibilidad que tiene es separar al cristiano de Cristo, a fin de que sea despojado de protección y, de este modo, ser recapturado. Pero esto no viene a ser fácil. Toma mucho tiempo efectuar esta separación.

Para ilustrar el punto anterior, supóngase que a un joven se le ha conferido un millón de dólares en el testamento de su tío. Esta es una tremenda cantidad de dinero. Cualquiera con esa cantidad de dinero invertido al diez por ciento, nunca necesitaría trabajar otra vez. Le daría una ganancia de cien mil dólares por año sin tocar el capital.

Este joven se alegró demasiado con esta bendición pero, no teniendo buen juicio, se dirige al banco y retira la cantidad total del dinero, lo pone en su carro, y parte lejos. Pronto él es atacado por un ladrón que le quita el dinero. Sólo después de un robo, ¿cuánto dinero le quedó? ¡Nada! Semejante a Adán en el Edén, él ha perdido todo en un simple encuentro.

Pero, imagínese que el tío que tenía una clara evaluación de la carencia de sabiduría de su sobrino, decreta en el testamento que la máxima cantidad que el joven podía retirar en un día era sólo \$100.00. Aunque no contento con la restricción, el beneficiario no tiene opción. Así que, él va al banco y retira la limitada cantidad estipulada. El ladrón lo detiene y lo despoja de todo lo que tiene, ¿pero cuánto ha perdido él en esta ocasión? Ha perdido solamente una pequeña porción de la canti-

dad total. La pérdida sería tan poca, en comparación con el dinero que hay todavía en el banco. El día siguiente, él podría regresar para el otro suministro, siendo cuidadoso en esta ocasión de darle al ladrón oportunidad de quitarle su tesoro. Esta es la situación en la que el cristiano está hoy.

Al mismo tiempo, no se niega que cuando el cristiano cae, Satanás ha ganado una victoria, pero ella es una victoria sobre el cristiano, no sobre Cristo. Esto significa que el corazón del reino está todavía seguro y que nosotros no hemos sido tomados prisioneros. Una incursión de frontera ha sido efectuada, nada más. Es esencial que el creyente remedie esto por la confesión de pecado, y entregue el problema en las manos del Salvador para expulsar al intruso y restablecer la limpieza total en la vida.

De este modo, aunque los apóstoles vinieron a la cena del Señor con esos desafortunados males en ellos, no habían dejado de ser hijos de Dios. Cristo los reconocía todavía como suyos. El enemigo había roto la defensa y ubicado sus fuerzas dentro del reino, pero no había destruido la capital. Ella estaba todavía segura y, en ella, Cristo era el Rey. Esta no era una situación fácil de Cristo soportar. Había necesidad de expulsar al invasor. Una limpieza se requería, y Cristo procedió inmediatamente a realizar esto.

El Principio de la Semilla

La verdad de que un cristiano no vuelve a la condición misma de servidumbre satánica como era su condición antes de la conversión, es muy importante. Cada uno debe conocer dónde se encuentra y cómo volver al Salvador cuando es sorprendido por una falta. De otra manera, se le da al enemigo grande ventaja en el conflicto. A pesar de la importancia del asunto, hay algunos que hallan mucha dificultad de entenderlo. Por esta razón, aun cuando las evidencias presentadas antes son adecuadas para establecer el punto, más será todavía agregado. Ha sido hallado que los principios contenidos en la siembra de la semilla ha capacitado a algunos para ver esta verdad, que de otro modo no pudieran comprenderla.

Un concepto general es que cuando una persona es limpia a través del arrepentimiento, confesión y perdón, el Espíritu Santo viene y mora en él, pero cuando ella peca y se convierte en impuro por eso, el Espíritu Santo se retira otra vez. Esto no es exactamente verdad. Un conocimiento más exacto de la obra del Espíritu Santo es requerido.

Las Escrituras hablan de Cristo morando *en* el creyente.

"A los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es *Cristo en vosotros* la esperanza de gloria" (*Colosenses 1:27*).

"Que habite Cristo por la fe *en vuestros corazones . . .*" (*Efesios 3:17*).

"Hijitos míos, que vuelvo otra vez á estar de parto de vosotros, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (*Gálatas 4:19*).

Yo me esforzaba continuamente por resolver esta verdad de Cristo morando *en* mí y en todo cristiano hasta que comprendí el principio de la semilla. En mi mente estaba el cuadro de Cristo como una persona descendiendo del cielo y realmente entrando en el cuerpo humano. ¿Pero, cómo El podía estar en el cielo y en el creyente al mismo tiempo? Además, ¿cómo podía El estar simultáneamente en mí y en miles de otros creyentes también? ¿Se dividía El mismo en muchos fragmentos y ponía un pedazo en cada persona, o era nada más que una figura de lenguaje?

Hoy no es más un problema. Cristo Jesús habita *en* cada creyente, no personalmente, porque la Persona de Cristo está en el cielo. El habita en cada uno por la implantación de su simiente.

En el jardín del Edén, Dios estableció la ley que la transmisión de toda vida fuera por el principio de la semilla. Hasta hoy esa ley permanece inalterable. Toda planta, árbol y criatura transmite su vida por implantación de semilla que después produce su propia especie. Para la multiplicación de la raza humana, se le dio a Adán el poder de ser el portador de simiente, y fue el propósito de Dios que todo hijo de Adán viviera eternamente. Por este medio, Adán iba a estar en cada uno de sus hijos. El podría y estaría en ellos aun cuando estuviera separado como otra persona o individuo.

Pero a través del pecado, Adán perdió el poder para ser un portador de simiente para vida, y en cambio llegó a ser un transmisor de muerte. Esto condenaba la raza humana a destrucción, a menos que otro portador de simiente pudiera tomar su lugar. Bajo ninguna circunstancia Dios alteraría la ley que determina que la vida en este planeta es transmitida por la siembra de la semilla. Por lo tanto, otro portador de simiente tuvo que ser hallado. Cristo es esa persona. Su vida vino a ser nuestra por la implantación de su simiente divina y santa en la vida de todos los que lo acepten. De este modo, El está en el individuo.

La obra del Espíritu Santo es implantar esta simiente. Así, Cristo es el Portador de Simiente mientras que el Espíritu Santo es el Implantador. La verdad de esto está confirmada en las palabras siguientes:

"El Espíritu Santo viene al alma como Consolador. Por el factor transformador de su gracia, la imagen de Dios se reproduce en el discípulo; viene a ser una nueva criatura" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 355).

Es por el factor transformador del Espíritu Santo que la imagen de Cristo es reproducida en el discípulo. La ley de reproducción, como ya ha sido observado, es por la implantación de la simiente. Cristo es la Simiente.

El es la Simiente de la mujer. *Génesis* 3:15.

El es la Simiente de Abraham. *Galatas* 3:16.

Por la implantación de su simiente en la vida del creyente, la reproducción de Cristo es formada en el interior. No es la Persona de Cristo la que está allí, sino su descendencia. La obra del Espíritu Santo es implantarla, y esto El lo hace con perfecta eficiencia.

Una vez la semilla es implantada, germina, y, si es apropiadamente alimentada y protegida, crece a una vida vigorosa y saludable. Si es inadecuadamente cuidada, su crecimiento será deficiente. Esa vida en el creyente es vida eterna. Es a esa vida que Cristo se estaba refiriendo en S. Juan 6:47-58.

"... El que cree en mí, tiene vida eterna . . . Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él comiere no muera. So soy el pan vivo que he descendido del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. . . . El que come mi carne y bebe mi sangre, *tiene vida eterna*: y yo le resucitaré en el día postrero. . . . El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. . . . el que come de este pan, vivirá eternamente."

La simiente que Cristo coloca en nosotros es su vida que es vida eterna. Lo que Cristo ha puesto en el corazón, *El nunca lo quita*. Este punto es ilustrado por el hecho de que cuando un padre terrenal da su simiente a su progenie, nunca la quita otra vez. La realidad es que él no puede. El puede lamentarse de haber dado vida a un niño, puede ir tan lejos como el asesinarlo, pero una vez es dada la simiente, no puede ser devuelta. Así es con Cristo. *La simiente una vez dada nunca será quitada por El*. Ella nunca fue prestada, sino dada. Dios nunca quitará de nadie el don que El ha dado.

Por lo tanto, cuando un cristiano que se convirtió por la implantación de esa simiente cae en pecado, él no pierde la simiente divina allí. Tiene todavía esa vida eterna en él. Esto no significa que él nunca puede ser perdido ni tampoco significa que si muere allí sin arrepentimiento del pecado, sería salvo, porque no será. Si él se niega a reconocer y arrepentirse de ese pecado, ciertamente no pasará el examen escrutador del juicio. Antes, la ley violada reclamará esa vida que Cristo le dio, y él *perecerá* eternamente.

Es por esta razón que el cristiano no debe ser rebautizado cada vez que comete pecado. Por causa de Cristo entender eso, fue que El rehusó la petición de Pedro de ser bautizado otra vez.

La importancia de conocer esto es múltiple. En el primer caso, ningún progreso puede ser hecho durante el período de reforma si el creyente está continuamente mirando la solución del problema de esclavitud para llevar a cabo la reforma. Nosotros hemos aprendido esto por el duro camino —la experiencia. La solución correcta tiene

que ser aplicada al problema para que un resultado satisfactorio sea logrado.

Segundo, si el creyente no tiene un claro entender de lo que el problema realmente es, entonces estará perplejo y confundido. Esto lo deja expuesto a los asaltos del enemigo.

Tercero, una de las tretas especiales de Satanás es inducir al creyente a dudar que él es un hijo de Dios. Cuando él tiene éxito en esto, el desaliento, incredulidad e incertidumbre retarda el progreso continuo del cristiano.

Esta comprensión da al cristiano una certidumbre positiva y segura, capacitándolo para conocer exactamente cómo ha de ser tratado el problema y, de este modo, privando a Satanás de ventajas decisivas en el conflicto.

Todos Vosotros Estáis Limpios

El estudio de la conducta de los discípulos en el aposento alto ha establecido diversos hechos. Es primeramente claro que ellos llegaron al aposento con una experiencia básica de conversión. Al mismo tiempo, su conducta no fue tal como la esperada de cristianos renacidos. Mientras esto procura convencernos de que ellos no eran verdaderos cristianos, no obstante, la Palabra de Dios hace claro que les era posible caer en pecado y tener todavía la simiente de Cristo. Por supuesto, Satanás se complace muy bien en tener a los hijos profesos de Dios en una forma anticristiana, porque esto provee un testimonio perjudicial al carácter y poder de Dios. El maligno se agrada de señalar esto como prueba de que la ley no puede ser observada.

La verdadera predicación del Evangelio involucra la erradicación de la mente carnal y su reemplazo con la mente divina. Los que se oponen al Evangelio argumentan que si esto fuera así, entonces desde el momento que tal transacción tomara lugar, sería imposible para la persona volver a pecar, o al menos, no tendría disposición para hacerlo. Pero esto pasa por alto el hecho de que más de un trabajo de gracia es requerido para liberar a una persona del poder del pecado. Se fracasa tener en cuenta que las ideas y teorías equivocadas bien aprendidas en la escuela de Satanás sólo pueden ser quitadas a través de un largo proceso de educación.

Con los discípulos, el asunto de las viejas ideas y teorías aparece como un grande problema, pero no era toda la dificultad. La causa fundamental era una raíz de egoísmo que permanecía en ellos todavía. Combinado con las ideas y teorías equivocadas, constituía un serio obstáculo en los esfuerzos de Cristo por traerlos a la armonía perfecta con su vida y su misión.

"El Salvador reunió a sus discípulos en derredor de sí y les dijo: 'Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos'. Tenían estas palabras una solemnidad y un carácter impresionante que los discípulos distaban mucho de comprender. Ellos no podían ver lo que Cristo discernía. No percibían la naturaleza del reino de Cristo, y esta ignorancia era la causa *aparente* de su disputa. *Pero la verdadera causa era más profunda*. Explicando la naturaleza del reino, Cristo podría haber apaciguado su disputa por el momento; pero esto no habría alcanzado la causa fundamental. Aun después de haber recibido el conocimiento más completo, cualquier cuestión de preferencia podría renovar la dificultad, y el desastre podría amenazar a la iglesia después de la partida de Cristo. La lucha por el puesto más elevado era la manifestación del mismo espíritu que diera origen a la gran controversia en los mundos superiores e hiciera bajar a Cristo del cielo para morir. Surgió delante de él una visión de Lucifer, el hijo del alba, que superaba en gloria a todos los ángeles que rodean el trono y estaba unido al Hijo de Dios por los vínculos más íntimos. Lucifer había dicho: 'Seré semejante al Altísimo' (Isaías 14:12,14), y su deseo de exaltación había introducido la lucha en los atrios celestiales y desterrado una multitud de las huestes de Dios. Si Lucifer hubiese deseado realmente ser como el Altísimo, no habría abandonado el puesto que le había sido señalado en el cielo; porque el espíritu del Altísimo se manifiesta sirviendo abnegadamente. Lucifer deseaba el poder de Dios, pero no su carácter. Buscaba para sí el lugar más alto, y todo ser impulsado por su espíritu hará lo mismo. Así resultarán inevitables el enajenamiento, la discordia y la contención. El dominio viene a ser el premio del más fuerte. El reino de Satanás es un reino de fuerza; cada uno mira al otro como un obstáculo para su propio progreso, o como un escalón para poder trepar a un puesto más elevado" (£/ *Deseado de Todas las Gentes*, págs. 402, 403).

Cuando se estudian los problemas surgientes en la experiencia de esos hombres, no sólo se tiene que considerar las ideas equivocadas con respecto al reino, sino la raíz básica de egoísmo que estaba todavía presente en ellos. Por supuesto, había una estrecha relación entre las dos cosas. Inicialmente, en ellos estaba el espíritu de egoísmo con el que nacieron como en toda persona. Cuando Adán pecó en el Edén, todos nosotros estábamos en su lomo aun cuando no éramos nacidos todavía. Por lo tanto, cuando se entregó a Satanás, en el instante, nos entregó a nosotros. De este modo, nosotros nacemos en el reino de Satanás, no en el de Dios. La única manera por la que podemos entrar en el reino celestial, es siendo nacidos de nuevo.

El espíritu de egoísmo es la *perversión* de las leyes de la preservación propia y autodesarrollo. En cada criatura se hallan establecidas estas dos leyes. Dios las colocó allí, y ellas son buenas en sí mismas. Sin em-

bargo, cuando se pervierten, ellas son cosas mortales que conducen a conflictos, separación de Dios, y a la destrucción final. Por convertido que pueda ser uno, estas leyes funcionan todavía en la naturaleza humana de la persona. En realidad ser un convertido, en algunas maneras intensifica su función y aumenta el peligro de su perversión. El cristiano tiene mayor sentido de apreciación de la vida de lo que lo hace el mundano, y actuará más arduamente en la búsqueda de salvarla. Además, él reconoce que es su obligación y deseo mejorar los talentos que el Señor ha dado.

Antes de la perversión estaba la motivación por el mejoramiento de sí mismo, a fin de que más capacidad fuera desarrollada para servir a otros. Después que estos poderes fueran pervertidos, la motivación había de buscar el lugar más alto para uno mismo no teniendo en cuenta el costo para otros. Estos poderes son simplemente usados para la exaltación propia si están disponibles, ignorados si no son de ningún valor, y destruidos si permanecen en el camino. Ningún ser humano se ha cambiado de una condición no pervertida a una pervertida excepto Adán y Eva. El resto de nosotros fuimos nacidos en la última condición.

Este espíritu de egoísmo en la persona no es la vieja mente carnal. Eso es el poder permanente del pecado que alimenta al egoísmo natural de la humanidad. Cuando esto es quitado, la humanidad permanece y con ella, su pecaminoso egoísmo natural. La obra de la reforma es liberar a una persona de cualquier concesión a este factor, a fin de que toda la vida llegue a ser educada en los maravillosos principios de servicio.

Con los discípulos, la obra había hecho algo de progreso, pero había mucho más que hacer. El egoísmo de la naturaleza humana estaba allí, y él era la causa principal de sus problemas. En adición, sus ideas equivocadas con relación al reino estaban grandemente obstaculizando este trabajo vital. A pesar de los esfuerzos repetidos por parte de Cristo, a través de enseñanza y demostración para liberarlos de estos problemas, no vieron la dificultad y así se aferraron a eso. Mezclando el problema estaba el hecho de que su impulso por tener el lugar más elevado estaba cubierto con un vestido de aparente justicia. Cada uno deseaba ver el progreso del reino y sinceramente creía que al ocupar el más alto lugar, se podía adelantar mejor la obra de Dios.

En ocasión de la cena del Señor, llegando con el conocimiento de que la hora climax se aguardaba, sus emociones y espíritus fueron agitados a intensidad considerable. Como nunca antes, cada cual vigilaba los movimientos del otro para asegurar que nadie tomara ventaja en la competencia. Satanás, completamente enterado de estas cosas, obró para tomar la máxima ventaja de ellos. El obró a través de las ideas y teorías equivocadas para despertar el egoísmo natural de sus corazones, para crear un espíritu malo de orgullo y odio que, sucesivamente,

condujo a malas acciones. Es bueno enfatizar ahora que aun cuando una persona esté poseída de carne santa y viva en al ambiente perfecto del paraíso, un espíritu malo puede ser todavía generado en la naturaleza humana. Esto sucedió con nuestros primeros padres, lo cual comprueba que le podría suceder a cualquiera otro. Sin embargo, el hecho de que pudiera ser, no significa que tenía que acontecer. No hay necesidad de pecar.

De todos estos elementos afines —las ideas y teorías equivocadas, el egoísmo natural del corazón humano, el espíritu malo y las malas acciones— ¿cuál es el más fácilmente visto? La respuesta es, las malas acciones. Esto no significa que el pecador instantánea y abiertamente las reconoce por lo que ellas son, especialmente en una situación tal como en la que los apóstoles estaban. Su atención estaba tan concentrada en lo que los otros apóstoles estaban haciendo que no tenían tiempo o interés en evaluar sus propias acciones. ¡Cuán a menudo esto sucede! Los cristianos se envuelven en relaciones desagradables los unos con los otros, de este modo induciéndolos a pecar los unos contra los otros, contra sí mismos, y el Señor. Las palabras que usan y las acciones adoptadas son contrarias a Cristo, pero, en vez de estudiar para ver dónde están sus propias acciones erróneas, se excusan y se justifican en base a lo que otra persona ha hecho.

Sabio en verdad es el hombre que, en todo encuentro con otros en donde el problema está presente, cuidadosamente aparta sus ojos de las acciones de la otra persona y se concentra en sus propias acciones. El cristiano debe llevar continuamente ante él el conocimiento de que en el día del juicio, no serán las acciones de la otra persona por las que dará cuenta, sino por sus propias acciones antes que las acciones ajenas. Será inútil discutir delante del Juez del universo, que él no tuvo otra opción más que reaccionar de una cierta manera en vista de lo que la otra persona le hizo. Dios simplemente responderá que lo que el otro hombre hizo no es el objeto del examen presente. Es su comportamiento el que está bajo escrutinio.

A pesar de estos obstáculos, las malas acciones de la persona son todavía las más fáciles de ver de todos los problemas mencionados.

Obviamente, el espíritu malo es el elemento siguiente más fácilmente visto. Otra vez, la comprensión de los principios implicados ayudarán. Apártese la vista de la otra persona, véase las malas acciones de la vida, y recuérdese que ninguna acción mala aparece, a menos que haya un espíritu malo tras ella. Esto es así porque nosotros hacemos lo que nosotros somos.

Mucho más difícil de ver son las ideas y teorías equivocadas que plagan nuestra vida. Existe la tendencia a defender nuestra propia forma de pensar, porque es la manera en la cual nosotros fuimos educados y ha sido siempre, para nuestras mentes, la norma de evaluación. Las

viejas ideas mueren con dificultad. Esto es más verdad en algunos casos que en otros. Si una persona procede de un firme tradicionalismo y antecedentes conservadores, ella es probablemente menos abierta para cambiar en sus ideas y conceptos.

Afortunadamente, el Señor entiende todos estos problemas y ha provisto soluciones efectivas para cada uno. Muy comfortable es la seguridad de que Cristo dio en la cena del Señor, de que nosotros no hemos de esperar ser liberados de las ideas y teorías equivocados o del egoísmo natural de la naturaleza humana antes que podamos ser perdonados de las malas acciones y limpios del espíritu malo. Si nosotros lo hiciéramos, entonces tendríamos que esperar por años y, en la mayoría de los casos, toda una vida antes que el perdón y limpieza pudieran ser nuestros. Con la posibilidad de que la muerte nos sorprenda a cualquier momento, esto haría la experiencia cristiana una preocupación continua de que la muerte no llegara antes que esta condición hubiera sido alcanzada.

Vosotros Estáis Limpios

Cristo verifica la bendita promesa de que uno no ha de esperar la corrección de toda idea y teoría equivocadas antes de ser perdonado y limpio. Cuando los apóstoles llegaron al aposento alto, ellos al principio, ciertamente no sabían cuán malas eran sus acciones y espíritu. Cada uno estaba tan poseído de interés en lograr sus propias ambiciones, y estaba tan resuelto a protegerse a sí mismo de la tenacidad de los objetivos perseguidos por los otros, que él no tenía tiempo ni disposición para estudiar la naturaleza de sus propias acciones. Era tan justa a la vista de cada uno la meta en la que habían fijado sus esperanzas, que ellos pensaban que cualquier método usado para lograrla era justificado. En otras palabras, a su juicio, la supuesta santidad de la ambición, santificaba los medios adoptados, por supuesto, eso es excepto cuando la *otra persona* usó estas tácticas

En la reunión del aposento alto, un problema rápidamente se presentó. Debido a la gran multitud en la ciudad por la época de la pascua, no había un siervo para lavar los pies de los huéspedes. Naturalmente, alguien entre los apóstoles debió haber mostrado disposición para realizar este servicio, pero ninguno de ellos daría un paso hacia esta dirección.

"La jarra, el lebrillo y la toalla estaban allí, listos para el lavamiento de los pies; pero no había siervo presente, y les tocaba a los discípulos cumplirlo. Pero cada uno de los discípulos, cediendo al orgullo herido, resolvió no desempeñar el papel de siervo. Todos manifestaban una despreocupación estoica, al parecer inconscientes de que les tocaba hacer algo. Por su silencio, se negaban ha humillarse" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 600).

No es difícil entender el trabajo en la mente de cada discípulo en ese momento. Ellos sabían perfectamente que el acto había de ser ejecutado y no había ninguna duda acerca del hecho de que esto no era responsabilidad de Cristo. Uno de ellos debió haberlo hecho. Pero, en el momento que cualquiera se ofreciera para hacerlo, por esto proclamaría que renunciaba a la búsqueda del lugar más alto. El resto de los doce podrían haberlo eliminado del concurso por el puesto principal en el nuevo gobierno. Ninguno de ellos estaba preparado para hacer esa clase de proclama, así que nadie actuó.

Cristo no pronunció una palabra de reprensión, sino se levantó silenciosamente para realizar el servicio. Sorprendidos los apóstoles, observaron hasta que Cristo vino delante de Pedro. Esto fue demasiado para él. Retirando sus pies, exclamó, "No me lavarás los pies jamás" (S. Juan 13:8).

Esas palabras expresaban mucho más de lo que realmente decían. Pedro y sus compañeros habían acariciado un concepto del reino exactamente contrario al que Cristo había venido a revelar y fundar. Los discípulos previeron que en el reino, el rey y sus ministros principales nunca adoptarían el oficio de siervos. Ellos serían servidos por otros, así manteniendo una clase distintiva entre aquellos que gobernaban y los que eran gobernados. Para la naturaleza humana era más atractivo aguardar tan maravillosa exaltación desde su baja condición.

Cuando Cristo se inclinó ante ellos, estaba dando literalmente una demostración práctica del reino que El había venido a establecer. En este reino, la posesión de poder no era más que el medio de rendir servicio. No había distinción entre el gobernante y el gobernado. Todos estarían poseídos por el espíritu de servicio, así que nada quedaba por fuera del servicio del rey a sus súbitos.

Al lavar sus pies, no solamente Cristo les estaba mostrando la naturaleza de su gobierno; El los estaba invitando a ser parte de él. Pero, Pedro no deseaba ser parte de un sistema donde el rey lavara los pies de sus súbditos. Si eso era lo que el rey había de hacer, ¿entonces qué se requeriría de ellos? ¿Dónde estaban ahora sus sueños de magnificencia, comodidad y poder? Si iba a aceptar el reino de Cristo como el demostrado ante él, todas estas aspiraciones atractivas tendrían que morir. Esto era más de lo que podía aceptar. Por lo tanto, al decir que Cristo jamás lavaría sus pies, estaba declarando que él abiertamente rechazaría el sistema de gobierno que Cristo había venido a traer.

Sin duda, Pedro esperaba que por la presentación de su protesta, estaría en la capacidad de influenciar a Cristo para entrar en la línea de sus deseos. Sabía que tendría el apoyo de todo el resto en el aposento, y podría contar con el favor de muchos del pueblo. Creía plena y correctamente que si Cristo iba a salir de ese aposento para anunciar a los judíos que El tomaría las armas de la fuerza y raería a los romanos

de la tierra, ellos reversarían totalmente su juicio de El, y darían su pleno apoyo al plan. Por lo tanto, él podía ver que Cristo estaba totalmente solo en su posición. No había otra persona que compartiera su concepto. Con el peso de muchos tan abiertamente contra El, ¿qué podría hacer Cristo más que rendirse?

Esa cuestión apenas era propuesta en la mente de Pedro, cuando fue respondida por las palabras de Cristo. "Respondióle Jesús: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo" (S. Juan 13:8). Había en las palabras de Cristo una finalidad combinada con la amorosa súplica que transmitieron convicción al corazón de Pedro. La idea de separación de Cristo no fue aceptable a ningún precio. Sus ojos fueron abiertos para ver algo de la naturaleza real de su espíritu y actitud. Sus ojos no fueron fijados más en otros. Se vio a sí mismo como él era y se arrepintió de eso. Su deseo de limpieza total fue expresada en las palabras, "Señor, no sólo mis pies, mas aun las manos y la cabeza" (Versículo 9).

"Dícele Jesús: El que está lavado, no necesita sino que lave los pies, mas está todo limpio: y vosotros limpios estáis, aunque no todos" (Versículo 10).

Cuando Cristo eligió lavar sus pies, su interés fue menor en el servicio físico que se rendía. El estaba enterado de un serio problema existente en el aposento. Era conocedor de todas sus malas acciones y la presencia del espíritu malo que las causaba.

"Cuando Jesús se ciñó con una toalla para lavar el polvo de sus pies, deseó por este mismo acto lavar el enajenamiento, los celos y el orgullo de sus corazones. Esto era mucho más importante que lavar sus polvorientos pies. Con el espíritu que entonces manifestaban, ninguno de ellos estaba preparado para tener comunión con Cristo. Hasta que fuesen puestos en un estado de humildad y amor, no estaban preparados para participar en la cena pascual, o del servicio recordativo que Cristo estaba por instituir. Sus corazones debían ser limpiados" (*El Deseado de Todas las Gentes*, 603).

De este modo, el lavatorio de pies iba a lograr una obra de limpieza que el bautismo no había completado. No tiene que ser olvidado que esta obra sólo podía ser hecha si el bautismo ya había hecho su obra. Cristo tuvo éxito en la ejecución de lo que se dispuso hacer esa noche.

"El orgullo y el egoísmo crean disensión y odio, pero Jesús se los quitó al lavarles los pies. Se realizó un cambio en sus sentimientos. Mirándolos, Jesús pudo decir: Vosotros limpios estáis!. Ahora sus corazones estaban unidos por el amor mutuo. Habían llegado a ser humildes y a estar dispuestos a ser enseñados. Excepto Judas, cada uno estaba listo para conceder a otro el lugar más elevado. Ahora, con corazones subyugados y agradecidos, podían recibir las palabras de Cristo" (*Ibid.*).

Así que, fue logrado para ellos el perdón de las malas acciones y la limpieza del espíritu malo. Pero, Cristo no había cambiado en el me-

nor grado las ideas y teorías equivocadas. Prueba de esto es dada en su continua retención de ellas durante las horas que siguieron. Si ellos hubieran sido salvados de estas ideas y teorías, entonces Pedro nunca habría llevado la espada al huerto del Getsemaní, y nunca la habría usado para cortar la oreja del siervo principal del sumo sacerdote.

Tampoco ellos habían sido liberados de la carne natural, caída y pecadora, en la que está la disposición inherente para el egoísmo. Pero ahora, el espíritu de egoísmo se sujetó al más dulce y más alto espíritu de amor y servicio.

Pero, a pesar del hecho de que estas cosas permanecían, Cristo pudo declarar eso, excepto para Judas, todos ellos estaban limpios. Esto significa que si hubieran muerto en ese tiempo cuando Cristo los había limpiado de sus malos espíritus, aun cuando no de las ideas y teorías equivocadas, ellos ciertamente se habrían levantado en la resurrección. Pero en lo que podían ver, eran tenidos responsables en el sentido de que ellos debían confesarlo y, de este modo, transferir la responsabilidad a Cristo. Pero de lo que no podían ver, aun cuando toda provisión había sido hecha para que ellos lo vieran, no eran tenidos responsables. Estas ideas y teorías equivocadas eran los pecados no conocidos, que eventualmente tenían que ser vistos y eliminados.

Aliento para Nosotros

Sus experiencias no fueron únicas. Es bastante común a todo creyente a un mayor o menor grado depender de experiencias pasadas y temperamento general.

"Como Pedro y sus hermanos, nosotros también hemos sido lavados en la sangre de Cristo, y sin embargo la pureza del corazón queda con frecuencia contaminada por el contacto con el mal. Debemos ir a Cristo para obtener su gracia purificadora. Pedro rehuía el poner sus pies contaminados en contacto con las manos de su Señor y Maestro; pero ¡con cuánta frecuencia ponemos en contacto con el corazón de Cristo nuestros corazones pecaminosos y contaminados! ¡Cuán penosos le resultan nuestro mal genio, nuestra vanidad y nuestro orgullo! Sin embargo, debemos llevarle todas nuestra flaquezas y contaminación. El es el único que puede lavarnos. No estamos preparados para la comunión con él a menos que seamos limpiados por su eficacia" (*Ibid.*).

No hay uno de nosotros que hasta ahora haya sido librado de toda idea y teoría equivocadas y todos tenemos la naturaleza humana caída y pecadora. A través de estas nociones erróneas, Satanás actúa para despertar el orgullo natural del corazón humano y, tristemente, tiene con frecuencia éxito. Esto nos causa grande angustia, porque nosotros anhelamos manifestar el dulce amor de Cristo todo el tiempo. Sabemos que hemos nacido de nuevo, porque "Como Pedro y sus hermanos,

nosotros también hemos sido lavados en la sangre de Cristo, . . ." y, por lo tanto, nosotros esperamos no caminar más por las sendas del pecado. No obstante, estos problemas se imponen a sí mismos, y el registro de la vida es manchado. Hasta ahora no somos capaces de detectar exactamente lo que las ideas equivocadas son, pero tenemos la capacidad para ir al Señor, confesar las malas acciones, y entregarle el espíritu malo a través del proceso de confesión aceptable.*

La paz de Cristo reina en nuestros corazones, y podemos estar seguros de que tenemos salvación. Esta seguridad es real, porque de nosotros en ese momento Jesús dice como dijo a los apóstoles, "y vosotros limpios estáis".

Nosotros somos animados a creer que eso es el fin del asunto, pero a causa de que esas ideas equivocadas están todavía allí, Satanás continúa obrando por medio de ellas y a menudo tiene éxito. Esto es desanimador, pero el perdón y la limpieza de Cristo están todavía disponibles, y por esto nosotros debemos venir rápidamente a El.

A pesar del hecho de que Satanás puede obrar a través de las ideas y teorías equivocadas, no es necesario que él tenga éxito. Si una vigilancia cuidadosa es mantenida sobre el espíritu humano, ningún progreso de un espíritu *malo* puede ser detectado incluso antes de comenzar a despertar. Tan pronto como esto sucede, el creyente puede someter el asunto a las manos de Dios, que lo librárá totalmente de un surgimiento más de este espíritu. Eventualmente, el Espíritu educador de Dios será capaz de traernos al lugar donde la idea equivocada es vista por lo que ella es, y reemplazada por la verdad viva como está en Jesús.

Pero, mientras tanto, si Satanás tiene éxito en inducirte a pecar, recuerda que no has perdido la simiente divina, la vida eterna en el interior. Tú eres todavía un hijo de Dios, necesitas su gracia purificadora, y aun cuando la idea y teoría equivocadas no hayan sido descubiertas, tú estás limpio, y serás trasladado al cielo si en ese momento murieras. Que toda alma sienta ánimo con estas grandes realidades y avance a la terminación rápida de la obra en cada corazón y vida.

* Para una explicación más sobre este proceder, véase el libro *Confesión Aceptable* disponible en *Botschaft für unsere Zeit*.

Aun Ellos Pecaron

Ahora, nosotros necesitamos estudiar el curso de los eventos transcurridos después de la cena del Señor para entender por qué los apóstoles pecaron en el huerto del Getsemaní y más tarde en el atrio del templo. Este estudio comprobará ser de ayuda real a todos los que son conscientes del conflicto que se libra por controlar el espíritu humano mientras Satanás obra para tomar ventaja de las ideas y teorías equivocadas con las que estamos plagados.

Los discípulos salieron de ese aposento alto con un espíritu diferente del que habían traído, como un resultado de la obra de limpieza de Cristo. Ellos vinieron con ambición, orgullo, odio, y celos los unos con los otros. Salieron humildes, amorosos, y prefiriéndose unos a otros. Ellos estaban en la condición donde ". . . con corazones subyugados y agradecidos, podían recibir las palabras de Cristo" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 603).

Era para ellos una rica y hermosa experiencia espiritual para ser conducida durante el servicio de esa primera cena del Señor. El lavatorio de pies terminó. Su obra de limpieza los había cambiado tanto que ahora, en una verdadera condición espiritual de la mente, ellos pudieron sentir y apreciar la maravillosa presencia del Espíritu Santo entre ellos. Mientras caminaban el sendero al Getsemaní, Jesús abrió a sus mentes algo de las más hermosas instrucciones dadas hasta ahora. Fue en ese viaje que El habló del maravilloso hogar que iba a preparar para ellos. Véase S. *Juan* 14:1-3. Mientras con visión inspirada El describía lo que ellos habían de heredar, la gloria de los reinos terrenales moría en la insignificancia, y en su verdadera luz ellos comenzaron a ver algo de la falta de actitud y espíritu que habían manifestado en su búsqueda de gloria y riqueza terrenales.

En el resto de este capítulo, El habló de la venida del Consolador, el Espíritu Santo, que sería para ellos un gran poder, bendición, guía, instructor y protector. Hermosas y confortables fueron estas palabras.

Con cuánta atención ellos debieron haber escuchado cada palabra; qué conmovidos sus corazones tuvieron que haber estado mientras eran absorbidos por estas gloriosas promesas y expectativas.

Entonces Jesús les habló de la viña y los pámpanos, por la que les reveló la íntima conexión del sustento de vida que iban a tener de El —El la viña, ellos los pámpanos

Así la instrucción continuó en todos los capítulos quince y dieciséis. Entonces Jesús pronunció esa oración que está registrada en el capítulo diecisiete de Juan. Esa fue realmente una oración. El pleno conocimiento por su parte de la terrible carga que había de llevar en las horas siguientes; la presión que había de ser traída sobre sus discípulos; el conocimiento de su propia flaqueza y debilidad, y sus cuerpos de sangre y carne y naturalezas humanas; y, al mismo tiempo, la plena conciencia del poder de Dios para dar y sustentar la vida, inspiró esa oración que ascendió a las alturas, y que los discípulos no pudieron ni pasaron por alto.

Nosotros no tenemos espacio para desarrollar las estupendas verdades proclamadas por Jesús a sus atentos discípulos en esta ocasión. Sena bueno que el estudiante dedicara un tiempo en un estudio ferviente y profundo de la instrucción dada a estos hombres en esas horas finales del ministerio de Cristo antes de la cruz.

El punto para ser hecho es que esos hombres, habiendo experimentado la maravillosa liberación de este espíritu malo y acciones equivocadas, fueron elevados a una experiencia de paz y alegría que los llevó a una dulce y estrecha relación con Jesús. La intensidad de la inspiración de la hora fue más sublime cuando el Salvador les daba esas maravillosas instrucciones en el camino hacia el lugar de la traición.

Ha habido ocasiones cuando nosotros hemos escuchado un sermón inspirador. Cuando el predicador, evidentemente caminando en estrecho contacto con la Fuente de todo poder abre las verdades que le han sido de tan grande bendición a su propia alma, nosotros hemos sido también elevados en espíritu y atraídos con amor y admiración por el Maestro. Surgió en nosotros un gran deseo de servir al Señor con corazón íntegro. En momentos semejantes a estos, nos parece que nunca tuviéramos otra vez deseo de pecar. El mundo y todo lo que hay en él se ve despreciable y de tan poco precio, que si el Señor nos pidiera morir por El en ese momento, con facilidad y gozo podríamos hacerlo.

Así tuvo que haber sido con los discípulos. Cuanto mejor se comprende el pleno poder y gloria de lo que el Señor les reveló en ese viaje, tanto más se aprecia la elevación espiritual a la cual ellos fueron llevados. No fueron llenos de una felicidad sentimental y fugaz, sino de una experiencia que fue muy profunda, hermosa y estable.

Sin Embargo Pecaron

No obstante, a pesar de todo eso —a pesar del hecho de que ellos eran cristianos nacidos de nuevo y ministros ordenados del Evangelio; que habían efectuado milagros de sanidad y echado fuera demonios; que apenas habían sido limpiados del espíritu y acciones equivocadas; y que eran oyentes diligentes y atentos a este discurso educativo sobre las verdades eternas— ellos salieron al Getsemaní y a los atrios del templo a pecar en forma terrible y vergonzosa.

¿Por qué?

¿Cuál es la razón?

¿Por qué medio Satanás tuvo éxito en traerlos al mal? Nadie hubo que no abandonara a Cristo y huiera.

Hay una razón que puede y tiene que ser entendida como una salvaguardia contra nuestro transitar en la senda misma de la derrota ignominiosa.

¿Una Excusa por el Pecado?

Primero, sería bueno considerar lo que las apariencias de esta situación sugestionan. Ellas sugestionan que el pecado es más poderoso que la justicia; que los hijos de los hombres no tienen esperanza más que pecar. A medida que se expone esta situación, este es el mensaje de las apariencias. El que critica señalará el grado en que esos hombres fueron los recipientes de las bendiciones y el poder de Dios, la enseñanza que habían oído de Cristo, y el grado al que ellos mismos habían obrado milagros. Sin embargo, después de todo eso, habían caído en pecado tan seriamente que negaron al Señor con maldiciones y juramentos en el caso de Pedro, y otras negaciones del resto.

Así que, la persona que juzga argumentaría que si los hombres en esa posición no pudieron mantener una victoria perfecta sobre el pecado, ¿entonces qué esperanza tenemos nosotros ahora, cuando ella supone, el Salvador está tan lejos, y las tentaciones y presiones de la vida son para nosotros demasiado pesadas?

El verdadero cristiano, si puede ver claramente el cuadro de las cosas como ellas son, debe admitir que el escéptico tiene aquí la *apariciencia* de un excelente caso. Debe admitir por simple razón que *parece* que no hay esperanza para la familia humana más que continuar pecando mientras está en la carne en esta tierra.

Pero la fe pasa por encima y va más allá del testimonio de las apariencias para reclamar la seguridad y el poder de la Palabra viva la cual declara que "No os ha tomado tentación, sino humana, más fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que *podéis llevar*, antes

dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar" (1 Corintios 10:13).

La fe sabe que esta es la Palabra del Dios vivo para nosotros, y que significa exactamente lo que expresa. ¿Qué dice ella? Declara que ninguna tentación extraña nunca puede venir a nosotros. Satanás no tiene nuevas invención para que personalmente traiga contra nosotros aquello que no ha usado contra la humanidad en el pasado y contra el Hijo de Dios en particular. Contra Cristo él agotó toda arma de su arsenal, y el Salvador todavía, exactamente en la carne y sangre idénticas como nosotros somos, venció cada una de esas tentaciones.

Por lo tanto, es imposible para Satanás tomar de sorpresa al Salvador con algo que nunca usó antes, porque ha tratado y agotado toda posibilidad ahora.

El Señor conoce precisamente cuánto podemos soportar en cualquier nivel de nuestro desarrollo. Como un padre no expondría a un hijo a peligros demasiados grandes de afrontar, así también Dios nos protege de tentaciones tan grandes para que las soportemos. Por lo tanto, aparte de esos problemas que neciamente traemos sobre nosotros mismos, nunca podemos afrontar una tentación para la cual Dios ya no haya provisto un camino de escape. De manera que, para hacer frente, hemos de leer en toda prueba la promesa de provisión divina.

El Ataque Inesperado y Repentino

Invariablemente, cuando semejantes verdades son expuestas, alguien declara su incredulidad de la manera siguiente: "Sí, nosotros sabemos que el Señor tiene el poder para darnos la victoria sobre el pecado, pero existe siempre el problema del asalto inesperado. Yo puedo comprender que cuando tenemos tiempo para ver al diablo acercarse, entonces podemos alistarnos para el conflicto, recurrir al Señor para la liberación, y así ser salvos del problema. Pero cuando el ataque es repentino, es un asunto muy diferente".

Este razonamiento es tan común como humano y natural, infiel y erróneo. No ofrece la excusa deseada por aquello que es malo. Lejos de eso. Siempre que la gente expresa estos sentimientos, sonrío y les señalo las claras palabras de *Patriarcas* y *Profetas*, pág. 446.

"Todos los que profesan la vida piadosa tienen la más sagrada obligación de guardar su espíritu y de dominarse ante las mayores provocaciones. Las cargas impuestas a Moisés eran muy grandes; pocos hombres fueron jamás probados tan severamente como lo fue él; sin embargo, ello no excusó su pecado. Dios proveyó *ampliamente* en favor de sus hijos; y si ellos confían en su poder, nunca *serán juguete de las circunstancias*. Ni aun las mayores tentaciones pueden excusar

el pecado. Por intensa que sea la presión ejercida sobre el alma, la transgresión es siempre un acto nuestro. No puede la tierra ni el infierno obligar a nadie a que haga el mal. Satanás nos ataca en nuestros puntos débiles, pero no es preciso que nos venza. *Por severo o inesperado que sea el asalto*, Dios ha provisto ayuda para nosotros, y mediante su poder podemos ser vencedores".

Esta declaración no deja espacio para ninguna excusa por el pecado lo cual es la reacción de un ataque inesperado y repentino por Satanás. Léase las palabras de promesa otra vez. "Por *severo o inesperado que sea el asalto*, Dios ha provisto ayuda para nosotros, y mediante su poder podemos ser vencedores".

Esto significa que no importa cuán inesperadamente venga Satanás, no hay todavía excusa por el pecado aun cuando muchos de nosotros parezca caer bajo lo que es supuesto ser un asalto inesperado.

No Tan Repentino

El asalto es sólo *supuestamente* inesperado y repentino. Satanás nunca hace un ataque directo hasta que haya hecho con éxito mucha preparación contra nosotros. Desgasta cuidadosamente las defensas del alma hasta que tal brecha aparezca para que una irrupción de tentación pueda ser solamente efectiva.

Con frecuencia inicia con una presión constante y progresiva de trabajo y responsabilidad que congestiona la relación y la dulce comunión con Dios, a través de la cual no sólo se da poder para resistir, sino que es más amplia la habilidad para percibir al tentador. La fe se debilita, mientras que las cosas de esta tierra toman más y más importancia. Los pensamientos se dirigen a las cosas que no traen a la persona más cerca a Dios, sino que la separa de El. Todo esto ocupa un período de tiempo que comprende días, semanas, y algunas veces meses. Entonces, cuando el sigiloso trabajo preliminar ha sido terminado y las defensas son desmenuzantes ruinas, hace su salida audaz, y la caída es segura. Es supuesto que uno ha sido sorprendido por una tentación inesperada, pero esto no es así. Satanás quiere que nosotros pensemos de esta manera para él poder esconder el proceso real por el cual la caída se efectuó, porque no quiere que nos enteremos de sus métodos particulares para destruir el alma.

Una revisión cuidadosa de los días antes de la caída en "tentación inesperada" debiera ser hecha por cada uno de nosotros. Investigúese paso a paso las pequeñas desviaciones del camino de la estrecha y dulce comunión con el Salvador, y llegará a ser aparente cómo se preparó el camino para el asalto exitoso de Satanás. Cuando cada uno ha visto claramente lo que ha tomado lugar como una empresa hacia la derrota,

la tarea siguiente es aprender a verla no sólo retrospectivamente, porque es más fácil conocer el juego después del evento que verlo *ahora* mientras está tomando lugar. Si día tras día pueden ser reconocidas las pequeñas desviaciones, y no se dan los pasos definitivos para rectificar la situación, entonces el ataque siguiente puede ser ciertamente anticipado. Su llegada no será inesperada ni repentina.

Es importante comprender esto. Cuando Pedro sintió frío en el atrio del templo y la pequeña adolescente le habló *inesperada y repentinamente*, la presión de su pregunta colocó una tentación que parecía ser ambas cosas, *inesperada y repentina*, pero no era en realidad ninguna de las dos.

Es verdad que su *pregunta* fue inesperada, pero la tentación contenida en su pregunta y la presión puesta sobre él no debieron haber sido inesperadas ni repentinas. A la luz de lo que él había hecho y lo que le faltó hacer entre la gloriosa experiencia de la cena del Señor y el maravilloso caminar con Jesús hacia el Getsemaní, Pedro debió haber sido habilitado para leer ciertas señales de peligro mostrando que estaba perdiendo lo que había ganado en esas horas antes. Sabiendo eso, debió haber reconocido los movimientos satánicos contra él; debió haber identificado la estrategia del enemigo y, de este modo, haber visto el desgaste de las defensas en preparación para el último asalto de tanto éxito.

De ninguna manera estamos juzgando a Pedro, sino que estamos estudiando los registros inspirados de su vida que han sido provistos para que al seguir de la causa al efecto el desenvolvimiento de eventos en su vida, podamos ser salvos de hacer errores similares. No es siempre fácil ver lo que será el fin de lo que estamos haciendo en este momento. Por lo general, la consecuencia toma un tiempo, incluso años.

Algunas veces es más extenso que eso. Por ejemplo, en el siglo dieciséis, el gobierno cruel del papado desarraigando el Evangelio de Francia y a los reformadores que lo enseñaban, trajo sus funestos resultados unos doscientos años más tarde en el reinado del terror de la revolución francesa, como está escrito: "El Evangelio de paz que Francia había rechazado iba a ser arrancado de raíz, lo que acarrearía terribles consecuencias. El 21 de enero de 1793, es decir, a los doscientos cincuenta y ocho años cabales, contados desde aquel día en que Francia entera se comprometiera a perseguir a los reformadores, otra procesión, organizada con un fin muy diferente, atravesaba las calles de París. . . . Francia misma, al rechazar el don celestial, sembró la semilla de la anarquía y de la ruina; y la acción consecutiva e *inevitable* de la causa y del efecto resultó en la Revolución y el reinado del terror" (£/ *Conflicto de los Siglos*, págs. 244, 245).

Si en el siglo dieciséis Francia hubiera podido ver la consecuencia final del curso tomado, entonces, ciertamente no habrían hecho lo que

hicieron. Pero no pudieron, porque no tuvo su cumplimiento sino hasta dos siglos después. Pero nosotros tenemos esta historia. Por lo tanto, no tenemos excusa por no conocer la consecuencia segura de lo que sería el rechazo mismo. Por esta razón es que estas historias están escritas. No están escritas para sentarnos y lanzar juicios sobre Pedro o cualquier otra persona, sino para que podamos seguir de la causa al efecto y así evitar hacer errores semejantes.

Áreas de Culpa

Habiendo visto que los apóstoles salieron de una elevada y fortalecedora experiencia para caer en grave pecado que la Biblia no excusa, nosotros necesitamos entender en qué faltaron ellos para permitir que esto sucediera.

Esto puede ser anotado bajo dos encabezamientos.

Primero, había la existencias de las ideas y teorías equivocadas de las cuales todavía no habían sido rescatados. Mientras esto no suministra excusa para el pecado, provee un factor que el diablo puede buscar para explorar. Si ellos hubieran estado verdaderamente enterados de que había semejante problema, aun cuando no pudieran identificar todavía ciertas ideas y teorías como equivocadas, habrían continuado con mucho más nobleza y se habrían guardado de caminar hacia las futuras tentaciones.

Segundo, ellos se apoyaban demasiado en la experiencia pasada, terminando en un infeliz nivel de confianza y complacencia mental. Con el conocimiento de los eventos venideros que pudieran haber tenido si realmente hubieran recibido lo que Cristo había buscado impartirles, habrían hecho lo máximo de la oportunidad para velar y orar como se les aconsejó que hicieran. Sin embargo, no carecían de fuerza de carácter y agudeza de percepción para saber qué hacer en la hora de prueba y derrota.

Una vez más hallamos, al profundizar en los registros de sus experiencias, que no fue la presencia del viejo hombre de pecado en ellos lo que causó su caída, sino la debilidad de la naturaleza humana combinada con la debilidad de la experiencia espiritual que debió haber sido suficientemente poderosa para resistir la tentación.

La suya es una trágica historia que está llena de solemne advertencia para los que, viviendo en este último período de la historia del mundo, pronto tienen que afrontar una hora de prueba de la cual eso no fue más que un tipo limitado.

El Maestro tenía un claro panorama de lo que las futuras horas reservaban para El, y no fue falta de su parte que los discípulos no tuvieran lo mismo, porque El procuró vez tras vez revelar a sus mentes los even-

tos que seguían. Pero el cuadro no fue agradable, así que, rechazaron esa revelación como inaceptable para ellos en cualquier tipo o forma.

De este modo, mientras que Jesús fue al Getsemaní a orar, ellos fueron a dormir. La historia está registrada para nosotros en *S. Mateo* 26:36-45.

"Entonces llegó Jesús con ellos á la aldea que se llama Gethsemaní, y dice á sus discípulos: Sentaos aquí, hasta que vaya allí y ore. Y tomando á Pedro, y á los dos hijos de Zebedeo, comenzó á entristecerse y á angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dice: Mi alma está muy triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y yéndose un poco más adelante, se postró sobre su rostro, orando, y diciendo: Padre mío, si es posible pase de mí este vaso; empero no como yo quiero, sino como tú. Y vino á sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo á Pedro: ¿Así no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación el espíritu á la verdad está presto, mas la carne enferma. Otra vez fue, segunda vez, y oró diciendo Padre mío, si no puede este vaso pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y vino, y los halló otra vez durmiendo, porque los ojos de ellos estaban agravados. Y dejándolos fuese de nuevo, y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras. Entonces vino á sus discípulos, y díceles: Dormid ya, y descansad he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores".

Fracasar para Edificar

Estos hombres habían sido guiados hacia una rica y fortaleciente experiencia precisamente antes de esto, pero, tan hermosa como fuera, no serviría para satisfacer las necesidades que restaban por surgir, a menos que hubiera una cuidadosa y fiel protección de aquello que había sido obtenido, junto con un sólido edificio sobre los fundamentos ya existentes.

Un cierto joven espiritualmente promisorio asistió recientemente a una serie de reuniones celebradas un fin de semana durante las cuales el mensaje vino con maravilloso poder y claridad. Durante la asistencia a esos estudios y en relación con los creyentes, su corazón fue movido muy calurosamente hasta el punto de experimentar fuertes deseos de ser un verdadero cristiano.

Pero no siguió el buen trabajo iniciado, con el resultado de que en las semanas siguientes esta experiencia fue manchada por un curso de conducta que produjo angustia para él mismo, sus padres, y para Dios. Un hermano que tenía en su corazón su interés espiritual, lo llevó afuera y habló con él más de una hora durante la cual expuso el principio que nosotros no somos llevados al cielo sin desearlo, pues,

hay una parte que hemos de ejecutar que el Señor no puede y no hará por nosotros.

El joven reconoció que hasta ahora había entrado en una verdadera experiencia de nuevo nacimiento; una experiencia que sólo puede ser obtenida teniendo tal nivel de fe como para capacitar a una persona para asirse de las provisiones divinas de gracia para ser libre de la esclavitud del pecado.

Sabiendo eso, su necesidad real es un paso importante en la dirección correcta. Estando presentes en las reuniones donde la Palabra viva se predicaba, fue la equivalencia de los discípulos de Cristo estando presentes en el aposento alto y la instrucción que se les dio al caminar juntos hacia la fatídica cita en el Getsemaní. Hubo conmoción en el joven, como tuvo que haberla en los discípulos, deseos definitivos de vivir por encima del pecado y manifestar la vida y carácter de Cristo todo el tiempo.

Tales deseos son buenos hasta donde conduzcan, pero en sí no significa que la experiencia ha sido obtenida o que las bendiciones ganadas hoy serán suficientes para hacer frente a las pruebas del mañana.

Para que se beneficiara de lo que había recibido allí, le era esencial edificar sobre lo que ya había recibido. El necesitaba regresar a la quietud de su propio cuarto, tomar la Palabra de Dios *por sí mismo* y estudiar todo lo que se le había sido dado, hasta que el mensaje no fuera más lo que el predicador experimentaba y predicaba, sino su experiencia personal. Este punto vendría cuando la fe, desarrollada como se debe por el contacto con la Palabra de Dios, se apropiara y se aferrara de las promesas al punto de que fueran realidades *personales* para él.

Afortunadamente, como con los discípulos, vio los errores que había cometido, y ahora ha determinado edificar sobre el fundamento y busca hallar una experiencia ferviente y verdadera en las cosas eternas.

Velad y Orad

Es por la fe que la victoria es ganada y mantenida y "... la fe es por el oír; y el oír por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). Solamente por la Palabra de Dios puede ser desarrollada una fe rica y efectiva. Así como la falta de participación del alimento físico termina en una cierta pérdida de energía física, así también, y aún más rápidamente, la falta de participación de la Palabra de Dios ciertamente terminará en la pérdida del vigor espiritual.

A esos discípulos Jesús dijo, "Velad y orad, para que no entréis en tentación, . . ." (S. Mateo 26:41).

No solamente Jesús dijo, "Velad y orad". El agregó palabras que

muestran la razón de por qué tiene que velarse y orarse. Era para que ellos no entraran en tentación.

Los que comprenden todos estos estudios son la clase de gente cuyo deseo principal en la vida está por encima y fuera del poder de la tentación. Por lo tanto, ellos son las personas a quienes estas palabras serán de valor especial, porque en las palabras "*Orad y velad*", establecen un secreto de la forma para ser un verdadero vencedor.

Ese consejo es el de más grande valor hoy porque "Vivimos en una época en que todos deberían prestar *especial* atención al mandato del Salvador: >Velad y orad, para que no entréis en tentación<" (*Mensaje para los Jóvenes*, pág. 263).

Que hay esta necesidad *particular* hoy, es evidente de la condición de los tiempos en los que nos encontramos. La ciencia del pecado ha sido desarrollada hasta su punto más extremo con todo poder maligno puesto en acción para tentar y destruir, y aun para desviar a los que han tenido en el pasado un estrecho caminar con el Señor. "Estamos viviendo en tiempos peligrosos, cuando no hay seguridad en nada que no sea una fe firme e inquebrantable en Jesucristo. No hay *corazón* que las artimañas de Satanás no puedan enajenar de Dios, sí no *vela en oración*" (*El Hogar Cristiano*, pág. 310).

En verdad, estas son palabras solemnes. Ellas desmienten cualquier doctrina que propone que una vez salvos somos todo el tiempo salvos. Declara que si esa persona no vela y ora a cada paso del camino, *el corazón no subsistirá en la prueba contra el enajenamiento de Dios*. Así que si no se vela y se ora, ciertamente la persona será separada del Señor y así ser inducida al pecado.

¿Por qué es esto así?

Es porque, "Las tinieblas del maligno cercan a aquellos que descuidan la oración. Las tentaciones solapadas del enemigo los incitan al pecado. Y todo porque ellos no se valen del privilegio divino que el Señor les ha concedido de encontrarse con El en oración.

"¿Por qué los hijos y las hijas de Dios han de ser tan remisos para orar, cuando la oración es la llave en la mano de la fe para abrir los depósitos del Cielo donde están atesorados los recursos ilimitados de la Omnipotencia?

"Sin oración incesante y vigilancia diligente corremos el riesgo de volvernos indiferentes y de desviarnos del sendero recto. El adversario procura constantemente obstruir el camino al propiciatario para que no obtengamos —mediante fervientes súplicas y fe— gracia y poder para resistir la tentación" (*El Camino a Cristo*, págs. 169, 170).

Estas son claras palabras en las que todos debieran poner suma atención, porque ser negligentes aquí significa un seguro fracaso en la lucha contra los poderes del mal cuando acometan contra nosotros.

Nuestro Ejemplo

En la historia de las experiencias de Cristo y de los discípulos cuando ellos individual y colectivamente afrontaban las horrendas pruebas precisamente ante ellos, tenemos el testimonio del pleno éxito de Cristo Jesús, y la derrota desalentadora de once discípulos.

Jesús que tuvo el éxito en esta batalla, veló más fervientemente en oración, mientras los que no lo tuvieron, se hallaron a sí mismos en vergonzosa derrota, que iba hacer un recuerdo humillante por el resto de sus días.

Toda la vida de Cristo es un testimonio de la efectividad de la oración y comunión con el Padre como un baluarte contra el poder de la tentación. Tiene que ser recordado que "Como *hombre*, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba" (£/ *Deseado de Todas las Gentes*, pág. 16).

En ninguna manera tuvo El ventaja sobre nosotros. Fue imposibilitado con todas las flaquezas de la carne y sangre exactamente como las que tenemos nosotros. "Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. >Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos< (Hebreos 2:17). Siuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue >tentado en todo punto, así como nosotros< (Hebreos 4:15). Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba" (*Id.*, págs. 15, 16).

Entonces esto significa que, en su humanidad, El fue tan independiente de los recursos mismos de poder y protección como cualquier otro miembro de la familia humana que desea luchar contra la tentación de pecar y ser un vencedor. Como nosotros hemos de vencer, así también El debía vencer. A la inversa, esto es igualmente verdad, así que podemos decir, como *El* venció, *así también nosotros* hemos de vencer. Jesús es el Ejemplo, quien marchó delante para mostrarnos el camino y comprobar que la humanidad, aun en la condición que se halla hoy, realmente puede ser victoriosa sobre toda tentación y pecado.

La Oración de Su Vida

No hay duda que Cristo venció. El tuvo el verdadero secreto del camino, así que, nosotros podemos copiar su ejemplo con seguridad, sabiendo que los procedimientos idénticos hoy producen resultados similares.

Estudiando esa vida hallamos que mucho tiempo era dedicado en ferviente oración al Señor. "La vida terrenal del Salvador fue una vida de comunión con la naturaleza y con Dios. En esta comunión nos reveló el secreto de una vida llena de poder" (*El Ministerio de Curación*, pág. 33).

Mientras otros dormían, El oraba.

"Y levantándose muy de mañana, aun muy de noche, salió y se fue á un lugar desierto, y allí oraba" (S. *Marcos* 1:35).

"Empero tanto más se extendía su fama: y se juntaban muchas gentes á oír y ser sanadas de sus enfermedades. Mas él se apartaba á los desiertos, y oraba" (S. *Lucas* 5:15, 16).

"Y aconteció en aquellos días, que fue al monte á orar, y pasó la noche orando á Dios" (S. *Lucas* 6:12).

"En una vida completamente dedicada al beneficio ajeno, el Salvador hallaba necesario retirarse de los caminos muy transitados y de las muchedumbres que le seguían día tras día. Debía apartarse de una vida de incesante actividad y contacto con las necesidades humanas, para buscar retraimiento y comunión directa con su Padre. Como uno de nosotros participante de nuestras necesidades y debilidades, dependía enteramente de Dios, y en el lugar secreto de oración, buscaba fuerza divina, a fin de salir fortalecido para hacer frente a los deberes y las pruebas. En un mundo de pecado, Jesús soportó luchas y torturas del alma. En la comunión con Dios, podía descargarse de los pesares que le abrumaban. Allí encontraba consuelo y gozo" (*El Deseado de Todas las Gentes*, 330).

"Muchas veces sus trabajos incesantes y el conflicto con la hostilidad y las falsas enseñanzas de los rabinos le dejaban tan exhausto que su madre y sus hermanos, y aun sus discípulos, temían por su vida. Pero siempre que volvía de las horas de oración que ponían término al día de trabajo, notaban en su semblante la expresión de paz, la frescura, la vida y el poder de que parecía compenetrado todo su ser. De las horas pasadas a solas con Dios, salía cada mañana para llevar a los hombres la luz del cielo" (*El Ministerio de Curación*, pág. 35).

"No sólo en la cruz se sacrificó Cristo por la humanidad. Cuando >anduvo haciendo bienes por todas partes< (Hechos 10:38), su experiencia cotidiana era un derramamiento de su vida. Sólo de un modo se podía sostener semejante vida. Jesús vivió dependiendo de Dios y de su comunión con él. Los hombres acuden de vez en cuando al lugar secreto del Altísimo, bajo la sombra del Omnipotente; permanecen allí un tiempo, y el resultado se manifiesta en acciones nobles; luego falla su fe, se interrumpe la comunión con Dios, y se echa a perder la obra de la vida. Pero la vida de Jesús era una vida de confianza constante sostenida por una comunión continua, y su servicio para el cielo y la tierra fue sin fracaso ni vacilación.

"Como hombre, suplicaba ante el trono de Dios, hasta que su humanidad se cargaba de una corriente celestial que unía la humanidad con la Divinidad. Recibía vida de Dios, y la impartía a los hombres" (La Educación, pág. 76).

La comparación hecha aquí entre las tristes historias de los hombres y lo que ellos podrían haber sido si hubieran mantenido una vida de continua comunión, y la gloriosa historia de Cristo que mantuvo tal comunión, contiene una lección de las más altas consecuencias para todo lo que serán victoriosos sobre el problema del pecado.

"Cristo vino al mundo para enseñar que si el hombre recibe poder de lo alto, puede llevar una vida intachable" (*El Ministerio de Curación*, pág. 15).

A la luz de estos hechos, la declaración siguiente es una clara y verdadera revelación de por qué muchos del pueblo profeso de Dios caen tan fácilmente en pecado y angustia cuando tales cosas no debieron tener parte en sus vidas. Ellos han nacido otra vez y así poseen la nueva vida de lo alto. Su naturaleza ha sido cambiada y ellos son hijos de Dios. Por lo tanto, la victoria es su herencia, su posesión y derecho. Satanás es para ellos un enemigo derrotado y, por lo tanto, no tiene más dominio sobre ellos. No obstante, el pecado aparece en la vida donde no debiera aparecer.

¿Cuál es la razón?

¡Aquí está!

"La razón por la cual los jóvenes, y aun los de edad madura, se ven tan fácilmente inducidos a la tentación y al pecado es porque no estudian la Palabra de Dios ni la meditan como debieran. La falta de fuerza de voluntad firme y resuelta, que se manifiesta en su vida y carácter resulta del descuido de la sagrada instrucción que da la Palabra de Dios. No hacen esfuerzos verdaderos por dirigir la mente hacia lo que le inspiraría pensamientos puros y santos y la apartaría de lo impuro y falso. Son muy pocos los que escogen la mejor parte, los que se sientan a los pies de Jesús, como lo hizo María, para aprender del divino Maestro. Pocos son los que atesoran las palabras de Cristo en su corazón, y que las ponen en práctica en la vida.

"Al ser recibidas, las verdades de la Biblia enaltecerán la mente y el alma. Si se apreciara debidamente la Palabra de Dios, jóvenes y ancianos poseerían una rectitud interior y una fuerza de principios que los capacitarían para resistir la tentación" (*El Ministerio de Curación*, pág. 364).

Por supuesto, nosotros entendemos que el estudio de la Palabra de Dios es ciertamente una parte de comunicación con Dios como es el arrodillarse en oración. Si es realmente lograda, la comunión da entrada a la presencia de Dios y, de este modo, suministra ese poder sin el cual ninguna victoria puede ser mantenida sobre nuestra caída natu-

raleza humana. Si verdaderamente hemos nacido de nuevo y así tenemos la Vida que es la victoria; si mantenemos una comunión constante con el Padre y el Hijo; entonces tendremos victoria interrumpida sobre el pecado, aun cuando poseamos todavía algunas ideas y teorías equivocadas.

Así habría sido con los discípulos en el huerto si ellos hubieran velado y orado con Jesús esa noche antes de la crucifixión. El fracaso de haberlo hecho fue un gran factor en su incapacidad para mantener la experiencia viviente que el Señor quiso que ellos hubieran apreciado y desarrollado

Limpieza y *Comunión*

Mientras Jesús oraba en el huerto del Getsemaní, los discípulos dormían. Los había llevado para que velaran y oraran con El, y habría sido para El un estupendo fortalecimiento y consuelo si lo hubieron hecho. Específicamente les pidió que lo hicieran, pero cuando regreso de su primera sesión de oración, los encontró dormidos.

"Levantándose con penoso esfuerzo, fue tambaleándose adonde había dejado a sus compañeros. Pero >los halló durmiendo<. Si los hubiese hallado orando, habría quedado aliviado. Si ellos hubiesen estado buscando refugio en Dios para que los agentes satánicos no pudiesen prevalecer sobre ellos, habría quedado consolado por su firme fe. Pero no habían escuchado la amonestación repetida: >Velad y orad<. Al principio, los había afligido mucho el ver a su Maestro, generalmente tan sereno y digno, luchar con una tristeza incomprensible. Habían orado al oír los fuertes clamores del que sufría. No se proponían abandonar a su Señor, pero parecían paralizados por un estupor que podrían haber sacudido si hubiesen continuado suplicando a Dios. No comprendían la necesidad de velar y orar fervientemente para resistir la tentación" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 639).

El les suplicó una vez más que velaran y oraran, pero cuando regresó la segunda vez y los halló profundamente dormidos, no hizo más esfuerzo por levantarlos. Dejó que ellos mismos lo decidieran mientras regresó a su angustia.

Cuando regresó después de la tercera sesión de oración, Jesús pronunció palabras que están entre las más tristes en los registros de la historia. "Dormid ya, y descansad, he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores" (*S. Mateo* 26:45).

Cristo les estaba diciendo que ellos podían acumular muy bien toda la fuerza física que pudieran, porque ahora era demasiado tarde obtener poder espiritual. La hora había llegado. La traición iba a tomar lugar inmediatamente. No había tiempo para la oración ferviente, escudriña-

miento del alma, y entrar en una comunión con el Señor que les hubiera suministrado fuerzas para afrontar la hora de tentación que estaba por desencadenarse sobre ellos.

Así que ellos durmieron unos minutos más, y entonces Jesús los levantó para que salieran a encontrar a Judas, los sacerdotes, y los soldados.

Una Vez Más

Lo que tomó lugar en ese tiempo ha de ser repetido. Una vez más la iglesia de Dios ha de ser traída para afrontar una hora de tentación tan terrible que ese antiguo incidente será solamente un sombrío reflejo. La sentencia de muerte será puesta sobre Cristo en la persona de sus santos en esta tierra. Otra vez allí habrá traidores que declararán a las autoridades los nombres y lugares donde los hijos de Dios están escondidos.

Así como la preparación única y efectiva para esa hora era la construcción de una poderosa vida de oración, de entrar en la más estrecha comunión con el Padre y el Hijo a través de la oración y el estudio de la Palabra de Dios, así será otra vez.

Pero habrá una diferencia. Esos discípulos pudieron ser restaurados después de ese error y, aprendiendo de él, pudieron evitar una repetición en los años posteriores. El tiempo de prueba continuó para ellos, y ha continuado hasta el tiempo presente, pero cuando la iglesia en estos últimos días afronte la terrible prueba similar, el tiempo se habrá terminado. De manera que si la preparación necesaria no ha sido hecha, no habrá tiempo u oportunidad para la recuperación del error. Entonces el Señor dirá a todos los que así fracacen, "Dormid ya, y descansad —para siempre".

Nosotros tenemos la historia de lo que tomó lugar entonces como la amonestación de lo que sucederá si fallamos en establecer una vida de comunión con los poderes celestiales. En adición, tenemos la información en la Palabra que nos habla del cercano fin de las horas de prueba, de modo que, sabemos ahora que no tendremos una segunda oportunidad para aprender de nuestro propio fracaso y negligencia. Los discípulos la tuvieron, pero *nosotros no*. No hay injusticia en esto, porque tenemos la advertencia de su historia que nos guía. Además, sabemos que la generación que pasará con éxito al reino de los cielos sin ver muerte a través de la angustia final, son aquellos que están tan familiarizados con la historia pasada que han aprendido por sus testimonios a no cometer los errores idénticos.

Por lo tanto, cada hijo de Dios hoy hará de la historia pasada su estudio constante y cuidadoso. El se identificará tan estrechamente con los

eventos pasados que será como si realmente viviera y experimentara lo que ellos experimentaron allí. El no será meramente espectador de los eventos, sino que por su estudio ferviente, llegará a ser un participante.

Por ejemplo, al estudiar de cerca el curso de los discípulos, nosotros reconocemos que tenemos muchas de las debilidades y tendencias semejantes y, de este modo, haríamos decisiones similares. Entonces podemos ver por lo que sucedió a ellos, como un resultado de sus decisiones, lo que nos sucederá si hacemos lo mismo. Podemos entonces revisar las decisiones que de otro modo haríamos, y así evitar llegar a las trágicas consecuencias del pasado.

Improvisados

De este modo, los discípulos se levantaron de su sueño sin preparación para afrontar la hora que estaba llena de alarmantes y espantosas sorpresas.

Habiendo visto ahora, cómo la falta de comunión con Dios los dejó en esa condición improvisada, volveremos otra vez a la función desempeñada por las ideas y teorías equivocadas que estaban todavía allí a pesar de la experiencia de limpieza en el aposento alto.

Esa experiencia de limpieza ciertamente había hecho mucho por ellos. Había removido cierta actitud y espíritu que formó la comunión con el Padre y el Hijo. En otras palabras, la extirpación de esas cosas los había colocado donde podían haber entrado en estrecha relación con los poderes celestiales y así equiparse para la batalla que estaba delante de ellos. Por lo tanto, la limpieza era un elemento vital en el programa. Tiene que ser acentuado aquí que, mientras estamos enfatizando la importancia de la comunión con el Padre como un elemento esencial para la victoria, no tiene que ser pasado por alto que *antes* que tal comunión pueda ser establecida tiene que efectuarse la *limpieza* de la antigua naturaleza mala y su clase de espíritu en la experiencia del nuevo nacimiento. Cuando eso ha sido realizado, como lo fue con los discípulos, entonces, si tuviera Satanás éxito en generar en nosotros un espíritu malo como lo tuvo con esos hombres, debe haber otra vez una limpieza *antes de* poder establecer comunión con el Padre, la Fuente de todo poder y luz. Que esta lección sea completamente aprendida.

Esta historia indica que las dos cosas esenciales para tener poder para luchar por la victoria son *primero* limpieza y *luego* comunión. La limpieza, como hemos visto, no tiene necesariamente que alcanzar las ideas y teorías equivocadas, sino tiene que tomarse cuidado de la culpa de las malas acciones y la presencia del espíritu equivocado en el interior. Luego, aun cuando haya ideas y teorías equivocadas no conoci-

das, la comunión con Dios puede entrar en lo que producirá la preparación de poder necesario en la vida.

Los discípulos tenían la *limpieza*, pero fallaron entrar en la comunión tan cabalmente como pudieron. Hubo algo de comunión en el sentido de que el Maestro se relacionó con ellos y les enseñó cuando caminaban hacia el huerto, pero nada hicieron por su parte para hacer de esto su propio deber personal.

Para ilustrar más este punto, permitidme mencionar lo que yo he observado vez tras vez. Hay creyentes que asisten a los congresos celebrados cada año en donde sus convicciones son despertadas para dar un asentimiento sin reserva a la verdad y belleza del mensaje. Asisten a toda reunión y aun se experimenta una limpieza del problema del pecado en sus vidas. Luego regresan a sus hogares y entran nuevamente al circuito diario de vida ordinaria, en lo cual no hacen cambios decididos para suministrar un período de estrecha comunión con el Señor para ganar fuerza y hacer el mensaje su propiedad. No es suficiente oír la Palabra, o aun caminar con el Salvador como los discípulos lo hicieron en ese tiempo. El mensaje debe ser hecho propiedad de uno, a fin de que llegue a ser la fuerza efectiva en la vida.

Apréndase bien la lección suministrada a nosotros en la experiencia de los discípulos. Ellos eran cristianos nacidos de nuevo y ministros ordenados del Evangelio. Tenían aun el poder de efectuar grandes milagros. Sufrieron la tentación y fueron guiados a pecar. Fueron limpios del pecado, y fueron directamente los recipientes de estupendas instrucciones de labios del Maestro mismo.

Todos esos fueron pasos esenciales en el camino hacia la plena victoria, pero no fueron suficientes sin el último factor vital —la comunión personal con el Padre y el Hijo.

Qué vital es que nosotros veamos y entendamos esto, y no permitamos que sea olvidado. Podemos mirar atrás el pasado y ver dónde el Señor ha hecho grandes cosas por nosotros. Sabemos lo que la verdad es y dónde la iglesia de Dios ha de ser hallada hoy. Damos un asentimiento sin reservas al mensaje de justicia viviente. Aun podemos testificar de haber sido libres del pecado y de muchos malos hábitos. Venimos a las reuniones sábado tras sábado congreso tras congreso y somos conmovidos por las verdades presentadas. Todo esto es bueno, *pero no es suficiente*. Más allá está el factor final necesario para darnos percepción y poder espiritual para hacer frente a los ataques del enemigo. Preguntémonos si estamos realmente edificando una experiencia viviente de comunión con el cielo como la que Jesús tenía cuando estaba sobre esta tierra. Si es así, entonces la victoria puede ser asegurada, pero si no es así, podemos estar seguros de la derrota. Será como si nunca hubiéramos oído y aceptado el mensaje, nunca hubiéramos sido limpiados, y nunca asistido a un congreso en nuestra vida en cuanto

al resultado final concierne. Cuando la prueba ha terminado y somos hallados negadores del Señor como fue Pedro en el atrio del templo, entonces no tenemos más que la memoria de aquello que previamente habíamos ganado, y la conciencia de lo que podíamos haber sido. A la verdad, solemne es la obra de reforma después del reavivamiento, y todos los que fallen en cumplir las condiciones sufrirán la pérdida eterna.

Con los discípulos, como se estableció antes, había una diferencia —el tiempo de prueba no había terminado. Mientras estudiamos, vemos que ellos no perdieron lo que habían ganado en la experiencia de limpieza, porque la lucha entre ellos por la posición más elevada terminó con la limpieza en el aposento alto, y después de eso no vemos más de ese espíritu. Los errores y problemas que emergieron en el Getsemaní y en el atrio del templo *eran de un carácter diferente otra vez*. Sobre esto, nosotros observaremos más cuidadosamente a medida que procedamos. Pero esto es claro. Si su tiempo de prueba hubiera terminado en esa ocasión, ciertamente ellos habrían perdido todo lo que habían ganado en las previas experiencias de limpieza.

Razones

¿Por qué no entraron ellos en la experiencia de comunión cuando esto era tan esencial? Esta es una pregunta muy importante, porque su respuesta nos dice por qué nosotros, sucesivamente, recibimos tanto del Señor y con todo fallamos en alcanzar esa profunda experiencia de relación que es tan necesaria.

Hay diversas respuestas para esta pregunta.

Primero, tenemos las palabras de Cristo, "... el espíritu á la verdad está presto, mas la carne enferma" (S. *Mateo* 26:41).

¿Cuál persona aspirando a la plena experiencia de vida cristiana no conoce la verdad de estas palabras? Sólo tenemos que reflexionar sobre los patrones de nuestra vida pasada, aun en los pocos días transcurridos, para ver cómo los deseos de la carne han sido preferidos por encima de la invitación del Espíritu a caminar y hablar con el Señor. Cuesta esfuerzo real para fundar la paz y estudio y, de este modo, entrar en comunión con el Maestro. El indolente, el perezoso, el desorganizado, el descuidado, mientras permanezca así, nunca ascenderá a ninguna altura de excelencia en esta área. No hay ninguna posibilidad de esto, a menos que ellos sacudan su mortal inercia y actúen con fervor para fundar esta clase de experiencia. ¿Cuántas personas hoy pueden realmente testificar de un verdadero caminar con el Señor? Con cuánta frecuencia el calor de la cama en las tempranas horas de la mañana es más fácilmente aceptado que la estricta disciplina de levantarse y encontrar al Señor para la hora tranquila de compañerismo con El.

La hora fue tarde para esos discípulos. Ellos tenían tras sí una semana agotadora de actividad hecha así por las luchas fervientes de ser los primeros en el reino. Estuvo bien hasta la medianoche, y la carne clamó por descanso. Por un corto tiempo ellos resistieron esta exigencia y oraron con el Maestro como les había requerido y ordenado, pero la demanda de la carne fue más fuerte. Ellos sucumbieron y durmieron tan profundamente que fue como si estuvieran en un estupor.

Esa fue una razón de por qué ellos no entraron en la comunión que, con todos los otros factores ya presentes, les habría dado victoria en el futuro conflicto contra los poderes de las tinieblas.

Otra razón consistió en la continua existencia de ideas y teorías equivocadas. Aguardaban todavía que viniera un reino terrenal, el establecimiento de lo cual no dependía de requisitos espirituales sino de poderes físicos. Esto siendo así, a pesar de los consejos y advertencias que Cristo les dio, vieron poca necesidad de entrar en una estrecha y penetrante relación con Dios con el propósito de acumular fuerza y eficiencia para el conflicto venidero.

Si hubieran entendido cabal y extensivamente lo que las cercanas horas tenían para ellos y lo que la verdadera naturaleza del reino iba a ser, como debían haberlo hecho, habrían dedicado mucho tiempo a la más ferviente oración y estudio de la Palabra de Dios. Esas ideas y teorías equivocadas fueron realmente un factor sobre el que Satanás obró para su ventaja.

Pero esto no necesitaba ser. Si hubieran confiado en la Palabra de Cristo como debieron haberlo hecho, ellos habrían obedecido esa Palabra aun cuando no pudieran entender las implicaciones de lo que el Salvador había de decirles. Así que, nosotros debemos aprender también a obedecer cuando no podemos entender, así como hemos de obedecer cuando podemos entender. Nuestras vidas dependen de eso ahora y eternamente. En hecho, el camino de fe demanda que en muchas ocasiones nosotros obedezcamos primero y entendamos después de eso. Este es el mensaje en las palabras habladas cuando Jesús dijo: "El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si viene de Dios, ó si yo hablo de sí mismo" (*S. Juan 7:17*).

En esta declaración nosotros tenemos una cláusula condicional seguida por una promesa para ser realizada en el cumplimiento de la condición requerida. La promesa es que conoceremos sea que la doctrina o enseñanza sea de Dios o no. La condición es que primero debemos hacer lo que el Señor nos ha ordenado hacer. Si hacemos esto en fe, el tiempo vendrá cuando el Señor revelará la razón del mandamiento. Con frecuencia seremos llamados a obedecer sin entender la razón. Sin embargo, la fe nos asegura que la obediencia fiel será seguida por las claras revelaciones del propósito divino.

Esto no quiere decir que el Señor espera en todas las cosas un serví-

cio irrazonable y ciego. Esto es lo que El menos quiere. Nos revelará tanta evidencia y dirección como sea posible bajo las circunstancias, pero en la naturaleza misma de las cosas vendrá tiempos cuando es necesario obedecer primero y después de eso obtener la explicación. Entonces hemos de confiar en Dios en lo desconocido a causa de lo que sabemos en lo conocido.

Portentosas Venidas

Para los que viven en este último siglo de la historia de la tierra, se conoce tanto que nosotros no tenemos excusas para fallar en obedecer los mandamientos del Señor.

Repetidas veces se nos ha dicho de la urgente necesidad de entrar en una rica y profunda relación de comunión con el Señor, a fin de capacitarnos para hacer frente a las terribles presiones de lo que va a venir sobre nosotros. Pero el Señor no simplemente nos ha dicho que esto es necesario. El ha revelado en los mensajes proféticos la naturaleza precisa del conflicto final y ha establecido justamente qué clase de hombres y mujeres debemos ser para resistir.

Los hombres que entraron en el conflicto en el tiempo de la crucifixión lo hicieron con ideas erróneas acerca de la naturaleza del reino venidero, pero aquellos de nosotros que hemos de entrar en este último conflicto debemos hacerlo con conceptos correctos de lo que será exactamente la naturaleza de la controversia. Tal concepto puede ser solamente ganado por el estudio diligente de la Palabra de Dios.

En esa Palabra está revelado la aparición de la imagen de la bestia, la aprobación de las leyes que progresivamente se convertirán opresivas y castigadoras en el transcurso del tiempo. Habrá ruda persecución por los que odian y desprecian la verdad de Dios al pueblo portador de esa verdad. Desde el punto de vista humano, no habrá para los creyentes ninguna seguridad de caminar en las calles. Luego, cuando la proclamación de la ley fracase contra los observadores de los mandamientos con las amenazas y encarcelamiento para intimidar a los justos, vendrá el decreto de comprar y vender. Con el desenlace final de la furiosa tormenta aparece la pena de muerte.

Cuando este futuro evento sea estudiado, será visto que la presión de ese decreto no será solamente la amenaza de muerte. Será la angustia de muerte en los términos idénticos que Cristo experimentó en el huerto del Getsemaní y más tarde en la cruz. Se *verá* que el sacrificio hecho será todo en vano, que no habrá resurrección, ni vida eterna, ni venida del reino.

Ninguna palabra humana puede plenamente describir la terrible experiencia a través de la cual pasará el pueblo adventista. La presión es-

tará más allá del significado de cualquier cosa ya experimentada por el ser humano con excepción del Salvador, y esto requiere que el pueblo de Dios hoy haga la más urgente y devota preparación para ese evento. Tan ciertamente como la persona fracace en hacer eso, entonces ciertamente fracasará en el día que viene. La experiencia de los apóstoles en este respecto es demasiado clara para ser mal entendida y omitida.

Con cuánto fervor y diligencia deberíamos estudiar el orden de los últimos eventos, a fin de que podamos obtener un cuadro exacto y vivido de lo que pronto ha de venir sobre nosotros como un pueblo. No entremos al conflicto final sin preparación como lo hicieron esos hombres por sus ideas erróneas acerca de la naturaleza del reino venidero.

Perplejidad y Confusión

Levantándose de su sueño, los once discípulos salieron a experimentar el desastroso fracaso. Fervientemente y con sinceridad, Pedro, como el portavoz del resto, declaró enérgicamente que lo seguirían hasta la muerte, no obstante, cuando vino el problema, todos lo abandonaron y huyeron para salvar sus vidas. Peor todavía, Pedro negó a su Maestro con maldiciones. Los eventos de esa noche exhibieron algunos de los peores pecados cometidos por los seguidores de Jesús. Mientras ellos son vistos retrospectivamente hoy, muchos se sorprenden cómo Pedro pudo hacer eso, y tienden a abrigar una seguridad justa y presumida que si ellos hubieran estado allí, ciertamente no lo habrían hecho como él lo hizo.

Afortunadamente, mientras el Señor no puede y no excusará el pecado, mira al pecador con entendimiento, compasión, amor y simpatía. El conocía exactamente los poderes obrando en Pedro que lo condujeron a semejante apuro. Los que reflejen el carácter de Dios examinarán también el incidente con entendimiento y compasión. Es muy fácil condenar livianamente partiendo de un conocimiento parcial de lo que tomó lugar. Profundidad real de carácter y clara percepción espiritual disipa las densas tinieblas, expone la verdadera historia, y libera de toda justicia y suficiencia propia. Entonces el lenguaje del alma será, "Allí iré también pero por la gracia de Dios".

Es el claro hecho de historia que Pedro pecara. Aun cuando estaba indispuerto al principio, era el Pedro que había sido limpiado del espíritu malo y de la culpa de acciones equivocadas; era ese Pedro que tuvo compañerismo con Cristo en la hora de inspiración de la cena del Señor; ese Pedro que había caminado desde el aposento alto al Getsemaní y había sido un atento oyente de todo lo que Cristo les había impartido; consciente de todo lo que decía, declaraba que iría a la prisión y muerte con el Maestro, que estaría con El aunque todos lo abandonaran; era *ese* Pedro que furtivamente entró al atrio del templo y con terrible osadía negó que nunca había sido parte de la familia de Cristo.

Si un hombre que había experimentado todo esto y más, y que había hecho una dedicación como esa, pudo caer, entonces qué advertencia está aquí contenida del peligro presente de caer en las trampas de Satanás, no importa cuán rica pueda haber sido nuestra experiencia. No hay tal cosa como la de que una vez salvos, siempre seremos salvos.

Reitérese, para que nunca pueda ser olvidado, que la caída de Pedro no fue debido a la presencia de la vieja mente carnal en él. Eso había sido erradicado mucho tiempo antes. Tampoco fue debido a ningún espíritu malo en él, porque eso había sido limpiado también en la experiencia anterior a la cena del Señor, y el espíritu malo de contienda y odio contra sus compañeros no había vuelto. No existía la más leve experiencia de la presencia de tales cosas cuando se levantaron de su sueño y se dirigieron con el Señor al encuentro de aquellos que se acercaban para arrestarlo.

¿Entonces qué causó el problema de los discípulos? Como ya es visto, ellos no habían tenido la fortificante comunión con el Padre que les hubiera dado el poder para soportar la futura prueba.

Coraje y Fe

Cuando Pedro y sus hermanos salieron para afrontar al enemigo estaban convencidos de que la hora de prueba había llegado, que habían alcanzado el punto sin retorno, que ahora la batalla se declaraba en donde Cristo no tenía elección más que confirmar su derecho de monarquía. Ellos creían esto debido a sus ideas equivocadas con respecto a la misión de Cristo. Aceptando esto, hicieron la más completa preparación para lo que *pensaban* que iba a venir y para nada más que eso.

Cuando vieron los soldados conducidos por el traidor Judas, sintieron una oleada de confianza que todos ellos habían esperado; para lo que todos ellos se habían entrenado, ahora estaba para ser realizado.

A este punto, ¿qué espléndidos atributos hallamos manifestados en Pedro? En el primer caso, él era motivado por una fe vigorosa y estu-penda. No mide en ningún momento la posibilidad de victoria por los miembros en los lados respectivos. A su lado estaba el Salvador y los otros diez discípulos. Tenían a su disposición dos espadas, ninguna lanza, armamento, entrenamiento, y ninguna experiencia en el uso de las armas y guerra. Por el otro lado estaba el poder combinado de las fuerzas judías, apoyadas por el ejército más altamente preparado, equipado, experimentado y de éxito en el mundo —los romanos.

Pedro no tenía temor en lo más mínimo. No lo vemos escondido en la oscuridad, listo para correr y salvar su vida. Antes, lo vemos de pie en la línea frontal donde se hallaban los más bravos y más vigorosos

soldados. ¿Por qué es esto así? ¿No era él un hombre precipitado y temerario capaz de evaluar las fuerzas en los dos lados?

¡No, él no era ese hombre! Impetuoso como fuera, todavía no era tan impetuoso en cuanto a ofrecer su vida a una causa perdida.

El estaba allí al frente manifestando tal iniciativa y coraje a causa de su tremenda *je* en el poder de Cristo. Solo y desarmado, Pedro lo había visto echando a los cambistas y vendedores del atrio del templo. Lo había visto dando órdenes a la multitud para ir a sus casas después de la alimentación de los cinco mil cuando quisieron tomarlo por fuerza y hacerlo rey. Lo había visto sanando al enfermo, echando fuera demonios, y levantando a los muertos. Pedro no tenía temor de ser herido y muerto, porque el Maestro lo hubiera sanado o resucitado como apareciera la necesidad. Con semejante conocimiento y convicciones como estas, ¿por qué debía tener miedo y por qué no tener fe en el Maestro? Démosle a Pedro pleno crédito en esta ocasión por esta capacidad tan completamente manifestada.

En esto, él estaba dando también prueba de su declaración que seguiría a su Maestro aun hasta la cárcel y muerte, porque ciertamente estaba arriesgando su vida misma haciendo lo que él era. Ninguna duda puede haber que fue con *coraje, je y dedicación* que Pedro salió al encuentro de los perseguidores de Jesús. Estos son atributos de alto valor para poseer, y debemos dar a Pedro pleno crédito por su posesión. Sin *embargo pecó*.

Complicado Chasco

Cuando Pedro extendió la mano para sacar su arma y se abalanzó al más cercano enemigo siendo el siervo del sumo sacerdote, esperó que Cristo aprobara con vehemencia su acción, y estando tras de él, diera poder y dirección a su espada y confirmara ser el general mundialmente más talentoso en el campo de batalla. Esto *era lo que él esperaba*. La educación y concepto de toda su vida, aparte de lo que el Salvador había *tratado* de enseñarle, lo indujo a pensar y esperar precisamente eso.

En cambio, el Salvador habló con amable autoridad, "Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que tomaren espada, á espada perecerán" (*S. Mateo 26:52*).

Esto era increíble. Pedro dudó de que sus oídos hubieran escuchado correctamente. Su mente buscó ciega y desesperadamente una explicación. Nada de eso tenía el más mínimo sentido para él.

Disgustado y perplejo, Pedro retrocedía y observaba con mirada vacilante cómo los principales sacerdotes y soldados prendían a Jesús en quien él había centrado todas sus esperanzas. Vio a Cristo que con se-

renidad permitía que lo ataran aun después de la demostración del poder, en donde la luz del ángel protector echó por tierra a los asaltantes.

Era como si todo el mundo se hubiera desmoronado. Ciertamente su mundo se estaba derrumbando, porque todo lo que había esperado, todo para lo cual se había educado, todo lo que anhelaba era repentinamente borrado sin que nada tomara su lugar. No era un caso de su habilidad ver que había estado equivocado en sus expectativas y que algo mejor, más bello, y más agradable iba a tomar su lugar. Mientras esto era en verdad el caso, no lo podía ver como tal. No podía ver que se había equivocado en sus expectativas ni que el plan de Dios era mejor y más bello que sentarse solamente en un reino terrenal temporario y pasajero. Mientras no podía ver esto, los eventos que se abrían estaban tan fuera de armonía con sus esperanzas y planes que nada tenía sentido.

Así que él huyó como nosotros lo haríamos si permitiéramos ser puestos en una situación idéntica.

Mientras no podemos escapar de ser perturbados con ideas y teorías equivocadas, no necesitamos descuidar la estrecha y profunda comunión con el Señor que nos habilita para pasar victoriosamente a través de tales situaciones. Entonces, cuando las perplejidades nos rodeen como a Pedro, no nos alejaremos ni negaremos la causa de Dios. Antes, habrá una espera con calma y confianza en el Maestro hasta que la luz revele dónde consiste el problema. Pero sin esa fe desarrollada de un estrecho caminar con Dios, nosotros huiremos y negaremos al Señor tan vilmente como Pedro lo hizo.

El huyó y asimismo nosotros, no a causa de la naturaleza mala en la que él estaba, o nosotros estemos. Este no era el problema de Pedro, porque él era un cristiano nacido de nuevo y un seguidor sincero del Salvador. Como ha sido repetidamente enfatizado, el cristiano renacido puede pecar, porque hay otras causas para pecar aparte del dominio del viejo hombre.

Pedro pecó porque estaba perplejo, confundido, indeciso, y porque no tuvo cuidado de fundar una sólida y ferviente fe. Esto lo incapacitó para esperar serena y confiadamente hasta que fuera dada luz más clara. Sobre todo cristiano, en un tiempo o en otro, problemas vendrán que serán imposible de explicar. Será visto como si toda promesa de Dios terminara en nada. Perplejidad y confusión rodeará el alma, porque ninguno de nosotros estará exento de tales experiencias. La Palabra de Dios confirma positivamente esto. Cuando la promesa del Evangelio fue dada a Adán y Eva en el Edén, se nos dijo claramente que la serpiente heriría el calcañar de la simiente de la mujer.

"Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá *en la cabeza*, y tú le herirás *en el calcañar*" (*Génesis* 3:15).

Tan ciertamente como la serpiente heriría el calcañar de la simiente de la mujer, cuya simiente es Cristo en todo cristiano, entonces nosotros podemos saber que no transitaremos la senda cristiana sin períodos de pruebas y perplejidad.

"Los que al fin salgan victoriosos, tendrán épocas de *terrible perplejidad y prueba* en su vida religiosa; pero no deben desechar su confianza, pues es ésta una parte de su disciplina en la escuela de Cristo y es esencial a fin de que toda la escoria pueda ser eliminada. El siervo de Dios debe soportar con fortaleza los ataques del enemigo, sus dolorosos vituperios, y debe vencer los obstáculos que Satanás coloque en su camino" (*Mensaje para los Jóvenes*, pág. 61).

"Estamos en vísperas del tiempo de angustia y nos esperan dificultades apenas sospechadas" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 3, pág. 306).

Hay muchas declaraciones que enfatizan más este hecho. Estúdiense hasta que se fije la comprensión de que no hay nada anormal acerca de pasar a través de un período cuando grandes pruebas y perplejidades aflijan el alma. Siendo capacitados para entrar en semejantes pruebas, sabiendo que esto es normal, será esto de gran ayuda en la confrontación con estos problemas. Entonces conoceremos que éstas vendrán pronto y que cuando lo hagan, estaremos mejor preparado para la experiencia. Dios permite que las pruebas vengan para que podamos estar completamente educados en los principios del cielo. Zorobabel, el líder de Israel divinamente nombrado durante la restauración de la cautividad babilónica, tuvo la actitud correcta durante su tiempo de prueba.

"Fue dado un mensaje preciosísimo a Zorobabel, su conductor, que había sido muy probado durante todos los años que habían transcurrido desde el regreso de Babilonia. Declaró el Señor que llegaba el día cuando todos los enemigos de su pueblo escogido serían derribados. >En aquel día dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío, . . . y ponerte he como anillo de sellar: porque yo te escogí< (Versículo 23). Ya podía el gobernador de Israel ver el significado de la providencia que le había hecho pasar por desalientos y perplejidades; podía discernir en todo ello el propósito de Dios.

"Este mensaje personal dirigido a Zorobabel fue registrado para alentar a los hijos de Dios en toda época. Al enviar pruebas a sus hijos, Dios tiene un propósito. Nunca los conduce por otro camino que el que elegirían si pudiesen ver el fin desde el principio y discernir la gloria del propósito que están cumpliendo. Todo lo que les impone como prueba tiene por fin fortalecerlos para obrar y sufrir para él" (*Profetas y Reyes*, págs. 423, 424).

Sea enfatizado que las pruebas y perplejidades no aseguran que el pecado seguirá. Es cuando estas cosas están allí y ha habido un fracaso en desarrollar una experiencia de fe que el pecado sigue con seguridad.

Recuérdese siempre que "Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 712).

Por lo tanto, no es la presencia de las pruebas y perplejidades sino la *ausencia de fe* en esas horas de pruebas que es la causa de que el cristiano caiga en pecado. Así fue con Pedro. Por fuerte que sea la presión de la prueba, o confusa la perplejidad, una parte vital de la experiencia de reforma es asegurar que la fe se mantenga sólida y activa para que haya defensa adecuada contra el pecado.

A la luz de esto, hágase un estudio cuidadoso, inteligente y enfático de la situación de Pedro, el curso que eligió seguir, y las tristes consecuencias. Cuando Cristo permitió ser prisionero, Pedro se afrontó con una situación para la cual no estaba preparado porque se había negado a creer que eso pudiera suceder. Por lo tanto, ni pudo entender ni identificarse con Cristo en esta ocasión. Literalmente, él había dejado de ser un seguidor del Salvador. Pero, al mismo tiempo, tampoco pudo identificarse con los perseguidores de su amado Maestro. Por consiguiente, se halló en terreno neutral, sin rendirse ni dar apoyo a nadie. Anhelaba penetrar el misterio de todo eso, para ver luz donde había oscuridad, y claridad en el lugar de confusión.

Así que, eligió adoptar la posición de un observador neutral hasta tal tiempo cuando pudiera conocer precisamente dónde colocar su lealtad.

Esto parece tener buen sentido y, bajo ciertas circunstancias, lo es. Pero en esa situación fue un grave error que provocó y produjo serios problemas. Durante los tres años y medio de asociación transcurridos con Cristo, Pedro había recibido abundante evidencia de que Jesús era realmente el Hijo de Dios, autorizado por el cielo, y guiado en todo lo que hacía por su Padre celestial. Más de una vez se había confundido por las acciones de Cristo, pero siempre habían llegado a ser claras las cosas a medida que la luz avanzaba. De este modo, no había ninguna diferencia en la situación en el Huerto de la que había sido antes. El debió haber examinado cuidadosamente estas poderosas evidencias y cerciorarse de que Cristo estaba haciendo lo que había venido a hacer, aun cuando no pudiera entenderlo. Es mucho mejor *creer* sin entender, que *dudar* sin entender.

"Cuando las tentaciones os asalten, como ciertamente ocurrirá, cuando la preocupación y la perplejidad os rodeen, cuando, desanimados y angustiados, estéis a punto de entregaros a la desesperación, mirad, *oh mirad hacia donde visteis con el ojo de la je por última vez la luz*, y la oscuridad que os rodee se disipará a causa del brillo de su gloria" (Mensaje para *los Jóvenes*, págs. 105, 106).

No había excusa para que Pedro tomara el lugar de una persona neutral. Además, esto lo puso en una posición de gran peligro, tanto que cuando el diablo atacó, no tuvo ninguna esperanza de resistir. El

debió haber revisado cuidadosamente las grandes evidencia que se le habían dado durante su pasada asociación con Cristo. Esto le habría confirmado que Jesús era en verdad el Mesías, que era dirigido por Dios y, por lo tanto, aun cuando él no entendía lo que estaba pasando, podía descansar en la certidumbre que esto era correcto.

La historia bíblica enseña con firmeza esta lección. El pueblo de Dios experimenta su conducción y recibe sus enseñanzas durante un período de tiempo. Las evidencias dadas son más que adecuadas para mostrar dónde está la verdad, y que Dios sabe exactamente lo que está haciendo. Entonces viene una repentina e inesperada prueba. La perplejidad y confusión los rodea, y con frecuencia son sitiados por grandes peligros.

En toda ocasión cuando a este punto se hizo un examen cuidadoso y ferviente de las evidencia de la obra de Dios entre ellos, los creyentes pudieron descansar en fe. Sabían que Dios no los había abandonado, y, aun cuando la situación entera era compleja y confusa, eran conscientes de que Dios la manejaba y que todo conduciría al bien. En tales ejemplos, las más notables liberaciones fueron experimentadas.

Por otra parte, cuando hubo un fracaso en examinar cuidadosamente el pasado, la duda y perplejidad arrastró al individuo o grupo a completa confusión, guiándolos a volver a sus propias obras para resolver el dilema, y esto terminó en desastrosas consecuencias. Un extraordinario ejemplo de esto es el fracaso de Cades-barnea. Israel había presenciado la maravillosa conducción y enseñanza en todo sus viajes desde Egipto hasta ese tiempo presente. Entonces vino la crisis motivada por el reporte desanimador de los espías. "*E/ pueblo no se detuvo a reflexionar* ni razonó que Aquel que lo había llevado hasta allí le daría ciertamente la tierra; no recordó cuán milagrosamente Dios lo había librado de sus opresores, habriéndole paso a través de la mar y destruyendo las huestes del Faraón que lo perseguían. Hizo caso omiso de Dios, y obró como si debiera depender únicamente del poder de las armas" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 408).

Todo creyente en Dios debe estudiar muy cuidadosamente estas lecciones, porque ellas proveen una guía segura para mantener fe en un tiempo de perplejidad y confusión. En hecho, se puede decir con confianza que únicamente los que aprendan totalmente y pongan en práctica este proceder podrán soportar las pruebas que vendrán.

Pedro no practicó estos procederes, con el resultado de que cayó. Afortunadamente recordó, los milagros y enseñanzas de la vida de Cristo que le impidió abandonar completamente su fe. En realidad, él se dio cuenta de que en lo profundo de su corazón, realmente pertenecía al Salvador y no al mundo.

Su plan formado cuidadosamente se arruinó cuando se introdujo sin obstáculo en el atrio del templo. El se mezcló con un pequeño grupo

que se calentaba alrededor del fuego, esperando que su atención estuviera tan centrada en el juicio de Cristo como para ser descubierto. Pero una doncella lo detuvo, sospechó de él, y, sin curiosidad, preguntó si él era uno de los discípulos de Cristo. La consecuencia era ahora predeterminada. Pedro no tenía ahora chance para reconocer a Cristo. El había fallado en tomar las precauciones necesarias y debido a eso, se colocó él mismo en una posición donde, bajo las circunstancias, no pudo resistir.

Esto no significa que él tenía que pecar. Está diciendo que una vez llegó a cierto punto, entonces el escape era virtualmente imposible. De esto, nosotros debemos aprender que la victoria es ganada o perdida en los primeros pasos que se dan. Una vez los pies son puestos en una cierta dirección, una vez son hechas concesiones al tentador, con seguridad el pecado sigue. Así es siempre.

"Por haber dormido cuando Jesús le había invitado a velar y orar, Pedro había preparado el terreno para su grave pecado" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 660).

Pedro había negado a su Señor en un tiempo cuando sobre todo lo demás, Cristo necesitaba lealtad y apoyo. La falta cayó enteramente en Pedro. Era una manifestación de orgullo en lugar de amor y apreciación. Una terrible carga de condenación vino sobre él tan pronto el gallo cantó, una carga que le hubiera causado la muerte si no hubiera sido por la mirada de amor y compasión que el Salvador le dirigió en ese momento.

"Mientras los juramentos envilecedores estaban todavía en los labios de Pedro y el agudo canto del gallo repercutía en sus oídos, el Salvador se desvió de sus ceñudos jueces y miró de lleno a su pobre discípulo. Al mismo tiempo, los ojos de Pedro fueron atraídos hacia su Maestro. En aquel amable semblante, leyó profunda compasión y pesar, pero no había ira.

"Al ver ese rostro pálido y doliente, esos labios temblorosos, esa mirada de compasión y perdón, su corazón fue atravesado como por una flecha. Su conciencia se despertó. Los recuerdos acudieron a su memoria y Pedro rememoró la promesa que había hecho unas pocas horas antes, de que iría con su Señor a la cárcel y a la muerte. Recordó su pesar cuando el Salvador le dijo en el aposento alto que negaría a su Señor tres veces esa misma noche. Pedro acababa de declarar que no conocía a Jesús, pero ahora comprendía, con amargo pesar, cuán bien su Señor lo conocía a él, y cuán exactamente había discernido su corazón, cuya falsedad desconocía él mismo" (*Id.*, pág. 659).

Preciosa en verdad es para todo cristiano tentado y que lucha la revelación del carácter de Dios por medio de Cristo. El comprendió a la perfección las razones del pecado de Pedro. Su actitud hacia él fue una de simpatía. Estaba únicamente interesado en salvar a su amado seguidor, no condenarlo o destruirlo.

En esto hay dos lecciones disponibles para nosotros. Una es que debemos abrigar una actitud hacia los pecadores semejante a la de Cristo. La otra es conocer que, cuando pecamos, el Señor ansia que vengamos en el instante a El para recibir su misericordioso perdón y restauración. Luego el Señor nos envía a continuar la batalla, más sabios para el último encuentro.

La historia de la caída de Pedro tiene lecciones de grandes consecuencias y tremendo valor para el creyente en Jesús. Claramente muestra que un cristiano nacido otra vez puede caer, aun cuando haya sido limpiado de todo espíritu malo y perdonado de toda acción errónea. Enfatiza el hecho de que una vez ciertos pasos preparatorios hayan sido dados, entonces el pecado ciertamente seguirá. Ella exige que se establezca una vigilancia cuidadosa, a fin de que el enemigo no gane estas ventajas y, de este modo, nos implique en pecado.

No hay necesidad de pecar. Todos los creyentes que lo hacen deben reconocer que no sólo es su culpa, sino que deben entender por qué ha sucedido esto. Entonces únicamente pueden ser dados los pasos satisfactorios para asegurar que el problema no se repita.

Moisés y *Elías*

De las vidas de José, David, y los apóstoles de Cristo, es posible ver-se lo que, en la vida de un hijo de Dios, puede guiarlo a pecar. Las experiencias de Moisés y Elías proveen más luz sobre este perturbador problema. Estos dos hombres están ahora en el cielo. Moisés murió y fue resucitado, mientras que Elías experimentó la traslación directa desde esta tierra al paraíso. Los dos recibieron maravillosas revelaciones de Dios, caminaron muy cerca de El, y fueron los instrumentos para la realización de poderosos milagros; no obstante, los dos pecaron gravemente. Las razones fueron las mismas en ambos casos.

Se dará consideración primero a Moisés. El gran pecado de su vida fue golpear la roca con ira cuando sólo debía hablarle. A causa de esto, se le negó el privilegio de guiar a los israelitas a Canaán, aun cuando él anhelaba la experiencia.

Su caso es citado por los que niegan que el viejo hombre se erradica en el nuevo nacimiento, para asegurar que el viejo hombre estaba allí todo el tiempo, sólo esperando la oportunidad de levantarse otra vez. Superficialmente, esto parece ser un argumento plausible, pero se ignora la verdad de que el viejo hombre no es solamente la causa de pecado. En el caso de Moisés, el profundo desaliento de introducir a Israel en Canaán fue lo que le causó la pérdida de fe en el poder divino. En su profundo chasco, él se soltó de la mano de Dios y expresó la frustración que estaba sintiendo.

En su temprana edad había hecho una tremenda decisión. Delante de él estaba la oportunidad de ser el más poderoso monarca sobre la faz de la tierra. Egipto y, en realidad el mundo, eran suyos. Pero él escogió renunciar a todo eso para dar su vida a la causa de Dios.

"Por fe Moisés, hecho ya grande, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; escogiendo antes ser aflijido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado. Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los Egipcios; porque

miraba á la remuneración. Por fe dejó á Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al invisible" (*Hebreos 11:24-27*).

Cuando salieron de Egipto, Moisés compartió con el pueblo las elevadas esperanzas de que rápidamente ocuparían la tierra prometida. A pesar de las interrupciones de las diversas rebeliones a lo largo del camino, la fe que Moisés tenía en el cumplimiento de las promesas de Dios era brillante. Entonces llegaron a Cades-barnea donde el pueblo manifestó la incredulidad impía que les impidió la entrada. En esa condición de infidelidad, Dios no se atrevió a introducirlos, porque sabía que eso era entregarlos al sacrificio. Moisés no carecía de fe para entrar, sino que su parte estaba con el pueblo que lo necesitaba más de lo que sabían. Pero cuando, con un corazón frustrado, regresó por cuarenta años al desierto, lo hizo con la seguridad de que al final de los cuarenta años ellos vendrían otra vez y entonces entrarían. Durante cuarenta años él tuvo el poder de soportar toda insurrección, queja, y pruebas en el conocimiento de que habría un fin de eso, y que dejarían atrás el desierto para siempre. El propósito de Dios sería cumplido, Israel se convertiría en el testimonio para todas las naciones, y la justicia sería establecida en toda la tierra.

Pero, hacia el final de sus viajes, una situación surgió que robó a Moisés esa esperanza. Cuando se aproximaban a las fronteras de la tierra prometida, el agua que los había acompañado con gran certidumbre, se secó.

"Antes de que Dios les permitiese entrar en la tierra de Canaán, los israelitas debían demostrar que creían en su promesa. El agua dejó de fluir antes que llegaran a Edom. Tuvieron pues, por lo menos durante un corto tiempo, oportunidad de andar por la fe en vez de andar confiados en lo que veían" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 440).

Si ellos lo hubieran hecho, el corazón de Moisés habría sido animado e inspirado. Sólida confianza lo habría alentado cuando viera que había un espíritu diferente en los hijos del que hubo en los padres. El testimonio ocular y circunstancias le habrían dicho que todo marchaba bien, y que la tierra era tanto buena como suya. Pero, en cambio, los hijos manifestaron el *espíritu idéntico de murmuración, incredulidad, y rebelión como sus padres lo habían hecho*.

"Pero la primera prueba despertó el mismo espíritu turbulento y desagradecido que habían manifestado sus padres. En cuanto se oyó clamar por agua en el campamento, se olvidaron de la mano que durante tantos años había suplido sus necesidades, y en lugar de pedir ayuda a Dios, murmuraron contra él, exclamando en su desesperación: >¡Ojalá que nosotros hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová! (Números 20:1-13). Es decir que desearon haberse contado entre los que fueron destruidos en la rebelión de Coré.

"Sus clamores se dirigían contra Moisés y contra Aarón: >¿Por qué

hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas, ni granadas: ni aun de agua para beber" (*Ibid.*).

Cuarenta años antes, Moisés había visto correctamente que la razón de no haber entrado a la tierra prometida era la incredulidad perversa de sus padres. No había sido una decisión arbitraria de Dios lo que los había privado de su entrada, sino fue su propio curso caprichoso lo que les había causado el problema. Debido a las promesas de Dios, Moisés no creyó que el espíritu mismo estaría presente cuando la generación siguiente viniera otra vez a Cades-barnea. Sabía que si lo estaba, entonces ellos no tendrían mejor esperanza de entrar que la de los padres. Únicamente un pueblo de fe viva podía entrar en la tierra prometida, sea en ese tiempo o ahora.

Pero, para su inexplicable chasco y alarma, Moisés halló que el espíritu similar emergía bajo la tensión. Razonó correctamente que estas personas no estaban idóneas para recibir la promesa de Dios como lo había sido la generación anterior. No podía hallar un testimonio que le garantizara que la palabra de Dios fuera cumplida. Es verdad que él tenía la promesa, pero había tenido también eso la primera ocasión que vinieron a Cades-barnea. Sabía también que el cumplimiento de las promesas de Dios no era incondicional. Dios podía y haría su parte con gran certidumbre, pero sólo cuando el pueblo cumpliera su parte. De otro modo, no había esperanza. Así que, la promesa no era de aliento para él, porque el pueblo no se hallaba en ningún sentido cumpliendo las condiciones.

Moisés era ahora un hombre viejo. Estaba agobiado por los largos viajes y tensionado por la incredulidad y la murmuración persistente del pueblo. Había tratado hasta los límites, y esto era ahora demasiado. Vio que todo el sacrificio que había hecho era aparentemente en vano. Naturalmente concluía que no había esperanza de que Dios cumpliera sus promesas y planes por medio de este pueblo. De este modo, él perdió la fe en las obras de Dios y, tan ciertamente como lo hizo, pecó.

"Moisés demostró que desconfiaba de Dios. >¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?< preguntó él, como si el Señor no fuera a cumplir lo que había prometido. >No creísteis en mí, para santificarme en ojos de Israel<, dijo el Señor a los dos hermanos. Cuando el agua dejó de fluir y al oír las murmuraciones y la rebelión del pueblo, vaciló la fe de ambos en el cumplimiento de las promesas de Dios. La primera generación había sido condenada a *perecer en* el desierto a causa de su incredulidad; pero se veía el mismo espíritu en sus hijos. ¿Dejarían éstos también de recibir la promesa? Cansados y desalentados, Moisés y Aarón no habían hecho esfuerzo alguno para detener la corriente del sentimiento popular. Si ellos mismos hubiesen manifestado una fe firme

en Dios, habrían podido presentar el asunto al pueblo en forma tal que lo hubiera capacitado para soportar esta prueba. Por el ejercicio rápido y decisivo de la autoridad que se les había otorgado como magistrados, habrían sofocado la murmuración. Era su deber hacer todo lo que estuviese a su alcance por crear un estado mejor de cosas entre el pueblo antes de pedir a Dios que hiciera la obra por ellos. Si en Cades se hubiese evitado a tiempo la murmuración, ¡cuántos males subsiguientes se habría evitado! (*Id.*, págs. 441, 442).

El pueblo de Israel había traído sobre Moisés enorme presión. Si esto sólo hubiera sido hecho en una ocasión, entonces no habría sido difícil de afrontar, pero cuando fue persistentemente puesto sobre él durante cuarenta años y más, y entonces en el último tramo del viaje tan aplicado en cuanto a borrar toda esperanza visible de lograr la meta por tanto tiempo añorada, comprobó ser más de lo que Moisés podía llevar. El renunció a su fe en Dios de ser habilitado para introducir ese pueblo en la tierra prometida. En el instante que esa fe falla, el pecado comienza. Nada hay más seguro que eso.

Un estudio cuidadoso de la situación en la que Moisés fue puesto mostrará que había toda razón visible para que él dudara del éxito del movimiento. El simple hecho era que mientras Dios hizo la promesa de que los entraría a la tierra, su cumplimiento dependía del cumplimiento por parte del pueblo del contrato. La primera visita a Cades demostró esto. Ellos habían salido de Egipto con promesas específicas que serían conducidos a Canaán, pero esa promesa nunca fue cumplida debido a la falta de fe por parte del pueblo. "... y conoceréis mi castigo", dijo el Señor (*Números 14:34*).

Cuando llegaron a las fronteras de la tierra prometida por segunda vez, las condiciones mismas de entrada prevalecían. Tenían la promesa de Dios, pero debían cumplir las condiciones de fe si iban a ver la promesa realizada. En cambio, exhibieron la carencia de fe y espíritu de murmuración similar al que habían poseído sus padres. ¿Podéis apreciar cómo debió Moisés sentirse en ese punto del tiempo? ¿Podéis imaginar cómo hubierais sentido si estuvierais en situación similar?

Sin embargo, comprensible como fue el fracaso de Moisés, Dios no lo excusó en el momento. El Señor esperó que él se sostuviera con brillante fe a través de todo eso, y se habría provisto todo medio para que así lo hiciera. Esto puede parecer una intransigente y elevada norma para mantenerse, pero sin embargo, es lo que Dios ha provisto para nosotros sostener. Por lo tanto, El espera que lo hagamos, especialmente cuando el éxito de la causa depende de que nosotros así lo hagamos.

En ningún sentido de la palabra el pecado de Moisés prueba que el viejo hombre estaba todavía asechándolo. Su problema provino de una causa completamente diferente. Su pecado era la expresión de extrema frustración y desesperación como consecuencia de una

destrucción de fe motivada por la presión incesante del pueblo. Como en el caso de David, así también en el caso de Moisés, el pueblo tiene que llevar una terrible responsabilidad por la parte que desempeñaron en el drama.

Elias

La huida precipitada y cobarde del profeta por la amenaza de Jezabel es la oscura mancha en su registro. Semejante a Moisés él había soportado mucho antes de aquella terrible noche. El había visto maravillosas revelaciones del carácter y poder de Dios, no obstante, semejante a Moisés, cayó en pecado fatal para la causa de Dios.

Sin un vestigio de miedo, Elias surgiendo en las horas más oscuras del reinado impío de Acab, marchó hacia la presencia del alarmado monarca, denunció su curso de iniquidad, y profetizó que no habría lluvia hasta que él y el pueblo se arrepintiera de sus crímenes y regresaran a Dios.

Con paciencia, soportó la espera solitaria primeramente en el arroyo donde fue alimentado por los cuervos y luego en Sarepta. Después de tres años y medio, Dios le ordenó confrontar a Acab y exigir la prueba entre Dios y los sacerdotes de Baal. El evento favorable tomó lugar en el monte Carmelo donde Elias permanecía absolutamente solo en cuanto al apoyo humano se refiere. A medida que pasaba el día, los seguidores de Baal se convertían más y más frenéticos en sus esfuerzos determinados por comenzar el sacrificio sobre fuego, pero en vano. Finalmente, el hombre de Dios elevó serenamente su oración al verdadero Dios, y la consumación espectacular del sacrificio tomó lugar. El pueblo reaccionó semejante a hombres despertados por fin de un trance, los sacerdotes de Baal fueron degollados, y Elias salió para orar por la lluvia. En respuesta a esa oración magnificante de fe, las lluvias vinieron y el alivio de la tierra trajo gozo y gratitud a las multitudes de Israel.

Después de tan convincente demostración del poder de Dios y tan total la derrota del enemigo, Elías tenía confianza que habría ahora un maravilloso reavivamiento y reforma en Israel. Sabía que el poder de Jezabel sería roto y sería quitada por la fuerza del trono y ejecutada. Con estos felices pensamientos en mente, él se acostó para dormir fuera de las puertas de Jezreel.

"Entonces envió Jezabel á Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y así me añadan, si mañana á estas horas yo no haya puesto tu persona como la de uno de ellos" (*1 Reyes* 19:2).

Cuando le llegó esta noticia, Elias se levantó y huyó para salvar su vida. Al hacerlo, él interrumpió la poderosa reforma que el Señor pla-

neaba para Israel y que habría tomado lugar sino hubiera abandonado el puesto del deber. ¿Por qué sucedió eso? ¿Por qué Elías, que había exhibido tan maravillosa fe y coraje que lo capacitó para estar impávido ante el rey, sacerdotes y el pueblo, ahora huye para salvar su propia vida?

Fue porque el testimonio ocular y circunstancias no armonizó con el testimonio de fe. Sus fuertes convicciones lo guiaron a creer que el pueblo no toleraría más a su reina impía, pero la evidencia era que su poder en ninguna manera decaería. De otro modo, ¿cómo podía ella, con tanta confianza y autoridad, enviar un mensaje al profeta? Obviamente Acab estaba todavía bajo su poder y, si eso era así, entonces ninguna reforma habría en Israel. Todo esfuerzo era en vano. La justicia estaba condenada y el mal estaba en el poder. Esto fue como le pareció a Elías esa noche.

Con la pérdida de fe vino la separación de su conexión con Dios. En vez de buscar la dirección de Dios como lo había hecho fiel y constantemente en el pasado, recurrió a sus propios consejos y huyó.

"Parecería que, después de haber manifestado valor tan indómito y de haber triunfado tan completamente sobre el rey, los sacerdotes y el pueblo, Elías ya no podría ceder al desaliento ni verse acobardado por la timidez. Pero el que había sido bendecido con tantas evidencias del cuidado amante de Dios, no estaba exento de las debilidades humanas, y en esa hora sombría le abandonaron su fe y su valor. Se despertó aturdido. Caía lluvia del cielo, y por todos lados había tinieblas. Olvidándose de que tres años antes, Dios había dirigido sus pasos hacia un lugar de refugio donde no le alcanzaron ni el odio de Jezabel ni la búsqueda de Acab, el profeta huyó para salvarse la vida. Llegando a Beer-seba, >dejó allí su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino<.

"Elías no debiera haber huido del puesto que le indicaba el deber. Debiera haber hecho frente a la amenaza de Jezabel suplicando la protección de Aquel que le había ordenado vindicar el honor de Jehová. Debiera haber dicho al mensajero que el Dios en quien confiaba le protegería del odio de la reina. Sólo habían transcurrido algunas horas desde que había presenciado una maravillosa manifestación del poder divino, y esto debiera haberle dado la seguridad de que no sería abandonado. Si hubiese permanecido donde estaba, si hubiese hecho de Dios su refugio y fortaleza y quedado firme por la verdad, habría sido protegido de todo daño. El Señor le habría dado otra señalada victoria enviando sus castigos contra Jezabel; y la impresión que esto hubiera hecho en el rey y el pueblo habría realizado una gran reforma.

"Elías había esperado mucho del milagro cumplido en el Carmelo. Había esperado que, después de esa manifestación del poder de Dios, Jezabel ya no influiría en el espíritu de Acab y que se produciría presta-

mente una reforma en todo Israel. Durante todo el día pasado en las alturas del Carmelo había trabajado sin alimentarse. Sin embargo, cuando guió el carro de Acab hasta la puerta de Jezreel, su valor era grande, a pesar del esfuerzo físico que había representado su labor.

"Pero una reacción como la que con frecuencia sigue a los momentos de mucha fe y de glorioso éxito oprimía a Elias. Temía que la reforma iniciada en el Carmelo no durase; y la depresión se apoderó de él. Había sido exaltado a la cumbre de Pisga; ahora se hallaba en el valle. Mientras estaba bajo la inspiración del Todopoderoso, había soportado la prueba más severa de su fe; pero en el momento de desaliento, mientras repercutía en sus oídos la amenaza de *Jezabel* y Satanás prevaecía aparentemente en las maquinaciones de esa mujer impía, perdió su confianza en Dios. Había sido exaltado en forma desmedida, y la reacción fue tremenda. Olvidándose de Dios, Elias huyó hasta hallarse solo en un desierto deprimente. Completamente agotado, se sentó a descansar bajo un enebro. Sentado allí, rogó que se le dejase morir. Dijo: >Baste ya, oh Jehová, quita mi alma; que no soy yo mejor que mis padres<. Fugitivo, alejado de las moradas de los hombres, con el ánimo abrumado por una amarga desilusión, deseaba no volver a ver rostro humano alguno. Por fin, completamente agotado, se durmió" (*Profetas y Reyes*, págs. 117, 119).

La experiencia de Elias no era única. Cada uno del pueblo de Dios pasará sobre el terreno mismo y sufrirá la prueba similar. Es entonces que cuanto mejor versados estemos en la experiencia a través de la cual estos grandes hombres pasaron, tanto más seremos estables en lo correcto y seremos los instrumentos por medio de los cuales Dios terminará su obra.

"A todos nos tocan a veces momentos de intensa desilusión y profundo desaliento, días en que nos embarga la tristeza y es difícil creer que Dios sigue siendo el bondadoso benefactor de sus hijos terrenales; días en que las dificultades acosan al alma, en que la muerte parece preferible a la vida. Entonces es cuando muchos pierden su confianza en Dios y caen en la esclavitud de la duda y la servidumbre de la incredulidad. Si en tales momentos pudiésemos discernir con percepción espiritual el significado de las providencias de Dios, veríamos ángeles que procuran salvarnos de nosotros mismos y luchan para asentar nuestros pies en un fundamento más firme que las colinas eternas; y nuestro ser se compenetraría de una nueva fe y una nueva vida.

"En el día de su aflicción y tinieblas, el fiel Job declaró:

>Perezca el día en que yo nací<.

>¡Oh si pesasen al justo mi queja y mi tormento,

Y se alzasen igualmente en balanza!<

>¡Quién me diera que viniese mi petición,

Y que Dios me otorgase lo que espero;
 Y que pluguiera a Dios quebrantarme,
 Que soltara su mano, y me deshiciera!
 Y sería aún mi consuelo<.

>Por tanto yo no reprimiré mi boca;
 Hablaré en la angustia de mi espíritu,
 Y quejaréme con la amargura de mi alma<.

">Mi alma . . . quiso la muerte más que mis huesos.
 Aburríme: no he de vivir yo para siempre;
 Déjame, pues que mis días son vanidad<
 (Job 3:3; 6:2, 8-10; 7:11, 15, 16).

"Pero aunque Job estaba cansado de la vida, no se le dejó morir.
 Le fueron recordadas las posibilidades futuras, y se le dirigió un mensaje
 de esperanza:

>Serás fuerte y no temerás:
 Y olvidarás tu trabajo,
 O te acordarás de él como de aguas que pasaron:
 Y en mitad de la siesta se levantará bonanza;
 Resplandecerás, y serás como la mañana:
 Y confiarás, que habrá esperanza. . . .
 Y te acostarás, y no habrá quien te espante:
 Y muchos te rogarán.
 Mas los ojos de los malos se consumirán,
 Y no tendrán refugio;
 Y su esperanza será agonía del alma<.
 (Job 11:15-20).

"Desde las profundidades del desaliento, Job se elevó a las alturas
 de la confianza implícita en la misericordia y el poder salvador de Dios.
 Declaró triunfantemente:

>He aquí, aunque me matare, en él esperaré;. . .
 Y él mismo me será salud<.
 >Yo sé que mi Redentor vive,
 Y al fin se levantará sobre el polvo:
 Y después de deshecha mi piel,
 Aun he de ver en mi carne a Dios;
 Al cual yo tengo de ver por mí,
 Y mis ojos lo verán, y no otro<.
 (Job 13:15, 16; 19:25-27).

">Respondió Jehová a Job desde un torbellino< (Job 38:1), y reveló a su siervo la grandeza de su poder. Cuando Job alcanzó a vislumbrar a su Creador, se aborreció a sí mismo y se arrepintió en el polvo y la ceniza. Entonces el Señor pudo bendecirle abundantemente y hacer de modo que los últimos años de su vida fuesen los mejores.

"La esperanza y el valor son esenciales para dar a Dios un servicio perfecto. Son el fruto de la fe. El abatimiento es pecaminoso e irracional. Dios puede y quiere dar >más abundantemente< (Hebreos 6:17) a sus siervos la fuerza que necesitan para las pruebas. Los planes de los enemigos de su obra pueden parecer bien trazados y firmemente asentados; pero Dios puede anular los más enérgicos de ellos. Y lo hace cómo y cuándo quiere; a saber cuando ve que la fe de sus siervos ha sido suficientemente probada.

"Para los desalentados hay un remedio seguro en la fe, la oración y el trabajo. La fe y la actividad impartirán una seguridad y una satisfacción que aumentarán de día en día. ¿Estáis tentados a ceder a presentimientos ansiosos o al abatimiento absoluto? En los días más sombríos, cuando en apariencia hay más peligro, no temáis. Tened fe en Dios. El conoce vuestra necesidad. Tiene toda potestad. Su compasión y amor infinitos son incansables. No temáis que deje de cumplir su promesa. El es la verdad eterna. Nunca cambiará el pacto que hizo con los que le aman. Y otorgará a sus fieles siervos la medida de eficiencia que su necesidad exige. El apóstol Pablo atestiguó: >Me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona. . . . Por lo cual me gozo en las flaquezas, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias por Cristo; porque cuando soy flaco, entonces soy poderoso< (2 Corinto 12:9, 10)" (*Id.*, págs. 119, 121).

Realmente preciosas son la promesas y consejos citados aquí para aquellos que luchan por obtener el éxito del trabajo vital de reforma. Estúdiese y obedézcase estas promesas hasta que se conviertan en nueva naturaleza. La victoria será asegurada.

Igualmente confortante es el hecho de que cuando nosotros fracasamos, el Señor nos ama tanto y está tan cerca de nosotros como se necesita.

"¿Desamparó Dios a Elias en su hora de prueba? ¡Oh, no! Amaba a su siervo, tanto cuando Elias se sentía abandonado de Dios y de los hombres como cuando, en respuesta a su oración, el fuego descendió del cielo e iluminó la cumbre de la montaña. Mientras Elias dormía, le despertaron un toque suave y una voz agradable. Se sobresaltó y, temiendo que el enemigo le hubiese descubierto, se dispuso a huir. Pero el rostro compasivo que se inclinaba sobre él no era el de un enemigo, sino de un amigo. Dios había mandado a un ángel del cielo para que alimentase a su siervo. >Levántate, come<, dijo el ángel. >Entonces él miró, y he aquí a su cabeceira una torta cocida sobre las ascuas, y un vaso de agua<.

Después que Elias hubo comido el refrigerio preparado para él, se volvió a dormir. Por segunda vez, vino el ángel. Tocando al hombre agotado, dijo con compasiva ternura: >Levántate, come: porque gran camino te resta<. >Levantóse pues, y comió y bebió<; y con la fuerza que le dio ese alimento pudo viajar >cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte de Dios, Horeb<, donde halló refugio en una cueva" (*Id.*, págs. 121, 122).

Las lecciones para ser obtenidas de las vidas de estos espléndidos cristianos son en verdad muy claras. Ninguno de ellos pecó debido a que ellos tuvieran todavía la vieja mente carnal. Este no, era el problema. Antes, ellos perdieron la fe en Dios de que su causa tuviera éxito, porque los poderosos testimonios oculares y circunstancias declaraban que no podía ser. Ellos permitieron ser convencidos por esos testimonios. Al hacerlo se soltaron de la mano de la fe y el resultado cierto y seguro fue que ellos pecaron.

Nunca se olvide que "Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 712).

Saúl

Las vidas de David, Moisés, Elías, y los apóstoles, como las de otros grandes cristianos, fueron manchadas por la pérdida de fe y severos fracasos, no obstante, todos ellos se recuperaron por el perdón y la gracia restauradora de Dios y, que sepamos, estarán en el cielo. Moisés y Elías ya están allá.

Pero no todos los que comenzaron el camino cristiano como cristianos nacidos de nuevo serán salvos en el fin. Uno de los tales es Saúl, el primer rey de Israel. Hay amplia evidencia para mostrar que él experimentó el cambio de naturaleza producido por la experiencia del nuevo nacimiento. Semejante a otro cristiano, él afrontó pruebas durante el período de reforma, pero diferente de esas vidas ya estudiadas, se negó a hacer frente a la realidad de su verdadera condición y necesidad. Las consecuencias fueron que el buen trabajo tan bien iniciado fue frustrado, y él perdió el reino, su vida, y la eternidad.

Énfasis particular fue puesto sobre el hecho de que cada uno de los grandes hombres ya estudiados habían sido verdaderamente nacidos de nuevo. Es igualmente importante conocer que el rey Saúl, en ocasión de su ungimiento, ciertamente recibió esa vida de lo alto que afectó esa transformación de naturaleza conocida como el nuevo nacimiento o experiencia del reavivamiento.

Siguiendo la historia de la conversión de Saúl, se establece primeramente que "No había aprendido en su juventud a dominar sus pasiones impetuosas y temerarias; jamás había sentido el poder renovador de la gracia divina" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 659, 660).

Pero después de la insinuación de que él sería el primer rey de Israel, una gran transformación tomó lugar en su vida. "Cuando Saúl se unió a los profetas en su culto, el Espíritu Santo obró un gran cambio en él. La luz de la pureza y de la santidad divinas brilló sobre las tinieblas del corazón natural. Se vio a sí mismo como era delante de Dios. Vio la belleza de la santidad. Se le invitó entonces a principiar la guerra

contra el pecado y contra Satanás, y se le hizo comprender que en este conflicto toda la fortaleza debía provenir de Dios. El plan de salvación, que antes le había parecido nebuloso e incierto, fue revelado a su entendimiento. El Señor le dotó de valor y sabiduría para su elevado cargo. Le reveló la Fuente de fortaleza y gracia, e iluminó su entendimiento con respecto a las divinas exigencias y su propio deber" (*Id.*, pág. 662).

Este párrafo ciertamente establece que Saúl tenía lo esencial para la conversión. La luz de la pureza y santidad divinas brilló en su corazón. El se vio a sí mismo como Dios lo veía. Se le aclaró el plan de salvación, y como un resultado "el Espíritu Santo obró un gran milagro *en él*". Entonces, cuando el Espíritu de Dios vino sobre él para dar a Israel la primera gran victoria de su reinado, el pueblo estaba entusiasmado que desearon dar a Saúl todo el crédito y condenar también a muerte a los que no quisieron aceptarlo como el rey del país. Pero Saúl rápidamente se negó a tomar parte en eso. Dio toda la honra al Señor y rehusó castigar a los que no lo reconocieron.

"Con esto dio Saúl testimonio del cambio realizado en su carácter. En vez de atribuirse el honor, dio a Dios toda la gloria. En vez de manifestar un deseo de venganza, mostró un espíritu de compasión y perdón. Este es un testimonio inequívoco de que la gracia de Dios mora en el corazón" (*Id.*, págs. 665, 666).

Esta acción por parte del rey testifica la nobleza de carácter que él entonces poseía y mostró que tenía en su nueva naturaleza, características semejantes a las de su Padre en el cielo. Bajo la inspiración del Señor, Samuel vio que este era un tiempo oportuno para traer a Israel al arrepentimiento de su pecado de elegir un rey. Con el espíritu que Saúl entonces manifestaba, había toda promesa de que él continuaría para tomar la posición correcta.

"Samuel propuso entonces que se convocara una asamblea nacional en Gilgal, para que el reino fuese públicamente confiado a Saúl. Se hizo así; >y sacrificaron allí víctimas pacíficas delante de Jehová; y alegráronse mucho allí Saúl y todos los de Israel<" (*Ibid.*).

El pueblo vino para apreciar a Saúl como un rey, a fin de que estuvieran dispuestos para aceptarlo como su gobernante. De este modo, el tiempo había venido para su completa confirmación. Al mismo tiempo, el Señor deseó traerlos al pleno arrepentimiento de sus actos equivocados de exigir un rey. Aquí, hay entonces una situación en donde Dios por una parte expresaba su plena voluntad de permitirles tener lo que deseaban, mientras al mismo tiempo, amorosamente buscaba salvarlos del curso que habían escogido. Era un punto crítico en la historia de Israel y Saúl. Su futuro se determinaría por la decisión hecha ese día.

El punto elegido para esta reunión era también significativo, porque era un punto de gran interés histórico para los judíos.

"Gilgal había sido el sitio donde Israel había acampado por primera vez en la tierra prometida. Allí fue donde Josué, por indicación divina, erigió la columna de doce piedras para conmemorar el cruce milagroso del Jordán. Allí se había reanudado la práctica de la circuncisión. Allí se había celebrado la primera pascua después del pecado de Cades y la peregrinación en el desierto. Allí cesó el suministro del maná. Allí el Capitán de la hueste de Jehová se había revelado como comandante en jefe de los ejércitos de Israel. De ese sitio habían salido para conquistar a Jericó y a Hai. Allí Acán recibió el castigo de su pecado, y se hizo con los gabaonitas aquel tratado que castigó la negligencia de Israel en cuanto a pedir consejo a Dios. En esa llanura, vinculada con tantos recuerdos conmovedores, estaban Samuel y Saúl; y cuando los gritos de bienvenida al rey se hubieron acallado, el anciano profeta pronunció sus palabras de despedida como gobernante de la nación" (*Ibid.*).

Fue en amor por ellos que el Señor planeó que esta reunión fuera en tal área. El conocía mejor que ellos las consecuencias de seguir un curso en donde El no era más su guía y consejero. Por esta razón, anhelaba salvarlos de tan terrible suerte. La elección estaba en ellos, y para ayudarlos que la hicieran correctamente, el Señor los colocó donde la historia había testificado la efectividad de su conducción y las consecuencias desastrosas de su desvío de Dios a sus propios caminos.

Cuando el pueblo había obedecido implícitamente las órdenes divinas, aseguraron un completo triunfo sobre Jericó. Entonces salieron contra Hai siguiendo sus propios consejos con resultados completamente opuestos. Esto fue rectificado por su búsqueda de la dirección de Dios y atacaron la ciudad conforme a la estrategia divina. El pueblo volvió otra vez a sus propios caminos al hacer su decisión con relación a los gabaonitas, así trayendo sobre ellos un castigo permanente.

El mensaje del pasado era muy claro. Sus lecciones habían sido repetidas muy frecuentemente para ser perdidas o ignoradas. Ellos necesitaban solamente reflexionar en lo que había sucedido en el pasado para ver lo que ellos debían hacer en el presente. Fracasar en hacer eso era traer sobre sí mismos pérdidas y problemas permanentes. Era la manera de Dios gobernarlos por medio de un profeta tal como el anciano Samuel, pero escogieron su propio camino a pesar de la declaración solemne en cuanto a las consecuencias de tal elección. Para añadir al testimonio suministrado a sus alrededores, Samuel exigió al pueblo reconocer que no había falta en la forma de gobierno de Dios.

">He aquí —dijo él—, yo he oído vuestra voz en todas las cosas que me habéis dicho, y os he puesto rey. Ahora pues, he aquí vuestro rey va delante de vosotros. Yo soy ya viejo y cano; . . . y yo he andado delante de vosotros desde mi mocedad hasta este día. Aquí estoy; atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, o si he tomado el asno de alguno, o si he calumniado

a alguien, o si he agraviado a alguno, o si de alguien he tomado cohecho por el cual haya cubierto mis ojos: y os satisfaré<" (*Ibid.*).

De este modo, Samuel bajo la dirección de Dios, llamó al pueblo para que testificara de la perfección del gobierno de Dios en contraste con la opresión que iban a tener en los futuros años bajo la mano de un rey despótico, semejante a los de su alrededor. El pueblo no tenía opción más que reconocer que lo que Samuel decía era la verdad.

"A una voz el pueblo contestó: >Nunca nos has calumniado, ni agraviado, ni has tomado algo de mano de ningún hombre" (*Ibid.*).

No hubo ninguna disposición por parte de Samuel para justificar su propia conducta del pasado. No estaba buscando una receta de buena conducta para nunca venir bajo acusación que pudiera ser dirigida contra él cuando el nuevo poder tomara posesión. El tenía un corazón de amor semejante al corazón del Padre celestial. No fue para sí sino para el pueblo que él pronunció estas palabras. Si sólo podían ser traídos para ver el error de sus caminos y las bendiciones y seguridad para ser ganadas de los caminos de Dios, entonces todo estaría bien. Dios sería restaurado a su posición correcta desde donde podría guiar a Israel al éxito ilimitado y seguro.

"Antes de que pudiera Israel tener alguna esperanza de prosperidad, debía ser inducido al arrepentimiento para con Dios. Como consecuencia del pecado había perdido la fe en Dios, y la capacidad de discernir su poder y sabiduría para gobernar la nación; había perdido su confianza en que Dios pudiera vindicar su causa. Antes de que pudieran los israelitas hallar verdadera paz, *debían ser inducidos a ver y confesar el pecado mismo del cual se habían hecho culpables*. Habían expresado así su objeto al exigir un rey: >Nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras<" (*Id.*, pág. 667).

Esto era un extremo y crítico momento en la historia de Israel. Ellos habían hecho una elección equivocada al nombrar un rey. Ahora debían también confirmarla o rechazarla. La oportunidad de reconocer y rescindir la decisión no sería tan favorable como entonces era. Si no podían hacer cosas correctas bajo tan favorables condiciones, nunca lo harían en el futuro. Qué tragedia, porque estaban preparados para ver las plenas implicaciones de su decisión equivocada.

En el ambiente de estos maravillosos eventos del pasado, Samuel, bajo la inspiración del Espíritu, les predicó un hermoso sermón en el que hacía el recuento de la dirección de Dios para con ellos en la historia anterior.

"Samuel reseñó la historia de Israel, desde el día en que Dios lo sacó de Egipto. Jehová, el Rey de reyes, había ido siempre delante de ellos, y había librado sus batallas. A menudo sus propios pecados los habían entregado al poder de sus enemigos, pero tan pronto como ellos se apartaban de sus caminos impíos, la misericordia de Dios les suscitaba

un libertador. El Señor envió a Gedeón y a Barac, >a Jephthé, y a Samuel, y os libró de mano de vuestros enemigos alrededor, y habitasteis seguros<. Sin embargo, cuando se vieron amenazados de peligro declararon: >Rey reinará sobre nosotros; siendo —dijo el profeta— vuestro rey Jehová vuestro Dios" (*Ibid.*).

Para confirmar la verdad de las palabras pronunciadas, Dios añadió una conmovedora y temible señal física y visible. En la mitad de la cosecha de trigo cuando la lluvia era inaudita, una salvaje tormenta se desató sobre ellos.

"Samuel continuó diciendo: >Esperad aún ahora, y mirad esta gran cosa que Jehová hará delante de vuestros ojos. ¿No es ahora la siega de los trigos? Yo clamaré a Jehová, y él dará truenos y aguas; para que conozcáis y veáis que es grande vuestra maldad que habéis hecho en los ojos de Jehová, pidiéndoos rey. Y Samuel clamó a Jehová; y Jehová dio truenos y aguas en aquel día<.

"En el Oriente, no solía llover durante el tiempo de la siega del trigo, en los meses de mayo y junio. El cielo se mantenía despejado, y el aire era sereno y suave. Una tormenta tan violenta en ese tiempo llenó de temor todos los corazones. Con humillación el pueblo confesó sus pecados, —el pecado preciso del cual se había hecho culpable: >Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, que no muramos: porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros<" (*Id.*, págs. 667, 668).

Tan poderosas y convincentes fueron las evidencias presentadas ese día, que el pueblo fue traído a reconocer y confesar sus pecados. Ellos lo hicieron muy específicamente al decir, "Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, que no muramos: porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros".

De este modo, una gran obra fue realizada, *pero todavía no avanzó lo suficiente*. Es una regla que la confesión es solamente efectiva si el abandono apropiado del pecado acompaña su confesión. Habiendo reconocido el mal que habían hecho en pedir un rey, ellos debieron haber dado los pasos rechazando esta solicitud y devolviendo a Dios la posición que nadie puede manejar más que El. Ellos no hicieron esto. Escogieron retener al rey que habían pedido.

En esta ocasión, ninguna palabra se escucha de Saúl por la que nos condujera a creer que noblemente dio un paso adelante y pidió al pueblo que lo destituyera como rey y devolvieran el gobierno a Dios. Aquí el rey fracasó muy tristemente. Nosotros no podemos leer su corazón y la Inspiración no revela lo que había exactamente entonces en él. Lo que nosotros sabemos es que el rey y el pueblo, aun cuando reconocieron y confesaron el pecado, *eligieron aferrarse a él*. Esto hace la situación peor. Es un peligro y es cosa mala escoger un curso equivocado sin ser consciente de las implicaciones de eso, pero es peor aferrarse al pecado cuando su iniquidad llega a ser entendida.

Una guía infalible de sabiduría o error de una decisión es hallada en su resultado. A menudo, la plena consecuencia no es vista durante la vida de los que hicieron la elección, pero por lo general es suficientemente revelado para mostrar el carácter de la decisión.

Anteriormente fue argumentado que este evento fue crítico en la historia de Israel y de Saúl. Además, una posición muy equivocada fue tomada en este tiempo oportuno. Por lo tanto, debemos esperar ver una marcada diferencia en la conducta del rey como era antes y después de este evento.

Así comprueba ser. Es difícil, si no imposible, encontrar al rey haciendo cualquier cosa buena desde ese punto en adelante, mientras que el registro de su conducta previa fue excelente. Había sido humilde, animado y abnegado, pero subsecuentemente se convirtió en despótico, corrupto y cruel.

Inmediatamente siguió la asamblea en Gilgal, y él disolvió el ejército en lugar de conducirlo a una guerra activa en su entusiástica condición contra los enemigos de Israel. Entonces Jonatán dio un golpe eficaz al vencer la fortaleza filisteo de Geba. Esto guió los filisteos a reunir un poderoso ejército en represalia. Saúl fue expresamente dirigido por Dios por medio de Samuel, para que lo aguardara en Gilgal donde había de ofrecerse sacrificios antes que fueran a la batalla. Pero Saúl se impacientó por la demora y con osadía tomó la posición del sacerdote. A causa de esto, Samuel se separó del rey impío. Pero si no fuera por la fe de Jonatán y su portador de armas, una situación desastrosa se habría desarrollado en este tiempo. Así Saúl iba de mal en peor hasta que se suicidó.

El tuvo un buen comienzo como un hijo de Dios, nacido de su Espíritu y transformado en corazón y vida. Entonces vino el trabajo de reforma, y en sus primeras etapas hizo excelente progreso. Una crisis siguió que demandaba que se hiciera una decisión positiva por lo correcto. Falló en hacerla y, desde ese tiempo en adelante, declinó en poder y en experiencia espiritual.

La lección es clara. Que nadie deje de percibir su sagrada importancia. Durante el período de reforma en la vida de todo cristiano habrá crisis cuando una positiva decisión tiene que ser hecha sea para continuar o discontinuar prácticas y normas que no eran previamente reconocidas como siendo erróneas. En tal tiempo, Satanás ejercerá presiones sutiles para nublar la dificultad e inducir al individuo a hacer decisiones equivocadas. Gran cuidado debe ser tomado para ver que los principios implicados en el problema son plena y profundamente entendidos. Mucho tiempo tiene que ser dedicado en oración que ascienda con vehemencia al Señor para suplicar dirección y liberación de obras humanas. Humildad, sinceridad, y fe son tesoros de gran valor en tiempos semejante a estos. Cuando la decisión es finalmente hecha, enton-

ces mírese el resultado de eso muy cuidadosamente. Esta será una valiosa confirmación de si el curso correcto o equivocado fue escogido.

Las vidas de cada hombre estudiada en este libro confirma la verdad de que nacer de nuevo no garantiza a una persona un lugar en el cielo. Ser nacido otra vez es solamente el primer maravilloso trabajo de Salvación. Tiene que ser seguido por una profunda, total, y próspera obra de reforma. En esta fase habrá largas y difíciles batallas que pelear para vencer ideas y teorías equivocadas. Muchos errores serán hechos y desafortunadamente, aunque no es necesario, pecados serán cometidos. Sin embargo, con tal de que una persona sea cuidadosa y aproveche las provisiones que Dios ha suministrado, al final la victoria será asegurada. Pero si decisiones equivocadas son hechas en la faz de tan grande y clara luz, entonces el alma está en terrible peligro. Que ninguno sea semejante a Israel y Saúl, sino antes, semejante a los que, habiendo cometido sus errores, efectuaron cierto trabajo de arrepentimiento y ya están, o estarán en el reino celestial.

Otros libros disponibles en Botschaft für unsere Zeit son los siguientes:

De la Esclavitud a la Libertad	F.T. Wright
Los Vivos y los Muertos.	F.T. Wright
Los Tres Templos.	F.T. Wright
Confesión Aceptable.	F.T. Wright
Reposo del Sábado de Dios.	F.T. Wright
Ved Aquí al Dios Vuestro.	F.T. Wright
Salvación del Niño.	F.T. Wright
El Camino Consagrado a la Perfección.	A.T. Jones
Individualidad en Religión.	A.T. Jones

Estos libros están también disponibles en otras lenguas: inglés, alemán, francés y portugués.